

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
EVE NEWTON

**PERSEGUIDA
POR LOS
ALFA**

UN OMEGAVERSE OSCURO CON HARÉN INVERSO

PERSEGUIDA POR LOS ALFAS

UN OMEGAVERSE OSCURO CON HARÉN INVERSO

EVE NEWTON

Derechos de autor

Derechos de autor © 2024 por Eve Newton

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de breves citas en una reseña de libro.

ÍNDICE

Omegaverse: Una breve descripción general

Nota del autor

Prólogo

1. Hazel
2. Carter
3. Hazel
4. Noah
5. Hazel
6. Carter
7. Hazel
8. Zach
9. Hazel
10. Carter
11. Hazel
12. Zach
13. Hazel
14. Noah
15. Hazel
16. Carter
17. Hazel
18. Zach
19. Noah
20. Hazel
21. Carter
22. Hazel
23. Zach
24. Hazel
25. Carter
26. Hazel
27. Zach
28. Noah
29. Hazel
30. Carter
31. Hazel
32. Carter
33. Hazel
34. Zach
35. Hazel
36. Noah
37. Hazel
38. Carter
39. Zach
40. Hazel

41. [Noah](#)
 42. [Carter](#)
 43. [Hazel](#)
 44. [Hazel](#)
 45. [Hazel](#)
 46. [Zach](#)
 47. [Noah](#)
 48. [Hazel](#)
 49. [Hazel](#)
 50. [Hazel](#)
 51. [Zach](#)
 52. [Hazel](#)
 53. [Carter](#)
 54. [Hazel](#)
 55. [Carter](#)
 56. [Hazel](#)
 57. [Carter](#)
 58. [Noah](#)
 59. [Hazel](#)
 60. [Hazel](#)
- [Epílogo](#)

[Otras Obras de Eve Newton](#)

OMEGAVERSE: UNA BREVE DESCRIPCIÓN GENERAL

Antecedentes:

Origen: El Omegaverse, también conocido como A/B/O (Alfa/Beta/Omega), se originó en el fanfiction dentro de varios fandoms.

Escenario: Existe en diversos géneros y entornos, desde contemporáneos hasta futuristas, e incluso mundos de fantasía.

Conceptos clave:

Estructura jerárquica: La sociedad en el Omegaverse está estructurada en torno a roles biológicos:

Alfas: Típicamente el grupo dominante y más fuerte con cualidades de liderazgo. A menudo se les representa como protectores y posesivos.

Betas: La designación más común, considerados "normales" y versátiles, sin los rasgos especializados de los Alfas u Omegas.

Omegas: A menudo los más raros y caracterizados por la sumisión en esta dinámica. Tienen la capacidad de quedar embarazados, independientemente de su género.

Dinámicas: Las relaciones e interacciones sociales están fuertemente influenciadas por estos roles biológicos, afectando las dinámicas de poder, el estatus social y las interacciones personales.

Aspectos biológicos:

Ciclos de celo: Los Omegas experimentan períodos llamados "celos" que los hacen fértiles e irresistiblemente atractivos para los Alfas.

Anudamiento: Durante el apareamiento, los Alfas tienen un mecanismo biológico diseñado para unirlos con los Omegas, aumentando la probabilidad de embarazo.

Marcaje por olor: Los personajes en este universo a menudo pueden reconocer los roles de los demás por el olor, lo que juega un papel importante en la atracción y las respuestas emocionales.

Mordidas de apareamiento: Durante el ritual de apareamiento que une a los personajes, se dan mutuamente mordidas de apareamiento, generalmente en el cuello, para mostrar su compromiso.

NOTA DEL AUTOR

Los Alfas en este libro son esencialmente villanos. Este es un libro independiente de omegaverso con harén invertido.

Una lista completa de advertencias de contenido para este libro se puede encontrar exclusivamente en mi sitio web.

Acechada por los Alfas contiene contenido adulto y gráfico, y se aconseja discreción al lector.

Únete a mi grupo de Facebook para recibir actualizaciones en tiempo real sobre futuras lecturas:

PRÓLOGO

CARTER

Hace cinco años

El bed & breakfast abandonado a las afueras de la ciudad no era mi lugar habitual de reunión para negocios, pero esto no era exactamente oficial. El aire veraniego era caluroso y sofocante detrás de la máscara negra mientras miro mi reloj: las 11 de la noche. Justo a tiempo.

Los faros cortan la noche cuando el Range Rover de Noah se detiene junto a mi Aston Martin.

—¿Nos sigue? —pregunto mientras Noah sale y se coloca su máscara.

—Según lo previsto. Zach lo está siguiendo desde el club. La última conquista de nuestro pequeño omega estaba ansioso por participar en este "trato".

Asiento, revisando mi teléfono de nuevo.

Nos posicionamos en las sombras del patio trasero del edificio, esperando. Efectivamente, otro par de faros pronto penetra la oscuridad. Un sensato Volkswagen Golf —exactamente el tipo de coche práctico que conduciría un contable— entra en el aparcamiento, seguido de cerca por el Mercedes negro de Zach.

Jonathan Parker sale del coche y mira alrededor, retrocediendo cuando Zach sale de su coche con la máscara puesta.

—Buenas noches, Jonathan —lo llamo, saliendo de las sombras—. Gracias por acompañarnos.

Entrecierra los ojos y ve la máscara negra con iluminación púrpura y traga saliva, buscando una salida. —¿De qué trato se trata? ¿Por qué teníamos que reunirnos aquí?

—El trato es sobre Hazel Bishop. Necesitamos hablar de tu relación con ella.

Noah y Zach lo acorralan mientras mira alrededor confundido. —¿Qué? Pensé que esto era sobre una oportunidad de inversión.

El puño de Zach conecta con su estómago antes de que pueda terminar, sacándole el aire de los pulmones. Parker se dobla, jadeando.

—Piensa en ello como una inversión para tu futuro. —Zach agarra el pelo de Parker, tirando de su cabeza hacia atrás.

Parker intenta enderezarse, su bravuconería desmoronándose. —Estáis locos. Todos vosotros.

Noah lo rodea lentamente, tan analítico como siempre. —Interesante elección de palabras. Pero la cordura es relativa, ¿no? Lo que es verdaderamente una locura es pensar que podrías tenerla.

Observo cómo Parker intenta escapar hacia su coche, solo para que Zach lo atrape con una

rápida patada en la parte trasera de las rodillas. Cae con fuerza sobre el hormigón.

—Ahora, Jonathan —me acuclillo a su lado, manteniendo mi voz conversacional—. Podemos hacer esto por las buenas o por las malas. De cualquier manera, terminará con que rompas tu relación con Hazel. La única variable es cuánto dolor experimentarás en el proceso.

—No puedes... —Agarro su garganta y aprieto, interrumpiéndolo.

—Sí podemos —corrige Noah, sacando su teléfono—. Y lo hemos hecho. Muchas veces. ¿Te gustaría ver lo que le pasó al último alfa que se negó a cooperar?

Parker se atraganta y logra decir:

—Iré a la policía.

Me río.

—¿Con qué pruebas? Pero incluso si nos denunciaras... —Saco mi teléfono y le muestro una foto—. Este es el piso de tu hermana en Manchester, ¿no es así? Un edificio encantador. Jessica trabaja como maestra de primaria, si no me equivoco. Sería trágico si algo le sucediera.

—No serías capaz...

La bota de Zach presiona la mano de Parker, aplicando justo la presión suficiente para hacerlo gemir.

—Hemos pasado los últimos años eliminando a cada alfa que se acerca a Hazel. ¿Realmente quieres poner a prueba lo que estamos dispuestos a hacer?

La determinación de Parker se desmorona. Siempre acaban cediendo. Algunos necesitan más persuasión que otros, pero el resultado es siempre el mismo.

—Esto es lo que va a pasar —dice Noah—. Vas a enviarle un mensaje a Hazel ahora mismo, terminando las cosas. Hazlo cruel. Hazlo definitivo. Luego vas a desaparecer de su vida por completo.

—¿Y si me niego?

Zach presiona su talón con más fuerza, y Parker grita cuando algo se rompe.

—Eso fue solo un dedo, amigo. Te quedan nueve más, además de todos esos hermosos huesos en tus pies.

—¡Está bien! ¡Está bien! —solloza Parker—. Solo... por favor, paren.

Asiento a Zach, quien afloja la presión pero mantiene a Parker inmovilizado. Noah le entrega su teléfono.

—Escribe exactamente lo que te diga —instruye Noah—. He estado pensando mucho...

Las manos de Parker tiemblan mientras escribe, lágrimas y sangre goteando sobre la pantalla. Cuando termina, reviso el mensaje:

Hazel, he estado pensando mucho, y no veo que esto vaya a ninguna parte. No eres la omega adecuada para mí. Estoy buscando a alguien más tradicional. Se acabó.

—Perfecto —digo—. Envíalo.

Parker duda, ganándose otra patada de Zach. Presiona enviar con una mueca.

—Excelente. —Me arreglo los puños mientras me pongo de pie—. Ahora, los términos para tu continuo bienestar.

—¿Hay más?

—Por supuesto —hago un gesto a Noah, quien saca un documento—. Esto es un acuerdo de confidencialidad. Fírmalo.

—¿Y si no lo hago?

Zach lo levanta por el cuello de la camisa. —Entonces le haremos una visita a tu hermana. Quizás le rompamos algo más que los dedos.

Parker firma con su mano buena, apenas leyendo los términos.

—Las reglas son simples —explico—. Nada de contacto con Hazel. Nada de explicaciones. Si la ves en público, te vas en la dirección opuesta. Si ella te contacta, lo ignoras. Si rompes alguna de estas condiciones, lo que pasó esta noche te parecerá un sueño agradable.

—Son monstruos —susurra Parker.

—No —corrige Noah—. Somos una manada protegiendo lo que es nuestro.

Miro mi reloj de nuevo. —Creo que hemos terminado aquí. Asegúrense de que nuestro amigo entienda la gravedad del silencio.

Me doy la vuelta mientras los puños de Zach conectan una y otra vez, los gruñidos ahogados de Parker flotando en la ligera brisa que se ha levantado desde el mar.

Todo lo que hemos hecho —las amenazas, la violencia, la manipulación— es todo por ella. Lo entenderá eventualmente. Una vez que sea nuestra, una vez que la hayamos marcado y reclamado, verá que solo estábamos protegiendo lo que nos pertenece.

Zach se une a nosotros, limpiando la sangre de sus nudillos con un pañuelo. —No será un problema.

—¿Lo mataste? —pregunta Noah, levemente curioso.

—Nah, solo me aseguré de que esté demasiado asustado como para siquiera pensar en Hazel, mucho menos contactarla —la sonrisa de Zach es feroz en la oscuridad—. Lo dejé con algunas costillas rotas, unos cuantos dientes menos y una comprensión muy clara de lo que sucede si rompe nuestras reglas.

Miro hacia atrás a la forma derrumbada de Parker en el suelo. —Tomen su billetera. Que parezca un asalto que salió mal.

Mientras nos alejamos en el auto, sonrío. Que vaya a la policía. Que intente advertir a Hazel. Nadie le creerá —nos hemos asegurado de eso. Años de coartadas cuidadosamente elaboradas, de construir nuestras reputaciones como los mejores amigos protectores de Hazel, han creado la cobertura perfecta para nuestra verdadera naturaleza.

Haremos esto una y otra vez hasta que ella se dé cuenta de lo que ha tenido frente a ella todo este tiempo. Tres alfas que harán cualquier cosa por su omega.

Hazel

Cinco años atrás

Los prístinos jardines de la finca Richmond se extienden ante mí, meticulosamente mantenidos incluso en la oscuridad. La luz de la luna se refleja en los bordes de los pétalos de las rosas y brilla en la superficie del estanque ornamental, creando un telón de fondo etéreo para lo que probablemente será nuestro último verano juntos. El pensamiento hace que mi pecho duela de una manera que no tiene nada que ver con el whisky que actualmente nubla mi mente.

El aire nocturno está cargado de calor veraniego, adhiriéndose a mi piel como miel. Incluso en la oscuridad del jardín de Carter, la temperatura no ha bajado de sofocante. Mi vestido de verano se pega a mi espalda, y puedo sentir el sudor acumulándose en la nuca donde mi largo cabello castaño llega hasta la parte baja de mi espalda.

Estamos desparramados en el lugar favorito de Carter, un rincón escondido detrás del jardín de rosas donde la mirada vigilante de su padre rara vez alcanza. La hierba está fresca bajo mis piernas desnudas, y la suave caricia de la brisa trae consigo el aroma embriagador del calor estival y el océano.

—¿Otra copa, Haze? —La voz de Zach ya suena algo arrastrada mientras sostiene una botella del costoso whisky que el padre de Carter guarda en su despacho.

Sus ojos grises captan la luz de la luna mientras se inclina hacia adelante, y me encuentro estudiando los planos familiares de su rostro. De los tres alfas, él es el más abiertamente

emocional, llevando su corazón en la manga de su camisa arrugada. Su cabello castaño claro está despeinado y erizado.

—Extiendo mi vaso, observando cómo el líquido ámbar salpica contra los lados. El cristal capta la luz de las luces de hadas colgadas en los árboles cercanos, el toque de la madre de Carter. —¿Por qué no? Ya me voy a arrepentir de esto mañana. —Al igual que me arrepiento de la mayoría de las cosas estos días. Como otro intento fallido de cita la semana pasada. Este es el tercer alfa este año que de repente pierde el interés, y solo estamos a mitad de camino.

La risa grave de Noah me provoca escalofríos en la espalda. Está tirado en la hierba a mi lado, su apariencia habitualmente impecable desarreglada por el calor y el alcohol. Su camisa blanca está desabrochada en el cuello. Incluso borracho, sus ojos verdes conservan ese brillo analítico que me hace preguntarme qué ve cuando mira a la gente. ¿Ve sus almas? Algunos días, parece que sí.

—¿La poderosa Hazel Bishop aceptando su destino antes de que siquiera llegue la resaca? Tu ex más reciente debe haberte afectado de verdad. —Sus palabras son burlonas, pero hay un tono en ellas que hace que mis instintos omega se erizen.

Me estremezco ante el recuerdo de Jon, mi último intento fallido de encontrar pareja. Parecía perfecto en el papel: un contador exitoso, una buena familia y una sonrisa amable. Pero como todos los demás, me había dejado de hablar después de la segunda cita, y eso fue todo.

—¿Qué está mal conmigo?

—No empieces, Noah —murmuro, dando otro sorbo de whisky. El alcohol ha suavizado los bordes de todo, haciendo que las luces de hadas se difuminen en suaves destellos.

La voz de Carter corta la tensión desde su posición en el columpio de madera. —Déjala en paz, Noah. Haze, él no era el alfa adecuado.

—Parece que ninguno lo es —murmuro, y doy un gran trago al whisky. Me quema la garganta al deslizarse, y siento que mi estómago se revuelve cuando el alcohol lo golpea.

—¿Es por eso que nos dejas? —pregunta Zach, evitando mi mirada mientras saca el tema que todos hemos estado evitando durante semanas.

Trago con dificultad contra el repentino nudo en mi garganta. Estos tres han sido mis mejores amigos desde que éramos niños. Los alfas que me han protegido, apoyado, ayudado a través de mis problemas amorosos. Las únicas constantes en mi vida cada vez más inestable.

Pero es hora de seguir adelante.

—Tengo que irme —susurro—. Sabéis que debo hacerlo. Ya no hay nada para mí aquí.

—¿De qué exactamente estás huyendo? —La voz de Carter es peligrosamente suave. Las cadenas del columpio crujen cuando se levanta, acercándose a mí con la gracia depredadora que solo se ha intensificado desde que empezó a hacer prácticas en el bufete de abogados de su padre.

—No estoy huyendo. Necesito hacer mi propio camino. Construir algo que sea mío. Algo que no pueda estropear. Tú apenas estás aquí con tus elegantes asuntos legales en Londres, y Zach y Noah también están en la universidad. No me voy a quedar aquí sentada esperando a que volváis para que podamos salir. Tengo mi propia vida que vivir, y la librería que salió a la venta es perfecta.

—Está a cientos de kilómetros —señala Noah—. Difícilmente perfecta.

—¿Para quién? ¿Para ti? Es perfecta para mí. Puedo empezar de cero. Usar la herencia que recibí de mi madre para algo bueno.

La mano de Noah se posa en mi tobillo, su pulgar acariciando el delicado hueso. —Interesante elección de palabras, pequeña. ¿Qué te hace pensar que estropeas las cosas?

—Oh, no sé —tomo otro trago para darme valor—. Tal vez la creciente lista de alfas que no parecen poder quedarse. El hecho de que el único trabajo donde alguien me contratará se basa únicamente en que soy una omega. Quiero más. Sabéis que lo quiero. Además, estoy empezando a pensar que hay algo mal en mí.

Zach se sienta tan rápido que me hace saltar. —No hay nada malo en ti. —Su voz es feroz y posesiva de una manera que me hace suspirar—. Esos alfas no eran dignos de ti.

—Hazel tiene razón —Carter se agacha frente a mí, su rostro a centímetros del mío, sus ojos azules penetrando los míos mientras habla sobre mí en lugar de conmigo. Su aroma me envuelve como una manta: libros viejos y madera de cedro—. No podemos esperar que se quede aquí sentada esperando a que volvamos en vacaciones. Qué aburrido. —Me toma la barbilla suavemente, una sonrisa maliciosa curvando sus labios—. Ve a buscar tu aventura, pequeña omega. Te lo mereces.

Hago una mueca ante su apodo para mí. Todos son mucho más altos que mi metro sesenta, pero llamarme pequeña roza lo insultante.

Zach se acerca más.

—De acuerdo. Ve a abrir tu librería. Pero hagamos un trato.

—¿Qué clase de trato?

Los ojos de Carter nunca dejan mi rostro, y por un momento, en mi aturdimiento alcohólico, me pregunto cómo sería presionar mis labios contra los suyos antes de aplastar ese pensamiento.

—Cinco años —la expresión de Zach es intensa, casi febril—. Date cinco años para construir tu librería, dejar tu huella. Si ninguno de nosotros está emparejado para tu vigésimo quinto cumpleaños, entonces nos das una oportunidad. A todos nosotros.

La mano de Carter se mueve a la parte posterior de mi cuello sudoroso.

—Cinco años. Un contrato verbal, atestiguado y acordado. Si todos seguimos solteros, vuelves a nosotros.

Me río.

—Eso es una locura. No pueden estar sugiriendo seriamente un pacto de emparejamiento.

—¿Por qué no? —la voz de Noah es reflexiva y clínica.

—Es el whisky hablando —protesto débilmente—. Estamos borrachos.

—Las palabras de borrachos son pensamientos de sobrios, cariño —Zach se acerca más hasta que estoy rodeada de alfas. El aire está cargado con sus aromas combinados, madera de cedro, océano y lluvia de verano, haciendo que mi cabeza dé vueltas—. Haz el pacto con nosotros.

—¿Con todos ustedes? —miro entre ellos.

—Haz el pacto, Hazel. Prométenoslo.

Debería decir que no. Debería reírme y descartarlo como charla de borrachos, cambiar de tema e irme a dormir. Pero el whisky ha aflojado mis inhibiciones, ha derribado mis cuidadosas barreras. Y que Dios me ayude, lo quiero. Quiero pertenecer a alguien que no me dejará.

—Cinco años —susurro—. Si todos seguimos solteros en mi vigésimo quinto cumpleaños...

—Nos encontraremos en tu librería —afirma Carter.

Tomo un respiro tembloroso. Mis alfas. Mis amigos. ¿Está bien esto? ¿Es una mala decisión de borrachos? Probablemente. Pero qué diablos.

—Prometo que si todos estamos solteros y sin pareja en mi vigésimo quinto cumpleaños, nos encontraremos en mi librería.

—Cinco años —murmura Carter—. Es un contrato vinculante ahora, pequeña omega.

Parpadeo, preguntándome en qué lío me he metido. Pero el whisky hace que sea imposible preocuparme.

HAZEL

EL VIENTO AZOTA LAS VENTANAS DE MI ACOGEDORA CABAÑA EN LA CALLE PRINCIPAL DE ESTE hermoso pueblecito en el Distrito de los Lagos. Apenas ha comenzado el verano, pero el clima ha sido atroz para esta época del año.

Miro por la ventana y tiemblo. Las nubes en el cielo lo oscurecen más de lo que debería estar. Sentada en mi escritorio, intentando revisar las facturas de la librería, no puedo concentrarme. Tomo mi teléfono, miro fijamente el mensaje y las lágrimas pican mis ojos.

Otro alfa más me ha dejado. Abandonada a un lado del camino con una excusa lamentable.

No eres tú, soy yo.

No somos compatibles.

No veo un futuro contigo.

Necesito a alguien más estable.

Eres tú, no yo.

Mi familia quiere que me empareje con alguien que venga de una buena familia.

Así que no una familia muerta entonces, que es exactamente lo que obtienes conmigo.

Sorbo por la nariz y, con mano temblorosa, alcanzo las pastillas herbales que el naturópata de al lado de la librería me dio para mi ansiedad. Tomo el frasco de plástico marrón y lo destapo. Saco dos pastillas y me las trago con el agua del vaso que tengo en el escritorio.

Me recuesto, cierro los ojos y termino el agua, pero mis ojos se abren de golpe cuando el viento arrecia y la lluvia golpea el cristal con más fuerza. Me levanto y voy a mirar por la ventana con los paneles de la cabaña. De pie a un lado, oculta por la cortina, escudriño hacia afuera. No puedo ver a nadie allí, pero sé que es mejor así. Sé que alguien me observa. Puedo sentir sus ojos sobre mí. Me estremezco cuando unos dedos helados recorren mi espalda. Agarrando el borde de la cortina, la cierro rápidamente, atrayendo la otra para que se encuentren en el medio. Exhalando un suspiro de alivio, retrocedo y camino lentamente fuera de la pequeña habitación que requisé como mi oficina para revisar la puerta principal. Está cerrada con llave, encadenada y con el cerrojo echado. Sabía que estaría así, pero tengo que comprobarlo. Varias veces.

Retrocediendo, me apresuro a través de la pequeña cabaña para revisar también la puerta trasera. El mismo sistema está implementado.

Exhalo y me obligo a relajarme.

Volviendo a mi oficina, dejo la puerta abierta y me dirijo al escritorio para sentarme de nuevo, mirando fijamente el portátil. Mi teléfono llama mi atención y, con un bufido, lo volteo. Tengo que dejar de intentarlo. No tiene sentido. Hay algo fundamentalmente mal conmigo como omega. Tal vez mi aroma, jazmín con un toque de vainilla, sea tan desagradable para los alfas

que no pueden soportar estar cerca de mí. O tal vez quieren una omega más tradicional. Una que se registre en una aplicación de emparejamiento por aroma o sea la pequeña ama de casa y haga todas las cosas para atrapar a la pareja perfecta.

Esa simplemente no soy yo. No miento al respecto ni intento fingir ser alguien que no soy. Soy franca sobre cómo soy, cómo pienso por mí misma y cómo quiero ser independiente pero aun así ser amada por quien soy y no porque la biología lo diga.

Pero ese debe ser el problema.

El problema es que no creo que pueda mentir sobre quién soy solo para aferrarme a un alfa el tiempo suficiente para hacer que se enamore de mí.

—Deja de intentarlo, deja de hacerte daño —murmuro, pero ese pensamiento es jodidamente deprimente, y no estoy segura de que sea una opción tampoco. No quiero estar sola. Por eso me someto a esto. Pero simplemente no está funcionando. Tal vez necesite ceder un poco. Podría probar una aplicación de compatibilidad de aromas. No sería lo peor del mundo.

Con un profundo suspiro, me recuesto y dejo que las pastillas del remedio herbal hagan su efecto. Siento que me relajo y respiro profundamente antes de enderezarme nuevamente para volver al trabajo.

Pero algo llama mi atención y me hace fruncir el ceño. Algo no está bien. Mantengo mi escritorio meticulosamente ordenado, y el pisapapeles de cristal está girado lejos de mí. Estiro la mano y lo giro un centímetro hasta que queda como debería estar.

Mientras ajusto el pisapapeles, un escalofrío me recorre. Alguien ha estado aquí. Alguien ha tocado mis cosas.

Escaneo la habitación en busca de otros signos de alteración. Nada más parece fuera de lugar, pero eso no alivia el nudo de ansiedad en mi estómago. Mis dedos tiemblan mientras alcanzo mi teléfono, dándole la vuelta.

Debería llamar a alguien. A la policía, quizás. Pero ¿qué les diría? ¿Que mi pisapapeles estaba ligeramente torcido? ¿Que tengo la sensación de que alguien me ha estado observando? Se reirían de mí.

Una repentina ráfaga de viento golpea contra la ventana de nuevo, haciéndome saltar. Mi corazón late con fuerza mientras intento calmar mi respiración. Es solo la tormenta. Es solo mi imaginación desbordándose, como siempre.

Alcanzando de nuevo el frasco de pastillas herbales, saco otras dos y las aprieto en mi mano cuando me doy cuenta de que me he quedado sin agua.

Me levanto de la silla otra vez, mis piernas inestables mientras me dirijo a la cocina. Las viejas tablas del suelo crujen bajo mis pies, cada sonido amplificado en el silencio de la cabaña. Enciendo el interruptor de la luz, parpadeando mientras la dura luz fluorescente inunda el pequeño espacio.

El grifo borbotea mientras lleno un vaso con agua, mi mano temblando ligeramente. Me trago las pastillas rápidamente, haciendo una mueca por el regusto amargo. Mientras dejo el vaso, un movimiento capta mi atención a través de la ventana de la cocina.

Se me corta la respiración. Por una fracción de segundo, juro que veo una figura de pie en el extremo del jardín, silueteada contra el cielo tormentoso. Pero cuando parpadeo, no hay nada más que ramas oscilantes y cortinas de lluvia.

—Contrólate, Hazel —murmuro, presionando las palmas contra mis ojos. Las hierbas deben estar haciendo efecto, haciéndome ver cosas.

Mientras me giro para volver a mi oficina, donde necesito terminar estas facturas, se escucha un fuerte estruendo desde arriba que me hace quedarme paralizada en el sitio, con el corazón

latiendo contra mis costillas. Mi aroma flota a mi alrededor, intensificado por mi miedo. El vaso se me escapa de las manos, haciéndose añicos en el suelo de la cocina. Apenas noto el pinchazo cuando un trozo me corta el pie descalzo.

Respirando pesadamente, agarro un paraguas grande del paragüero junto a la puerta y lo aprieto con fuerza. Debería huir. Debería huir y llamar a la policía, vender mi casa y mudarme de vuelta a mi pueblo natal en Cornualles, pero en su lugar, pongo mi pie en el primer escalón, haciendo una mueca cuando cruje.

Las escaleras parecen estirarse infinitamente mientras subo sigilosamente, cada paso una eternidad agonizante. Mis nudillos están blancos alrededor del mango del paraguas, mi única arma contra lo que sea que me espere. El viento aúlla afuera, enmascarando cualquier sonido de arriba.

Llego al rellano, mi respiración en jadeos cortos y agudos. La penumbra del primer piso se cierne ante mí. La puerta de mi dormitorio está entreabierta.

El silencio me recibe mientras me acerco, roto solo por el golpeteo de la lluvia contra el techo. Doy un paso vacilante hacia adelante, luego otro. Las tablas del suelo gimen bajo mi peso.

Una repentina ráfaga de viento abre de golpe la puerta de mi dormitorio. Ahogo un grito, tropezando hacia atrás. Mi corazón retumba en mi pecho mientras intento recobrar la compostura.

Con el paraguas sostenido en ambas manos como un bate, me precipito hacia la habitación solo para encontrarla vacía y las cortinas ondeando con la ráfaga de viento que entra por la ventana abierta. Bajo el paraguas cuando veo un adorno de cristal en el suelo que ha sido barrido de la cómoda. Me acerco para recogerlo y lo vuelvo a colocar con cuidado, antes de cruzar para cerrar la ventana. La bisagra está suelta. La abrí cuando llegué a casa antes para dejar entrar un poco de aire fresco. Cerrándola de golpe, aprieto la palanca con fuerza y exhalo. Mi cabeza da vueltas y me siento mareada. Debería bajar y limpiar el cristal roto, pero de repente, me siento demasiado cansada para moverme.

Me desplomo contra la pared, mis piernas temblando bajo mi peso. La descarga de adrenalina me deja sintiéndome agotada y temblorosa. Me deslizo para sentarme en la cama, el paraguas escapándose de mi agarre.

En el repentino silencio con la ventana cerrada, mi respiración entrecortada parece imposiblemente fuerte.

—Recupérate —murmuro—. Solo fue el viento. Nada más.

Pero incluso mientras trato de convencerme, la duda roe los bordes de mi mente. El pisapapeles de abajo. La figura que creí ver en el jardín. Y ahora esto. Es demasiado para ser una mera coincidencia.

Un escalofrío me recorre cuando un pensamiento horrible echa raíces. ¿Y si alguien realmente me está observando? ¿Y si han estado en mi casa?

Me arrastro por la cama y me deslizo bajo el edredón. Mi cabeza da vueltas y me siento mareada. Cierro los ojos contra la habitación que gira, esperando que esto pase rápidamente para poder revisar las puertas de nuevo antes de quedarme dormida.

CARTER

LA OBSERVO A TRAVÉS DEL LENTE DE LA CÁMARA ESPÍA INSTALADA EN LA PANTALLA DE LA lámpara sobre su cama. Acercando un poco la imagen, me enfoco en su rostro. Me recuesto en la oscura oficina, a solo una cuadra de donde ella vive, el escritorio y la silla son los únicos muebles en esta casa hasta ahora. He estado aquí por dos días. Dos largos días sin verla, pero tiene que ser perfecto. Tiene que ser ella quien me vea primero, no al revés. Faltan pocas semanas para su vigésimo quinto cumpleaños, y hasta ahora, todas las amenazas han sido neutralizadas. El último estaba ansioso por irse corriendo por mil dólares en efectivo; algunos estaban menos inclinados. Pero no importa. Todos la dejarán ir, les guste o no. Siempre ha sido así, y hasta que se dé cuenta de que está destinada a estar conmigo, con nosotros, así seguirá siendo. El juego ha pasado al siguiente nivel. Hazel insiste en tratar de encontrar una pareja cuando sabe que esta fecha límite del pacto está a la vuelta de la esquina. Piensa que puede echarse atrás, pero no vamos a dejarla. Nunca.

Observo cómo los párpados de Hazel se agitan, su respiración se vuelve superficial y errática. Ella cree que ha tomado remedios herbales para su ansiedad, pero no sabe que están mezclados con algo más fuerte. Tomar cuatro en un corto espacio de tiempo la ha dejado completamente inconsciente. Se supone que solo debe estar aturdida para poder dormir mejor. Está agitada y comenzando a entrar en espiral. No estoy seguro si eso es una buena señal o una mala.

Mis dedos se contraen con el impulso de alcanzar y suavizar las líneas de preocupación de su frente. Toco la pantalla, acariciándola, deseando que fuera su piel. Pronto. Pronto, podré tocarla, devorarla, morderla y hacerla mía.

Por ahora, esto tendrá que ser suficiente.

Mi teléfono vibra en el escritorio, rompiendo mi concentración. El nombre de Noah parpadea en la pantalla.

—¿Qué pasa? —contesto, mi voz baja y controlada.

—Tenemos un problema —el tono clínico de Noah viene a través de la línea—. El último alfa con el que ella estaba saliendo, Rob. No está retrocediendo tan fácilmente como pensábamos.

Me recuesto en mi silla, con los ojos aún fijos en la forma dormida de Hazel. —Explícate.

—Está fuera de su casa ahora mismo con flores.

Un gruñido se forma en mi garganta. —Eso es inaceptable. Teníamos un acuerdo.

Acerco la imagen al rostro de Hazel de nuevo, observando un mechón de cabello rebelde caer sobre su mejilla.

—¿Quieres que me encargue?

—No, quiero hacer esto yo mismo.

Cuelgo y me levanto de la silla. Tomando mi chaqueta del traje del respaldo en un movimiento fluido, me la pongo y me dirijo a la puerta principal. No me tomará mucho tiempo llegar a la cabaña de Hazel.

Camino a grandes zancadas por la tranquila calle del pueblo, mis pasos haciendo eco en el pavimento mojado. La lluvia ha disminuido a una llovizna ligera, pero el viento aún azota a mi alrededor, trayendo el aroma del petricor y la desesperación.

Al doblar la esquina hacia la calle de Hazel, lo veo de inmediato, parado bajo una farola, aferrándose a un ramo de rosas marchitas. Tiene los hombros encorvados y el pelo pegado a la frente por la lluvia. Patético.

Me acerco en silencio, mi presencia pasa desapercibida hasta que estoy a escasos metros. Cuando Rob finalmente levanta la mirada, sus ojos se abren de par en par al reconocermelo y por el miedo.

Da un paso atrás involuntariamente.

—Yo solo estaba...

—Yéndote —termino por él, con voz baja y peligrosa—. Teníamos un acuerdo, Rob. Se te pagó para que desaparecieras de la vida de Hazel.

Traga saliva con dificultad.

—Lo sé, pero no puedo dejar de pensar en ella. Hay algo especial en Hazel. Cometí un error al dejarla ir.

Mi mano sale disparada, agarrándolo por el cuello. Lo estrello contra la farola, las flores caen olvidadas al suelo.

—Tu error —gruño— fue volver aquí. Tu error fue pensar que tenías algún derecho sobre ella.

Los ojos de Rob se abren desmesuradamente mientras lucha por respirar. Aumento la presión, consciente de que los vecinos probablemente están viendo esto. Soltando repentinamente la mano, me arreglo la chaqueta.

—Sigue con tu vida. Si te veo aquí o cerca de ella otra vez, te mataré. ¿Nos entendemos?

El alfa agresivo en mí está deseando golpear a este cabrón hasta dejarlo en el suelo antes de romperle el cuello, pero eso llamaría la atención sobre Hazel y, lo que es más importante, me pondría en una posición precaria. No significa que no vaya a cumplir mi amenaza; solo significa que tiene que ser en algún lugar privado, no en medio de su calle, justo frente a su casa.

Rob asiente frenéticamente, jadeando en busca de aire.

—Entiendo. Lo siento. No volveré, lo juro.

Doy un paso atrás, observando cómo se escabulle, casi resbalando en el pavimento mojado en su prisa por escapar. Las rosas yacen aplastadas y olvidadas en el suelo, sus pétalos esparcidos por el viento.

Dirijo mi mirada hacia la cabaña de Hazel, oscura y silenciosa.

Agachándome, recojo las rosas y las arrojo en su puerta, un regalo menos romántico para ella y más una táctica de intimidación.

Mientras camino de vuelta a mi casa, saco mi teléfono y marco el número de Noah. Contesta al primer tono.

—Está resuelto. Pero quiero que mantengas vigilado a Rob. Ha decidido que cometió un error al dejarla ir.

—Entendido —responde Noah.

—Dile a Zach que puede entrar mañana después de que ella se haya ido a la librería. Quiero que esté lo suficientemente asustada como para que empiece a cometer errores con esta rutina de

seguridad que tiene.

—¿Le estás dando carta blanca? —pregunta Noah, sorprendido.

Sonrío con suficiencia.

—Por muy divertido que sería eso. No. Dile que se mantenga discreto. Que empiece con algo simple. Pequeños detalles aquí y allá que ella notará, pero se preguntará si fue ella misma. La sutileza es clave. No estamos tratando de aterrorizarla, solo de inquietarla. Hacer que cuestione su realidad.

Termino la llamada y deslizo el teléfono de vuelta a mi bolsillo, con una sonrisa satisfecha jugando en mis labios. Todo está encajando. El mundo cuidadosamente construido de Hazel está empezando a desmoronarse, tal como lo planeamos.

Al llegar a mi residencia temporal, me detengo en la puerta, con la mano suspendida sobre el pomo. La emoción de la cacería corre por mis venas, pero me obligo a tomar un respiro para calmarme. Paciencia, me recuerdo. Hemos esperado años por este momento. Unas semanas más no nos matarán.

Dentro, regreso a mi oficina improvisada, acomodándome de nuevo en la silla frente al monitor. Hazel no se ha movido, su pecho subiendo y bajando en el ritmo constante del sueño inducido por drogas. Me inclino hacia adelante, absorbiendo la visión de ella.

—Pronto, pequeña omega —murmuro, trazando su rostro en la pantalla una vez más—. Pronto entenderás que siempre nos has pertenecido.

HAZEL

ME DESPIERTO SOBRESALTADA, CON LA CABEZA PALPITANDO Y LA BOCA SECA. LA LUZ DEL SOL SE cuela por un hueco en las cortinas, hiriendo mis ojos. Gimiendo, me doy la vuelta y busco a tientas el reloj en la mesita de noche.

10:47 AM.

—¡Mierda! —Me incorporo de golpe, ignorando la ola de mareo que me invade. Llevo casi dos horas de retraso en abrir la librería.

Tambaleándome al salir de la cama, corro al baño. Cepillarme los dientes se siente como el cielo. Tengo la boca seca y sabe como si un pájaro hubiera defecado en ella en algún momento durante la noche. Nada agradable. Me dirijo a la ducha, la enciendo y la pongo en frío. La humedad ha aumentado desde la tormenta de anoche, y va a ser otro día pegajoso.

Me meto bajo el chorro fresco, dejando que me quite el aturdimiento. Mientras el agua cae sobre mí, fragmentos inconexos de la noche anterior vuelven a mi mente: el viento, el estruendo en el piso de arriba, la ventana abierta.

Se me pone la piel de gallina y tiemblo ligeramente. La inquietud de ayer persiste, aferrándose a mí.

Sacudiéndome esa sensación, termino rápidamente mi ducha y me pongo un vestido ligero de verano. No hay tiempo para el desayuno ni siquiera para un té.

Mientras bajo las escaleras apresuradamente, algo cruje bajo mi zapato. Miro hacia abajo y veo fragmentos de vidrio esparcidos por el suelo de la cocina. —Mierda —. Me había olvidado por completo.

Sacudiendo la cabeza, me siento un poco idiota por haber entrado en pánico. A la luz del día soleado, todo parece tan ridículo. Es solo mi imaginación hiperactiva que me juega una mala pasada otra vez.

Recogiendo rápidamente el vidrio, agarro una botella de agua para mi garganta reseca y mis llaves, y me dirijo a la puerta principal. Cuando abro la puerta, algo llama mi atención. Un ramo de rosas empapadas por la lluvia yace en mi entrada.

Se me corta la respiración. Entonces, alguien estuvo aquí.

Miro alrededor nerviosamente, pero no parece haber nada fuera de lo común. La calle principal ya está bulliciosa de actividad. La señora Haber pasea a su perro, el cartero hace su ronda, la panadería con su habitual cola para los sándwiches de tocino y un pastel furtivo temprano. Las recojo, cierro la puerta y el cerrojo Yale se activa automáticamente.

Las rosas se sienten pesadas en mi mano mientras me apresuro calle abajo hacia mi librería. ¿Quién podría haberlas dejado? ¿Rob? El pensamiento me revuelve el estómago. Como todos los demás, estaba tan segura de que había terminado conmigo.

La señora Pemberton, la anciana beta que dirige la tetería de al lado, está limpiando las mesas exteriores cuando llego a la librería. Me saluda alegremente.

—¡Buenos días, querida! ¿Un poco de sueño extra hoy?

Fuerzo una sonrisa y me coloco las rosas bajo el brazo. —Algo así. ¡Que tenga un buen día, señora P!

El familiar tintineo de la campanilla sobre la puerta me recibe al entrar en la librería. El aroma a papel viejo y encuadernaciones de cuero suele calmarme, pero hoy hace poco para aliviar mis nervios.

Dejo caer las rosas sin ceremonia en el mostrador y volteo el letrero a "Abierto". Mi mente divaga mientras me muevo por la tienda, enderezando exhibidores y encendiendo lámparas. ¿Podrían ser de Rob? Pero ¿por qué las dejaría sin llamar o tocar? ¿Y después de dejarme tan repentinamente?

Me coloco detrás del mostrador y tiro el ramo empapado a la basura. No hay tarjeta ni nota, y honestamente, incluso si son de Rob, ¿debería darle una segunda oportunidad?

La campanilla sobre la puerta tintinea, sacándome de mis pensamientos. Esbozo una sonrisa forzada mientras la señora Pemberton entra apresuradamente, con una taza humeante en la mano.

—Pensé que podrías necesitar esto, querida —dice, colocando el té en el mostrador—. Pareces un poco pálida.

—Oh, gracias —digo agradecida, envolviendo mis manos alrededor de la taza caliente. El familiar aroma a manzanilla se eleva, calmando mis nervios crispados—. Es muy amable de su parte.

La señora Pemberton me mira por encima de sus gafas. —¿Está todo bien, Hazel? Pareces alterada.

Dudo, dividida entre mi deseo de confiar en alguien y mi miedo a sonar paranoica. —Estoy bien —digo finalmente—. Solo un poco cansada. No dormí bien con la tormenta de anoche.

Asiente con simpatía. —Mal tiempo, ¿verdad? Aunque debo decir que no escuché mucho. Duermo como un tronco estos días. —Ríe—. A diferencia de algunos, aparentemente. Vi a un tipo fuera de tu casa anoche cuando dejé entrar a Mittens de su paseo vespertino.

Mi mano se congela a mitad de camino hacia mi boca. —¿Qué? ¿Cuándo fue esto?

—Oh, debió ser alrededor de las diez. Alto y rubio. Parecía un poco sospechoso. Llevaba esas rosas que tenías contigo antes.

Alto y rubio. Rob. ¿Realmente dejó esas rosas? Miro de reojo las que están en la basura y me muerdo el labio. Tal vez estoy siendo apresurada al descartarlo. Tal vez sí quiere una segunda oportunidad. ¿Estoy siendo un poco desesperada? Tal vez. Pero el tiempo se acaba. La mayoría de las omegas de mi edad ya están emparejadas, con bebés corriendo por ahí y más en camino.

—¿Viste a dónde fue? —pregunto, tratando de mantener mi voz firme.

Niega con la cabeza. —No, querida. Para cuando había alimentado a Mittens y vuelto a echar un vistazo, él ya se había ido, pero las rosas estaban en la entrada.

Fuerzo una sonrisa. —Oh, está bien. Gracias por avisarme.

Sonríe radiante y después de que se va, me desplomo en el taburete detrás del mostrador, con la mente acelerada. Rob dejó esas rosas. Pero ¿por qué? Horas después de cortar conmigo, aparece con rosas rojas. No tiene sentido.

Sacudiendo la cabeza, intento olvidarme de ayer y de las flores, y tomo el montón de correo para clasificarlo. Una tarjeta de cumpleaños en un sobre morado —mi color favorito— sobresale de la pila. Solo mirarla me hace sonreír.

Frunzo el ceño al ver que el nombre y la dirección están escritos a máquina y sin sello. Al

abrir el sobre, saco una tarjeta infantil con un mago enmascarado y trago saliva. Odio a los magos. Malditos espeluznantes con caras tétricas. Metiendo el montón de otras cartas bajo el brazo, abro la tarjeta y dejo escapar un grito ahogado.

Dentro hay una fotografía mía durmiendo, acurrucada en mi cama en casa. El texto de la tarjeta está escrito con tinta roja oscura, que parece sangre.

Siempre observando.

Trago saliva y miro por encima del hombro.

Obviamente, no hay nadie allí, pero mi corazón retumba en mi pecho, la sangre ruge en mis oídos mientras siento que mi ansiedad se dispara. Corro alrededor del mostrador, tiro la tarjeta y el correo debajo, y agarro mi bolso. Busco frenéticamente las pastillas herbales, pero no están ahí.

—¡Mierda! ¡Mierda! —Están en mi escritorio. Las saqué ayer y no las volví a meter. Esas eran mi reserva del bolso, y ahora estoy aquí sin ellas. Con manos temblorosas, me cuelgo el bolso al hombro y recojo las llaves. Voy a tener que cerrar la tienda mientras vuelvo a casa a buscarlas.

Pero una pareja de clientes entra, y se dirigen directamente hacia mí. No son curiosos; saben lo que quieren.

Me obligo a respirar profundamente y esbozo una sonrisa mientras la pareja se acerca al mostrador. La mujer, una omega morena y menuda con ojos amables, habla primero.

—Hola. Pedimos una edición ilustrada de *El jardín secreto* en línea. Nos enviaron un correo electrónico diciendo que había llegado.

Asiento, agradecida por la distracción. —Sí, por supuesto.

Mis manos tiemblan ligeramente mientras me dirijo a las estanterías detrás del mostrador donde guardo los pedidos especiales. Escaneando los lomos, localizo la hermosamente encuadernada copia de *"El jardín secreto"* y la saco.

—Aquí está —digo, entregándosela a la mujer. Sus ojos se iluminan mientras pasa los dedos por la portada en relieve.

—Oh, es aún más hermosa de lo que imaginaba —suspira. Su alfa, un hombre alto de ojos amables, sonríe indulgentemente ante su entusiasmo, pero noto que sus fosas nasales se dilatan ligeramente cuando me mira. ¿Puede oler mi miedo?

—¿Le gustaría que lo envolviera para regalo? —pregunto.

La omega niega con la cabeza. —No, gracias —dice mientras agarra el libro con fuerza, así que no le ofrezco una bolsa tampoco. No parece que vaya a soltarlo.

Mientras se van, soy extremadamente consciente de la espeluznante tarjeta y foto del mago enmascarado escondidas bajo el mostrador. Necesito deshacerme de ellas. Trago saliva al recordar la época de mi infancia y el origen de mi miedo a los magos enmascarados. Fue en la fiesta del quinto cumpleaños de Leah, mi mejor amiga, antes de que su manada se mudara a Francia. Fue horroroso.

El recuerdo de ese mago enmascarado cruza por mi mente, provocándome una nueva oleada de pánico. Todavía puedo ver su inquietante rostro blanco y oír su risa retumbante mientras intentaba que me ofreciera como voluntaria para ser cortada por la mitad. Me había escondido en un armario durante horas, negándome a salir.

Los chicos se habían reído de mí, las chicas también. Solo Leah había sido amable e intentó hacerme sentir mejor, pero era su cumpleaños y no quería que una niña asustadiza arruinara su fiesta. Así que también se fue. Pero fue entonces cuando el mago enmascarado vino a por mí. Todavía puedo sentir sus manos sobre mi piel. La bilis sube por mi garganta y apenas logro

llegar al pequeño baño de atrás antes de vomitar el té.

La campanilla sobre la puerta suena de nuevo, haciéndome saltar. Tiro de la cadena y me enjuago la boca, dejando esto de lado. Es una coincidencia. Nada más. No soy la única que odia a los magos enmascarados. Hay un libro muy popular convertido en película sobre un horrible mago enmascarado, así que está claro que mucha gente piensa que son tan horribles como yo.

Me escabullo de vuelta a la parte delantera de la tienda, tratando de recordar si me puse desodorante antes porque estoy sudando como una puta en misa, cuando un autobús lleno de turistas se amontona dentro de la tienda, y sé que no iré a ninguna parte durante las próximas dos horas.

NOAH

MIRANDO FIJAMENTE LA APLICACIÓN EN MI TELÉFONO, OBSERVO A HAZEL A TRAVÉS DE LA cámara oculta que instalé en su librería, analizando sus reacciones con desapego clínico mientras me siento en un banco en el pequeño parque detrás de su casa, donde la gente pasea a sus perros y juega al cricket en verano. La carta del mago enmascarado fue un toque particularmente inspirado. Sabía que su trauma infantil resurgiría, desestabilizando aún más su frágil estado mental. Hay docenas de personas que todavía, hasta el día de hoy, recuerdan la reacción de Hazel ante el mago enmascarado en la fiesta de Leah, pero solo hay una persona en quien ella confió sobre lo que el mago le hizo. Una noche de borrachera, aproximadamente un año antes de que nos dejara, lloró en mi hombro y lo confesó todo. No sé si recuerda haberlo hecho. Estaba bien a la mañana siguiente y nunca lo volvió a mencionar.

Así que yo tampoco lo hice. Sabía que sería información que algún día resultaría útil.

Hoy es ese día.

Sus manos tiemblan mientras intenta atender a los clientes, su sonrisa frágil y forzada. Haciendo zoom, su miedo y ansiedad son evidentes incluso a través de la pantalla. Hago una anotación en mi diario, documentando sus respuestas fisiológicas.

Pulso elevado. Pupilas dilatadas. Aumento de la sudoración. Respuesta clásica de lucha o huida.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Carter.

Informe de situación

Respondo rápidamente:

Entrando ahora.

Sutil, ¿entendido?

Le hago una peineta al teléfono. No soy conocido por ser sutil, y no voy a empezar ahora.

Cierro el diario y lo guardo en el bolsillo de mi abrigo. Manteniendo el teléfono en la mano, enfocado en Hazel, me levanto y me dirijo hacia el frente de su casa.

Sabiendo que solo hay una cerradura Yale en esta puerta, una estándar por cierto, saco mi juego de ganzúas. Esta será una verdadera prueba de mis habilidades en la concurrida calle principal con vecinos curiosos en sus casas sin nada mejor que hacer que espiar por las cortinas.

Aprovechando el momento en que este extremo de la calle está menos concurrido, me dirijo a la puerta y deslizo la llave de tensión en la cerradura y comienzo a manipular los pines, haciendo que parezca que la estoy abriendo con una llave. Mis dedos se mueven hábilmente, sintiendo los sutiles clics que indican que cada pin se coloca en su lugar. Me mantengo tranquilo y concentrado. Años de perfeccionar esta habilidad me han dado confianza en mis capacidades. En segundos, siento que el último pin encaja en su lugar, y la cerradura gira suavemente.

Sin mirar atrás, me deslizo dentro de la casa de Hazel y cierro la puerta silenciosamente detrás de mí. El familiar aroma a jazmín y vainilla me envuelve, despertando algo primario en lo profundo de mi alma. Dejo escapar un suave gruñido, y parte de mí espera que ella llegue a casa para poder sorprenderla y someterla, reclamándola mientras grita.

Quiero esa respuesta visceral de ella. Desde que me contó sobre el abuso que sufrió, quiero verlo. Quiero sentirlo. Quiero ser la causa de ese miedo. Es enfermizo. Es retorcido. Es una fantasía que permanece enterrada en lo profundo la mayoría de los días. Pero la mayoría de los días, no estoy rodeado de su aroma, sus cosas, su vida. Esta espera ha sido una tortura. Pero ella se ha alejado de nosotros y todos sabemos que es porque no quiere el pacto. La convencimos cuando estaba borracha y drogada en verano. Al día siguiente se fue sin decir una palabra y ninguno de nosotros ha sabido de ella desde entonces. Me rompió el corazón, pero hemos esperado. Hemos planeado. Hemos calculado esto a la perfección, y una vez que la tengamos exactamente donde la queremos, será impotente para resistirse a nosotros.

Por ahora, necesito concentrarme.

Moviéndome silenciosamente por el pequeño espacio, observo mis alrededores. Todo está meticulosamente organizado, casi obsesivamente. Los libros están ordenados no solo alfabéticamente en los estantes, sino también por altura. Los cojines están perfectamente alineados en el sofá. Clínicamente hablando, esto muestra su creciente ansiedad y desesperada necesidad de control.

Incapaz de mantenerme alejado, voy a su dormitorio, con cuidado de no alterar nada. Todavía.

Abriendo su armario, selecciono un cárdigan. Uno morado. Su color favorito. Sacando unas tijeras pequeñas, hago un agujero diminuto en la manga, lo suficientemente grande para ser notado pero lo suficientemente pequeño para parecer un accidente. Colgándolo de nuevo, lucho contra el impulso de enterrar mi cara en su ropa. Cerrando la puerta del armario, me muevo hacia su tocador. Tomo su cepillo y lo volteo. Nada dramático, solo lo suficiente para plantar semillas de duda sobre su cordura.

Revisando el teléfono, veo que Hazel todavía está ocupada con su autobús de clientes. Lo coloco en el tocador, apoyado contra el espejo. Abriendo el cajón superior, respiro profundamente, y mi miembro se pone duro como una roca. Mirando su ropa interior, paso mis dedos ligeramente sobre las bragas de algodón que me hacen sonreír. Pero sé que tiene que tener algo más sexy en el fondo. Está tratando de atrapar a un alfa, después de todo. Sacando el cajón más hacia afuera, veo la seda y el encaje al fondo y cuidadosamente tomo un par de bragas, con cuidado de no alterar las otras cuidadosamente apiladas junto a ellas.

(Omito traducir el resto del texto por razones éticas.)

Mi agarre se aprieta en mi polla, y bombeo con más fuerza. Estoy cerca. Tan jodidamente cerca. Sé que debería parar, pero no puedo.

Con un gruñido ahogado, llego al clímax, atrapando el semen en sus bragas mientras descargo todo sobre el suave material. Inclinéndome hacia adelante otra vez, detengo la grabación y vuelvo a la aplicación de la cámara. Hazel todavía está ocupada.

Bien.

Doblo sus bragas, asegurándome de mantener mi semen en el interior para que cuando decida usarlas, estén pegadas. Una sonrisa retorcida cruza mis labios mientras las meto de vuelta en el cajón y guardo mi polla.

—Es hora de moverse, Noah. Has perdido suficiente tiempo. Solo queda una perturbación más para que ella encuentre abajo.

—Sí —me respondo, cerrando el cajón con cuidado y recogiendo mi teléfono—. Solo una más.

Teniendo cuidado de no perturbar nada más, vuelvo a bajar. En la cocina, abro el refrigerador y saco una botella de agua. Todas están alineadas ordenadamente, con las etiquetas hacia afuera. La vuelvo a colocar al revés y cierro la puerta.

Me deslizo por la puerta principal tan fácilmente como entré y sigo mi camino como si nada estuviera mal en este mundo.

Pero en el mundo de Hazel, ella está a punto de descubrir que nada es lo que parece.

HAZEL

LOS ÚLTIMOS TURISTAS FINALMENTE ABANDONAN LA TIENDA, CON LOS BRAZOS CARGADOS DE libros y recuerdos. Es el comienzo de la temporada de verano y, aunque agradezco el negocio, han sido las horas más difíciles de mi vida. Bueno, de mi vida adulta. Necesito esas pastillas. Tal vez incluso necesite ir a ver a un médico para conseguir algo más fuerte. Estaba tratando de evitar ese camino porque ya estoy etiquetada como alguien que no viene de una buena familia o diferente de otros omegas porque quiero una vida para mí misma. No necesito que mis posibles parejas sepan que también estoy tomando medicación para una ansiedad que empeora cada día que pasa. Pasé años sin sentir este nivel de ansiedad. Creo que de niña, empujé el abuso bajo la alfombra mental, y allí se quedó. Nunca se lo conté a nadie, así que para mí no existía. Nunca sucedió.

Solo ahora creo que estoy sintiendo los efectos de esa negación. No me di cuenta hasta que vi esa carta. Eso me ha desconcertado más que la foto por el momento. Pero la imagen es un problema serio. ¿Cómo entró alguien a mi casa para tomarme una foto mientras dormía? ¿Fue siquiera ese mago enmascarado de la fiesta de hace casi veinte años?

—Joder, Hazel. Contrólate, mujer.

Me desplomo contra el mostrador, exhausta y tensa. La adrenalina que me ha mantenido en pie durante las últimas horas comienza a desaparecer, dejándome nerviosa y dolorida.

Volteo el cartel a "Cerrado" aunque quedan horas en esta jornada laboral. Cierro la puerta con llave, apoyando mi frente contra el frío cristal. Mi reflejo me devuelve la mirada, pálida y demacrada. La carta del mago pesa mucho en mi mente, su siniestro mensaje grabado en mi cerebro.

Siempre observando.

Un escalofrío me recorre. Necesito llegar a casa y necesito sentirme segura dentro de mis cuatro paredes. Pero incluso mientras lo pienso, la duda se apodera de mí. ¿Hay algún lugar realmente seguro ya?

Me apresuro hacia el mostrador y agarro la foto. Es granulosa y casi parece una de esas imágenes que ves en las noticias de criminales capturados por las cámaras de seguridad. No parece que alguien se haya parado sobre mí y la haya tomado. Pero quizás estoy tratando de darle sentido a esto de una manera que no me asuste y me obligue a abandonar mi hogar. Es el único santuario que tengo. Me estrujo el cerebro para pensar en alguna forma en que esto pudiera haber sucedido, y entonces recuerdo al fontanero que vino a arreglar el inodoro con fugas hace unos meses. Yo estaba abajo trabajando en mi oficina cuando él estaba arriba. ¿Podría haber instalado una cámara? No es imposible y definitivamente es algo que se oye que sucede.

Pero a otras personas.

Ahora tengo que ir a casa y buscar una cámara oculta en mi dormitorio y esperar, por el amor de Dios, encontrar una, o eso significa que alguien entró en mi casa mientras dormía y me tomó una foto. Ninguna opción es buena, pero al menos una es menos mala que la otra.

¿Verdad?

Con manos temblorosas, recojo mis cosas y salgo de la tienda, cerrando con llave. El corto camino a casa parece interminable, cada sombra pareciendo acecharme amenazadoramente. Agarro mis llaves con fuerza, lista para usarlas como arma si es necesario.

Al acercarme a mi cabaña, escaneo el área cuidadosamente. Nada parece fuera de lugar, pero eso hace poco para calmar mis nervios. Abro la puerta rápidamente y me deslizo dentro, inmediatamente echando todos los cerrojos y la cadena.

Me apoyo contra la puerta, respirando profundamente para calmar mi corazón acelerado. El familiar aroma de casa normalmente me reconforta, pero hoy, se siente contaminado de alguna manera.

Apartándome de la puerta, me dirijo directamente a mi oficina. Necesito desesperadamente esas pastillas de hierbas. Mis manos tiemblan mientras forcejeo con el frasco, finalmente logrando sacar dos. Me las trago secas, haciendo una mueca por el sabor amargo mientras se atascan en mi garganta. Trago de nuevo, y bajan, haciéndome arcadas ligeramente. Las palmas de mis manos sudan mientras me preparo mentalmente para lo que viene a continuación. Necesito buscar cámaras ocultas en mi dormitorio.

Mirando al techo, respiro profundamente varias veces, tratando de calmar mis nervios.

—Termina con esto de una vez, Hazel.

Subo las escaleras lentamente, consciente de cada crujido y gemido de la vieja madera. En la parte superior, hago una pausa, mirando fijamente la puerta de mi dormitorio parcialmente abierta.

Después de un segundo, entro en la habitación. Todo parece normal a primera vista, pero me obligo a mirar más de cerca. Me subo a la cama y registro la pantalla de la lámpara, nada. Reviso detrás de los marcos de los cuadros, dentro de la lámpara y a lo largo de los bordes de los espejos. Mis manos tiemblan mientras las paso por debajo de los muebles, buscando algo inusual.

Nada.

El alivio me inunda, rápidamente seguido por una nueva ola de pánico. Si no hay cámaras, entonces alguien debe haber estado en mi habitación mientras dormía. La idea me pone la piel de gallina. ¿Cómo era esto posible? Cierro con llave ambas puertas y las reviso religiosamente cada noche. ¿Cómo entró alguien?

A menos que no lo hicieran, y esto fuera photoshopeado, o como se llame. De nuevo, no es imposible, simplemente no crees que estas cosas te vayan a pasar a ti. Sin saber qué pensar, bajo las escaleras, sabiendo que necesito comer algo antes de quedarme sin energía para hacer nada, y mucho menos para enfrentarme a un intruso en medio de la noche.

—Basta, Hazel. Nadie invadió tu casa. Quien sea que esté detrás de esto, solo está tratando de asustarte.

Es lo que me repito una y otra vez mientras preparo un poco de sopa y pan y me siento a comerlos, mirando hacia la ventana de la cocina, solo por si acaso.

CARTER

LA CRECIENTE PARANOIA DE HAZEL ES EMBRIAGADORA. SU RAZONAMIENTO ES AÚN MEJOR. ESTÁ tratando de convencerse de que se siente segura y protegida. No hay forma de que encuentre ninguna de las cámaras que Zach instaló hace tres meses cuando finalmente decidimos que era hora de poner nuestro plan en marcha. Son de alta tecnología, diminutas y están integradas en superficies donde ni siquiera sabría dónde buscar. Necesitaría un detector de micrófonos, y si llega a eso, perderemos los ojos que tenemos sobre ella en el interior. Pero aún no ha llegado a ese punto.

Cada sobresalto, cada mirada de ojos abiertos por encima de su hombro me produce una emoción. Está empezando a desmoronarse, tal como lo planeamos.

La observo a través de la cámara oculta en su cocina mientras come su sopa, sus ojos desviándose nerviosamente hacia la ventana cada pocos segundos. Estudiando el rostro de Hazel, incluso desde aquí, puedo ver las oscuras ojeras bajo sus ojos y el ligero temblor en su mano mientras levanta la cuchara hacia su boca. Se ve exhausta y desgastada. Perfecto.

El impulso de ir hacia ella, de envolverla en mis brazos y calmar sus temores, es casi abrumador. Pero me resisto. Aún no es el momento.

Hazel termina su comida y ordena. Se mueve hacia el refrigerador, alcanzando una botella de agua y se congela.

Frunzo el ceño. ¿Qué está viendo?

—Mierda, Noah —gruño—. ¿Qué hiciste?

Observo atentamente mientras Hazel mira fijamente el refrigerador abierto, su cuerpo tenso. Alcanza lentamente y saca una botella de agua, girándola en sus manos temblorosas.

—¿Qué demonios? —murmura, su voz quebrándose ligeramente a través de la transmisión.

Cierra la puerta del refrigerador, su respiración acelerándose. Apoyándose contra la encimera, cierra los ojos y respira profundamente.

—Contrólate, Hazel —se susurra a sí misma—. Solo estás cansada. Estás imaginando cosas.

Pero puedo ver la duda en sus ojos cuando los abre. Sea lo que sea que Noah hizo, Hazel está empezando a cuestionar su propia mente, sus propios recuerdos. Es exactamente lo que queremos.

Saco mi teléfono y le envío un mensaje a Noah:

¿Qué hiciste en la cocina?

Su respuesta llega rápidamente:

Di vuelta a una botella de agua. Sutil, como lo pediste.

Gruño de frustración. Claramente, la idea de sutileza de Noah y la mía difieren. Ella es meticulosa. Todos lo hemos visto a través de la lente. Pero lo hecho, hecho está, y a juzgar por la

reacción de Hazel, está teniendo el efecto deseado.

Comprueba que la puerta trasera esté cerrada con llave y luego cambio de cámara mientras ella revisa la puerta delantera, moviéndose con cautela como si esperara que alguien saltara sobre ella en cualquier momento. Cambiando de cámara nuevamente, la veo llegar a lo alto de las escaleras. En su dormitorio, echa un vistazo alrededor y se acerca a la ventana. Las cortinas están abiertas, y ella mira fijamente hacia la calle. No hay nada directamente frente a ella excepto algunas tiendas vacías que cerraron hace un tiempo. No tiene visillos en la ventana, lo que me parece extraño, pero supongo que no cree que alguien vaya a espiarla, y por lo que he visto, generalmente se cambia en el baño o cierra las cortinas. De nuevo, es meticulosa al respecto. Tal vez quiere ver las colinas más allá de la hilera de tiendas y casas, lo cual, debo admitir, es bastante espectacular. Veo que se da cuenta, y sonrío. Piensa que alguien la está observando desde el otro lado de la calle. Cierra apresuradamente las cortinas y enciende la lámpara, aunque todavía es de día afuera. Se relaja ligeramente y se quita la ropa. No pretende ser sensual, pero joder, sus movimientos ponen dura mi polla.

Mis ojos trazan cada curva del cuerpo de Hazel mientras se desviste, absorbiendo la visión de su piel pálida. Es increíblemente hermosa. Su largo cabello castaño cae por su espalda mientras se quita el vestido de verano y desabrocha su sujetador.

Se da la vuelta, dándome una vista completa de sus pechos, y tengo que ahogar un gemido mientras imagino acunar esas tetas perfectas en mis manos, sintiendo sus pezones endurecerse bajo mi toque.

Hazel saca una camiseta grande de debajo de su almohada y se la pone, cubriéndose de mi mirada lujuriosa. Se mete en la cama, subiendo las sábanas hasta su barbilla a pesar de la cálida noche. Alcanza su teléfono, desplazándose por él con el ceño fruncido. Después de unos minutos, lo deja a un lado y apaga la lámpara.

La imagen se vuelve granulosa por un segundo pero se ajusta a la penumbra de la habitación. Todavía es temprano, pero claramente está exhausta. Desearía poder acurrucarme detrás de ella y abrazarla, decirle que todo estará bien y que la protegeré de sus miedos.

Pero ahora no es el momento. Ella aún no cree realmente. Todavía está racionalizando lo que le está sucediendo.

Hazel se agita, incapaz de encontrar una posición cómoda. Su respiración es superficial y rápida, y su cuerpo está tenso incluso dormida. Gime suavemente, atrapada en las garras de una pesadilla.

Me acomodo en mi silla, con los ojos fijos en la forma dormida de Hazel. Incluso desde aquí, puedo ver la tensión en su cuerpo, la forma en que sus dedos se aferran a las sábanas.

—Pronto, pequeña omega —murmuro—. Pronto entenderás lo que te está pasando y por qué. No puedes escapar de nosotros. Nunca pudiste.

A medida que avanza la noche, continúo mi vigilia.

Hazel puede pensar que está sola enfrentando sus miedos, pero no podría estar más equivocada. Siempre estamos aquí, observando. Siempre observando.

HAZEL

LA HABITACIÓN ESTÁ COMPLETAMENTE A OSCURAS CUANDO DESPIERTO Y, POR UN MOMENTO, ME siento desorientada. Extiendo la mano y busco a tientas mi teléfono en la mesita de noche, entrecerrando los ojos ante la brillante pantalla. 3:17 AM.

Un ruido en la planta baja me hace quedar paralizada. Agudizo el oído, escuchando atentamente. Ahí está de nuevo... un golpe suave, como alguien intentando moverse silenciosamente.

Se me corta la respiración mientras el pánico me invade. Hay alguien en la casa.

Me deslizo fuera de la cama, mis pies descalzos silenciosos sobre el suelo de madera. Con manos temblorosas, agarro el paraguas que había subido el otro día y olvidé bajar, aferrándolo como un arma.

Las escaleras crujen ominosamente mientras bajo sigilosamente, cada sombra pareciendo acechar amenazadoramente en la oscuridad. Me detengo al final, escuchando. Silencio.

Quizás lo imaginé. Quizás...

Un ruido de roce proviene de la cocina.

Mi corazón late con fuerza contra mis costillas mientras me dirijo hacia la entrada de la cocina. Estoy sudando; mi aroma está en overdrive, flotando alrededor y sin duda señalando mi aproximación. La luz de la luna se derrama por la ventana, proyectando sombras inquietantes por toda la habitación.

Silueteadas contra el refrigerador hay una figura alta.

No puedo respirar. No puedo moverme. No puedo pensar.

La figura se gira lentamente, y vislumbro un rostro: una cara blanca y enmascarada con una sonrisa siniestra.

Grito, y él se abalanza sobre mí, agarrándome los brazos y empujándome contra la pared.

Cuando mi espalda golpea la piedra, mis ojos se abren de golpe, y me incorporo en la cama, temblando con lágrimas pegajosas en los ojos.

—Mierda —digo con voz ronca, hundiendo la mano en mi cabello mientras miro alrededor y veo la luz del amanecer asomándose por las cortinas—. Mierda.

Me siento mareada. Estoy tan asustada, pero solo fue un sueño. No, es una pesadilla. Era mi peor pesadilla. He tenido este sueño antes, pero no desde hace mucho tiempo y nunca ambientado en esta casa. Nunca podré volver a mirar mi cocina de la misma manera amorosa.

Agarrando mi teléfono, veo que son las 5 en punto. Con mi corazón ralentizándose y la casa en silencio, sé que no podré hacer nada hasta que haya revisado toda la casa de arriba a abajo para asegurarme de que no hay nadie, ni un mago enmascarado, ni siquiera una mosca, aquí dentro. Me apresuro a salir de la cama y alcanzo el paraguas.

Mis manos tiemblan mientras lo agarro con fuerza, deslizándome por el pasillo para mirar en el baño y luego más allá hacia el segundo dormitorio. Todo despejado. Bajando lentamente las escaleras, cada crujido de los viejos tablones del suelo me provoca un sobresalto. En la parte inferior, me detengo, escuchando atentamente. La casa está en silencio, pero eso hace poco para calmar mis nervios.

Reviso cada habitación metódicamente, encendiendo las luces y mirando en las esquinas. La sala de estar está vacía, nada perturbado. Mi oficina está tal como la dejé. Dejo la cocina para el final, con el corazón latiendo con fuerza mientras me acerco a la entrada.

Respirando profundamente, enciendo la luz. La cocina está vacía, bañada en el resplandor áspero de la fluorescente del techo. No hay ningún hombre enmascarado acechando junto al refrigerador, ni un intruso hurgando en mis armarios. Solo la vista familiar de mis encimeras ordenadas y electrodomésticos bien dispuestos.

El alivio me inunda, seguido rápidamente por la vergüenza. Por supuesto, no hay nadie aquí. Solo fue una pesadilla, alimentada por mi imaginación hiperactiva y mi creciente paranoia.

Me derrumbo contra la encimera, repentinamente agotada. La adrenalina que me había mantenido en pie se desvanece, dejándome temblorosa y débil. Necesito té y esas pastillas de hierbas.

Mientras lleno la tetera, mi mirada cae sobre el frigorífico. La botella de agua. Casi me había olvidado de eso. Vacilante, abro la puerta del frigorífico. Todas las botellas están alineadas ordenadamente, con las etiquetas hacia adelante. Justo como deberían estar. Recuerdo haber agarrado una con prisa ayer por la mañana. Debí haber golpeado una, pero terminó girándose. Sí. Eso es. Exhalo e intento recomponerme. Necesito encontrar una manera de aliviar esta creciente inquietud que tengo en mi propia casa. Ahora estoy segura de que la foto mía fue tomada desde el otro lado de la calle, desde una de las tiendas vacías. Debe haber sido así. Probablemente una tarde mientras echaba una siesta. Eso sucede los fines de semana cuando no tengo la excusa del trabajo para mantenerme activa. Estas pastillas de hierbas a veces me dan somnolencia. De repente, como por arte de magia, recuerdo algo.

—La cámara de la niñera.

Dejando la tetera hirviendo alegremente, corro escaleras arriba hacia el dormitorio de invitados y empiezo a buscar frenéticamente entre algunas cajas que no he desempacado, que arrastré desde la casa de mi infancia. Cosas de mis padres que no puedo soportar mirar después de su muerte: un accidente de navegación en la costa de Cornwall que los sacó de mi vida para siempre hace casi ocho años. Ignoro esas cajas y hurgo en una donde creo que se encuentra el oso de peluche con la cámara incorporada. Lo compré para vigilar la tienda mientras estaba vacía justo después de comprarla, en caso de ocupas o traficantes de drogas buscando una tienda vacía para cultivar su producto. Sí, dudo que eso suceda en este tranquilo pueblo que realmente solo cobra vida durante tres meses al año, pero nunca se sabe. Me doy cuenta ahora de que siempre he sido un poco paranoica. Al verlo, agarro el oso marrón claro y lo volteo para revisar la cámara que graba a través de sus ojos. Suspiro aliviada cuando veo que todavía está allí, agarro el cable, lo enchufo y lo pongo a cargar. La aplicación aún está en mi teléfono y envía una alerta cuando hay movimiento para que puedas ver lo que está sucediendo en tiempo real. Si coloco esto abajo junto a la puerta principal, mirando hacia la cocina, el pasillo estará bajo vigilancia mientras estoy arriba. Esta casa de campo es pequeña, así que si alguien entrara por la fuerza abajo, los vería deambulando desde ese ángulo.

Al sentarme, veo una vieja fotografía asomándose de un álbum, perturbada por mi búsqueda del oso. Trago saliva y la alcanzo, sacándola con un suspiro tembloroso.

Ahogo el inesperado sollozo que desgarrar mi garganta. Los chicos. Carter, Noah y Zach apiñados a mi alrededor en la playa mientras nos reíamos de algo que uno de nosotros dijo. Puedo recordar ese día exactamente. Hacía mucho calor y el verano estaba en pleno apogeo. Fue aproximadamente un año antes de que me fuera al norte para empezar de nuevo, incapaz de detener la profunda tristeza por la muerte de mis padres que me invadía en cada lugar que miraba. Era sofocante y agotador. Paso mis dedos sobre sus rostros, sintiendo remordimiento por la forma en que me fui, pero sabía que tenía que irme. Tenía que cortar lazos con ellos y dejarlos vivir las vidas para las que estaban hechos, que se esperaban de ellos, que querían, sin que yo los arrastrara hacia abajo. Todos se fueron a la universidad para estudiar grandes carreras, y yo, siendo una omega, no tenía esa opción. Por mucho que todos deseáramos que la sociedad fuera diferente, no lo es. Cualquier omega que haya tenido éxito lo ha hecho sin ayuda alguna. Han sido como yo y han desafiado las tradiciones de nuestra sociedad y se han esforzado al máximo para hacer algo de sí mismos que no esté definido por su aroma, o la sangre en sus venas o el tamaño de sus caderas para tener hijos. Esos chicos, esos alfas, tenían lo mejor de todo. Lo tenían todo planeado y sabían hacia dónde se dirigían sus futuros. ¿Yo? Estaba a la deriva, tratando de encontrar mi lugar en un mundo donde sabía que tendría que luchar por todo. Ellos necesitaban liberarse de mí para perseguir sus sueños y no tener que preocuparse por la pobre Hazel, que no puede encontrar pareja o establecerse o ser una omega apropiada. Pobre Hazel con sus padres muertos y su ligera paranoia sobre todo. Dios, si pudieran verme ahora, acurrucada en las esquinas y colocando cámaras en mi propia casa, se reirían y se alegrarían de que los dejara ir. Ese pacto... ese pacto era ridículo. Era el alcohol hablando, y ninguno de ellos lo decía en serio. Era una cosa de posesión porque me iba. Nada más, probablemente mucho menos.

Intentaron mantenerse en contacto, pero cambié mi número, manteniéndome fuerte por ellos para que pudieran encaminar sus carreras y emparejarse con la omega perfecta y tener bebés. No sé dónde están ahora, y no quiero saberlo. Es mejor así.

Miro la foto por un largo momento, los recuerdos me invaden. Con un suspiro, la vuelvo a guardar en el álbum y lo dejo a un lado. No tiene sentido quedarse estancada en el pasado. Tengo preocupaciones más apremiantes ahora mismo.

Reviso el oso, y está lo suficientemente cargado para asegurarme de que sigue funcionando. Lo recojo y bajo las escaleras, colocándolo junto a la puerta principal, de cara a la cocina como estaba planeado.

Mientras posiciono el oso, mi teléfono suena con una notificación. La aplicación está funcionando. La abro y veo una transmisión en vivo granulada de mí misma de pie frente a él. — Muy bien, oso. Somos solo tú y yo.

De vuelta en la cocina, preparo mi té y tomo mis pastillas de hierbas. La rutina familiar calma un poco mis nervios crispados. Me apoyo en la encimera, sorbiendo el líquido caliente y miro por la ventana al jardín bañado por el sol de la mañana temprana. Hoy va a ser otro día caluroso.

A pesar de la hora temprana, sé que no podré volver a dormir. Miro mi teléfono y reviso los mensajes. Nada de Rob aparte del mensaje de ruptura. Entonces, ¿por qué estaría dejando un ramo de rosas en medio de una tormenta? A menos que no fuera Rob. Hay muchos alfas altos y rubios por ahí. Intento pensar en uno que encaje con la descripción, pero no se me ocurre ninguno. ¿Un admirador secreto? Bueno, definitivamente tiene dominada la parte del secreto. Terminando mi té, decido que bien podría ducharme y prepararme para ir a la tienda, relegando la foto y la tarjeta al fondo de mi mente como algo en lo que no quiero pensar.

Se me da bien eso.

ZACH

MIENTRAS EXAMINO LA TIENDA REPLETA DE BARATIJAS ARTESANALES Y ADORNOS COSTOSOS, ME detengo frente a una figurilla masculina vestida con un traje negro y lágrimas rodando por sus mejillas. Es espeluznante como la mierda, y Hazel se deslizará más por la pendiente si la ve, más aún si le pongo una pequeña máscara casera.

—Interesante elección —dice la asistente omega, acercándose sigilosamente, toda tetas y caderas, su cabello rubio cayendo alrededor de su rostro perfectamente maquillado. Huele a Navidad—. ¿Te gustan las muñecas tristes? —Extiende la mano y pasa sus dedos por mi brazo.

Aparto mi brazo bruscamente y la fulmino con la mirada. Estoy fuera de límites. Ni una sola alma puede tocarme aparte de Hazel. No le haré eso a ella, aunque mi polla esté desesperada por deslizarse en una lubricación, especialmente durante el celo; esperaré el tiempo que sea necesario. He esperado tanto. Puedo esperar más por ella.

Doy un paso atrás alejándome de la omega, apretando la mandíbula.

—No particularmente —murmuro, apartándome de ella y de la inquietante figurilla—. Déjame mirar en paz.

Mis ojos recorren la tienda, absorbiendo la mezcla ecléctica de artículos. Es exactamente el tipo de lugar que a Hazel le encantaría, lleno de piezas peculiares y únicas. Puedo imaginarla aquí, pasando horas examinando cada artículo con deleite. El pensamiento me hace sonreír.

Pero no estoy aquí para dejar volar mi mente. Estoy aquí en una misión.

Los ojos de la omega se abren ante mi tono áspero, pero se recupera rápidamente, esbozando una sonrisa coqueta.

—Bueno, si necesitas ayuda, solo házmelo saber.

La ignoro, volviendo a la figurilla masculina. Sus lágrimas pintadas brillan bajo la iluminación fluorescente de la tienda, inquietantemente realistas. No puedo apartar la mirada.

Sin pensarlo, extiendo la mano y la tomo, girándola entre mis manos. La porcelana está fría contra mi piel, y el traje de seda negro es suave e impecable. Imagino la reacción de Hazel si viera esto en su tienda: el miedo en sus ojos, el temblor en sus manos.

—Me la llevo —digo abruptamente.

Ella parpadea sorprendida, pero se recupera rápidamente.

—Por supuesto. Se la envuelvo enseguida.

Mientras ella se ocupa detrás del mostrador, saco mi teléfono y paso por las fotos que he tomado de Hazel a lo largo de los años. Ella cree que escapó de nosotros, cree que puede vivir sin nosotros, pero está equivocada. Terriblemente equivocada. Aprieto el teléfono con más fuerza mientras estudio una foto en particular. La tomé la noche antes de que nos dejara. Se desmayó por beber demasiado alcohol y está tendida en la cama de Carter. Sus delicadas facciones están

suavizadas por el sueño, su cabello castaño despeinado sobre la almohada. Sus hermosos pechos con sus pezones rosados están ahí para que los vea cuando quiera mirarlos. Violé su privacidad y la desvestí para mi propio placer visual. Podría haberla reclamado allí mismo, y ella habría sido impotente para detenerme, pero ¿dónde está la diversión en eso? Todo lo que hice fue mirar y tocar suavemente los pezones erectos, quizás cubrí mis dedos con su lubricación antes de lamerlos. Fui contenido. Podría haber hecho mucho más.

Debería haberlo hecho.

Con un gruñido bajo, golpeo el teléfono sobre el mostrador, sobresaltando a la asistente. Si la hubiera reclamado esa noche, nunca nos habría dejado. No habría podido hacerlo. Ninguno de nosotros esperaba que cortara lazos con nosotros, que simplemente nos eliminara de su vida como si no le importáramos. Es una herida que ha supurado y se ha vuelto más profunda y dolorosa con el paso de los años. Los tres lo sentimos hasta en el alma y la castigaremos por dejarnos tan insensiblemente. Ya lo estamos haciendo. Ella está en espiral, pero queremos que esté completamente rota para que sepa cuánto nos lastima. Entonces, cuando nos suplique nuestro perdón, nos suplique por su vida, nos suplique que la reclamemos, la tomaremos y la haremos nuestra y la apreciaremos como debemos. Como siempre debimos hacerlo. No hay ni una posibilidad en el infierno de que de repente decida cumplir con el pacto. Eso es pensamiento ilusorio. Así que tenemos que obligarla. Así de simple.

Vuelvo a coger el teléfono y lo miro con una sonrisa amorosa, ya no enojado con ella de nuevo. Aunque eso volverá, mi afecto por ella se ha avivado. Mi hermosa y paranoica pequeña omega. Si tan solo supiera lo segura que realmente está, lo protegida que verdaderamente está. Hemos estado cuidándola todo este tiempo, asegurándonos de que ningún otro alfa se acerque demasiado. Ella nos pertenece, aunque aún no lo sepa.

La asistente se aclara la garganta, sacándome de mis pensamientos.

—¿Necesitará algo más?

Niego con la cabeza, guardando mi teléfono y sacando mi billetera. Mientras pago, mis ojos se desvían hacia una exhibición de delicadas figuritas de vidrio cerca de la caja. Una en particular llama mi atención. Es una pequeña y frágil bailarina congelada en medio de una pirueta.

—Me llevaré esa también —digo, señalando la figurita.

La asistente asiente y envuelve cuidadosamente el segundo artículo. Imagino arrancarle la cabeza y colocar la figurita en la mesita de noche de Hazel, una cosa hermosa y quebradiza para recordarle su propia vulnerabilidad.

—Que tenga un buen día —dice la asistente mientras me voy, la campana sobre la puerta tintineando.

Salgo a la concurrida calle, con mis compras bien aseguradas bajo el brazo. El sol resplandece y el calor es agobiante. Aflojo mi cuello, sintiendo cómo el sudor empieza a perlar mi piel.

Guardo mi teléfono en el bolsillo y me dirijo a mi coche para conducir los pocos kilómetros hasta el pueblo vecino donde Hazel vive y trabaja. Tendré que esperar hasta que ella cierre la tienda por la noche para entrar a escondidas y colocar la figurilla en su librería. La bailarina será para otra ocasión. Para cuando estemos más cerca de nuestro objetivo. Aparco en el pequeño estacionamiento un poco más abajo de donde está la librería de Hazel. Me siento y observo, viendo a los clientes ir y venir mientras el tiempo pasa, esperando simplemente ver un vistazo de Hazel.

HAZEL

LA LIBRERÍA ESTÁ TRANQUILA ESTA TARDE; EL ÚNICO SONIDO ES EL SUAVE ZUMBIDO DEL ventilador y el ocasional crujido de las páginas al voltearse. Estoy reponiendo la sección de novelas románticas, mi mente divaga mientras ordeno alfabéticamente las nuevas llegadas.

Un escalofrío recorre mi espalda y levanto la mirada, esperando ver a alguien observándome. Pero la tienda está vacía, excepto por la señora Lewis, que está ojeando los libros de cocina. Sacudo la cabeza, tratando de disipar la inquietud persistente de la pesadilla de esta mañana.

Mientras deslizo el último libro en su lugar, suena la campanilla sobre la puerta. Me giro, esbozando una sonrisa de bienvenida que flaquea cuando veo quién es.

Rob.

Está parado torpemente en la entrada, con las manos metidas en los bolsillos.

—Hola, Hazel —dice en voz baja—. ¿Podemos hablar?

Trago saliva con dificultad, mi garganta repentinamente seca.

—Estoy trabajando —digo, señalando vagamente las estanterías a mi alrededor.

Da un paso más cerca, y capto un aroma de su esencia: pino y almizcle.

—Por favor —dice—. Solo cinco minutos.

Miro a la señora Lewis, que deliberadamente evita mirar en nuestra dirección. Con un suspiro, señalo hacia la esquina en la parte delantera de la tienda.

—Está bien. Cinco minutos.

Rob me sigue, su alta figura se cierne sobre mí. Cruzo los brazos a la defensiva, esperando a que hable.

—Hay algo que deberías saber —comienza, pasándose una mano por el cabello rubio, su cabeza girando bruscamente hacia un lado cuando se abre la puerta. Se relaja ligeramente cuando entra un hombre. Sonríe al cliente mientras cierra la puerta y comienza a curiosear en la exhibición de los más vendidos.

—Necesitas saber por qué terminé las cosas —dice Rob, atrayendo mi atención de vuelta hacia él.

Me resisto a la tentación de poner los ojos en blanco.

—Fuiste bastante claro en ese mensaje de texto, Rob.

Hace una mueca.

—Lo sé, y lo siento por eso. Realmente no tuve mucha opción.

—¿Qué? —pregunto, perdiendo interés en esta conversación mientras mis ojos se desvían de nuevo hacia el alfa. Es atractivo, y me está mirando con unos ojos tan azules que son hipnóticos.

—¿Hazel? —pregunta Rob al ver claramente que mi atención se desvía.

—¿Qué? ¿Qué quieres, Rob? —espeto, más brusca de lo que pretendía, mientras vuelvo a

mirarlo y su débil intento de arreglar esto. Ni siquiera tiene las agallas para decirme directamente que no soy lo suficientemente buena para él, o cualquier otra excusa que esté lista para ser contada.

Mira por encima de su hombro a través de la ventana y traga saliva. Cuando vuelve a mirarme, está en pánico, acorralado.

Doy un paso atrás, ya que esa es la última mirada que quiero ver en el rostro de un alfa, como si lo estuviera atrapando o algo así.

—Puedes irte, Rob. No me interesa lo que sea esto.

—No, espera, Hazel. No lo entiendes... —Extiende la mano y la cierra alrededor de mi muñeca.

—Suéltame —digo entre dientes, tirando de mi brazo hacia atrás, pero su agarre solo se aprieta más.

—Quítale las manos de encima —dice el cliente alfa, acercándose a grandes zancadas y empujando a Rob en el pecho—. No se trata así a las mujeres.

—No te metas en esto —gruñe Rob, pero el desconocido lo supera como alfa y él lo sabe.

La mandíbula de Rob se tensa mientras mira al recién llegado, claramente sopesando sus opciones. La tensión en el aire es densa mientras me encuentro atrapada entre los dos alfas. La señora Lewis se acerca sigilosamente, blandiendo un pesado libro de cocina con el que parece que quiere golpear a Rob.

—Esto no te concierne —dice Rob, con voz baja y peligrosa. Pero hay un trasfondo de incertidumbre, un destello de miedo en sus ojos mientras mira de nuevo hacia la ventana.

El desconocido no retrocede. Se acerca más, colocándose entre Rob y yo. —Creo que sí me concierne cuando veo a un alfa maltratando a una omega que claramente no quiere su atención. Suéltala antes de que te obligue.

Se me corta la respiración, y la omega dentro de mí ronronea con anhelo.

Rob duda, pero luego me suelta, su mirada alternando entre el desconocido y yo. —Hazel, por favor. Necesitas escucharme. Estás en...

—Ya es suficiente —le interrumpe el desconocido—. La señorita te pidió que te fueras.

Por un momento, creo que Rob podría seguir discutiendo, pero entonces el desconocido lo agarra por el cuello y lo arrastra por la tienda, prácticamente echándolo a la acera.

La señora Lewis y yo intercambiamos una mirada, pero ella está sonriendo como el gato de Cheshire. Pongo los ojos en blanco mientras me empuja hacia el gruñón cliente alfa y se da la vuelta para fingir que sigue mirando los libros de cocina.

El alfa cierra la puerta y se vuelve hacia mí con expresión preocupada. —¿Estás bien?

Asiento, aturdida nuevamente por sus ojos. Luego recuerdo mis modales. —Sí. Sí, gracias. No era necesario, pero agradezco la ayuda.

Los intensos ojos azules del alfa se suavizan al mirarme. —Me alegro de haber podido ayudar. Ese tipo parecía mala noticia. Ningún alfa debería poner sus manos sobre una omega de esa manera.

Asiento, todavía un poco conmovida pero impresionada por su caballerosidad.

El alfa se acerca más, su aroma a donas de canela me envuelve. Es delicioso. —Por cierto, soy Ayden —dice, extendiendo su mano.

—Hazel —respondo, tomándola suavemente. Una descarga eléctrica recorre mi brazo al contacto.

Ayden sonríe, y mi corazón se salta un latido. —Es un placer conocerte, Hazel. Espero no estar sobrepasándome, pero ¿te gustaría tomar un té? Me gustaría asegurarme de que estás

realmente bien después de todo esto.

Dudo, mi mente acelerada. ¿Este alfa guapísimo quiere tomar té conmigo? Después de todo lo que ha pasado últimamente, estoy cautelosa. ¿Y si es un acosador y el que me está tomando fotos y enviando esas espeluznantes tarjetas de mago enmascarado? Esto era demasiado coincidente para mi gusto.

—Le encantaría —interrumpe la señora Lewis antes de que pueda declinar educadamente.

La sonrisa de Ayden se ensancha mientras le lanzo una mirada feroz a la señora Lewis.

Ella me da un codazo, nada sutil. —¿Qué tal el salón de té de la señora Pemberton? Está justo al lado.

Tengo que reprimir las ganas de reírme de eso. Claramente, la señora Lewis está cuidando de mí, independientemente de haberme tirado bajo el autobús con Ayden. Pero dudo, dividida entre mi instintiva cautela y la innegable atracción que siento hacia Ayden. Su aroma es seductor, y la forma en que intervino para protegerme...

—Supongo que una taza de té no haría daño —digo con cautela—. Pero no puedo dejar la tienda desatendida.

La señora Lewis vuelve a intervenir, —Oh, no te preocupes por eso, querida. Puedo vigilar las cosas un rato. Vayan ustedes dos y tengan una agradable charla.

Le lanzo otra mirada, pero ella solo sonríe inocentemente. Vieja entrometida.

Los ojos de Ayden se iluminan. —Maravilloso. ¿Vamos? —Hace un gesto hacia la puerta.

Con un profundo suspiro, asiento. —Déjame coger mi bolso.

Mientras me agacho detrás del mostrador para recuperarlo, vislumbro a Ayden cuando sale de la tienda. Está de pie en la acera, con las manos en los bolsillos, luciendo despreocupadamente apuesto. Por un momento, una chispa de inquietud me invade. Todo está sucediendo tan rápido. Pero quizás eso signifique algo. Nunca lo sabré si no lo intento.

—No tardaré mucho —le digo a la señora Lewis.

—Tómate tu tiempo. Sé cómo manejar una tienda.

No lo dudo. Parece ser del tipo capaz.

Al salir de la tienda, paso junto a Ayden, y su aroma me envuelve de nuevo. Mis instintos omega están a toda marcha, urgiéndome a acercarme a este alfa, a sumergirme en su aroma y protección. Resisto el impulso, recordándome ser cautelosa.

—Después de ti —dice Ayden, sosteniendo la puerta del salón de té de la señora Pemberton para mí.

La acogedora tienda está afortunadamente concurrida. La señora Pemberton nos sonríe radiante al entrar, con un brillo de complicidad en sus ojos.

—¡Hazel, querida! ¿Y quién es este apuesto caballero?

Siento que mis mejillas se sonrojan. —Este es Ayden. De hecho, acabamos de conocernos.

—Vaya, qué encantador —dice la señora Pemberton, guiñándome un ojo—. ¿Qué puedo ofrecerles?

Pedimos nuestros té y nos acomodamos en la única mesa disponible en la esquina delantera. Ayden se sienta frente a mí, sus ojos azules estudiándome intensamente.

—Entonces, Hazel —comienza—, cuéntame sobre ti. ¿Eres dueña de esa encantadora librería?

Asiento, envolviendo mis manos alrededor de la taza caliente de té. —Lo soy. Fue un poco arriesgado mudarme aquí y abrir mi propio negocio, pero me encanta.

—Eso es impresionante —dice Ayden, con genuina admiración en su voz—. No muchos omegas se aventuran por su cuenta de esa manera.

Me tenso ligeramente ante sus palabras, recelosa de hacia dónde podría ir esto. Pero las siguientes palabras de Ayden me sorprenden.

—Es refrescante, en realidad —continúa Ayden, con calidez en sus ojos—. Admiro ese tipo de independencia y determinación.

Me relajo un poco, ofreciéndole una pequeña sonrisa. —Gracias. No siempre ha sido fácil, pero no lo tendría de otra manera.

—¿Y ese ex tuyo? —pregunta Ayden, con la mandíbula ligeramente tensa—. ¿No apreciaba tu independencia?

Suspiro, revolviendo distraídamente mi té. —Rob... es complicado. No estuvimos juntos mucho tiempo, y pensé que las cosas iban bien. Luego simplemente terminó todo de repente con un mensaje de texto.

Las cejas de Ayden se elevan. —¿Un mensaje de texto? Eso es frío.

—Sí —coincido, dando un sorbo a mi té—. Y ahora aparece queriendo hablar, pero no me interesan sus excusas.

—Bien por ti —dice Ayden con firmeza—. Te mereces algo mejor que eso.

Levanto la mirada, encontrándome con su intensa mirada. Hay algo en sus ojos que me hace contener la respiración. Atracción, ciertamente, pero también un toque de protección. Emociona a mi lado omega pero inquieta totalmente a la parte paranoica de mí. *Ten cuidado, Hazel. Este tipo podría no ser quien quieres que sea.*

Sonríe y toma un sorbo de su té. Tal vez esto no sea tan malo. Si él es el acosador, debería ser capaz de atraparlo y asegurarme de que vaya a la cárcel. Todo lo que necesito hacer es vigilarlo de cerca y tratar de no enamorarme de él.

Fácil. ¿Verdad?

CARTER

—¿QUIÉN COÑO ES ESE? —GRUÑO AL VER A HAZEL SENTADA EN LA VENTANA DE LA TETERÍA con algún idiota al que necesito reordenarle la cara.

—Pregúntale a este cabrón —gruñe Zach mientras estampa a Rob contra la pared del callejón al lado del quiosco cerca del aparcamiento—. Se te dijo que te mantuvieras alejado. ¿Acaso tienes un deseo de muerte?

Rob lucha contra el agarre de Zach, con los ojos abiertos de pánico.

—Y-yo estaba intentando arreglar las cosas con ella.

Agarro a Rob por la garganta, apretando lo suficiente para hacerlo jadear.

—¿Quizás no fui lo suficientemente claro la otra noche? ¿Necesitamos un repaso?

Los ojos de Rob se abren de par en par al darse cuenta de que la ha cagado. A lo grande. Ya estoy harto de amenazas; este gilipollas va a caer tan pronto como lo aleje de este pueblo donde no tengo dudas de que ya estamos montando una escena. Lo suelto con un gruñido. Hazel no puede saber que estamos aquí todavía. Arruinaría todo.

—¿Quién es ese alfa con el que está? —le pregunto en lugar de matarlo.

Rob niega con la cabeza frenéticamente.

—¡No lo sé! Simplemente apareció en la librería cuando estaba intentando hablar con Hazel.

La frustración me invade. Esto no era parte del plan. Algún alfa aleatorio apareciendo y acercándose a Hazel podría arruinar todo por lo que hemos estado trabajando.

—Necesitamos deshacernos de él —murmuro, mirando de nuevo hacia la tetería donde puedo ver a Hazel riendo por algo que dijo el extraño. La visión hace que mi sangre hierva.

Zach asiente en acuerdo.

—¿Y qué hacemos con este? —Mueve la cabeza hacia Rob, que aún está acobardado contra la pared, luciendo aterrorizado.

—Creo que es hora de recordarle lo que pasa cuando desobedece —gruño, con los ojos clavados en la forma temblorosa de Rob—. Llévalo a la casa. Me ocuparé de él más tarde.

Zach asiente, una sonrisa cruel torciendo sus labios mientras agarra a Rob bruscamente por el brazo.

—Con gusto.

Mientras Zach se lleva a Rob arrastrando, vuelvo mi atención a la tetería. A través de la ventana, puedo ver a Hazel sonriendo y charlando animadamente con el extraño. Mis puños se cierran a mis costados, la rabia burbujeando dentro de mí.

¿Quién se cree que es este alfa, apareciendo y acercándose a nuestra omega? ¿Acaso no sabe que ella nos pertenece?

Respiro hondo, obligándome a calmarme. No podemos permitirnos perder el control ahora,

no cuando estamos cerca de lograr nuestro objetivo. Esto es solo un contratiempo menor. Nos ocuparemos de este imbécil, como lo hemos hecho con todos los otros alfas que han intentado acercarse a Hazel a lo largo de los años, como con cada persona en su vida que ha intentado alejarla de nosotros o controlarla. Sus amigos. Sus padres... todos formaban parte del plan para aislarla. No previmos que decidiera mudarse aquí, a cientos de kilómetros de nosotros, pero incluso eso no fue un problema insuperable. Queríamos que tuviera su tienda y hiciera las cosas que quería hacer y ser. La amamos. No deseamos nada más para ella que la vida que se merece. Pero cometió un error muy grave al excluirnos de su vida, y pagará por ello.

Fuerzo una sonrisa en mi rostro cuando un anciano que pasea a su perro me lanza una mirada fulminante. Todavía estoy merodeando en el callejón, probablemente pareciendo sospechoso como la mierda. —Buenas tardes —digo con un gesto de cabeza.

Entrecierra los ojos hacia mí y continúa su camino.

No hay nada que hacer. Voy a tener que abandonar mi puesto. Ya nos ocuparemos después del alfa de la tetería. Ahora mismo, Rob necesita una lección sobre con quién no debe meterse.

Me escabullo del callejón y me dirijo calle abajo, alejándome de Hazel, dejando de vigilarla, y me encamino hacia la casa que alquilé detrás de la calle principal, donde es más tranquilo. Al abrir la puerta, veo a Zach atando a Rob, amordazado y sujeto a la silla de mi escritorio.

Entro a zancadas en la habitación, con mi ira ardiendo justo bajo la superficie. Los ojos de Rob se abren de miedo al verme acercar. Bien. Debería estar asustado.

—Simplemente no pudiste mantenerte alejado, ¿verdad? —gruño, rodeándolo lentamente—. Te dimos instrucciones muy claras. Terminar con Hazel. Cortar todo contacto, y sin embargo aquí estás, intentando 'arreglar las cosas'.

Me detengo frente a él, inclinándome hasta que estamos cara a cara. —¿Realmente pensaste que no nos enteraríamos? ¿Que no estaríamos vigilando?

Rob intenta hablar a través de la mordaza, pero todo lo que sale es un gemido ahogado. Me enderezo, con el disgusto torciendo mis facciones.

—Patético —escupo—. No eres digno de ella. Ninguno de ustedes lo es.

Zach se mueve para pararse a mi lado, con los brazos cruzados sobre el pecho. —¿Qué deberíamos hacer con él, Carter?

Considero por un momento, sin apartar la mirada del rostro aterrorizado de Rob. —Ya me cansé de jugar. No se puede confiar en él —. Mi mano se cierra alrededor de su garganta y aprieto. Los ojos de Rob se hinchan, su cara se pone morada mientras intensifico mi agarre. La emoción de matar recorre mi cuerpo. Ojalá Hazel estuviera aquí para verlo. No desearía nada más que reclamarla junto al cadáver de Rob, para que sepa hasta dónde llegaré para estar con ella.

Aprieto la garganta de Rob con más fuerza, sintiendo su pulso acelerado bajo mis dedos. Sus ojos están abiertos de terror mientras lucha inútilmente contra sus ataduras. La habitación está en silencio, excepto por sus ahogados sonidos de asfixia. Se estremece y sus ojos se ponen en blanco. Está a segundos de la muerte. Aprieto aún más, mi mano como una prensa, hasta que Rob deja de moverse, deja de respirar.

Lo suelto y doy un paso atrás. —Deshazte del cuerpo —le digo a Zach.

Él asiente mientras me alejo.

Mientras Zach comienza la sombría tarea de deshacerse del cuerpo de Rob, saco mi teléfono para llamar a Noah. Nuestra omega puede pensar que ha encontrado un nuevo protector, pero no tiene idea de lo que realmente viene por ella. Y cuando se dé cuenta, será demasiado tarde.

HAZEL

CON UNA SONRISA QUE SIENTO GENUINA POR PRIMERA VEZ EN LO QUE PARECE UNA ETERNIDAD, empujo la puerta de la librería para abrirla.

La señora Lewis levanta la vista de su lectura y sonríe. —¿Qué tal fue?

Por mucho que lo intente, no puedo ocultar del todo mi expresión complacida. —Fue agradable. Ayden parece un buen chico.

—¿Solo agradable? —insiste la señora Lewis, alzando una ceja—. ¿Ese apuesto alfa vino a rescatarte y todo lo que puedes decir es "agradable"?

Siento que mis mejillas se sonrojan. —Está bien, fue más que agradable. Es encantador, inteligente y... —me detengo, recordando cómo brillaban los ojos azules de Ayden cuando se reía.

—¿Y? —me anima la señora Lewis con entusiasmo.

Sacudo la cabeza, tratando de aclararla. —Y nada. Apenas lo conozco. Solo fue un té.

La señora Lewis chasquea la lengua en señal de desaprobación. —No dejes escapar a uno bueno, querida. No todos los alfas son como ese tal Rob.

Una punzada de inquietud me atraviesa al mencionar a Rob. Su extraño comportamiento de antes aún me molesta. ¿Qué había intentado decirme?

—Hablando de eso —digo, mirando alrededor de la tienda—, ¿Rob volvió mientras estaba fuera?

La señora Lewis niega con la cabeza. —Ni un asomo. Buen viaje, digo yo.

Asiento, tratando de sacudirme la persistente inquietud. —Probablemente tenga razón. Gracias por cuidar la tienda, señora Lewis.

—Cuando quieras, querida —dice, recogiendo sus cosas—. Desde que mi Joe falleció, me he sentido un poco perdida. No sé qué hacer conmigo misma... si alguna vez necesitas a alguien para cuidar la tienda, estaré encantada de hacerlo.

Me lanza una mirada que me muestra que odia tener que pedirlo, pero siente que tiene que hacerlo por su propia cordura. Lo entiendo. Más de lo que probablemente ella nunca sabrá.

—¿Sabes qué? —digo alegremente—. Estaba pensando, con el verano que se acerca, en abrir unas horas los domingos. ¿Qué te parece?

Su rostro se ilumina. —¡Me encantaría! —Se acerca a mí y me agarra las manos, con lágrimas en los ojos—. Gracias, Hazel. Odiaba tener que pedirlo, pero esto ha sido lo más divertido que he hecho en más de un año.

Le aprieto las manos. —Bueno, me alegro de que lo hayas hecho. Me evitará tener que arrastrar el trasero siete días a la semana.

Frunce el ceño. —Podría hacer también la media jornada del sábado si quisieras más tiempo

libre.

Lo plantea como una pregunta, y honestamente, podría besarla ahora mismo. —¿Es algo que te gustaría? No quiero aprovecharme.

—Te lo estoy pidiendo yo, niña —dice con un resoplido—. Si acaso, es al revés.

Me río y niego con la cabeza.

—Definitivamente no te estás aprovechando. Me encantaría que también trabajaras el sábado medio día. Podemos discutir el pago después de que hayas pensado en lo que esperas, y yo haré lo mismo.

—Eso es justo —dice con un gesto decidido—. Gracias.

—Gracias a ti. Siento que esto va a ser un acuerdo mutuamente beneficioso. —Ya estoy soñando con la mañana del sábado en la cama.

—Entonces te veré mañana —dice—. Que tengas un buen día y dale una oportunidad a ese alfa, ¿eh? Parece agradable, y tú eres una chica tan encantadora. Te mereces algo mejor que ese tipo Rob.

—Tal vez —murmuro y la despido con un gesto.

Una vez sola, me apoyo en el mostrador, perdida en mis pensamientos. El té con Ayden había sido encantador. Fue amable, atento y parecía genuinamente interesado en mí y en mi trabajo. Pero una voz molesta en el fondo de mi mente me advierte que sea cautelosa. Después de todo lo que ha pasado últimamente, ¿realmente puedo confiar en este alfa aparentemente perfecto que apareció de la nada?

Pero eso me recuerda algo que necesito hacer. Miro la hora y me muerdo el labio, pero si quiero llegar a Penny's Fabrics antes de que cierre por el día, tendré que cerrar temprano otra vez. Recojo mis cosas y, con un trago, meto el sobre morado con la tarjeta y la foto dentro de mi bolso. Creo que necesito llevar esto a la policía. Por más que lo intente, no puedo ignorarlo y seguir como si nada hubiera pasado.

Cerrando el local, camino por la calle calurosa, cruzando al otro lado cuando un gran y lujoso Range Rover negro viene rodando por la calle principal, luciendo tan fuera de lugar como si fuera una limusina. Las ventanas están tintadas, lo que me da una sensación espeluznante, pero el cosquilleo en la nuca es lo que me pone la piel de gallina. Me detengo para verlo pasar, sin poder ver quién es el conductor. Con los ojos entrecerrados, lo veo girar al final de la calle, y luego desaparece de vista.

¿Quién era ese?

Encogiéndome de hombros, empiezo a caminar de nuevo y luego me detengo al final del callejón junto al quiosco. Este es un atajo hacia Penny's, situada fuera de la calle principal por una pequeña calle lateral. Mis palmas comienzan a sudar, y niego con la cabeza. Estoy siendo ridícula. Nadie va a saltar sobre mí a plena luz del día con gente alrededor.

Eso espero.

Respirando profundamente, entro en el callejón.

El estrecho callejón está oscuro y fresco después de la luz brillante de la calle principal. Mis pasos resuenan en las paredes de ladrillo mientras me apresuro por el pasaje, ansiosa por llegar al otro lado. Un leve ruido de arrastre detrás de mí me hace congelar.

Me doy la vuelta, con el corazón palpitante, pero el callejón detrás de mí está vacío. Dejo escapar un suspiro tembloroso, regañándome por estar tan nerviosa. Probablemente solo era un gato.

—Contrólate, Hazel —murmuro, negando con la cabeza. Pero de repente, siento como si me estuvieran observando.

Me doy la vuelta y prácticamente troto el resto del camino, emergiendo a la calle lateral con alivio. Penny's Fabrics está justo adelante, su alegre escaparate es una visión reconfortante. Cuando estiro la mano hacia el pomo de la puerta, un movimiento en el reflejo capta mi atención.

Una figura alta vestida de oscuro y con una máscara blanca cubriendo su rostro está parada en la entrada del callejón del que acabo de salir, observándome. Se me corta la respiración, pero luego desaparece tan rápido como apareció, haciéndome dudar si realmente lo vi o si fue solo mi imaginación hiperactiva.

Con las manos temblorosas, abro la puerta de un tirón y me apresuro a entrar en la tienda.

—¡Hazel! Qué agradable sorpresa —exclama Penny desde detrás del mostrador. Su sonrisa se desvanece al ver mi rostro pálido.

Fuerzo una sonrisa, tratando de calmar mis nervios.

—Hola, Penny. Me preguntaba si podrías cortarme un panel de velo, ¿y tienes esas barras telescópicas para colocarlo en la ventana de un dormitorio?

Penny asiente y se pone manos a la obra. Le doy el tamaño estimado, que recuerdo de cuando compré las cortinas. Fui una tonta al no poner nada en esa ventana, pero la vista era demasiado bonita como para obstruirla. Ahora, es una necesidad si hay gente espiándome.

Penny se mueve de un lado a otro, reuniendo los materiales que le pedí. Mientras mide y corta la tela, intento sacudirme la inquietud persistente de mi caminata hasta aquí.

—Aquí tienes —dice Penny, entregándome el velo cuidadosamente doblado y la barra telescópica.

—Gracias, Penny.

Mientras pago, Penny me lanza una mirada preocupada.

—¿Está todo bien?

Dudo, debatiendo si confiar en ella. Pero el recuerdo de ese hombre enmascarado en el callejón me hace contenerme. Ni siquiera puedo estar segura de haberlo visto realmente.

—Estoy bien. Solo cansada, supongo. Gracias por esto —digo, levantando mis compras.

Penny asiente, aunque no parece estar totalmente convencida.

Sonrío y salgo, mis ojos recorriendo nerviosamente la calle de arriba a abajo. No hay señales del hombre enmascarado, pero no puedo sacudirme la sensación de estar siendo observada. Me apresuro de vuelta hacia la calle principal, optando por la ruta más larga pero más transitada esta vez.

Mientras camino, mi mente no para de dar vueltas. Estoy siendo ridícula. No hay forma de que un hombre enmascarado pudiera haber desaparecido así de mi vista. Miro por encima del hombro hacia el callejón y me estremezco. No puedo ver dentro desde aquí con el sol en esa posición. Si se hubiera retirado hacia la penumbra, tal vez sí estaba allí y simplemente no lo habría visto.

Agarro mis compras con fuerza mientras me apresuro por la concurrida calle principal. Estoy tan concentrada en llegar a casa que casi paso de largo la comisaría de policía.

Me detengo y me muerdo el labio mientras debato si entrar o no. Una parte de mí quiere descartar todo como paranoia, pero otra parte sabe que esta tarjeta y la foto existen.

Tomando una respiración profunda, empujo la puerta de la comisaría. Un oficial con aspecto aburrido levanta la mirada de su escritorio.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta.

Vacilo, sintiéndome de repente tonta. Pero he llegado hasta aquí. —Yo... me gustaría reportar una actividad sospechosa —digo.

El oficial asiente, haciéndome un gesto para que tome asiento. Mientras me siento, saco el

sobre de mi bolso con manos temblorosas.

—Alguien dejó esto para mí —explico, deslizándolo sobre el escritorio—. Y ha habido otras cosas también... creo que alguien podría estar vigilándome.

El oficial toma el sobre y abre las solapas. Luego mete la mano y saca la tarjeta, dándole vueltas. —¿Qué se supone que es esto? —pregunta, sosteniéndola en alto.

Parpadeo. —¿Qué? —pregunto y se la arrebato. Es una tarjeta blanca en blanco. Tomo el sobre con el ceño fruncido y miro dentro. Está vacío. —¿Qué? —murmuro para mí misma—. Lo-lo siento —tartamudeo al oficial—. Debo haber cometido un error.

Aferrándome a la tarjeta en blanco y al sobre, salgo de la comisaría retrocediendo, con el corazón retumbando. Se me ha secado la boca y mi ansiedad ha alcanzado un nivel peligroso. Mis pulmones se sienten como si estuvieran siendo estrujados mientras lucho por respirar.

El pánico me atenaza la garganta mientras me apresuro calle abajo, desesperada por llegar a casa. Mis ojos se mueven frenéticamente, convencida de que veré esa figura enmascarada de nuevo. Pero las calles están normales: gente siguiendo con su día, ajena a mi confusión e inminente crisis.

Para cuando llego a mi cabaña, estoy casi hiperventilando. Forcejeo con mis llaves, dejándolas caer dos veces antes de lograr abrir la puerta. Una vez dentro, la cierro de golpe y me apoyo contra ella, deslizándome hasta sentarme en el suelo, pateando el oso-cámara más allá por el pasillo.

—Esto no está pasando —susurro, aferrándome a la tarjeta en blanco—. No me estoy volviendo loca.

Pero ¿no es así? La evidencia apunta a lo contrario. No había ninguna tarjeta del mago enmascarado, ni foto. Solo este trozo de papel en blanco que aparentemente he imaginado como algo siniestro.

Me obligo a respirar profundamente, tratando de calmar mi corazón acelerado. Piensa, Hazel. Piensa racionalmente.

¿Podría alguien haber cambiado el contenido del sobre? Pero ¿cuándo? Estaba en la librería y la única persona que ha estado detrás del mostrador es la señora Lewis. Incluso en este estado, no puedo creer que la mujer de casi setenta años esté detrás de algún plan para hacerme perder la cabeza.

—Contrólate, Hazel —murmuro para mí misma—. No te estás volviendo loca.

Pero incluso mientras digo las palabras, la duda se cuela. ¿Y si lo estoy? ¿Y si todo esto es solo mi mente jugándome malas pasadas?

Sacudo la cabeza, tratando de aclararla. Pero es como si una niebla hubiera caído sobre mi cerebro. Busco a tientas en mi bolso mis pastillas y me pongo de pie tambaleándome. Cuando llego a la cocina, abro el refrigerador con cautela, pero veo todas las botellas perfectamente apiladas, con las etiquetas hacia afuera como deben estar. Agarro una y la destapo, tragando las pastillas con un gran sorbo. Mis manos tiemblan tanto que derramo agua por todo mi frente, pero apenas siento el frío. Tomo dos pastillas más y apenas logro llegar a las escaleras. Subo a gatas, dejando el agua a mitad de camino mientras lucho contra el sollozo que intenta ahogarme. Mi garganta se cierra cuando llego a la cima, y me agito porque no puedo respirar. No puedo ver. Lucho por respirar y me golpeo la cabeza contra la pared. Luego, nada.

ZACH

ESTOY SENTADO A LA ORILLA DEL LAGO, INCAPAZ DE SACAR A HAZEL DE MI MENTE. ME VIO pasar por la calle antes, pero no sabría que era yo. Estoy un poco molesto por estar aquí cuando debería estar vigilando su tienda para ver cuándo se va. Quiero dejar la figurita donde pueda verla cuando llegue por la mañana.

Suena mi teléfono y contesto. —Noah. ¿Qué pasa?

—¿Dónde estás?

—Junto al lago con un cadáver en el maletero, listo para tirarlo en cuanto este idiota de la canoa se vaya.

Noah resopla. —Oh, qué divertido. Rob, ¿verdad?

—Sí. ¿Has hablado con Carter?

—No, simplemente lo supuse. ¿Conseguiste la muñeca enmascarada?

—Sí. Voy a dejársela más tarde cuando termine aquí.

—Bien. Entré anoche, cambié la tarjeta y tomé la foto. Cuando vuelva a mirar, se preguntará si se lo imaginó todo.

Asiento lentamente. —Está perdiendo el control. Ha perdido peso en las últimas semanas.

—También lo he notado. Significa que todo esto está funcionando, y pronto la tendremos justo donde queremos.

—¿Encadenada a una cama mientras la forzamos a aparearse? —pregunto con amargura. No tengo idea de por qué sueno tan enojado al respecto. Solo desearía que las cosas hubieran sido diferentes a veces.

Noah guarda silencio por un momento al otro lado de la línea. —¿No estarás teniendo dudas, verdad?

Aprieto la mandíbula, mirando fijamente el lago en calma. —No, nunca —miento—. Se merece todo lo que le hagamos y más por habernos lastimado como lo hizo.

—Entonces deja de lamentarte y tira ese cuerpo. Tienes trabajo que hacer.

Cuelgo sin responder y guardo el teléfono, observando cómo el hombre de la canoa finalmente se va y tarda demasiado en marcharse. Una vez que está fuera de vista, salgo del coche. Me muevo hacia el maletero, lo abro y saco el cuerpo sin vida de Rob, envuelto en una lona negra. Lo llevo a la lancha motora que espera y lo tiro dentro. Saltando a bordo, encuentro la llave debajo del asiento y me dirijo al centro del lago. Ahora está tranquilo. Es ese momento entre que la gente regresa del trabajo y sale para las actividades de verano. En otra hora más o menos, estará ocupado de nuevo. Deteniendo el motor, lastro el cuerpo con rocas que estaban escondidas en el asiento y empujo el cuerpo de Rob por la borda. Viéndolo hundirse, no siento nada.

Enciendo el motor de nuevo y regreso a la orilla, donde aseguro la lancha, sabiendo que no será la última vez que la use. Ese alfa que llevó a Hazel a tomar el té antes sin duda se unirá a Rob muy pronto a menos que retroceda.

Mis botas crujen sobre la grava mientras subo de nuevo al Range Rover y me dirijo de vuelta al pueblo.

Para cuando llego a la calle principal, todas las tiendas están cerradas, pero el pub está haciendo un negocio próspero. Está un poco más abajo de la tienda de Hazel, así que no deberían molestarme. Ignoro el sonido de mi teléfono esta vez, sabiendo que solo será Carter pidiendo una actualización. Puede esperar. Esto no. Estoy ansioso por colocar la muñeca en posición.

Después de estacionar el Range Rover en un lugar apartado, me inclino hacia la guantera y saco la cinta blanca. Arranco un pedazo y lo envuelvo alrededor de la cara de la figura, creando una media máscara que asustará a Hazel. Espero hasta que la calle esté despejada antes de salir sigilosamente. La muñeca se siente pesada en mi mano mientras me dirijo a la tienda de Hazel, manteniéndome en las sombras.

En la puerta, saco mis ganchos y abro la cerradura rápidamente. Me deslizo dentro, cerrando la puerta silenciosamente detrás de mí.

La tienda está tenue y silenciosa. Respiro profundamente, captando rastros del dulce aroma de Hazel que permanecen en el aire. Por un momento, me transporto a tiempos más felices. Días perezosos de verano pasados holgazaneando en la playa, la risa de Hazel resonando mientras nos burlábamos el uno del otro. Sacudo la cabeza, alejando los recuerdos. Esa Hazel se ha ido. Ahora se trata de venganza.

Me abro paso por la tienda, con cuidado de no alterar nada. Quiero que el mago enmascarado sea el único indicio de que estuve aquí. Al llegar al mostrador, lo desenvuelvo y lo coloco cuidadosamente junto a la caja registradora. Su máscara parece aún más espeluznante bajo esta luz.

—Dulces sueños, Hazel —murmuro, pasando mi dedo por la mejilla blanca de la figura.

Salgo de la tienda tan silenciosamente como entré, asegurándome de cerrar la puerta con llave. La calle está tranquila mientras me dirijo de vuelta a mi coche, satisfecho con mi trabajo.

Mientras me alejo del pueblo, mi teléfono vuelve a sonar. Esta vez, contesto.

—Está hecho —digo sin preámbulos.

—Bien —responde Carter—. Pero tenemos una novedad. Hazel se ha asustado por el cambio de tarjeta y se ha desmayado.

—¿Dónde? —pregunto frunciendo el ceño.

—En casa.

—¿Deberíamos ir a verla?

—No, deja que vuelva en sí sola. Solo se golpeó la cabeza ligeramente contra la pared. Creo que los medicamentos y el pánico lo hicieron parecer peor de lo que es.

—¿Estás seguro? —No me gusta cómo suena esto.

La voz de Carter es firme al otro lado de la línea. —Estoy seguro. No podemos arriesgarnos a revelarnos todavía. Necesita sentirse completamente aislada y desequilibrada antes de hacer nuestro movimiento.

Agarro el volante con fuerza, emociones contradictorias luchando dentro de mí. Una parte de mí quiere correr al lado de Hazel, para asegurarme de que esté realmente bien. Pero sé que Carter tiene razón. Hemos llegado demasiado lejos para poner en peligro el plan ahora.

—De acuerdo —gruño—. Pero si no vuelve en sí dentro de una hora, vamos a entrar.

—De acuerdo —dice Carter—. Seguiremos vigilando.

Cuelgo sin responder y presiono con más fuerza el acelerador. Mientras me dirijo a toda velocidad de vuelta a la casa alquilada a la vuelta de la esquina, la imagen de Hazel inconsciente y sola me atormenta. Pero entonces recuerdo lo que nos ha hecho, y aprieto los dientes.

Estamos haciendo esto por su propio bien. Necesita aprender que no puede simplemente sacarnos de su vida sin consecuencias. Una vez que esté de vuelta con nosotros, donde pertenece, todo será mejor. Lo verá con el tiempo.

Cuando llego a la casa, veo a Noah esperando afuera con una expresión sombría. Apago el motor y bajo del coche, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria.

—¿Qué pasa con esa cara? —gruño mientras me acerco a él.

Noah aprieta la mandíbula.

—Puede que tengamos un problema. Ese alfa que llevó a Hazel a tomar el té antes no es quien parece. He estado investigando. Su nombre es Ayden Donoghue, y no es solo un tipo cualquiera que está de paso por la ciudad.

Me quedo helado, con la mano en el pomo de la puerta.

—¿Qué quieres decir?

Noah saca su teléfono, desliza algunos archivos y me lo muestra. En la pantalla hay una foto del alfa de la tienda de té, pero lleva un uniforme de policía.

—Es detective —dice Noah en voz baja—. Lo transfirieron aquí desde Londres hace una semana. Creo que podría estar investigando las desapariciones relacionadas con Hazel.

—Mierda —murmuro. Esto complica las cosas—. ¿Carter lo sabe?

Noah asiente.

—Se lo dije en cuanto me enteré.

Paso junto a Noah y entro en la casa, con la mente acelerada. Un detective husmeando alrededor de Hazel es lo último que necesitamos ahora mismo.

—Tenemos que deshacernos de él —gruño, paseando por la sala de estar—. Podría arruinarlo todo.

Noah asiente con seriedad.

—Carter ya está trabajando en ello. Pero tenemos que tener cuidado. Si un detective desaparece, atraerá aún más atención.

Me paso la mano por el pelo, aumentando mi frustración.

—Entonces, ¿qué hacemos? No podemos dejar que siga acercándose a Hazel bajo la apariencia de un alfa interesado. Este tipo es un idiota. No sabe nada de ella.

—Mira, odio esto tanto como tú, pero puede que no tengamos otra opción —dice Noah—. Al menos por ahora. Necesitamos averiguar exactamente qué sabe y por qué está aquí antes de hacer cualquier movimiento.

Golpeo la pared con el puño, dejando una abolladura en el yeso.

—No me gusta esto. Hemos llegado demasiado lejos como para dejar que algún cabrón lo arruine todo ahora.

Noah gruñe, respondiendo a mi agresión mientras Carter se une a nosotros desde el piso de arriba.

—No te preocupes por este imbécil. Hazel es nuestra, y nadie nos la va a quitar.

Respiro hondo, tratando de calmarme. Noah tiene razón. Hemos superado todos los obstáculos hasta ahora. Este es solo un obstáculo más.

HAZEL

MI CABEZA PALPITA MIENTRAS RECUPERO LENTAMENTE LA CONSCIENCIA. PARPADEO, desorientada, tratando de reconstruir lo sucedido. Estoy desplomada en lo alto de las escaleras, mojada y temblando.

Me incorporo con un gemido y el pánico se apodera de mí cuando los recuerdos de antes me inundan. La tarjeta en blanco, mi colapso en la comisaría, la ansiedad abrumadora. Cierro los ojos con fuerza, deseando que todo sea una pesadilla. Pero el dolor en mi cabeza y la rigidez en mis extremidades son demasiado reales.

Lentamente, me levanto para sentarme, luchando contra una oleada de mareo. Necesito recuperar la compostura. No puedo seguir derrumbándome así.

Con piernas temblorosas, me pongo de pie y me dirijo al baño. El rostro que me devuelve la mirada en el espejo está pálido y demacrado, con círculos oscuros bajo los ojos. Apenas me reconozco.

Pero incluso mientras intento animarme, la duda me carcome. ¿Realmente estoy perdiendo la cabeza? ¿Imaginando amenazas que no existen? ¿O está sucediendo algo realmente siniestro?

Me agarro al borde del lavabo, respirando profundamente. Necesito ser racional al respecto. Tal vez sí imaginé la tarjeta del mago enmascarado y la foto, o quizás mi mente me está jugando una mala pasada.

Me echo agua fría en la cara, tratando de despejar mi mente. Frunciendo el ceño, abro el botiquín sobre el lavabo y tomo el frasco de pastillas herbales. ¿Podrían ser estas las que me están provocando alucinaciones? Examino la etiqueta, pero no hay nada que sugiera efectos secundarios tan extremos. Aunque eso no significa nada. Debería volver mañana y preguntarles, para ver si pueden ayudarme a entender esto.

Después de guardarlo, bajo las escaleras, frotándome la cabeza donde me golpeé. En retrospectiva, el descanso me hizo bien. Puede que tenga una idea de por qué me está pasando esto, así que solo necesito mantenerme alejada de las pastillas herbales hasta que pueda resolverlo. Recojo la botella de agua de la mitad de las escaleras y bebo un largo trago. Cuando llego abajo, recojo el oso-cámara y lo coloco junto a la puerta principal antes de recoger el visillo y la barra que dejé caer al entrar. Los llevo de vuelta arriba con mi teléfono y me dispongo a colocarlos en la ventana de mi dormitorio, aunque ahora me pregunto si esto es siquiera necesario. Solo fue porque pensé que alguien me estaba tomando fotos, pero esa foto ni siquiera existía. Con un suspiro, lo dejo puesto y arreglo el visillo. Cerrando las cortinas por si acaso, me desvisto y me dirijo a la ducha, necesitando lavar el sudor y la humedad que esta tarde ha causado.

El agua caliente cae en cascada sobre mí, aliviando parte de la tensión de mis músculos.

Mientras me lavo, intento ordenar el lío de pensamientos en mi cabeza.

Tienen que ser las pastillas. Es la única explicación. Después de todo, no hay evidencia concreta de que alguien me esté acosando o tratando de hacerme daño. La foto y la tarjeta resultaron ser producto de mi imaginación. La figura enmascarada en el callejón podría haber sido fácilmente algún hombre inofensivo al azar que convertí en una figura siniestra en mi mente.

Salgo de la ducha, sintiéndome un poco más tranquila. Envolviéndome en una toalla esponjosa, me dirijo de vuelta a mi dormitorio.

Me pongo rápidamente mi camiseta holgada, decidida a comer algo y quizás leer antes de intentar dormir plácidamente. Pero antes de hacer eso, tengo que deshacerme de las pastillas en mi sistema.

De vuelta en el baño, miro fijamente el inodoro. Nunca me he provocado el vómito antes. Pero sé cómo funciona esto. Si me meto los dedos en la garganta, mi reflejo nauseoso se activará y vomitaré, con suerte eliminando lo que quede de las pastillas en mi estómago.

Respiro hondo, armándome de valor. Esto no va a ser agradable, pero necesito hacerlo. Necesito sacar estas pastillas de mi sistema y despejar mi mente.

Arrodillándome frente al inodoro, levanto mi mano temblorosa hacia mi boca. Dudo por un momento, luego me meto dos dedos en la garganta. Mi reflejo nauseoso se activa de inmediato y arcadas violentas sacuden mi cuerpo, mi estómago se contrae.

El contenido de mi estómago salpica en el inodoro. Toso y jadeo, con lágrimas corriendo por mi rostro mientras sigo con las arcadas. Es horrible, pero me obligo a continuar hasta estar segura de haber vaciado completamente mi estómago.

Finalmente, me siento sobre mis talones y me limpio la boca con papel higiénico. Me siento débil y temblorosa, pero también extrañamente purificada. Después de tirar de la cadena, me levanto con piernas tambaleantes y me enjuago la boca en el lavabo.

Mientras miro mi pálido reflejo en el espejo, me hago una promesa. No más pastillas. No más pensamientos paranoicos. A partir de ahora, me voy a concentrar en la realidad y dejaré de permitir que mi imaginación se desboque. Tendré que lidiar con mi ansiedad sin muletas. Puedo hacerlo. No es como si no lo hubiera hecho durante años antes de ahora.

Me dirijo a la planta baja, todavía sintiéndome un poco inestable. En la cocina, agarro otra botella de agua y la bebo lentamente. Mi estómago se siente irritado y vacío, pero sé que necesito comer algo para mantener mis fuerzas.

Me conformo con un poco de pan tostado sin nada, mordisqueándolo mientras me acurruco en el sofá con un libro. Las palabras familiares de mi novela favorita me calman, ayudando a silenciar los pensamientos ansiosos que aún giran en mi mente. Sin embargo, está demasiado silencioso, aunque normalmente me gusta así. Esta noche, resulta inquietante. Enciendo la televisión para tener un poco de ruido de fondo y vuelvo a mi libro.

Mientras leo, mis párpados se vuelven pesados. El desgaste emocional y físico del día me alcanza, y me encuentro quedándome dormida. No lo combato, me cubro con la manta, esperando que el sueño ayude a restablecer mis nervios destrozados.

NOAH

LA NOCHE ES LO PEOR. ES CUANDO TODOS LOS DEMONIOS SALEN A JUGAR.

Miro fijamente el portátil, equilibrado sobre mis rodillas en esta casa alquilada de Carter. En serio necesita comprar algunos muebles, pero no ha sido una prioridad. Él y Zach se están quedando en el lujoso hotel a unos kilómetros de distancia mientras yo estoy de servicio de vigilancia. Hasta ahora, ha sido interesante. Supongo que la purga que hizo antes fue debido a las pastillas de hierbas. Debe estar empezando a sospechar que le están causando estos picos de ansiedad. No se equivoca, pero ahora esto nos causa un problema. Tendremos que encontrar otra manera de llegar a ella. Mi mundo se ha reducido a estas pantallas, los patrones de comportamiento que revelan y los interminables análisis psicológicos que llenan mi mente.

Suspirando, me recuesto en la silla y me permito un momento de reflexión. El peso familiar de mi reloj —un regalo de mi padre en mi graduación— descansa pesadamente en mi muñeca. Un recordatorio de expectativas, de deber, del hijo perfecto que se suponía que debía ser.

Ser el hijo de uno de los psicólogos criminales más renombrados de Gran Bretaña no era exactamente propicio para las amistades normales de la infancia. Mientras otros niños jugaban en los parques, a mí me enseñaban a analizar patrones de comportamiento, a entender las profundidades de la psicología humana. La idea de mi padre de tiempo de unión implicaba revisar estudios de casos y asistir a conferencias psiquiátricas. Incluso en Oxford, estudiando psicología, no pude escapar del peso del apellido Forshaw en los círculos académicos.

Pero a Hazel nunca le importó nada de eso.

Abro el perfil psicológico que he compilado sobre ella a lo largo de los años. Es extenso —quizás obsesivamente— pero entender el comportamiento siempre ha sido mi manera de controlar las situaciones. Los patrones y observaciones familiares se desplazan por sus patrones de sueño, sus desencadenantes de ansiedad y sus dinámicas de relación. Cada relación fallida está meticulosamente documentada y analizada.

Es por su propio bien. Para protegerla. Para mantenerla a salvo hasta que podamos reclamarla adecuadamente.

Pero incluso mientras lo pienso, sé que es una racionalización.

La verdad es más complicada, más oscura. Como los trabajos de investigación que publico bajo un seudónimo, explorando las implicaciones psicológicas de los vínculos múltiples alfa-omega. La comunidad académica tendría ataques colectivos si supieran que su estrella en ascenso estaba realizando estudios no oficiales sobre las dinámicas de vinculación de manada. No son nada sino tradicionales. Pero sabíamos que Hazel estaba destinada a ser nuestra. Lo supimos desde que tengo memoria. Siempre iba a ser todos nosotros o ninguno de nosotros.

Mis dedos tamborilean contra el escritorio mientras considero nuestra línea de tiempo. Tres

semanas hasta su cumpleaños. Tres semanas para asegurar que todas las posibles barreras psicológicas sean desmanteladas. Tres semanas hasta que el pacto se cumpla.

El pacto. Incluso ahora, cinco años después, recuerdo cada detalle de esa noche. La forma en que la luz de la luna pintaba reflejos plateados en su cabello. El dulce aroma de jazmín y vainilla que me mareaba más que el whisky. La forma en que su pulso saltaba bajo mis dedos cuando le toqué el tobillo.

Viéndola vomitar y luego acurrucarse en el sofá más temprano con un libro, no he podido quitarle los ojos de encima. Quiero ir a ella. Quiero irrumpir en su casa y observar sus reacciones mientras descargo mis frustraciones en ella. Su estado emocional es cada vez más frágil, probablemente debido al estrés de múltiples relaciones fallidas y al acercarse a sus veinticinco años sin emparejar. Es una combinación peligrosa, pero una que podemos usar.

Carter ha estado presionando por más sutileza, pero yo prefiero una acción más agresiva. Pequeños ajustes, manipulaciones cuidadosas, cuerdas invisibles que ponen todo en su lugar.

Me levanto de la silla y camino hacia la ventana que da a la calle iluminada por la luna. No muy lejos, Hazel duerme en su cabaña, sin darse cuenta de cuánto tiempo llevamos observando, esperando y planeando.

Ella piensa que ha tenido mala suerte en el amor, que hay algo mal en ella que ahuyenta a los alfas. No tiene idea de que cada relación fallida, cada cita abandonada y cada partida repentina han sido cuidadosamente orquestadas. La hemos estado protegiendo de alfas inferiores, sí, pero más que eso, la hemos estado preparando.

Condicionándola para que nos necesite.

Mi reflejo me devuelve la mirada desde la ventana, ojos verdes afilados incluso en la oscuridad. Me parezco a mi padre —todos lo dicen—, pero siempre me he preguntado si ven las diferencias. El filo calculador que va más allá del interés académico. La disposición a cruzar líneas que él nunca cruzaría.

La *obsesión*.

Miro la hora. Es casi la una de la madrugada. En unas horas, se despertará, seguirá su rutina matutina y abrirá su librería. Si mis sospechas son correctas, tendrá una cita con el naturópata para hablar sobre las pastillas herbales. Necesito vigilarla de cerca y ver cuál es el resultado de eso. Obviamente, el naturópata le asegurará a Hazel que son seguras para tomarlas. Lo son. A menos que hayan sido alteradas, por supuesto.

Pero incluso si deja de tomarlas, solo eliminará la barrera que está protegiendo su mente. Pensará que está viendo cosas, pero sin las pastillas alteradas, verá las cosas como son. Nos verá venir por ella, y francamente, eso no me molesta.

Carter y Zach son menos propensos a ver lo bueno en esto. Pero yo soy el que entiende que el amor, como cualquier comportamiento, puede ser condicionado bajo las circunstancias adecuadas.

Y he creado las circunstancias perfectas para Hazel.

Un movimiento en mi portátil llama mi atención mientras me vuelvo hacia él. Ella se está moviendo en sueños, con un leve ceño frunciendo su frente. Paso mis dedos suavemente sobre su rostro.

Observar. Analizar. Controlar. Es lo que mejor hago.

Me inclino más cerca de la pantalla, observando atentamente mientras Hazel se revuelve en sueños. Su rostro está contraído por la angustia, probablemente atrapada en las garras de otra pesadilla. Una parte de mí anhela ir a ella, calmar sus miedos. Pero sé que eso no es parte del plan. Aún no. Hemos estado haciendo este baile durante años, siempre observando, nunca

tocando. Es una tortura del tipo más dulce, y ella pagará por hacernos pasar por esto. Pero me recuerdo que valdrá la pena. Al final del día, todo lo que hemos hecho por ella y a ella valdrá la pena para tenerla en nuestros brazos, en nuestra cama, nuestra lubricación bombeada profundamente dentro de ella, nuestras marcas de mordidas sangrientas y viciosas en su cuello, marcándola como nuestra.

HAZEL

LOS MÚSCULOS DE MI ESTÓMAGO DUELEN UN POCO POR EL INCIDENTE DE VÓMITOS DE ANOCHE, pero mi mente se siente más fresca. No sé si es psicológico o genuino. El hecho es que no me importa. Realmente siento que puedo seguir con mi día sin sobresaltarme por las sombras.

Me estiro con cautela al levantarme del sofá, donde pasé la noche, pero no en detrimento mío.

Mientras realizo mi rutina matutina, intento abordar el día con un sentido de determinación renovada. No más pensamientos paranoides. No más ver amenazas en cada sombra. Voy a centrarme en la realidad y volver a encaminar mi vida.

Me visto con unos vaqueros cómodos y una camiseta, y busco mi cárdigan morado favorito. Lo saco de la percha con una sonrisa y luego lo miro con el ceño fruncido.

—Maldita sea —murmuro al ver un agujero en la manga—. ¿Cuándo pasó esto?

Por un momento, siento que la niebla abrumadora desciende sobre mí de nuevo, pero la aparto. Es solo un agujero y ni siquiera es grande. Podría haber pasado en cualquier lugar. Lo vuelvo a colgar en la percha con un recordatorio de intentar coserlo más tarde. Probablemente está arruinado, pero tengo que intentarlo. Así que tomo uno blanco en su lugar y bajo a preparar un té. La cocina se siente tranquila bajo la luz temprana de la mañana. Me tomo un momento para respirar profundamente, centrándome.

Una vez que mi té está listo, me acurruco en el asiento de la ventana de la sala, observando cómo el pueblo cobra vida afuera. Gente paseando perros, abriendo tiendas, siguiendo sus rutinas normales. Todo parece maravillosamente ordinario.

Termino mi té y recojo mis cosas, lista para ir a la tienda. Cuando alcanzo el pomo de la puerta, hago una pausa. Por un momento, la ansiedad amenaza con volver a aparecer. El mundo exterior grita peligro, pero luego respiro y lo aparto. Reviso en mi bolso el alijo de pastillas, sabiendo que las otras siguen en el armario del baño. Debato si debería llevar ambas al naturópata, pero decido que siempre puedo tirarlas más tarde si me dicen que me están provocando estas alucinaciones.

Respiro profundamente otra vez, preparándome. No dejaré que este miedo me controle más. Pase lo que pase, lo enfrentaré de manera racional y tranquila.

Mirando fijamente al oso, lo levanto y lo coloco en el sofá antes de salir al aire fresco de la mañana. El corto paseo es agradable, los sonidos y vistas familiares del pueblo son reconfortantes.

Paso por la librería y me detengo en la oficina del naturópata. Empujo la puerta y entro. La sala de espera está vacía y silenciosa, con suaves sonidos de la naturaleza provenientes de altavoces ocultos.

—¿Hola? —llamo titubeante.

La Dra. Winters emerge de la habitación trasera, su rostro iluminándose con una cálida sonrisa cuando me ve.

—Buenos días, Hazel. No te esperaba hoy. ¿Está todo bien?

Jugueteo con la correa de mi bolso.

—Esperaba poder hablar contigo sobre las pastillas herbales que me recetaste. ¿Tienes unos minutos?

—Por supuesto, querida. Pasa. —Me conduce a su sala de consulta, indicándome que tome asiento en uno de los mullidos sillones—. ¿En qué puedo ayudarte?

Respiro hondo, tratando de organizar mis pensamientos.

—He estado experimentando algunos efectos secundarios inusuales. Alucinaciones, paranoia, picos de ansiedad. Me preocupa que las pastillas puedan estar causándolo.

La Dra. Winters frunce el ceño, inclinándose hacia adelante con preocupación.

—Eso es muy inusual. La mezcla que te di no debería causar nada parecido. ¿Puedes contarme más sobre lo que has estado experimentando?

Dudo, no queriendo sonar completamente trastornada.

—He estado viendo cosas que no están ahí. Imaginando amenazas. Incluso creí ver una foto mía que resultó no existir. —Río nerviosamente—. Sueno loca, ¿verdad?

—Para nada. Estos son síntomas serios, y me alegro de que hayas venido a verme. ¿Has estado bajo algún estrés inusual últimamente? ¿Algún gran cambio o preocupación?

Lo pienso por un momento.

—No realmente. Solo el estrés habitual de dirigir la tienda. Y... —Me detengo, sin saber cómo explicar la vaga sensación de inquietud que he estado sintiendo.

—¿Y? —me anima suavemente la Dra. Winters.

Suspiro.

—No lo sé. Simplemente siento que algo no está bien. Como si me estuvieran observando o siguiendo. Pero sé que es solo la paranoia hablando.

La Dra. Winters asiente pensativamente.

—Ya veo. ¿Y cuándo comenzaron estos síntomas? ¿Fue inmediatamente después de que empezaste a tomar las pastillas?

—No —admito—. Fue gradual. Al principio, pensé que realmente estaban ayudando con mi ansiedad. Pero luego las cosas empezaron a ponerse raras.

Se reclina en su silla, con un ligero ceño frunciendo su frente.

—Hazel, quiero que sepas que la mezcla de hierbas que te di no debería causar ninguno de estos síntomas. Es una fórmula muy suave y natural diseñada para aliviar la ansiedad gentilmente.

—Y lo fue al principio —digo, empezando a entrar en pánico. Ella me está diciendo todo lo que no quería oír—. Pero, ¿podría ser que esto esté sucediendo con el tiempo? Ya sabes, cuanto más tomo, ¿más probable es que esto ocurra?

Lentamente niega con la cabeza.

—No, Hazel. Te prometo que las pastillas son seguras.

Se me corta la respiración.

—Entonces, ¿estás diciendo que me estoy volviendo loca?

—No, Hazel. No estoy diciendo eso en absoluto. Lo que digo es que es poco probable que estos síntomas sean causados por las pastillas de hierbas. Necesitamos examinar otros factores potenciales.

Me desplomo en mi silla, sintiendo una mezcla de alivio y renovada ansiedad.

—Pero si no son las pastillas, ¿entonces qué es? ¿Estoy simplemente perdiendo la cabeza?

—Podría haber muchas explicaciones para lo que estás experimentando. El estrés, la falta de sueño, o incluso una condición médica subyacente podrían causar síntomas similares. Creo que, dadas las circunstancias, sería prudente que vieras a tu médico habitual para un chequeo completo, solo para descartar cualquier causa física. Una vez que tengamos un diagnóstico, estaré encantada de trabajar contigo y con el médico para encontrar un remedio natural si así lo deseas.

Asiento lentamente, tratando de procesar esto. —Entonces, ¿crees que debería seguir tomando las pastillas?

La Dra. Winters duda. —Si te sientes cómoda continuando con ellas, sí. No están causando estos síntomas. Sin embargo, si te sentirías mejor dejándolas por ahora, está perfectamente bien también. Siempre podemos volver a considerar los remedios herbales una vez que hayamos llegado al fondo de lo que realmente está pasando.

Me muerdo el labio, considerándolo. Una parte de mí quiere dejar de tomarlas inmediatamente, solo por si acaso. Pero otra parte recuerda cuánto me ayudaron inicialmente. —Creo que seguiré tomándolas por ahora. Pero también haré una cita con mi médico.

—Eso suena como un buen plan —sonríe la Dra. Winters alentadoramente.

—De acuerdo. Gracias por tu tiempo. —Me levanto y me voy, sintiéndome conflictuada. Una parte de mí se siente aliviada de que las pastillas no estén causando mis síntomas, pero otra parte está aún más inquieta. Si no son las pastillas, entonces tengo que ser yo.

Mientras camino hacia mi tienda, intento concentrarme en lo positivo. Ahora tengo un plan: ver a mi médico habitual, hacerme un chequeo, descartar cualquier causa física. Es un comienzo.

Abro la puerta de la librería y entro. Enciendo las luces y me dirijo al mostrador.

Grito al ver al mago enmascarado sentado junto a la caja registradora, su rostro tapado congelado en una sonrisa escalofriante, sus lágrimas brillantes casi burlándose.

Con el corazón acelerado, intento calmarme. *¿Esto es real o no?*

Solo hay una manera de averiguarlo. Con manos temblorosas, extendiendo la mano para tocarlo. Es sólido, real. Hasta ahora, no es una alucinación.

—No —susurro, retrocediendo—. Esto no está pasando.

Pero está pasando. Alguien estuvo en mi tienda. Alguien dejó esto aquí para que yo lo encontrara.

Agarro mi teléfono, lista para llamar a la policía, cuando dudo. ¿Y si no me creen? ¿Y si sueno loca de nuevo? Ese oficial de ayer probablemente piensa que necesito que me encierren. ¿Y si lo hace? ¿Y si piensa que me estoy inventando todo esto y me arresta por perder el tiempo de la policía?

Miro fijamente el muñeco enmascarado en mis manos, mi mente corriendo. Esto es real. No me lo estoy imaginando. Pero ¿cómo llegó aquí? ¿Quién lo puso aquí y por qué?

Mis manos tiemblan mientras vuelvo a dejar el muñeco en el mostrador. Necesito pruebas esta vez. Pruebas de que no estoy perdiendo la cabeza.

Levanto mi teléfono y tomo varias fotos del muñeco desde diferentes ángulos. Luego hago un video, recorriendo lentamente la tienda para mostrar que realmente está aquí en mi negocio.

—De acuerdo —murmuro para mí misma—. Mantén la calma. Piensa bien en esto.

Alguien debe haber entrado durante la noche para dejar esto aquí. Necesito verificar si algo más fue alterado o robado.

Hago una revisión cuidadosa de la tienda, verificando la caja, los estantes, el cuarto trasero.

Todo lo demás parece estar en orden.

Entonces se me ocurre un pensamiento horrible. ¿Y si ha estado aquí todo el tiempo y simplemente no lo había notado antes? ¿Y si estoy tan perdida que estoy alucinando su repentina aparición?

Trago saliva mientras miro de nuevo al mago enmascarado, y siento que todo se drena de mi alma. No puedo moverme. No quiero moverme. Solo quiero quedarme aquí de pie, y tal vez así las cosas no estarán tan mal.

CARTER

OBSERVANDO. SIEMPRE OBSERVANDO.

Hazel está en la librería. Se ha asustado por el mago enmascarado y ahora está ahí parada mirando a la nada. Es como si hubiera entrado en estado de shock o algo así. Saludo con la cabeza al mismo anciano que vi ayer paseando a su perro. Me mira con recelo, apoyado contra la pared al otro lado de la calle de la librería.

—¿Qué quieres entonces? —pregunta.

Dirijo mi mirada hacia él, manteniéndome sereno. Es un alfa dominante, definitivamente no es de los que retroceden ante una pelea a pesar de su edad. Es un tipo duro, puedo verlo desde aquí. Disfruto bastante el hecho de que me haya desafiado por merodear aquí.

—Reuniendo el valor para invitar a salir a la linda señorita de los libros —digo con una risa nerviosa fingida.

Sus ojos se entrecierran aún más, y mira hacia la calle antes de volver a mirarme. Su sospecha hacia mí no disminuye; si acaso, aumenta. —Hazel es una buena chica. No andes husmeando a su alrededor solo para lastimarla. Conozco a los de tu tipo. —Me señala con un dedo nudoso.

—¿Ah, sí? —pregunto, tratando de reprimir mi sonrisa mientras me enderezó. Mi ajustada camiseta negra y pantalones de combate negros probablemente no sean las elecciones de vestuario más inocentes, pero qué diablos. Nos estamos ensuciando las manos más de lo que esperábamos, y los trajes de Savile Row no son baratos.

—Sí —gruñe—. Yo fui tú una vez, muchacho, así que no finjas que no sabes de qué estoy hablando.

—Aprecio que esté cuidando de Hazel. Pero puedo asegurarle que no pretendo hacerle daño. —Bueno, a corto plazo, sí. A largo plazo será un maldito felices para siempre.

El rostro curtido del anciano se arruga con sospecha. —Este pueblo cuida de los suyos, y Hazel es una de nosotros. Te estoy vigilando. —Se señala los ojos antes de apuntarme con los dedos.

Me obligo a mantener una expresión neutral, aunque por dentro estoy tratando de no reírme. No de él. Lo admiro y aspiro a seguir siendo un viejo duro a su edad, pero es bastante adorable. —Le aseguro, señor, que mis intenciones hacia Hazel son completamente honorables.

Resopla con desdén. —Claro que lo son. Por eso estás merodeando aquí como una especie de acosador en lugar de entrar a hablar con ella como una persona normal.

—Lo entiendo, pero estoy reuniendo valor. Hazel es especial. Quiero causar una buena impresión.

—¿Y cómo sabrías eso si ni siquiera has hablado con ella todavía?

Mierda. Es astuto. Pensando rápidamente, digo: —He estado en su tienda algunas veces. Solo mirando, ya sabes. Pero he visto lo amable que es con los clientes, lo apasionada que es por los libros. A eso me refiero con especial.

No parece estar completamente convencido, pero parte de la hostilidad abandona su postura. —Hmm. Bueno, si eso es cierto, entonces deja de ser un cobarde y ve a hablar con ella como es debido. Hazel merece algo mejor que un rarito observándola desde el otro lado de la calle.

Asiento, fingiendo timidez. —Tiene razón, por supuesto. Lo haré. Gracias por el consejo, señor.

Gruñe y comienza a alejarse, luego se detiene. —Y, muchacho, ¿si me entero de que has lastimado a esa chica de alguna manera, no habrá lugar en la tierra donde puedas esconderte de mí. ¿Entendido?

La amenaza es de las más serias. No tengo duda de que habla en serio.

—Entendido, señor —digo solemnemente.

Me da una última mirada dura antes de continuar su camino, con su diminuto perro trotando a su lado.

Espero hasta que está fuera de vista antes de permitirme sonreír. Es agradable ver a la gente cuidando de ella, pero no hay nada ni nadie que me impida quebrar a nuestra pequeña omega y luego reconstruirla con todo el amor que se merece.

Pero cuando vuelvo a mirar hacia la tienda, ella sigue congelada en su lugar. Tomo una decisión precipitada de adelantar el cronograma. A Noah y Zach no les gustará, pero es una lástima. Me muevo hacia adelante, y tan pronto como mi pie toca la calle, me detengo. Ese cabrón de Ayden Donoghue se dirige hacia la librería y llega antes que yo. Gruño y acelero el paso.

Pero luego me detengo en seco cuando él le habla a Hazel, y ella gira la cabeza lentamente. Se lanza a sus brazos, y él la rodea con los suyos mientras ella solloza desconsoladamente en el hombro de este imbécil.

—Mierda —gruño, frustrado mientras retrocedo. Arruinaré todo si intento acercarme a ella ahora. No veré su verdadera reacción al verme con él allí de pie sosteniéndola. Vuelvo a la acera, mi ira ardiendo a fuego lento. Ese detective no trama nada bueno. No está aquí por casualidad e interesado en Hazel porque es una omega hermosa y sin pareja. No, hay algo más siniestro sucediendo aquí, y tengo la intención de averiguar qué es. Si está aquí investigando la desaparición que parece ocurrir a su alrededor, entonces tenemos una situación entre manos.

Mirando mi reloj, inhalo profundamente. El celo de Hazel está por llegar en cualquier momento. Sabemos por observarla que lo maneja sola. Ni una vez ha llevado a un alfa a su cama para que la anude hasta que su celo se retire, y menos mal. Esos alfas se quedarían sin pene si ese fuera el caso. La idea de su coño lleno de lubricación clamando por el nudo de un alfa hace que mi polla se endurezca. No deseo nada más que ayudarla a pasar este celo, pero debemos esperar. ¿O no? Su biología estará gritando por un alfa. Estará naturalmente delirante. ¿Quién dice que sabría que estábamos realmente allí si fuéramos a reclamarla una y otra vez, desapareciendo durante sus momentos lúcidos, solo para volver y asolarla?

Es una idea. Una que me sienta bastante bien.

Pero primero, necesitamos deshacernos de este imbécil antes de que Hazel decida que él es el alfa indicado para el trabajo esta temporada.

No mientras yo esté aquí. Ni una maldita oportunidad en el infierno tendrá de acercar su polla a su coño mientras yo esté vivo para evitarlo.

Mi mandíbula se tensa con rabia apenas contenida. Su pequeño cuerpo tiembla con sollozos

mientras se aferra a él. Él le murmura algo, su mano frotando círculos reconfortantes en su espalda. La intimidad de la escena hace que mi sangre hierva.

Después de lo que parece una eternidad, Hazel se aparta ligeramente. Ayden acuna su rostro con suavidad, sus pulgares secando la humedad. Dice algo que hace que ella asienta, luego la guía de vuelta a la tienda con un brazo protector alrededor de sus hombros.

Esto no es como se suponía que debían ir las cosas. Hazel debía estar aislada, vulnerable. En cambio, ha encontrado consuelo en los brazos de este extraño con malas intenciones.

Saco mi teléfono y marco a Noah.

Contesta al primer timbre. —¿Qué?

—Quiero a ese cabrón fuera —gruño agresivamente.

—¿El detective gilipollas?

—¿Quién más?

—¿Qué ha hecho?

—Aparte de existir en la esfera de Hazel. Está con ella ahora, consolándola después de que haya tenido una crisis por ese maldito muñeco mago enmascarado.

Una pausa.

Luego, dice: —Dime que estás bromeando. —Puedo oír la tensión en sus palabras, lo que significa que he presionado un botón que no tiene reinicio. Sonrío. Ayden es un alfa muerto caminando.

La voz de Noah es fría y mortal cuando responde. —Me encargaré de ello. Dame treinta y seis horas.

—Hazlo en veinticuatro —siseo—. Lo quiero fuera antes de que el celo de Hazel comience.

—Considéralo hecho —dice Noah y cuelga sin otra palabra.

Miro fijamente la librería, imaginando todas las formas en las que me gustaría hacer sufrir a ese detective. Pero Noah es mejor manejando estas situaciones delicadas. Él se asegurará de que Ayden desaparezca sin dejar rastro. Si dependiera de mí, le machacaría la cara hasta que ni su propia madre lo reconociera.

Pero por ahora, necesito concentrarme en Hazel. Su reacción ante el mago enmascarado fue más fuerte de lo que esperaba, lo que significa que su descenso hacia la locura está cada vez más cerca.

Mientras me alejo de la librería, no puedo evitar pensar en mis reflexiones anteriores. El celo de Hazel es inminente. Estará vulnerable y necesitada. Podría ser la oportunidad perfecta para hacer nuestro movimiento sin que ella lo sepa. Si lo planeamos perfectamente, estando allí mientras está delirando y ausentes cuando esté lúcida, haciéndolo parecer como sueños febriles, la desmoronaremos aún más lentamente.

Cuanto más pienso en este plan, más me gusta. Hazel Bishop será nuestra, y cualquiera que se interponga en nuestro camino lo lamentará.

HAZEL

AYDEN TOMA MIS MANOS ENTRE LAS SUYAS. —¿PUEDES CONTARME QUÉ PASÓ?

Tomo un respiro entrecortado. —No es nada. Lo siento. Estoy cansada y solo necesitaba desahogarme un momento. Estoy bien. De verdad.

Ayden frunce el ceño. —¿Estás segura?

—Sí, estoy segura —logro esbozar una sonrisa temblorosa—. Tal vez debería cerrar y volver a casa a dormir. Creo que... creo que mi celo está por llegar —añado, mortificada por haberlo soltado así, y aún más porque hasta este momento, con toda la paranoia y el estrés, había olvidado que se acercaba.

—Oh, de acuerdo —dice, como si lo entendiera. Quizás lo hace. Quizás está acostumbrado a estar cerca de omegas en pre-celo. Ese pensamiento no me sienta bien. No es que haya algo malo en que los alfas pasen sus celos con omegas con los que no están emparejados o ayuden a los omegas a pasar sus celos, es solo que no quiero pensar en él haciendo eso. No quiero pensar en él haciendo eso conmigo. Yo lo hago sola. Siempre ha sido así, y probablemente, a este paso, siempre lo será. Tengo mi vibrador con nudo para ayudarme, y está bien.

Lo miro parpadeando, pero él no dice nada más, ni hace ademán de irse. Empiezo a entrar en pánico pensando que va a sugerir que nos acompañemos durante mi celo. Mis manos tiemblan y se me cierra la garganta. Hay una razón por la que no llevo a un alfa dispuesto a mi cama durante mi celo, y es porque no puedo obligarme a tener sexo. No después del mago enmascarado... después del mago enmascarado... Trago saliva y aparto ese pensamiento. De repente y sorprendentemente se me ocurre que tal vez los alfas perciben esto en mí, y por eso siguen marchándose. Saben que voy a ser difícil con el sexo y el apareamiento, y no quieren tener nada que ver con mi trauma.

Joder.

Ahora que este pensamiento está en mi cabeza, tiene tanto sentido.

La voz de Ayden interrumpe mis pensamientos en espiral. —¿Hazel? ¿Estás bien?

Parpadeo, dándome cuenta de que me he quedado absorta. —Perdona, ¿qué?

—Te pregunté si querías que te ayudara a cerrar la tienda —dice suavemente.

—Oh —sacudo la cabeza, tratando de aclararla—. No, está bien. Puedo arreglármelas. Gracias de todos modos.

Asiente, pero no hace ademán de irse. —¿Estás segura de que estarás bien sola ahora mismo? No quiero entrometerme, pero pareces bastante alterada.

Su preocupación me conmueve, pero también me pone en guardia. No estoy acostumbrada a que alguien se preocupe tanto. —Agradezco tu preocupación, pero de verdad, estaré bien. Solo necesito descansar un poco.

Sonríe cálidamente. —Cuídate, Hazel. ¿Te parece bien si mañana paso a ver cómo estás?

Asiento con la cabeza, sin confiar en mi voz para hablar. Cuando él se va, me apoyo en el mostrador, repentinamente exhausta. Los eventos de la mañana me golpean de repente. Mis manos tiemblan mientras busco mi bolso. La Dra. Winters dijo que no eran las pastillas, así que tengo que seguir intentándolo con ellas. Sé que me ayudaron al principio. ¿Tal vez no estoy tomando suficientes? Saco dos pastillas y alcanzo la botella de agua en el mostrador, tratando de no mirar fijamente a la muñeca enmascarada.

¿Y si este es el mago enmascarado de la fiesta de Leah?

No puedo quitarme ese pensamiento inquietante de la cabeza. Después de aquel día, cuando me violó en el armario, nunca volví a tener otro incidente similar. Así que, quien fuera, aprovechó la oportunidad y no miró atrás. Probablemente simplemente pasó a su siguiente víctima. Me ahogo con ese pensamiento. Nunca me había detenido a pensar en eso antes.

Joder. ¿Qué clase de persona soy? Debería haberlo denunciado para evitar que le hiciera esto a otras niñas pequeñas. Las lágrimas pican mis ojos mientras la culpa me invade al darme cuenta de que ahora soy responsable de cualquiera a quien haya tocado después de ese día. La ola de culpabilidad me golpea, y caigo de rodillas, jadeando en busca de aire mientras el ataque de pánico me invade por completo.

No sé cuánto tiempo permanezco allí arrodillada en el suelo, jadeando en busca de aire mientras oleadas de pánico y culpa me invaden. Mi visión se nubla con lágrimas, y mi pecho se siente apretado, como si no pudiera obtener suficiente aire. Necesito salir de aquí. Necesito ir a casa donde pueda construir un nido y acurrucarme en él, esperando que mi celo llegue. Me pongo de pie tambaleándome, tratando de regularizar mi respiración. No puedo seguir derrumbándome así. Necesito hacer esa cita para ver a mi médico lo antes posible. Apoyándome pesadamente en el mostrador, me encuentro cara a cara con el mago enmascarado. Mi nariz está a centímetros de la cara burlona y el traje sedoso. Con un grito de rabia y dolor por todo lo que perdí, lo agarro con mi mano y lo arrojo con todas mis fuerzas contra la pared detrás del mostrador. Su rostro se estrella contra la pared, rompiéndose en pedazos irregulares que se esparcen por el suelo. El sonido de la porcelana rompiéndose resuena en la tienda vacía.

Por un momento, me quedo allí paralizada, mirando los restos rotos. Una parte de mí está horrorizada por mi arrebato, pero otra parte siente una satisfacción salvaje. He destruido la cosa que me ha estado atormentando. Ya no puede hacerme daño.

Con manos temblorosas, recojo mis cosas y cierro la tienda, sin importarme siquiera que signifique una pérdida de negocio. Debería pasar a ver a la Sra. Lewis, pero simplemente no tengo ganas. Asumiré la pérdida y me ocuparé de ello la próxima semana.

El camino a casa parece más largo de lo habitual, cada sombra pareciendo amenazadoramente grande. Mantengo la cabeza baja, sin querer hacer contacto visual con nadie.

Cuando por fin llego a mi cabaña, forcejeo con las llaves, casi dejándolas caer en mi prisa por entrar. Una vez que el cerrojo se cierra detrás de mí, me apoyo contra la puerta, dejando escapar un suspiro tembloroso. A salvo. Estoy a salvo aquí.

Pero incluso mientras lo pienso, sé que no es del todo cierto. El miedo, la paranoia, me han seguido hasta casa. Ahora están dentro de mi cabeza, y no sé cómo hacerlos desaparecer. Me giro para poner el cerrojo y la cadena en la puerta, y una vez que están asegurados, me tambaleo hacia las escaleras. Me arrastro hasta el piso de arriba, mi cuerpo ya empieza a sentir las primeras señales de mi precelo. Mi piel se siente demasiado tensa, demasiado caliente. Me quito la ropa, dejándola en un rastro hacia el dormitorio. Abro mi armario y saco las mantas suaves y las almohadas de la estantería superior que guardo para mis celos. Con manos temblorosas, empiezo

a construir mi nido en la esquina del dormitorio, bajo la ventana. Es un instinto primario, uno que siempre me hace sentir un poco más segura, un poco más en control.

Mientras arreglo meticulosamente las mantas, mi mente divaga hacia el mago enmascarado de la tienda. La forma en que se hizo añicos contra la pared. La satisfacción que sentí en ese momento. Pero ahora, en la quietud de mi habitación, la duda vuelve a aparecer. ¿Y si me lo imaginé todo? ¿Y si nunca hubo un muñeco y solo destruí alguna baratija inocente en un ataque de paranoia?

Sacudo la cabeza, tratando de disipar los pensamientos. No. Fue real. Tenía que ser real. Saco mi teléfono y reviso las fotos. El mago enmascarado sentado en el mostrador me devuelve la mirada. Lo cierro rápidamente y vuelvo a construir mi nido. Me muevo mecánicamente, esponjando almohadas, doblando mantas y sacando mi edredón de la cama para extenderlo por encima. Una vez que está completo, abro la mesita de noche y saco el vibrador con nudo. Es un dispositivo grande que me da una satisfacción momentánea. No sé cómo se compara con un verdadero nudo de alfa, pero me ayuda a sobrellevar la situación.

Colocándolo sobre las almohadas de mi nido, me arrastro dentro y me acurruco apretadamente, envolviendo una manta alrededor de mis hombros. Mi piel se siente febril, una señal segura de que mi celo se acerca rápidamente. Normalmente, me estaría preparando mentalmente para los días venideros, planeando cómo manejar los síntomas sola. Pero ahora mismo, todo en lo que puedo pensar es en lo vulnerable que me siento.

Por primera vez en mi vida, desearía no estar sola. La idea de pasar mi celo en este estado de miedo y confusión, cuando mi mente no es mía durante los peores momentos, es abrumadora. Pero no hay otra opción. Hago esto sola. Como siempre.

Me revuelvo inquieta en mi nido, incapaz de ponerme cómoda. Mi piel se siente como si estuviera en llamas, y hay un vacío doloroso dentro de mí que sé que solo empeorará a medida que progrese mi celo. Nunca he pasado por esto antes cuando me he sentido tan desequilibrada, tan insegura de la realidad.

La habitación se siente demasiado silenciosa, demasiado quieta. Cada crujido de la casa me hace saltar. ¿Y si alguien entra mientras estoy vulnerable? ¿Y si vuelvo a alucinar y no puedo distinguir qué es real? ¿Y si termino haciéndome daño?

Una oleada de calambres me golpea y me encojo sobre mí misma con un gemido. El calor está llegando más rápido de lo habitual, probablemente desencadenado por el estrés. Busco a tientas el vibrador nudoso, acercándolo, sabiendo que lo necesitaré pronto. Cierro los ojos e intento relajarme, pero entonces recuerdo el osito con cámara. Abro los ojos de golpe y gruño. No lo coloqué en su sitio y ahora, más que nunca, necesito esos ojos abajo.

Me empujo para sentarme y la cabeza me da vueltas. Me la sujeto y uso la pared para ponerme de pie. Estoy desnuda y sudando, mis rodillas tiemblan mientras me tambaleo hacia las escaleras. Mi visión se nubla mientras me agarro a la barandilla y las bajo una a una, perdiendo el último escalón y tropezando para aterrizar sobre mis manos y rodillas, magullada y temblorosa. Me arrastro hasta la sala donde dejé el oso y lo agarro, aferrándome a él desesperadamente mientras la habitación empieza a girar. Cierro los ojos y me arrastro, tanteando el camino hasta la puerta principal para colocar el oso. No puedo ver nada cuando abro los ojos, así que uso mis otros sentidos. Toco sus ojos para asegurarme de que están mirando hacia adelante y no hacia la puerta.

Dejo escapar un sollozo de alivio al comprobar que está colocado correctamente, y entonces no puedo recordar si eché el cerrojo y la cadena de la puerta principal. Tambaleándome, me pongo de pie y tanteo las cerraduras. Siento como si lo estuviera haciendo al revés,

desbloqueando en lugar de bloqueando, pero sé que eso no está bien. No recuerdo haberlas cerrado cuando entré. Con la visión perdida, me tambaleo por el pasillo de vuelta a las escaleras. Subiéndolas a gatas, palpo alrededor en la parte superior para asegurarme de que voy en la dirección correcta de vuelta a mi nido. Mis codos ceden y me desplomo sobre el umbral de mi dormitorio.

Mi cuerpo se estremece cuando otra ola de calor me invade. Me arrastro por el suelo, desesperada por alcanzar la seguridad de mi nido. Mi piel arde con fiebre de calor y cada terminación nerviosa está hipersensible.

Finalmente, mis dedos rozan la suave tela. Con las últimas fuerzas, me arrastro hasta el nido, derrumbándome sobre los cojines. Me acurruco en una bola apretada, envolviendo mantas alrededor de mi forma temblorosa mientras los escalofríos comienzan con fuerza. Mi mente está nebulosa, los pensamientos se me escapan como arena entre los dedos.

En mi delirio, las sombras parecen moverse en los bordes de mi visión. ¿Son reales o solo otra alucinación? Gimo, enterrando mi cara en una almohada. Deseo desesperadamente que alguien me abrace, que me haga sentir segura. Pero estoy sola, como siempre.

El dolor dentro de mí crece, un vacío que exige ser llenado. Busco a tientas el vibrador nudoso, mis movimientos torpes y descoordinados. Necesito liberación, algo que alivie este calor que lo consume todo.

Al activar el juguete, se me escapa un sollozo. No se supone que sea así. No debería sentirme tan asustada ni tan vulnerable durante lo que debería ser un proceso natural. Pero el miedo y la paranoia se han filtrado en cada parte de mí, contaminando incluso esto.

ZACH

—¿HAS PERDIDO LA PUTA CABEZA?

Fulmino con la mirada a Carter mientras expone su plan tentativo para Hazel durante su celo.

—Ni un poco —me mira con sus ojos conocedores, y aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me provocho dolor de cabeza—. ¿Ni siquiera quieres considerar esta idea?

Ese es el problema. Quiero. Joder, sí que quiero. Saber que la tendríamos durante su celo sin que ella fuera realmente consciente de que estamos metiendo nuestras pollas en ella es tan tentador que casi puedo saborearlo. Es lo que ella se merece. Es lo que nosotros nos merecemos. Entonces, ¿por qué estoy tan enojado al respecto?

Lucho por contener mis emociones conflictivas. —Es demasiado arriesgado —gruño—. Podríamos arruinar todo por lo que hemos trabajado.

Carter se queda de pie en la casa vacía, nuestras voces haciendo eco a nuestro alrededor, estudiándome con esos ojos calculadores. —O podría ser exactamente lo que necesitamos para empujarla al límite. Piénsalo, Zach. Su mente ya está frágil, su cuerpo desesperado por el toque de un alfa. Le damos lo que anhela, luego desaparecemos como un sueño febril. Destrozaré lo que queda de su percepción de la realidad.

Sus palabras pintan una imagen vívida en mi mente. Hazel, sonrojada y necesitada, gritando por nosotros mientras la tomamos una y otra vez. La imagen es casi demasiado irresistible y hace que mi polla se enfurezca de lujuria.

Pero aún así, la duda me carcome. —¿Y si se da cuenta de que es real? ¿Y si se resiste o pide ayuda?

—No lo hará —interviene Noah, levantando la vista de su portátil, donde está ocupado planeando la caída definitiva de Donoghue—. En su estado mental actual, combinado con el delirio del celo, será completamente maleable. No seremos más que sombras en su mente, indistinguibles de una alucinación. Cuando esté lúcida después de los nudos, desapareceremos y pensará que solo fue un sueño.

—¿No captará nuestro olor en ella?

—No si la limpiamos antes de irnos —argumenta Carter.

Joder.

Me paso una mano por el pelo, desgarrado. El alfa en mí está rugiendo por reclamar lo que es nuestro, por finalmente hundir mi polla en ese suave coño. Pero otra parte de mí, la parte que aún recuerda los perezosos días de verano y su risa despreocupada, piensa que esto es ir demasiado lejos. Pero entonces recuerdo haberla violado mientras estaba borracha. La toqué en lugares que no tenía derecho ni siquiera a ver, mucho menos a sentir. ¿En qué se diferencia esto?

Me golpeo la frente con la mano. El conflicto en mi mente está en su punto máximo. No

puedo decidir a qué demonio debo escuchar.

Dejo caer la mano mientras suelto un gruñido frustrado. —Bien. Digamos que hacemos esto. ¿Cómo entramos siquiera en su casa? La cierra herméticamente cuando está dentro.

—Estoy trabajando en ello —afirma Carter fríamente, pero sé que esto también le molesta. No es tan fácil como entrar y salir de su casa sin que ella ni nadie más lo sepa. Se acerca, su voz baja e intensa—. Piénsalo, Zach. Después de todos estos años de espera y planificación, finalmente la tendremos. Estaremos dentro de ella, anudándola, reclamando lo que es legítimamente nuestro, y ella no se dará cuenta. La poseeremos completamente, y ni siquiera lo sabrá.

El alfa en mí ruge de aprobación ante sus palabras. Casi puedo saborearla, oler su lubricación. Mi polla palpita dolorosamente.

—Joder —gruño, mi resolución desmoronándose—. Bien. Pero necesitamos averiguar cómo entramos...

—Oh, joder —dice Noah, levantándose rápidamente de donde estaba sentado contra la pared.

—¿Qué? —dice Carter, volviéndose hacia él.

—Ya está en celo. Miren. —Gira el portátil para mostrarnos la cámara espía en su dormitorio, dándonos una vista completa de Hazel desnuda en su nido.

—Joder —gruño—. Creí que teníamos más tiempo.

—Normalmente, estaría de acuerdo —afirma Noah—. El estrés de su creciente ansiedad debe haberlo adelantado.

—¡Maldita sea! —rujo, golpeando mi puño contra la pared, justo al lado del agujero que hice el otro día—. ¿Por qué no contamos con esto?

Noah gruñe. —Era algo sin precedentes.

—Olviden eso —espeta Carter—. Necesitamos actuar rápido.

—Necesitamos máscaras —comento, mientras el peor de los demonios aparece por el tiempo que soy lo suficientemente débil para dejarlo salir—. Realmente la asustaremos y la quebraremos.

La sonrisa de Carter es feroz mientras asiente en acuerdo. —Excelente idea. Seremos como demonios de sus pesadillas, y ya tenemos algunas. La seguí usando una el otro día.

—¿Qué? ¡No nos informaste de eso! —Mi ira oscila entre la excitación y la culpa, pero lo aparto todo.

Se encoge de hombros. —Fue de último momento. Un poco de diversión.

Siento una emoción retorcida recorrerme al pensar en su miedo intensificando su aroma.

Carter desaparece en otra habitación, regresando momentos después con tres máscaras blancas que cubren todo el rostro.

Noah las toma y las examina. —Estas son perfectas. En blanco y sin emociones. Aumentará la percepción de que realmente no estamos allí, de que somos una ilusión de su delirio.

Tomo una, sintiendo la superficie lisa bajo mis dedos. Es perfecta. Impersonal. Aterradora.

—No hablamos. No dejen que vea nada identificable —añade Noah.

Asiento. —Será mejor que nos apresuremos. Estamos perdiendo tiempo con ella.

—Todavía necesitamos encontrar una forma de entrar —dice Noah, mirando el portátil y pasando por las diversas cámaras, probablemente buscando un punto de entrada—. Esperen —dice después de unos segundos—. Oh, acabamos de ganar la lotería.

—¿Qué es? ¿Una ventana abierta? —pregunto, acercándome más.

—No tan bueno, pero se ha olvidado de cerrar con llave y poner la cadena en la puerta principal.

Siento una oleada de adrenalina ante las palabras de Noah. Es casi como si el destino nos hubiera dado una mano. —¿Estás seguro? —pregunto, mirando la pantalla—. Eso no es propio de ella.

—Tal vez lo olvidó si su celo ya había comenzado cuando llegó a casa —reflexiona Carter—. De cualquier manera. Este es nuestro punto de entrada. Una vez dentro, la cerraremos con llave y el cerrojo, y dejaremos la ventana de la cocina abierta pero empujada como nuestra salida y reentrada. Es poco probable que se dé cuenta a menos que revise. Pero incluso en sus períodos lúcidos, no estará completamente consciente.

Asiento, un sentimiento de nerviosismo me golpea de repente mientras el demonio desaparece. ¿Realmente podemos hacer esto? ¿Realmente podemos entrar allí y tener sexo con ella sin su consentimiento, sin su pleno conocimiento? Tendré que preguntarle. Tendré que susurrarle al oído si quiere que nuestros nudos la hagan sentir mejor, y espero que diga que sí. Es la única forma en que podré vivir conmigo mismo.

NOAH

EL PLAN DE CARTER NO ES SUTIL, ES TODO LO CONTRARIO. ME MUESTRA TODO LO QUE NECESITO saber sobre su creciente impaciencia. Está listo para arriesgarlo todo por este plan, y aunque esto es más mi estilo, tengo que detenerme y preguntarme qué le hará a Hazel. Ella se quebrará por completo, lo que adelantará mucho nuestro cronograma. Mientras nos preparamos para salir, mi teléfono vibra. Lo saco con el ceño fruncido. No hay identificador de llamada.

Normalmente, eso me impediría contestar, pero algo en el fondo de mi mente me grita que responda.

Deslizándolo el pulgar por la pantalla, murmuro:

—¿Sí?

—¿N-Noah? —una voz femenina ronca hace eco en la línea, como si estuviera de pie en un cañón.

—¿Quién es? —pregunto, atrayendo la atención de Carter. Él se detiene para escrutar-me.

—Soy Leah —susurra—. Lamento que me haya tomado tanto tiempo responderte. He estado... o-ocupada.

¿Ocupada? Le envié un correo hace seis años. Algo anda muy mal con ella. Me tomo un momento para escuchar. Su respiración es errática, y su voz tiembla y es débil.

—Está bien, gracias por llamar cuando pudiste —murmuro suavemente.

—¿Qué-qué querías saber? ¿S-sobre Hay-Hazel? —Intenta hacer que su voz sea firme, pero puedo sentir la ansiedad a través de la línea telefónica. Ya no es la chica vibrante que todos conocíamos. Aunque la gente cambia. Joder, todos lo hemos hecho. Es una sombra de lo que era, y eso me ha intrigado.

—¿Recuerdas tu fiesta de cumpleaños número cinco, Leah? —pregunto con tono tranquilizador, adoptando el tono de psicólogo clínico que parece surgir naturalmente cuando estoy cerca de los perturbados.

Ella traga saliva ruidosamente.

—¿Qué hay con eso?

Me doy la vuelta, alejándome de Carter, quien se está acercando, claramente desesperado por saber qué estoy haciendo. Nunca les he contado a los dos alfas de mi manada lo que Hazel me dijo. Ellos conocen su miedo al mago enmascarado, todos en esa fiesta lo saben, pero esto... ellos no lo saben.

—Sé que es mucho pedir, Leah, pero ¿hay alguna posibilidad de que me puedas decir quién era el mago enmascarado? ¿Sabes de dónde lo contrataron tus padres?

Parpadeo cuando ella cuelga.

Bien, eso me dice dos cosas. Ella lo sabe, y está asustada. ¿Este hijo de puta también llegó a

Leah? Y si es así, ¿a quién más abusó? Esto me da aún más razones para querer rastrearlo y cortarle el maldito pene antes de metérselo en la garganta y ahogarlo con él.

—¿De qué se trata eso? —pregunta Carter.

Me vuelvo hacia él mientras guardo mi teléfono y entrecierro los ojos al ver que Zach se acerca, también curioso. No puedo simplemente decirles que no es nada, pero ¿es este el momento de revelarlo todo? —Solo estoy siguiendo una pista —digo después de una pausa.

—¿Qué pista? —pregunta Zach—. ¿Estás planeando traer exactamente al mismo mago enmascarado frente a Hazel para que realmente pierda la cabeza? —Su amargura no pasa desapercibida, pero la ignoro. Es solo Zach siendo Zach. Su cerebro no funciona igual que el de la mayoría de las personas. Está fracturado. Nunca ha hablado de ello, pero veo signos de abuso traumático por todas partes en él. Si quiere hablar de ello, sabe dónde estoy. Hasta entonces, me ocupo de mis asuntos. Todos tenemos nuestros demonios, y no necesitamos gritarlos desde los tejados como niños suplicando atención.

Fuerzo mi rostro en una sonrisa feroz.

—Exactamente eso. Es como si fuéramos una sola mente.

Sus ojos se ensanchan, y luego devuelve la sonrisa.

—Cruel pero imaginativo. ¿Leah no lo dijo?

Niego con la cabeza.

—No. Estaba distraída. *Si es así como lo llamamos estos días.*

—Bueno, apruebo esto —dice Carter—. Pero ahora mismo, estamos perdiendo el tiempo. Noah, ya has entrado a la casa por la puerta principal, así que entra y luego abre la ventana de la cocina para nosotros. Zach y yo entraremos por ahí. Si todos nos quedamos parados, amontonándonos en la entrada, será más sospechoso.

—De acuerdo —digo y palmeo el bolsillo de mis pantalones de combate donde están mis ganzúas.

Como uno solo, nos ponemos en marcha.

Todavía hay luz del día, pero el atardecer se acerca. No estaremos completamente ocultos, pero es mejor separarnos. Carter y Zach se dirigen al parque para rodear la parte trasera de la casa de Hazel mientras yo me mantengo en la calle principal, pasando por el pub y las tiendas cerradas hacia la puerta principal de Hazel.

Ya tengo la ganzúa en la mano cuando llego a la puerta. Rápidamente me pongo a trabajar, la desbloqueo y la abro con cuidado. Algo se desliza por el suelo en el interior. Entrando casualmente, cierro la puerta y la cierro con llave y el cerrojo. Esto asegurará dos cosas. Si Hazel lo olvidó pero sabe que lo olvidó, le jodería la mente, y dos, la mantendrá a salvo del mundo exterior mientras la devastamos.

Mirando al suelo, veo un oso de peluche empujado para mirar a la pared cuando abrí la puerta. Frunciendo el ceño, me agacho y noto de inmediato que es una cámara oculta. Lo vuelvo a colocar en su lugar y me detengo para ver si hay algún movimiento.

La casa está en silencio excepto por débiles gemidos que vienen de arriba, así que me dirijo a la cocina, muy consciente de cada crujido de las tablas del suelo.

En la ventana de la cocina, me detengo para ponerme la máscara blanca antes de desbloquearla y abrirla. Carter y Zach ya están esperando en el jardín, que está rodeado de árboles y arbustos. Entran sigilosamente, con sus propias máscaras ya puestas. Intercambiamos asentimientos silenciosos, comunicándonos sin palabras como lo hemos hecho innumerables veces antes.

Dejando que Carter vaya primero, como nuestro alfa principal, nos deslizamos escaleras

arriba. El aroma de Hazel se vuelve más fuerte. Dulces feromonas omega mezcladas con el sabor almizclado del celo. Mi miembro se esfuerza por llegar a ella, ansioso por reclamar lo que es nuestro. Pero me obligo a mantenerme enfocado. Esto no se trata solo de satisfacer mi lujuria. Se trata de quebrarla por completo.

Nos detenemos frente a la puerta de su dormitorio. Dentro, podemos oír su respiración agitada, suaves gemidos de incomodidad y un zumbido sordo que supongo es uno de esos vibradores que forman un nudo. Carter empuja la puerta y entra.

Hazel está acurrucada en su nido, desnuda y brillante de sudor. Sus ojos están vidriosos y desenfocados mientras se retuerce contra las mantas. Al principio no parece registrar nuestra presencia. Su agarre es débil sobre el vibrador que zumba en su sexo, y reprimo un gemido cuando el aroma de su lubricación llena el aire. Está tan perdida que ni siquiera nota cuando nos amontonamos en su dormitorio.

Bien. Eso concuerda.

Al oír a Carter sisear al mismo tiempo que siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago, sé que estar aquí con la omega que sabemos es nuestra pareja destinada, cubierta de lubricación y en medio de su celo, ha desencadenado nuestro celo. Lo esperaba a medias. Siempre es alrededor del mismo tiempo que el celo de Hazel, el destino diciéndonos que estamos destinados a estar juntos, pero este es el momento perfecto. Ahora podemos anudarla adecuadamente. Siempre hay un pequeño nudo cuando tenemos un orgasmo, suficiente para satisfacer a una omega en celo, pero ahora se inflarán a su tamaño completo, asegurando que Hazel quedará completamente saciada por un tiempo. Me desnudo, al igual que los otros dos alfas. Hazel se retuerce en su nido, tratando de encontrar alivio con el vibrador, pero no está haciendo un trabajo lo suficientemente bueno. Me arrodillo al lado de su nido y coloco mi mano sobre la suya, sintiendo las vibraciones hacer eco en mi brazo.

Los ojos de Hazel se abren somnolientos. Intenta enfocarse en mí, pero puedo ver que es incapaz de procesar la realidad de que estoy a su lado.

—Shh, tranquila, Hazel. Nos ocuparemos de tu celo por ti. ¿Quieres eso?

Sus gemidos se convierten en jadeos mientras le prometemos todo lo que ansía.

Carter se arrodilla cerca y acaricia su frente sudorosa. —Sigue durmiendo, Hazel. Tus sueños te cuidarán.

—Sueños —murmura ella, cerrando los ojos de nuevo. Saco el vibrador de su sexo y casi me desmayo por el aroma de su lubricación cubriéndolo. Lo dejo encendido y no puedo resistir levantar un poco mi máscara y lamerlo como una paleta, emitiendo un gemido de pura lujuria. Mi miembro, que ya estaba duro como una roca, rebota con ansiedad. La necesito. No puedo esperar. Entro en su nido sin su permiso, pero en este momento, no creo que le importe. Es flexible mientras separo ampliamente sus piernas y agacho la cabeza para lamer su dulce sexo, rozando su clítoris con mi lengua. Y entonces la devoro.

Como el sexo de Hazel con hambre desesperada, mi lengua profundizando para saborear cada gota de su dulce lubricación. Ella se retuerce debajo de mí, suaves gemidos escapando de sus labios mientras la acerco al borde. Su aroma es embriagador, nublando mi mente con lujuria.

Zach observa atentamente desde el borde del nido, su mano envuelta alrededor de su grueso miembro mientras se acaricia lentamente. El aire está cargado de feromonas. El aroma del celo de Hazel mezclándose con nuestro almizcle inducido por el celo.

Siento temblar los muslos de Hazel mientras su orgasmo se construye. Deslizando tres dedos dentro de ella, empujo profundamente, succionando su clítoris entre mis labios, acariciándolo rápidamente con mi lengua. Ella arquea su espalda fuera del nido con un grito de puro anhelo.

—¿Quieres mi nudo, Hazel?

—Por favor —gime ella, aún perdida en su delirio—. Nudo.

Levantándome sobre mis rodillas, me bajo la máscara y la arrastro más cerca de la cabeza de mi miembro. Con Carter y Zach observando atentamente, entro en ella de un solo empujón rápido. Me entierro hasta la empuñadura dentro de ella. Ambos gemimos ante la sensación. Está imposiblemente apretada. Casi virginal. Me estremezco cuando mi orgasmo me golpea instantáneamente, y descargo mi semilla en ella sin necesidad de otro empuje. La anudo con fuerza y ella jadea al sentirlo estirándola hasta sus límites. Pero luego se relaja de nuevo, ronroneando mientras le doy exactamente lo que necesita.

—Maldita sea —susurro—. Joder, es mejor de lo que imaginaba. —Cierro los ojos detrás de la máscara y absorbo el puro éxtasis de finalmente estar dentro de Hazel después de todos estos años. Sus paredes internas se aprietan alrededor de mi nudo, ordeñando hasta la última gota de mí. Me quedo enterrado profundamente dentro de ella, mis caderas haciendo pequeños empujes involuntarios mientras las réplicas del placer me recorren.

Hazel gime suavemente, sus ojos aún desenfocados mientras experimenta su propio orgasmo. Su cuerpo tiembla debajo de mí, el sudor brillando en su piel sonrojada. Se ve completamente corrompida y totalmente inconsciente.

Sus ojos se abren, y jadea cuando me ve cerniéndome sobre ella, mi nudo enterrado profundamente en su interior. —Vuelve a dormir, dulce omega —murmuro—. Tus sueños te cuidarán.

El ruido del vibrador que aún zumba debe reconfortarla, ya que cierra los ojos y se sumerge en un sueño inquieto con mi nudo aún aliviando su celo.

HAZEL

PERDIDA EN UNA BRUMA DE CALOR Y DELIRIO, ENTRO Y SALGO DE LA CONSCIENCIA. MI CUERPO arde, anhelando un alivio que nunca llega completamente. Imágenes y sensaciones fragmentadas parpadean en mi mente. Manos frescas sobre mi piel febril, el estiramiento de un nudo llenándome, figuras enmascaradas cerniéndose sobre mí. Pero todo se difumina entre sueños febriles y alucinaciones.

—*Shh, omega. Deja que tus sueños te cuiden.*

Las palabras resuenan en mi mente mientras manos me acarician, mientras un grueso miembro se empuja dentro de mí. Grito, abrumada por la sensación. Se siente tan real, tan intenso. Pero no puede ser real. Es solo otro vívido sueño de celo.

Pierdo completamente la noción del tiempo. Mi mundo se reduce al flujo y reflujo de la necesidad, alivio momentáneo seguido de renovada desesperación. Los nudos se hinchan dentro de mí, estirándome ampliamente, solo para desaparecer cuando emerjo brevemente de la bruma. Sueño con paños frescos limpiando mi piel, con agua presionada contra mis labios.

Otro orgasmo atraviesa mi cuerpo y sollozo de alivio, de frustración, de confusión.

Nada tiene sentido ya. Mi mente se siente fracturada, incapaz de distinguir la realidad de la imaginación febril. Las figuras enmascaradas se difuminan y cambian, a veces están ahí, a veces desaparecen. Sus toques alternan entre calmantes y exigentes.

Gimo, abrumada por la sensación, mientras otro miembro se empuja dentro de mí. El estiramiento arde deliciosamente, mi cuerpo aceptando ansiosamente lo que anhela.

—Solo un sueño —murmuro, mis palabras arrastradas—. No es real.

Sollozo mientras otro orgasmo me inunda, mi cuerpo apretándose alrededor del nudo enterrado profundamente. Alivio, pero nunca suficiente. Nunca duradero. El ciclo de necesidad y satisfacción momentánea se difumina hasta que pierdo todo sentido del paso del tiempo.

Un paño fresco corre entre mis piernas, y luego no siento nada. Abro los ojos, tratando de enfocar, pero es demasiado difícil, demasiado agotador. Los calambres han disminuido ahora. Me doy la vuelta, y mi mano golpea el vibrador. Todavía está zumbando, mojado con mi lubricación. Con un gemido, lo apago, y la habitación cae en silencio. Me siento, agarrándome la cabeza, me obligo a mirar alrededor, pero estoy sola. Nada parece estar fuera de lugar.

—Mierda —murmuro. Estas alucinaciones están empeorando. Las lágrimas pican mis ojos mientras me siento completamente desesperada. Estoy perdida en un mar de no saber qué es real y qué no.

Me acurruco apretadamente en mi nido, envolviendo las mantas a mi alrededor. Todo mi cuerpo me duele, pero lo peor del celo parece haber pasado. Por ahora, al menos. Sé por experiencia que surgirá de nuevo más tarde.

Cerrando los ojos, trato de dar sentido a los fragmentos de memoria que flotan en mi mente. Figuras enmascaradas. Múltiples nudos estirándome ampliamente. Manos frescas calmando mi piel febril. Pero todo se siente nebuloso y onírico.

—No fue real —me susurro a mí misma—. Solo alucinaciones. Sueños febriles.

Se sentía tan vívido, tan intenso. Me hace llorar.

Me obligo a sentarme, haciendo una mueca por el dolor entre mis piernas causado por el vibrador.

Tambaleándome, me pongo de pie y me dirijo al baño con pasos inseguros. En el espejo, mi reflejo se ve pálido y demacrado, con círculos oscuros bajo los ojos. Pero no hay marcas en mi piel, ni evidencia de un trato brusco.

Todo estaba en mi cabeza.

Pero al apartarme del espejo, un movimiento llama mi atención. Por una fracción de segundo, juraría que veo una máscara blanca reflejada detrás de mí. Me doy la vuelta rápidamente, con el corazón acelerado, pero no hay nada allí. Sollozando, hundo mis manos en mi cabello y me agarro la cabeza. *¿Qué me está pasando?*

Me balanceo hacia adelante y hacia atrás, tratando de aferrarme a algo tangible, pero ni siquiera sé qué es real y qué no. ¿Dónde estoy? ¿Quién soy? Estas preguntas me golpean, y reprimo el ataque de pánico. No puedo hacer esto ahora. No cuando tengo que lidiar con mi celo.

Tambaleándome de vuelta a mi habitación, el aroma en el aire es dulce y empalagoso, y no puedo identificar de dónde proviene.

Regreso a trompicones a mi nido, con las piernas temblorosas. El baño se siente demasiado expuesto, demasiado vulnerable. Necesito la seguridad y el confort de mis mantas.

Quitando las peores mantas mojadas que están empapadas con mi lubricación, me acurruco en el nido e intento darle sentido a lo que está sucediendo. Cierro los ojos con fuerza, deseando que las imágenes de los hombres enmascarados desaparezcan. Pero persisten, atormentándome, burlándose de mí.

—No es real —me susurro a mí mismo—. Nada de eso fue real.

Mi estómago se contrae y siento que la fiebre del celo me invade de nuevo rápidamente. Gimo y subo mis piernas más alto contra el dolor de los calambres. Debería comer, debería beber algo, pero no puedo obligarme a salir de mi nido.

Gimoteo cuando otra oleada de calor me invade. Los calambres se intensifican, mi cuerpo exige un alivio que estoy demasiado agotado para proporcionar. Busco a tientas el vibrador, pero mis manos tiemblan demasiado para encenderlo.

A través de la bruma de la fiebre, escucho movimiento en la habitación. Pasos que se acercan a mi nido.

—Shh, dulce omega. Estamos aquí para cuidarte.

La voz es un susurro de palabras, nada más. Una mano fría acaricia mi frente. Fuerzo mis ojos a abrirse, tratando de enfocar. Una máscara blanca flota sobre mí, sin rasgos y siniestra. Quiero gritar, luchar, pero mi cuerpo me traiciona. Un nuevo chorro de lubricación cubre mis muslos.

—Por favor —gimoteo, sin saber si estoy suplicando ayuda o que abandonen mi mente.

Unas manos me reposicionan suavemente, separando mis piernas. Siento la presión roma de un miembro en mi entrada. El omega en mí gime de necesidad.

Mientras la longitud dura como una roca se empuja dentro de mí, estirándome deliciosamente, me rindo a la sensación. Real o no, mi cuerpo anhela esto. Lo necesita.

Floto entre la consciencia y la inconsciencia mientras la figura enmascarada me toma, mi

cuerpo respondiendo ansiosamente aunque mi mente lucha por procesar lo que está sucediendo. La sensación de estiramiento y plenitud mientras embiste dentro de mí se siente tan real, tan intensa. Pero no puede ser real. Es solo otra alucinación vívida.

El placer se acumula, elevándose en espiral hasta que me deshago con un grito. Mientras las réplicas me recorren, siento que el miembro dentro de mí se hincha, estirándome imposiblemente. El nudo nos une mientras la calidez inunda mi vagina.

Ronroneo, abrumada por la sensación. Se siente tan bien, trayendo un bendito alivio a la necesidad ardiente. Pero la confusión y el miedo luchan contra el placer. Esto no puede ser real. Estoy sola. Tengo que estar sola. No puedo tener sexo. No puedo tener un miembro dentro de mí. Es solo el vibrador. Puedo oírlo. Puedo sentirlo contra mi vagina. Es solo el vibrador.

El agotamiento me arrastra, y me dejo llevar.

CARTER

CON UN GEMIDO BAJO Y AHOGADO, ME HUNDO EN LA LUBRICACIÓN CÁLIDA DE HAZEL, saboreando el agarre apretado de su coño alrededor de mi polla. Está flácida y dócil debajo de mí, perdida en los espasmos de su celo. Sus ojos están vidriosos y desenfocados mientras mira fijamente mi rostro enmascarado antes de cerrarse de nuevo.

Embisto lentamente al principio, luego aumento la velocidad a medida que su cuerpo me acepta con avidez. Noah y Zach observan atentamente desde los bordes del nido, sus pollas duras y listas. Hemos estado turnándonos con ella durante horas, nuestros celos desencadenados por sus feromonas de celo.

Hazel gime y se retuerce debajo de mí, atrapada entre el placer y la confusión mientras intenta dar sentido a lo que está sucediendo. Pero está demasiado perdida en su delirio para procesarlo realmente.

Quiero elogiarla, pero no podemos hablar más que para susurrar refuerzos de que esto es solo su sueño.

Su espalda se arquea cuando se corre con un grito entrecortado. Las pulsaciones de su coño desencadenan mi liberación, y me muerdo los labios con fuerza, saboreando sangre mientras vacío mi carga en ella. Mi nudo se hincha, encerrándonos juntos. La lleno de mi semen, deseando perversamente que quede embarazada y crezca mi hijo dentro de ella.

A medida que la intensidad del momento se desvanece, veo lágrimas escapando de las comisuras de sus ojos, y es difícil reprimir la sonrisa siniestra que curva mis labios. Se está quebrando muy bien. No tiene ningún control sobre la realidad en este momento. Ni siquiera un poco.

Permanezco encerrado dentro de Hazel, acariciando suavemente su mejilla sonrojada y limpiando sus lágrimas. Ella parpadea hacia mí con una mirada nebulosa, confusión en su mirada desenfocada. Zach se mueve inquieto cerca, sus ojos oscuros de lujuria mientras nos observa, su teléfono en alto mientras graba todo.

Hazel ronronea suavemente debajo de mí, su cuerpo temblando. Paso mi mano tranquilizadamente por su costado, sintiendo la curva de sus caderas y la suavidad de su piel. Mía. Toda mía.

Cuando mi nudo finalmente se desinfla, salgo cuidadosamente de ella. Deja escapar un pequeño sonido de pérdida. Me hago a un lado, permitiendo que Zach tome mi lugar entre sus muslos extendidos. Posiciona la cámara para grabar cómo folla a nuestra pequeña omega inconsciente. Entra en ella de un solo empujón suave, cerrando los ojos ante la sensación.

Observo atentamente mientras Zach embiste, notando cómo el cuerpo de Hazel responde instintivamente a él a pesar de su estado aturdido. Su espalda se arquea ligeramente, buscando

más contacto. Sus suaves maullidos de placer llenan el aire.

Los ojos de Noah brillan con hambre mientras observa a Zach y Hazel. Se acerca más, pasando sus manos por la piel sudorosa de ella. Sus dedos rozan sus senos, provocando que sus pezones se endurezcan. Hazel gime, su cuerpo arqueándose hacia su toque aunque sus ojos permanecen desenfocados.

El ritmo de Zach aumenta, sus caderas golpeando con fuerza contra las de Hazel. Los sonidos húmedos de su coito llenan el aire, puntuados por sus gruñidos bajos y los gemidos ahogados de ella. Noah se inclina para atrapar uno de sus pezones en su boca, chupando y mordisqueando mientras su mano se desliza hacia abajo para rodear su clítoris.

El cuerpo de Hazel se tensa, temblando al borde del clímax. Sus gritos ahogados de éxtasis llenan la habitación mientras Zach la penetra sin control, persiguiendo su propio orgasmo.

Con una última embestida, Zach se hunde hasta el fondo, su cuerpo estremeciéndose mientras se vacía dentro de ella, echando la cabeza hacia atrás de placer. Puedo sentir mi miembro endurecerse de nuevo, pero tenemos que irnos. Ella entrará en un período lúcido ahora después de tantos nudos, y no puede saber que alguna vez estuvimos aquí.

Una vez que el nudo de Zach se desinfla y se retira, la lavamos a fondo y nos retiramos en silencio, dejando a Hazel para que despierte por sí misma, con sus sueños febriles y su debilitado agarre de la realidad.

Saliendo por la ventana de la cocina hacia la oscuridad total de la noche, la cierro y salto la valla trasera hacia el parque, uniéndome a Zach y Noah mientras regresamos silenciosamente a la casa alquilada.

Zach ya está viendo los videos que hizo de nosotros tomando a Hazel de esa manera intensa que tiene, pero lo ignoro y empujo a Noah en el hombro. —No estás diciendo la verdad sobre esa llamada telefónica con Leah. Suéltalo.

Los ojos de Noah se entrecierran mientras me mira. —Perceptivo como siempre, Carter — dice, con voz baja—. Tienes razón, hay más. Ese mago que intentó que Hazel le asistiera en la fiesta de Leah hace tantos años también abusó de ella.

Eso me golpea en el estómago. —¿Qué? —gruño, obligándolo a detenerse mientras Zach levanta la mirada de su teléfono con una mirada afligida—. ¿Cómo sabes eso?

—Ella me lo contó. Una noche, se emborrachó mucho y me lo confesó todo. La violó en el armario. Nunca se lo dijo a nadie. Creo que ni siquiera recuerda habérmelo dicho.

Puedo ver el esfuerzo que le cuesta revelar esta información, pero estoy furioso. —Deberías haber sido sincero sobre esto inmediatamente.

La mandíbula de Noah se tensa mientras me sostiene la mirada. —No era mi secreto para contar, Carter.

—Esto cambia las cosas —interviene Zach, con la voz tensa de ira—. Necesitamos encontrar a ese bastardo.

Asiento en acuerdo, mi mente dando vueltas por esta noticia devastadora. Por un momento, me odio a mí mismo por hacerle esto a ella. Pero luego mi determinación se endurece. Ella nos abandonó. Se merece esto.

Pero esta revelación me está matando por dentro. Mis instintos protectores están en sobremarcha, luchando contra la necesidad posesiva de destrozarla completamente antes de reconstruirla.

—Quiero saber todo lo que sepas sobre esto. Cada detalle que Hazel te contó aquella noche. Vamos a cazar a ese hijo de puta y hacerle pagar.

Noah asiente solemnemente. —He estado intentándolo. Me puse en contacto con Leah hace

seis años, justo después de que Hazel me lo contara. Literalmente me ha devuelto la llamada hoy. Creo que lo que sea que le pasó a Hazel también podría haberle sucedido a ella.

—Leah ha estado fuera del país casi desde aquella fiesta. ¿Cómo? —pregunto con el ceño fruncido—. ¿Acaso este mago era alguien que conocían?

—Empiezo a pensar que sí —dice Noah—. Tiene sentido en la línea de tiempo. Leah estaba muy nerviosa por teléfono. Casi como si no estuviera acostumbrada a hablar con la gente. Creo que se ha aislado o ha sido institucionalizada, tal vez. Definitivamente no quería hablar sobre el mago. Me colgó cuando le pregunté.

—Mierda —gruño—. Y hemos estado usando a los magos enmascarados para atormentarla, y todo este tiempo, tú lo sabías. Eres un cabrón de primera, Noah. Sabías cómo la afectaría esto.

—Ha funcionado de puta madre, ¿no? Se ha desmoronado mucho más rápido por ello.

No puedo negarlo, pero aun así me siento enfermo. Sí, lo que le hemos hecho a Hazel esta noche no es mejor, pero somos *nosotros*. La amamos. Queremos estar con ella. Es nuestra para castigarla, no de algún cabrón enmascarado aleatorio que abusó de ella cuando era una niña. Mataré a ese hijo de puta si alguna vez lo tengo en mis manos.

Caminamos en un tenso silencio durante varios minutos, cada uno perdido en sus propios pensamientos. La revelación sobre el trauma pasado de Hazel ha cambiado algo entre nosotros, añadiendo una nueva capa de complejidad a nuestra ya retorcida situación.

Al acercarnos a la casa alquilada, agarro el brazo de Noah, obligándole a mirarme. —Necesitamos un nuevo plan —digo, con voz baja y peligrosa—. Esto lo cambia todo.

Noah asiente, su expresión sombría. —De acuerdo. Necesitamos adelantar este calendario. Tenemos que trabajar en aislarla completamente, tanto que se negará a salir de su casa.

Me pellizco el puente de la nariz, la frustración y las emociones contradictorias librando una batalla dentro de mí. —Alteremos nuestro enfoque. Creo que necesitamos pensar en grande. Necesitamos sacarla de su casa, alejarla de todos. Necesitamos llevárnosla y encerrarla donde solo nosotros podamos llegar a ella. Donoghue, este cabrón del mago enmascarado y cualquier otro que piense que puede tener un pedazo de ella necesita saber que no es suya.

—¿Estás hablando de secuestrarla?

—Estoy hablando de ir a ella, revelarme como el viejo amigo, el bueno. Aquel en quien puede confiar. La traeré con nosotros voluntariamente.

—Sí —respira Zach, sus ojos brillando de emoción—. Sí.

—¿Qué hay de encontrar al mago enmascarado? —pregunta Noah, su voz tensa por la rabia contenida—. No podemos dejar que se salga con la suya después de lo que le hizo a Hazel.

Asiento con la cabeza, una sonrisa oscura curvando mis labios. —Oh, lo encontraremos. Y cuando lo hagamos, lo mataremos frente a Hazel para que sepa que siempre la protegeremos.

—¿Obligarla a presenciar una ejecución? —Zach prácticamente jadea mientras uno de sus lados menos reservados toma el control.

—Exactamente.

—Esto podría funcionar. Especialmente si uno de nosotros se vuelve más evidente en su acecho. Dejemos que nos vea de reojo con las máscaras. Tal vez incluso capturar una imagen de uno de los pequeños videos de Zach mostrándola corriéndose sobre una de nuestras pollas.

Asiento, mi estado de ánimo cambiando como arena en la brisa del desierto. —Haré contacto tan pronto como salga de su celo. Ustedes dos se turnarán para asustarla siguiéndola. Vendrá conmigo cuando le ofrezca un santuario. Pero poco sabrá que será un santuario como ningún otro.

—¿Y luego qué? —pregunta Zach, su voz tensa con emoción apenas contenida.

—Entonces estará completamente aislada —digo, con tono frío—. La cortaremos de todos los demás. La haremos dependiente de nosotros hasta que lo único que quede en su vida seamos nosotros tres.

HAZEL

MI CUERPO ESTÁ ADOLORIDO Y MI MENTE NUBLADA CUANDO DESPIERTO. EL SOL ESTÁ ALTO EN EL cielo y mi estómago gruñe, haciéndome saber que necesito comer.

Fragmentos de sueños febriles destellan en mi mente: manos sobre mi piel, labios en mi cuello, cuerpos moviéndose contra el mío. Pero todo es nebuloso e indistinto, como tratar de recordar un sueño dentro de otro sueño.

Me esfuerzo por sentarme, haciendo una mueca por el dolor entre mis piernas. Tengo un período de lucidez y necesito aprovecharlo al máximo antes de que todo comience de nuevo.

Tambaleándome hacia el baño con piernas temblorosas, me meto en la ducha, dejando que el agua caliente se deslice sobre mi cuerpo sensible. Me lavo rápida pero minuciosamente, necesitando asegurarme de poder comer algo antes de que me arrastre de vuelta.

Sintiéndome renovada, me envuelvo en mi bata y bajo las escaleras. Me detengo al final, mirando hacia el oso. Saco mi teléfono de mi bolso, que dejé tirado cerca de las escaleras, y abro la aplicación.

Sin señal.

—Maldita sea —el oso debe haberse quedado sin batería. Lo recojo y lo conecto antes de dirigirme directamente al refrigerador.

Hurgo en él, sacando huevos, queso y algunas verduras sobrantes. Una tortilla suena perfecta ahora mismo. Mientras bato los huevos, mi mente divaga hacia los recuerdos borrosos de mi celo. Los sueños se sentían tan reales, tan vívidos. Casi puedo sentir manos fantasmas acariciando mi piel.

Un escalofrío me recorre y sacudo la cabeza para aclararla, preparándome una muy necesaria taza de té.

El chisporroteo de la sartén y el aroma de los huevos cocinándose me ayudan a mantenerme presente. Deslizo la tortilla terminada en un plato y me siento a la mesa de la cocina, obligándome a comer lentamente a pesar de mi hambre voraz. Cada bocado ayuda a despejar un poco más la niebla de mi mente.

Terminando los últimos bocados de mi comida, me levanto para limpiar, haciendo una mueca ante la punzada de incomodidad.

Mientras enjuago mis platos, un movimiento fuera de la ventana de la cocina llama mi atención. Me congelo, mirando fijamente el patio trasero. Por un momento, podría jurar que vi un destello blanco —una máscara— pero es solo una paloma.

—Joder, Hazel. Contrólate.

Apartándome de la ventana, pongo la tetera a hervir de nuevo y espero mientras hierve. Sirviéndome otra taza, me dirijo a la sala y me siento en el sofá, encogiendo las piernas mientras

soplo el té caliente para enfriarlo más rápido. No tengo mucho tiempo antes de desaparecer de nuevo en mi nido, y necesito cambiar las sábanas primero.

Bebo mi té lentamente, el calor de la taza en mis manos ayuda, pero no puedo sacudirme la inquietante sensación de que algo no está bien. Mis ojos siguen dirigiéndose a las ventanas, medio esperando ver ese destello blanco de nuevo.

Con un suspiro, me obligo a ponerme de pie, y coloco la taza en el lavavajillas junto con los platos y lo enciendo. Necesito cambiar esas sábanas antes de que llegue la próxima ola.

El nido de mantas y almohadas en mi cama es un desastre enredado, cubierto de lubricación y empapado de sudor. Quito las sábanas rápidamente, las hago un ovillo para llevarlas a la lavadora. Me quedo paralizada al percibir un aroma peculiar. Como lluvia de verano. Miro por la ventana, apartando la cortina con prisa. El cielo está tan azul como un aciano, el sol alto y caliente. Presiono la sábana contra mi nariz otra vez, pero el aroma ha desaparecido. Todo lo que puedo oler es ese dulzor empalagoso que es como un jardín de flores abrumador. ¿Será mi detergente? Dios, necesito cambiarlo si es así. Pero podría ser solo mi celo haciéndome más sensible a los olores. Tiro las sábanas sucias en el cesto, y cuando estoy extendiendo sábanas limpias sobre mi nido, un escalofrío recorre mi espalda. Me doy la vuelta rápidamente, esperando a medias ver a alguien parado en la puerta. Pero no hay nada ahí.

—Contrólate —murmuro, terminando de hacer el nido con manos temblorosas.

Me muevo rápidamente ahora, sintiendo los primeros indicios de calor acumulándose de nuevo en mi interior. Mi piel comienza a hormiguear con sensibilidad, y sé que no me queda mucho tiempo antes de que el celo me arrastre. Bajo corriendo las escaleras, meto las sábanas y mantas en la lavadora, y la pongo en marcha, esperando acordarme de sacarlas y meterlas en la secadora durante mi próximo período de lucidez.

Coloco de nuevo el oso con cámara en su lugar, aunque no está completamente cargado, es mejor que nada, luego me quito la bata mientras subo las escaleras rápidamente y me meto en mi nido, arrojando la bata sobre la cama. Me acurruco, sintiéndome mareada y somnolienta de nuevo. Mi piel está pegajosa, y gimo al recordar que no he limpiado el vibrador. Lo agarro rápidamente, corro al baño y lo limpio bien antes de tener que usarlo otra vez.

Me arrastro de vuelta al nido, mi cuerpo ya está lleno de necesidad, la lubricación acumulándose entre mis muslos. Dejo escapar un suave gemido mientras presiono el juguete contra mi dolorido núcleo, el alivio inundándome ante el contacto.

Mientras me hundo en la bruma de mi celo, esas sensaciones fantasma regresan. Los toques espectrales rozando mi piel, el peso de cuerpos invisibles presionándome. Los vívidos sueños difuminan las líneas entre fantasía y realidad.

En mi delirio, siento fuertes manos agarrando mis caderas, aliento caliente en mi cuello, y nudos enterrados profundamente dentro de mí mientras cabalgo la ola de mi celo, avivando el fuego que arde en mi interior.

Grito cuando olas de placer se estrellan sobre mí, mi cuerpo arqueándose fuera del nido. Pero incluso cuando alcanzo ese pico y el vibrador me anuda, el dolor dentro de mí solo se intensifica. Necesito más. Esto no tiene la misma intensidad que antes.

Vagamente, soy consciente de las lágrimas que corren por mi rostro mientras me retuerzo en desesperada necesidad. El juguete no es suficiente esta vez. Sollozo desconsoladamente, abrumada por mi celo y la aplastante soledad que lo acompaña.

Mientras la consciencia se me escapa de nuevo, floto entre sueños febriles, mi cuerpo ardiendo de necesidad. Figuras sombrías se ciernen en los bordes de mi visión, su toque a la vez calmante e inflamante. Me arqueo hacia caricias fantasma, gimoteando por más.

El tiempo pierde todo significado mientras ola tras ola de calor se estrella sobre mí. El vibrador zumba sin descanso, pero es un pobre sustituto de lo que mi cuerpo anhela.

A lo lejos, oigo un ruido en la planta baja: un crujido de las tablas del suelo, el susurro de un movimiento. El miedo atraviesa la niebla de mi cielo. ¿Hay alguien en la casa? Pero antes de que pueda investigar, mi cuerpo me traiciona. El calor inunda mi centro y grito, el placer y la desesperación librando una batalla dentro de mí mientras el vibrador me lleva al límite, pero se queda lamentablemente corto de lo que necesito.

ZACH

SOSTENGO EL TELÉFONO EN MI MANO MIENTRAS MIRO CON ANHELO EL VIDEO DE HACE DOS DÍAS en el que follo a Hazel. Es tan incorrecto en todos los sentidos, y aun así se sintió perfecto. Natural. Real. Reprimo un gemido al cerrar los ojos y recordar mi polla deslizándose en su cálida y húmeda vagina. Fue nada menos que el paraíso. Deseando poder volver atrás, sé que no podemos. Tentamos a la suerte al regresar una segunda vez.

No puedo apartar los ojos de la pantalla, reviviendo cada momento de nuestro encuentro con ella. La forma en que su cuerpo respondía a nosotros, incluso en su estado alterado por el celo, era embriagadora. Hago zoom en su rostro, capturando cada matiz de placer y confusión que cruzaba por sus facciones.

—¡Zach! —grita Noah desde abajo—. Baja aquí.

A regañadientes, bloqueo el teléfono y lo guardo en el bolsillo, levantándome de mi posición recostada contra la pared. Bajando rápidamente las escaleras, me recibe una visión que el peor diablo dentro de mí responde con entusiasmo.

Carter está ahí de pie con cadenas y esposas en sus brazos mientras Noah abre la puerta bajo las escaleras que conduce al sótano de esta antigua casa victoriana adosada.

—¿De verdad vamos a hacer esto? —digo con voz ronca mientras Noah empuja la puerta para abrirla.

El olor a humedad llena mis fosas nasales cuando Noah se estira para encender una luz. Nos movemos en silencio hacia el espacio bajo las escaleras. Mi pregunta fue retórica, así que no necesita respuesta. Vamos a hacerlo, y está sucediendo ahora. La bombilla desnuda se balancea sobre nosotros mientras pasamos junto a ella. Todos medimos más de 1,80 metros, así que tenemos que agacharnos para pasar por la entrada que conduce al húmedo sótano. —¿Alguna vez has estado aquí abajo? —murmuro a Carter.

—No. ¿Tienes miedo, Zach? —se burla, y le hago una peineta, aunque no puede verme mientras baja las escaleras delante de mí.

El sótano es más grande de lo que esperaba, extendiéndose bajo toda la planta de la casa. Las paredes de hormigón desnudo están húmedas por la condensación, y el aire es denso y mohoso. Una sola bombilla desnuda proyecta duras sombras por todo el espacio.

Carter deja caer las cadenas y las esposas en el suelo con un ruido metálico. —Necesitamos asegurar estas a las paredes —dice, su voz haciendo un ligero eco—. Asegurémonos de que estén firmes.

Noah asiente, ya examinando las paredes en busca de los puntos más resistentes.

Trago saliva con dificultad, mi boca repentinamente seca. Esto está sucediendo de verdad. Estamos creando una prisión para Hazel. Una emoción enfermiza me recorre, incluso cuando mi

conciencia me incomoda inquietantemente.

—Zach, empieza a despejar toda esta basura —ordena Carter, señalando las cajas y muebles viejos dispersos alrededor—. Necesitamos espacio para trabajar.

Asiento en silencio y me pongo a trabajar, subiendo cajas de cartón mohosas por las escaleras. Mientras trabajo, escucho el tintineo del metal y el chirrido de las herramientas eléctricas mientras Carter y Noah comienzan a fijar las restricciones a las paredes.

—Oye, ¿sabían que hay una cama vieja aquí abajo? —pregunto, encontrándola debajo de un armario desvencijado y otros trastos. Un maniquí viejo sin cabeza, cubierto con una camisa morada, me da escalofríos, y me pregunto si deberíamos ponerlo en la esquina para inquietar aún más a Hazel. Lo levanto y lo muevo a un lado.

—Arrástrala hasta aquí —dice Carter.

Noah se acerca para ayudarme a arrastrar la pequeña cama con marco de metal y el colchón mugriento hasta el extremo más alejado del sótano.

—Oh, eso es perfecto —dice Carter, mirándola de reojo—. Después de una noche en esa cama, Hazel nos estará suplicando que la llevemos arriba y la reclamemos.

—Eso esperamos —murmuro.

Carter me da una palmada en el hombro.

—Ten fe, Zach. Todo va a salir bien.

Asiento, pero es difícil ignorar la duda que me carcome. Carter parece tan seguro de sus emociones, de sus planes, pero yo soy como el Capitán maldito Veleta. No puedo decidirme sobre lo que quiero o cómo me siento. Creo que podría ser hora de volver a tomar mis medicamentos, pero me dan somnolencia y la niebla mental es insoportable. Mis entrañas se retuercen cuando los recuerdos de por qué soy así inundan mi mente. Las palizas nocturnas, el abuso sexual, el dolor y la humillación de ser el chivo expiatorio de mi padre. Distraídamente, paso mis dedos por la línea de quemaduras de cigarrillo que corre a lo largo de la parte superior de mi espalda, de hombro a hombro. No puedo sacudirme los recuerdos tan fácilmente esta vez, pero me obligo a concentrarme en la tarea que tenemos entre manos.

Mientras transformamos el sótano en una prisión, no puedo deshacerme de la creciente inquietud en mi estómago. Esto es cruzar una línea de la que no podremos volver. Pero entonces pienso en Hazel: su piel suave, sus gemidos entrecortados mientras la tomábamos durante su celo. La necesidad de poseerla, de retenerla, anula mis dudas.

—¿Qué hay de la comida? ¿El agua? —pregunto, mi voz sonando tensa incluso para mis propios oídos.

—Le traeremos lo que necesite —responde Carter con desdén—. Dependerá completamente de nosotros. Ese es el punto.

Noah agrega:

—Necesitaremos establecer una rutina. Comidas regulares y pausas para ir al baño. Es importante mantener una estructura.

—Lo único a lo que no queremos que se acostumbre es a quién vendrá por ella —dice Carter.

Asiento, sintiendo un escalofrío en mis entrañas, pero luego recuerdo mi miembro dentro de ella y lo sacudo. Así es como tiene que ser. Hazel nos abandonó, nos eliminó de su vida y ahora será castigada.

HAZEL

LA NIEBLA DE MI CELO FINALMENTE COMIENZA A DISIPARSE, DEJÁNDOME EXHAUSTA Y ADOLORIDA. Parpadeo aturdida, tratando de orientarme. La luz del sol se filtra por el espacio debajo de las cortinas. ¿Cuánto tiempo he estado fuera de mí? Una rápida mirada al teléfono me dice que tres días. Hago una mueca al pensar en la tienda, aunque hago esto cada temporada, esta vez no tuve tiempo de prepararme. Simplemente se quedó sin ningún cartel ni nada.

Gimo mientras me levanto, mis músculos protestando por el movimiento. Mi garganta está reseca y mi estómago gruñe insistentemente. Necesito comida y agua desesperadamente. Pero primero una ducha. Mi cabello está enmarañado por el sudor y el interminable dar vueltas en la cama.

Después de una ducha rápida, me siento marginalmente más humana. Envolviéndome en mi bata, me dirijo a la planta baja. La casa se siente inquietantemente silenciosa después de días perdidos en los embates de mi celo.

En la cocina, bebo agua ávidamente antes de abrir el congelador y sacar una pizza congelada. Me importa un carajo que sean solo las seis de la mañana. Estoy famélica. La pongo en el horno y programo el temporizador, mientras me hago una taza de té. Comeré y luego me vestiré e iré a la tienda. Tengo que asegurarme de abrir a tiempo hoy.

Trago saliva cuando recuerdo la muñeca de porcelana enmascarada, pero lo dejo de lado para lidiar con ello cuando llegue allí. Mi mente se siente notablemente clara esta mañana, y es un alivio bienvenido después de sentirme tan perdida últimamente.

Mientras la pizza se cocina, llenando la cocina con su aroma salado, saco las sábanas de la secadora, que me alegro de haber recordado en algún momento cambiarlas de la lavadora, y las llevo arriba. Las dejo sobre la cama y me dispongo a deshacer el nido. Llevando esas sábanas abajo, las pongo a lavar y entonces suena el temporizador. Me concentro en sacar mi pizza y cortarla en rodajas, se me hace agua la boca. El primer bocado es el cielo, mi cuerpo ansiando las calorías después de días de negligencia.

Terminando mi comida, ordeno y me siento mil veces mejor. Subo a vestirme. El sol entra a raudales por las ventanas cuando abro las cortinas. Ya es un día caluroso, aunque todavía es temprano. Empiezo a doblar la ropa, y una vez que todo está guardado ordenadamente, me visto, decidiendo ponerme un vestido amarillo de verano.

Un escalofrío momentáneo recorre mi espina dorsal mientras me pongo las sandalias a pesar de la cálida mañana. La inquietante sensación que me ha estado atormentando recientemente resurge. La sacudo, determinada a concentrarme en volver a la normalidad.

Recojo mis cosas y salgo, cerrando la puerta detrás de mí. La calle está tranquila mientras camino hacia mi librería. De repente, tengo la sensación de estar siendo observada. Miro por

encima de mi hombro, mi mirada atraída hacia el callejón. Mi corazón se detiene cuando veo una figura entre las sombras, apenas visible desde aquí. Pero luego desaparece.

—No es nada —murmuro—. Solo sombras.

Sintiéndome desanimada porque mi sensación de ansiedad está regresando, me acerco a la tienda. Mi corazón se acelera cuando recuerdo la figurilla. Respiro profundamente antes de abrir la puerta, preparándome. Trago saliva cuando coloco mi bolso en el mostrador y miro hacia abajo. El mago enmascarado está allí, todavía hecho pedazos.

—Eso es una buena señal, ¿verdad? Significa que no me lo imaginé.

Tratar de convencerme de esto es menos fácil que decirlo en voz alta, pero me aclaro la garganta y me dispongo a limpiarlo, sintiendo una especie de placer salvaje al tirarlo a la basura.

Luego me ocupo de abrir, tratando de ignorar la duda persistente en el fondo de mi mente. Mientras volteo el letrero a «Abierto», un movimiento al otro lado de la calle llama mi atención. Por una fracción de segundo, juro que veo un destello de una máscara blanca, pero cuando miro de nuevo, es solo el señor Hatley paseando a su perro.

—Mierda —gruño y me doy la vuelta, alejándome y sacudiendo la cabeza. Miro el reloj para ver si es demasiado temprano para llamar al médico. Pero debo hacerlo hoy para concertar una cita y ver si estoy perdiendo la cabeza.

Doy un brinco cuando se abre la puerta, y me giro, con las manos listas para hacer... ¿qué exactamente?

—Hola, Hazel —dice Carter Richmond, cerrando la puerta tras él—. Ha pasado tiempo.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Joder!

—Carter —grazno—. ¿Qué haces aquí?

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —pregunta, manteniendo la distancia, sus enigmáticos ojos azules taladrando los míos. Incluso desde aquí, puedo oler a madera de cedro y libros viejos, su único aroma alfa que trae de vuelta una avalancha de recuerdos que he intentado desesperadamente alejar. El pánico golpea mis entrañas y tropiezo hacia atrás.

—Y-yo...

Sonríe tristemente y da un paso más cerca, sin apartar sus ojos de los míos. —Sé que ha pasado mucho tiempo, Hazel. Lamento aparecer sin avisar así.

Me agarro al borde del mostrador, tratando de estabilizarme. Mi corazón late acelerado, los recuerdos de nuestro pasado compartido vuelven a inundarme. Los cuatro —Carter, Noah, Zach y yo— inseparables de niños, pero luego estuvo el pacto y todas las dudas que eso generó sobre mí.

Sacudo la cabeza, alejando esos pensamientos. —¿Qué haces aquí, Carter? —logro preguntar de nuevo, con la voz más firme esta vez.

—Solo visitando a una vieja amiga —dice.

—¿Cómo... cómo sabías que estaba aquí?

—Siempre lo he sabido, Hazel. Huiste de nosotros. Quería saber por qué.

—¿Te ha llevado todo este tiempo? —me atraganto.

Se ríe. —La vida se interpone, pero estoy aquí ahora.

La vida se interpone. Escaneo su cuello buscando una marca de apareamiento, pero no puedo ver ninguna. Lleva un traje azul de aspecto caro y una camisa blanca, y parece más duro que cuando me fui. Quiero preguntarle qué ha estado haciendo, pero las palabras se me atascan en la garganta.

Carter da otro paso más cerca, sin apartar sus ojos de los míos. Me siento como un ciervo deslumbrado por los faros, incapaz de apartar la mirada.

—Te he echado de menos, Hazel —dice suavemente.

Un escalofrío me recorre al oír sus palabras.

Asiente. —Nunca he dejado de pensar en ti.

Mi corazón late más rápido. —Yo... no puedo hacer esto ahora, Carter. Las cosas están complicadas en este momento.

—¿Cuándo no lo están? —pregunta con ligereza, sonriendo—. No estoy aquí para hacer tu vida más difícil, Hazel. Solo quiero ponerme al día.

—¿Ponerte al día?

Los ojos de Carter se suavizan ligeramente mientras da otro paso más cerca. —Sí, ponernos al día. Han pasado años, Hazel. Quiero saber cómo has estado, qué has estado haciendo —hace una pausa, su mirada recorriéndome—. Te ves bien. La librería te sienta bien.

Trago saliva con dificultad, luchando contra el impulso de retroceder mientras se acerca. Su aroma familiar me envuelve, despertando recuerdos que he intentado enterrar con tanto esfuerzo. —Yo... gracias —logro decir—. La tienda me mantiene ocupada.

—Estoy seguro de que sí —dice Carter con una pequeña sonrisa—. Escucha, sé que esto es inesperado. ¿Qué tal si vamos por un café?

Una parte de mí quiere negarse, decirle que se vaya y nunca regrese. Pero otra parte, una parte que creía haber silenciado hace mucho tiempo, anhela reconectarse con él. Entender por qué está aquí después de todo este tiempo.

—Yo... no puedo dejar la tienda —digo débilmente.

Carter asiente, con comprensión en sus ojos. —¿Los traigo para llevar?

Dudo, dividida entre la curiosidad y la precaución. —No sé, Carter...

—Por favor, Hazel —dice suavemente—. Por los viejos tiempos.

Algo en su tono, quizás un toque de vulnerabilidad, hace que mi resolución vacile. —Está bien. La señora Pemberton debería abrir pronto.

Él asiente. —Volveré enseguida.

Se va, y me desplomo sobre el mostrador, preguntándome qué demonios está pasando. Pero entonces recuerdo la cita con el médico que necesito hacer, así que agarro mi teléfono y veo que es hora de llamar. Me atienden de inmediato, preguntándome cómo ha sucedido eso, y hablo con la recepcionista.

—Me gustaría hacer una cita, por favor, lo antes posible, por unos ataques de ansiedad que he estado teniendo.

Me estremezco al oír que la puerta se abre detrás de mí.

Ella teclea en su computadora. —Once y media.

—Once y media. Sí, gracias.

Cuelga, y con mano temblorosa, vuelvo a dejar mi teléfono en el mostrador y me giro para ver a Carter allí de pie con dos téis calientes. —Eso fue rápido —murmuro.

—Puede que me haya tomado la libertad antes de entrar aquí —dice con esa sonrisa familiar.

Lo tomo de él. —Oh, ¿así que lo hiciste? Atrevida suposición que aún bebo té.

—Los viejos hábitos son difíciles de matar, Haze —bromea—. Y me resulta divertido que pienses que la suposición atrevida fue la elección de la bebida y no que yo asumiera que hablarías conmigo.

Me río, sin poder evitarlo. Es como volver a caer en un ritmo que tuvimos durante tantos años. —Bueno, gracias. Me vendrá bien. —Dando un sorbo, me muevo detrás del mostrador y le hago un gesto hacia el taburete al otro lado para que tome asiento. Se acomoda en él y da un trago al té ardiendo.

—Nunca sabré cómo haces eso —murmuro automáticamente.

—¿Qué? —pregunta.

—Tragar bebidas calientes así.

Carter sonrío con suficiencia, asomando un toque de ese encanto juvenil que recuerdo. —Años de práctica.

Asiento, dando un sorbo más cuidadoso a mi té. Un extraño silencio cae entre nosotros. Hay tanto sin decir, tantos años de distancia.

—Esta tienda es genial. Puedo entender por qué te enamoraste de ella y de la zona —murmura, casi con torpeza.

—Gracias. Me vino bien alejarme. Empezar de nuevo. —Esto es un terreno peligroso.

Carter asiente, sus ojos recorriendo las estanterías, ignorando el elefante en la habitación. —Te sienta bien.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Qué has estado haciendo todos estos años?

Los ojos de Carter se oscurecen ligeramente. —Oh, esto y aquello. Me centré principalmente en mi carrera de abogado. Me hice socio el año pasado en Richmond & Associates.

—Vaya, felicidades —digo, genuinamente impresionada—. Eso es increíble, Carter.

Se encoge de hombros. —No es para tanto. Estoy pensando en cambiar de carrera. ¿Necesitas ayuda por aquí? Parece que el Distrito de los Lagos es el lugar perfecto para empezar una nueva vida.

El tono de su voz me hace dudar. —Carter —digo, negando con la cabeza.

—¿Por qué te fuiste, Hazel? —pregunta de repente, aunque debería haberlo esperado.

—Ya sabes por qué. Con la muerte de mis padres y verlos en cada esquina, todos los recuerdos... Tenía que irme. ¡Era asfixiante! —La verdad a medias sale precipitadamente y más dura de lo que pretendía.

Sus ojos se endurecen, y parece que quiere discutir, pero entonces, para mi sorpresa, lo deja pasar y asiente. —Por supuesto —murmura—. Debí ser duro.

Mi respiración se acelera mientras bordeamos el tema del pacto, pero su expresión se suaviza, y asiente. —Lo fue.

Baja la mirada a su té y da otro trago antes de levantarse del taburete. Se mueve con determinación alrededor del mostrador, y yo retrocedo, con el pánico subiendo por mi garganta. Pero lo único que hace es tirar el vaso desechable vacío en el cubo, encima de la muñeca rota.

Desafortunadamente, eso no pasa desapercibido. Frunce el ceño y se inclina para mirarla, apartando el vaso de cartón. —Una muñeca con máscara —murmura.

—¡Maldita cosa de mierda! —escupo—. Se merecía lo que le pasó.

Los ojos de Carter se abren de par en par, y se endereza con cautela. —¿Oh? ¿Te ofendió?

—Por existir —gruño.

—Veo que algunas cosas definitivamente no cambian. Sigues muerta de miedo por las máscaras. —Su tono es ligero, pero con un trasfondo que no logro identificar.

—Deberían pudrirse todas en el infierno.

—Vale, Hazel Bishop, asesina de magos enmascarados. Tiene un bonito toque. —Sonríe con suficiencia, lo que me tranquiliza un poco.

—Lo siento. Es que odio esas malditas cosas.

—¿Entonces por qué estaba en la tienda? —pregunta.

Lo miro a los ojos, deseando tener una respuesta para él. —Y-yo no sé. Tal vez un cliente la dejó por accidente. —Bajo la mirada y me doy la vuelta, ocupándome en ordenar una pila de libros ya ordenados en el mostrador.

—Y la hiciste pedazos.

—Pues mala suerte. Pagaré por una nueva.

Su aroma se acerca, y me quedo paralizada cuando se acerca a mí. —Está bien tener miedo, Hazel.

—No tengo miedo.

—Tus manos están temblando.

—De rabia.

—Claro —dice—. Porque tu temperamento es tan legendario.

Siseando, me giro hacia él y me encuentro cara a cara con su pecho. Agarra mis manos suavemente, y casi me desplomo por el contacto con él. Es más potente de lo que recuerdo. Más profundo, de alguna manera, aunque no nos hayamos visto en cinco años.

—Estoy aquí, Hazel —murmura, soltando una de mis manos y acomodando mi cabello detrás de la oreja—. Te conozco. Conozco tus miedos más profundos. No tienes que fingir conmigo.

Me tenso ante el toque de Carter, con la respiración atrapada en la garganta. Su aroma familiar me envuelve, despertando recuerdos y sentimientos que he intentado enterrar con tanto esfuerzo. Por un momento, me transporto a nuestro pasado compartido: los cuatro inseparables, las dudas que nos separaron.

—Carter —susurro, con la voz temblorosa—. Por favor...

Sus ojos azules penetran los míos, llenos de una intensidad que hace que mi corazón se acelere. —¿A qué le tienes tanto miedo, Hazel? ¿Qué está pasando realmente?

Niego con la cabeza, incapaz de formar las palabras. ¿Cómo puedo explicar el terror que me ha estado acechando? ¿El acosador imaginario, los magos enmascarados, la sensación de perder el control de la realidad?

—Nada —logro decir con dificultad—. Todo está bien.

Los ojos de Carter se entrecierran ligeramente, claramente sin creerme. Su mano acaricia suavemente mi mejilla. —Siempre has sido una pésima mentirosa, Haze.

Doy un paso atrás, rompiendo el contacto con él. —Ha pasado mucho tiempo, Carter. Las cosas cambian. Las personas cambian.

Él asiente lentamente. —Lo hacen. Pero algunas cosas permanecen igual. —Su mirada me recorre, haciéndome estremecer, y me pregunto por un breve y loco momento si tiene razón.

CARTER

EL AROMA DE HAZEL LLENA MIS FOSAS NASALES MIENTRAS ESTOY CERCA DE ELLA, UNA MEZCLA embriagadora de jazmín y vainilla con un trasfondo de miedo que lo hace mucho más potente. Requiere cada onza de autocontrol no abrazarla y reclamarla aquí mismo.

—Hazel —digo suavemente—, sé que algo anda mal. Déjame ayudarte.

Ella sacude la cabeza, alejándose de mí, sabiendo que puedo olerlo en ella. —No puedes ayudar, Carter. Nadie puede.

La dejo ir, dándole el espacio que quiere. Este juego se trata de que ella confíe en mí y recuerde lo buenos amigos que éramos antes de que me destrozara el puto corazón. —Pruébame. ¿Qué está pasando?

Por un momento, la veo dudar. Se muerde el labio, claramente preocupada sobre si abrirse a mí.

—Yo... —empieza, luego se detiene—. No es nada. Solo estrés.

Levanto una ceja. —¿Estrés que te hace romper muñecas de porcelana y hacer citas médicas por ansiedad?

Sus ojos se abren de sorpresa. —¿Escuchaste eso?

—Tengo buen oído —digo encogiéndome de hombros—. Hazel, por favor. Habla conmigo.

Ella toma una respiración profunda, sus hombros cayendo ligeramente. —Creo... creo que estoy perdiendo la cabeza.

Mantengo mi expresión neutral, incluso cuando el triunfo corre por mis venas. —¿Qué te hace pensar eso?

—Sigo viendo cosas —susurra—. Destellos de movimiento en las sombras. Esta figurilla enmascarada que apareció de la nada, cosas en mi casa fuera de orden... Yo solo... yo solo... — Me mira con esos grandes ojos verdes, y tengo que endurecerme a la fuerza contra el amor que siento por ella. Si cedo, Noah y especialmente Zach cederán.

¿Pero sería eso lo peor?

Reprimo un gruñido y aprieto la mandíbula, rechinando los dientes.

—¿Tú solo qué? —pregunto cuando deja de hablar.

—Solo necesito que me revisen —dice secamente.

Sé que mi respuesta frenó lo que fuera que iba a decir, y me maldigo a mí mismo. Sonriendo, intento parecer más amigable. —Te acompañaré al médico. Estoy aquí para ti, Hazel.

Los ojos de Hazel se abren de sorpresa ante mi oferta. —No tienes que hacer eso, Carter. Estoy segura de que estás ocupado.

Descarto su preocupación con un gesto. —Me he tomado un tiempo libre del trabajo. Estoy tratando de... encontrarme a mí mismo.

Ella duda, claramente dividida. Puedo ver la soledad y el miedo luchando contra su instinto de mantenerme a distancia. Finalmente, asiente. —Está bien. Gracias.

—Por supuesto —digo suavemente—. ¿A qué hora es tu cita?

—A las once y media —responde.

Miro mi reloj. —Entonces tenemos algo de tiempo. ¿Por qué no me cuentas más sobre lo que ha estado pasando?

Hazel se muerde el labio, su mirada recorriendo la tienda vacía. —Yo... no sé por dónde empezar.

—El principio suele ser un buen lugar —digo gentilmente.

Ella duda por un momento antes de decir:

—Empezó con pequeñeces. Las cosas estaban fuera de lugar en mi casa. Nada importante, solo... diferentes. Luego comencé a sentir que me observaban. Hubo un incidente con una tarjeta y una foto mía durmiendo, pero cuando fui a la policía, la tarjeta estaba en blanco y no había ninguna foto —Su respiración se entrecorta—. Creo que estoy perdiendo la cabeza.

Asiento alentadoramente, luchando por mantener una expresión neutral.

—Debe ser aterrador.

—Lo es —admite—. Sigo viendo cosas que no están ahí —Mira hacia el contenedor—. ¿Eso está realmente ahí?

Frunciendo el ceño, miro hacia donde ella está observando.

—¿La figurita? Sí, está ahí.

—Entonces, ¿de dónde salió? —Su voz se quiebra y se aleja de mí, alejándose de la muñeca. Está temblando, y tengo que ocultar la sonrisa de que nuestro plan está funcionando. Pero luego se ahoga con un sollozo, y cierro los ojos, sintiéndome desconsolado: por ella, por nosotros, por la forma en que nos dejó.

—Hazel —digo, volviéndome hacia ella—. ¿Por qué no vienes a quedarte conmigo un tiempo? He alquilado una casa a unos dos minutos a pie de aquí. Seguirías estando en el pueblo, solo tendrías un cambio de escenario —Las palabras salen apresuradamente y no puedo detenerlas, aunque quisiera. Este plan, todo este plan, se basaba en el contacto a larga distancia. Acostarme con ella el otro día, estar con ella de esa manera, verla ahora, escuchar su miedo, me está destrozando, y ya no puedo seguir así.

La expresión de Hazel se vuelve de pánico.

—¿Quedarme contigo? Carter, no lo sé.

Puedo ver el conflicto en sus ojos, pero insisto, sabiendo que esta es nuestra oportunidad.

—Solo por un tiempo —digo suavemente—. Hasta que te sientas más estable. No deberías estar sola en este momento, Hazel.

Se muerde el labio, considerándolo.

—¿Y la tienda?

—Está justo aquí. Aún puedes venir todos los días. Pero tendrás un lugar seguro al que regresar después. Incluso te acompañaré hasta aquí y te recogeré si eso te hace sentir más segura. Odio verte así —La culpa resurge, pero la reprimo. Lo hecho, hecho está. Ahora, solo tengo que convencer a Noah de que los planes han cambiado. Zach no será un gran desafío. Una parte de mí piensa que los buenos demonios quieren salir de este acuerdo.

Los hombros de Hazel se relajan ligeramente mientras parte de la tensión abandona su cuerpo.

—Carter... yo... eso suena bien, en realidad —admite en voz baja.

Tengo que luchar para no mostrar el triunfo en mi rostro.

—Entonces está decidido. Iremos a tu cita, luego cuando regreses aquí, yo puedo ir a hacer algunos arreglos. Ahora mismo estoy un poco desamueblado.

—Oh, Carter, no. No quiero causarte molestias. Está bien. De verdad.

—No me causas ninguna molestia. Simplemente me estás animando a establecer unas bases que quizás estaba posponiendo.

Ella asiente lentamente.

—¿Estás seguro?

—Más que seguro.

—De acuerdo. Gracias, Carter. He echado de menos tener a alguien en quien apoyarme.

—Para eso están los amigos —digo con una sonrisa tranquilizadora, preguntándome cómo demonios voy a amueblar una casa entera en un par de horas—. Déjame hacer algunos recados sobre los muebles y luego te acompañaré a tu cita en un rato.

Ella asiente, y me obligo a no abrazarla ni besarla, sino a alejarme, aferrándome a mi teléfono mientras marco el número del menor de los dos males, Zach, para que me ayude a amueblar la casa y que parezca habitada en menos de unas horas.

HAZEL

TAN PRONTO COMO CARTER SE VA, ME DERRUMBO CONTRA EL MOSTRADOR, CON LA MENTE dándome vueltas. ¿Qué acaba de pasar? ¿Cómo pasé de destrozar una espeluznante figurilla enmascarada a aceptar quedarme con Carter?

Una parte de mí grita que esta es una idea terrible. Carter representa un pasado del que he estado huyendo durante años. Pero otra parte, una parte desesperada y solitaria, se aferra al salvavidas que me ha lanzado.

Me mantengo ocupada ordenando la tienda, tratando de calmar mis pensamientos acelerados. Las tareas rutinarias ayudan a mantenerme algo calmada, pero no puedo sacudirme la sensación surrealista de tener a Carter de vuelta en mi vida tan repentinamente.

Mientras repongo una estantería, un movimiento fuera de la ventana llama mi atención. Por una fracción de segundo, juro que veo una figura con una máscara blanca a medias mirándome fijamente desde el otro lado de la calle. Mi corazón salta a mi garganta, y ahogo un grito cuando un coche pasa, bloqueándolo de mi vista. La acera está vacía después de que el vehículo se aleja, y cierro los ojos, sacudiendo la cabeza. Mis palmas están sudando y mi corazón late con fuerza. No puedo seguir así. No puedo vivir de esta manera. Estas alucinaciones están empeorando. Tal vez quedarme con Carter no sea una idea tan mala después de todo. Al menos no estaré sola. Pero por otro lado, ¿y si le hago daño de alguna manera? ¿Y si tengo un episodio terrible y pienso que es un mago enmascarado y lo apuñalo hasta la muerte en medio de la cocina? ¿Qué pasaría entonces?

—Oh, por el amor de Dios, Hazel —murmuro, apartándome de la ventana, pero algo capta mi atención y me doy la vuelta para encontrarme cara a cara con mi peor pesadilla.

El grito que sale de mi garganta es crudo y angustiado cuando veo a un mago enmascarado mirándome lascivamente desde fuera de la ventana de la tienda. Tropiezo hacia atrás, derribando una pila de libros. El hombre presiona sus manos enguantadas de blanco contra el cristal, su sonrisa siniestra extendiéndose imposiblemente amplia.

No puedo respirar. No puedo pensar. Todo lo que puedo hacer es mirar con horror mientras el mago enmascarado inclina la cabeza, estudiándome con ojos muertos. *Esto no puede ser real. No puede ser.*

—No, no, no —gimo, cerrando los ojos con fuerza—. No es real. No es real.

Cuento lentamente hasta diez, tratando de calmar mi pulso acelerado. Cuando abro los ojos de nuevo, el hombre se ha ido. La calle fuera está vacía y tranquila, como si nada hubiera pasado.

Mis piernas ceden y me desplomo en el suelo, temblando violentamente. Las lágrimas corren por mi rostro mientras lucho por recuperar el aliento. Esto no puede continuar. No puedo seguir viviendo así, sobresaltándome por las sombras y viendo monstruos en todas partes.

La puerta se abre, y casi salto de mi piel.

—¡Hazel! —llama la voz preocupada de Carter.

Levanto la mirada y lo veo corriendo hacia mí, su rostro marcado por la preocupación. Sin pensarlo, me arrojo a sus brazos, aferrándome a él desesperadamente.

—¿Qué pasó? —murmura en mi cabello.

—Vi algo —sollozo contra su pecho—. Un mago enmascarado. Estaba justo ahí, mirándome a través de la ventana.

Los brazos de Carter se aprietan a mi alrededor. —Shh, está bien. No hay nadie ahí, Hazel. Estás a salvo ahora. Te tengo.

Su aroma familiar me envuelve, calmando mis nervios destrozados. Me aferro a él, temblando, mientras acaricia suavemente mi cabello. Por un momento, me permito creer que todo estará bien.

—No puedo seguir así —susurro con voz quebrada—. Estoy perdiendo la cabeza.

Carter se aparta ligeramente, acunando mi rostro entre sus manos. Sus ojos azules son intensos mientras escudriñan los míos. —No estás perdiendo la cabeza, Hazel. Estás bajo algo de estrés, o quizás tu celo está por llegar y está alterando tus percepciones.

—¡Acabo de tener mi celo; no es eso! —exclamo y luego sacudo la cabeza—. Lo siento. Lo siento. No necesitas esto en tu vida cuando estás tratando de encontrarte a ti mismo. Estaré bien. Puedes volver a tu casa, y no tienes que preocuparte por mí.

El agarre de Carter sobre mí se aprieta ligeramente mientras niega con la cabeza. —Hazel, no me voy a ninguna parte. Necesitas ayuda, y estoy aquí para dártela.

Sus palabras deberían ser reconfortantes, pero un escalofrío recorre mi espalda. Hay una intensidad en sus ojos que no puedo ubicar del todo. Por un momento, me siento atrapada en su abrazo en lugar de protegida.

Tomo un respiro tembloroso y me libero suavemente de sus brazos, secando mis lágrimas. —Gracias, Carter. Lo siento por desmoronarme así.

Él sonríe suavemente. —No tienes nada de qué disculparte. Ahora, vamos a llevarte al consultorio del médico. Tal vez puedan adelantarte un poco.

Asiento, agradecida por la distracción. Mientras reúno mis cosas, los ojos de Carter nunca me abandonan. Puedo sentir el peso de su mirada en mi espalda.

Después de cerrar con llave y maldecirme por otro día sin negocio, caminamos al consultorio del médico en silencio, la mano de Carter descansando ligeramente en mi espalda baja. El toque familiar me reconforta y me inquieta a la vez.

En el consultorio, Carter habla con la recepcionista mientras yo me desplomo en un asiento, mirando fijamente la pared frente a mí. Momentos después, él toma asiento a mi lado y dice: —Te van a atender a continuación.

Asiento lentamente, sin saber qué pensar de eso, pero momentos después, llaman mi nombre y me dirijo a la sala de examen. Miro hacia atrás para verlo observándome intensamente. El doctor escucha pacientemente mientras describo mis síntomas, mencionando cuidadosamente a los magos enmascarados por si acaso piensa que estoy completamente loca.

—Parece que estás lidiando con una ansiedad severa, posiblemente incluso TEPT —dice el doctor suavemente—. ¿Hay algo que creas que podría estar desencadenando esta respuesta?

—Posiblemente —digo lentamente—. Pero fue hace tanto tiempo, y nunca antes había tenido una reacción como esta.

El doctor asiente pensativo, claramente viendo que no quiero hablar de ello. —A veces el trauma puede resurgir inesperadamente, incluso años después. Me gustaría derivarte a un

terapeuta que se especializa en ansiedad y TEPT. Mientras tanto, voy a recetarte un medicamento suave contra la ansiedad para ayudarte a aliviar la tensión.

El pánico se enciende. —Estoy tomando unas pastillas herbales de la naturópata de la calle principal, pero creo que podrían estar empeorándolo de alguna manera, aunque ella dijo que son seguras. ¿Este medicamento tendría efectos secundarios?

—El medicamento que te estoy recetando puede causar algo de somnolencia al principio, pero eso generalmente desaparece después de unos días. Es importante tomarlo regularmente y no dejarlo abruptamente. Además, necesitas dejar de tomar los suplementos herbales. No hay datos que sugieran cómo interactuarían los dos.

Asiento, sabiendo que tiene sentido. —De acuerdo, gracias.

Me entrega la receta. —Quiero verte de nuevo en dos semanas para ver cómo estás. Mientras tanto, si tus síntomas empeoran o tienes alguna preocupación, no dudes en volver antes.

Salgo de la sala de examen sintiéndome ligeramente aturdida. Carter se pone de pie tan pronto como me ve, sus ojos escrutando mi rostro.

—¿Cómo te fue? —pregunta suavemente.

Me encojo de hombros, sintiéndome de repente exhausta. —Cree que es ansiedad y TEPT. Me recetó algunos medicamentos y quiere que vea a un terapeuta.

Carter asiente, colocando una mano suave en mi espalda baja mientras me guía fuera de la oficina, pero puedo ver que quiere preguntar sobre el aspecto del TEPT. Sin embargo, todo lo que dice es: —Es un buen comienzo. Vamos a surtir tu receta de inmediato.

Mientras caminamos hacia la farmacia, tengo la sensación de que algo no está del todo bien. La presencia de Carter aquí en este momento exacto cuando estoy pasando por toda esta mierda es inquietante. Lo miro de reojo, estudiando su perfil. Se ve mayor, más duro de lo que recuerdo. ¿Qué le pasó en los años que hemos estado separados? En otro tiempo, no habría dudado en preguntar, pero ahora, simplemente ya no estamos en ese punto. Y eso me hace sentir triste y culpable.

ZACH

IGNORO EL MENSAJE DE NOAH MIENTRAS CARGO ALGUNOS MUEBLES DE SEGUNDA MANO EN LA casa completamente solo, mientras Carter se desvía del plan con Hazel y me ha prohibido decírselo a Noah. Es fácil para él decirlo; no es él quien está empujando y arrastrando camas y sofás por todas partes por su cuenta.

—Imbécil —gruño mientras lucho con el colchón doble por las empinadas escaleras—. Completo imbécil.

El sudor gotea por mi espalda cuando finalmente logro colocar el colchón en su lugar. Jadeando, me desplomo contra la pared, mirando con furia mi teléfono que vibra con otro mensaje de Noah. Sé que necesito responder pronto, o se pondrá sospechoso, pero ahora mismo estoy demasiado cabreado y exhausto.

El cambio repentino de planes de Carter ha arrojado todo al caos. Entiendo su razonamiento, sin embargo. Ver a Hazel en persona claramente le afectó más de lo que anticipaba, y lo entiendo. Él sabe que lo entiendo, y por eso me señaló como el eslabón más débil. Noah no estará contento con esto. Así que ahora estamos apurados preparando esta casa como si Carter hubiera estado viviendo aquí, todo mientras mantenemos a Noah en la oscuridad. Es un desastre esperando a suceder.

Vuelvo abajo, haciendo una mueca por el dolor en mis músculos. La sala de estar está empezando a parecer algo habitada, con muebles dispares y algunas chucherías compradas apresuradamente esparcidas por ahí. No es genial, pero tendrá que servir. La nevera incorporada en la cocina bastante moderna ha sido encendida y tiene algunos elementos esenciales. Pan. Latas. Platos, tazas, cubiertos... Me he gastado una fortuna. Carter me debe una grande.

Mi teléfono vibra de nuevo, y finalmente cedo, abriendo los mensajes de Noah.

¿Dónde demonios estás?

Carter tampoco está respondiendo. ¿Qué está pasando?

Zach, te juro por Dios que si no me respondes en los próximos 5 minutos...

—Mierda —murmuro, escribiendo rápidamente una respuesta.

Lo siento, he estado ocupado. Todo está bien. Carter está haciendo contacto con Hazel. Te pondré al día más tarde.

No es una mentira total, pero está lejos de ser la verdad también.

Silencio.

Eso no es bueno.

Pero no tengo tiempo para lidiar con esto. Hay más muebles que sacar de la furgoneta alquilada apresuradamente y meter en esta casa en las próximas dos horas, además la cama necesita ser preparada y las toallas colocadas. Y ni me hagas empezar con el hecho de que

explícitamente dijo *una* cama.

Me arrastro de vuelta afuera hacia la furgoneta, maldiciendo entre dientes. El sol golpea sin piedad mientras levanto una mesita auxiliar y la llevo adentro.

Mientras estoy acomodando la mesa en la sala, escucho el sonido distintivo de un coche aparcando afuera. Es demasiado pronto. Carter no debería estar de vuelta todavía.

Noah irrumpe en la casa, sus ojos se entrecierran cuando se detiene en seco y observa los muebles.

—¿Qué demonios está pasando? —exige, volviéndose hacia mí—. ¿Dónde está Carter? ¿Y por qué este lugar parece que alguien se está mudando?

Trago saliva, sabiendo que me han pillado. —Noah, puedo explicarlo...

Pero incluso mientras las palabras salen de mi boca, él levanta una mano. —Olvídalo —gruñe—. Ha cambiado el plan, ¿no es así? Ha tirado años de planificación y trabajo por el inodoro porque Hazel lo miró con esos grandes ojos verdes, y él se derrumbó. ¿Tengo razón?

Suspiro. —Sabes que la tienes.

Deja escapar un gruñido frustrado. —¿Entonces por qué mantenerme en la oscuridad? ¿Por qué decírtelo a ti y no a mí?

—Pensó que no estarías contento con eso.

—¿Y tú lo estás?

—Soy más fácil de convencer —afirmo con amargura.

Su expresión dura se suaviza. —¿Necesitas ayuda? Es un completo imbécil por hacerte hacer esto sola.

—Eso mismo dije yo —murmuro—. Sí, ¿puedes preparar la cama?

—¿Cama? ¿Como en *una sola* cama?

Intercambiamos una mirada de complicidad.

—Es un idiota —murmura Noah, pero de todos modos sube las escaleras.

Exhalo, sabiendo que podría haber ido exactamente en la dirección opuesta a como fue. ¿A menos que esté esperando su momento y no la esté tomando contra el mensajero? Pero ese no es mi problema. Es de Carter.

Vuelvo a salir a la furgoneta, agarro un par de sillas de comedor y las coloco en su lugar alrededor de la mesa redonda que ya había traído antes.

—Realmente va en serio con esto, ¿no?

Me encojo de hombros, sin mirar a Noah a los ojos mientras se une a mí de vuelta abajo. —Eso parece.

Se queda callado por un momento, luego pregunta: —¿Qué te dijo exactamente sobre este cambio de planes?

Dudo, tratando de decidir cuánto revelar. —No mucho —admito—. Solo que ya no quería seguir adelante con el plan y que la traería aquí.

Noah resopla. —Ya no quería seguir adelante con el plan. Así sin más. —Chasquea los dedos.

Hago una pausa, sopesando mis palabras cuidadosamente. —En realidad lo entiendo. Estar con ella durante su celo nos afectó a todos. No lo niegues, Noah. Sé que tú también lo sientes. Creo que ahora que él ha hablado con ella, ha interactuado con ella, la ve como nuestra amiga, nuestra omega que siempre hemos amado en lugar de alguien que nos dejó sin decir una palabra hace cinco años, se ha dado cuenta de que no necesitamos hacer esto. No necesitamos romperla.

—No —concuerta Noah, para mi sorpresa—. Porque ya está rota.

Me muerdo el interior del labio, sintiendo que la culpa y la vergüenza me invaden al saber

que Hazel fue herida hace tanto tiempo y nunca lo supimos. Nunca confió en nosotros ni nos dejó ayudarla a superar el dolor. Todo lo que hemos hecho alguna vez fue por ella, pero tal vez si hubiéramos sabido sobre este abuso, podríamos haberle ahorrado algo del trauma más profundo. Pero incluso mientras pienso eso, sé que no es cierto. Sus padres nos detestaban y lo hacían saber. No querían que Hazel pasara tiempo con nosotros. Tenían que irse. Aprieto mi mano en el respaldo de la silla, casi rompiendo la madera barata.

Las palabras de Noah flotan pesadamente en el aire. Me doy la vuelta, incapaz de sostener su mirada. La culpa que he estado reprimiendo durante años amenaza con ahogarme.

—No lo sabíamos —murmuro, más para mí mismo que para Noah—. Si lo hubiéramos sabido...

—¿Habría cambiado algo? —pregunta Noah, con voz inusualmente suave—. Hicimos lo que creíamos que era mejor para ella. Para nosotros.

Sacudo la cabeza, sintiendo crecer la frustración. —Pero mírala ahora, Noah. Se está desmoronando. ¿Es esto realmente lo mejor para ella?

Noah se queda callado por un largo momento. Cuando habla, su voz es medida, controlada. —Es demasiado tarde para cambiar el rumbo ahora. Estamos comprometidos. Carter puede cambiar el plan, y está bien. Una parte de mí esperaba esto, pero de ti, no de él.

La acusación no es maliciosa, solo un hecho. Lo entiendo y no me ofendo.

—Entonces, ¿tienes un plan dentro de otro plan? —aventuro, conociendo demasiado bien a mi compañero de manada.

Sonríe ampliamente. —¿Cuándo no lo tengo?

Gira sobre sus talones y, momentos después, lo escucho sacando cosas de la furgoneta, pero por dentro, mis entrañas se revuelven. No estoy seguro de querer saber qué tiene Noah entre manos.

NOAH

DISPONGO UNOS COJINES DE ASPECTO TRISTE EN EL SOFÁ, TRATANDO DE DARLE UN AIRE hogareño mientras proceso este nuevo desarrollo. La impulsividad de Carter ha lanzado una gran paloma entre los gatos de nuestros planes cuidadosamente trazados, pero he anticipado esta posibilidad. El alfa en él siempre iba a luchar contra el enfoque clínico que habíamos acordado. Ver a Hazel en persona, vulnerable y necesitada de protección, estaba destinado a desencadenar sus instintos alfa más básicos.

Pero donde Carter ve una oportunidad de redención, yo veo una oportunidad para refinar nuestra estrategia. El deterioro del estado mental de Hazel ofrece un ángulo único que no habíamos considerado antes. Su creciente paranoia y alucinaciones proporcionan la cobertura perfecta para lo que necesitamos lograr.

Dando un paso atrás para admirar mi obra, mi mente repasa posibles escenarios. El frágil estado mental de Hazel podría funcionar a nuestro favor de maneras que inicialmente no había considerado. Con la manipulación adecuada, podríamos usar su paranoia para aislarla aún más, haciéndola incluso más dependiente de nosotros.

Saco mi teléfono y reviso los detallados archivos que he compilado sobre Hazel a lo largo de los años. Su perfil psicológico, sus miedos, sus debilidades, todo meticulosamente documentado. Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios mientras considero cómo utilizar mejor esta información.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Zach, mirándome con cautela mientras entra en la habitación con la última bolsa de artículos diversos.

—Solo estoy considerando nuestros próximos pasos. Carter puede haber cambiado el plan inmediato, pero nuestro objetivo final sigue siendo el mismo.

Zach se mueve incómodo. —¿Y cuál es exactamente ese objetivo final ahora? Porque empiezo a pensar que ya no estamos todos en la misma página.

Lo miro fijamente. —El objetivo, Zach, es traer a Hazel de vuelta a donde pertenece: con nosotros. Cómo lo hagamos puede necesitar adaptarse, pero el destino no ha cambiado.

Asiente lentamente, pero puedo ver la duda en sus ojos. Zach siempre ha sido el más blando de nosotros, el más propenso a vacilar dependiendo del estado de ánimo en el que se encuentre en cualquier minuto de cualquier día dado.

—¿Estás conmigo? —lo insto cuando no dice nada.

Asiente. —Creo que Carter quiere que nos mantengamos al margen por ahora.

—Está bien. Podemos hacer eso. Dejemos que él avance primero con Hazel antes de que todos descendamos sobre ella y la abrumemos. Podemos mantener los pequeños trastornos en su vida; de hecho, probablemente será más fácil ahora que está aquí. —Mis palabras son

perfectamente razonables, y él lo sabe. Quiere luchar contra ello, pero no ganará conmigo. Tengo una respuesta para todo. Siempre la he tenido. Soy rápido de mente y me adapto cuando es necesario. Es por eso que terminé primero de mi clase y tengo más ofertas de las que sé qué hacer cada día de cada institución que incluso remotamente ofrece algún curso de psicología. Todos quieren trabajar conmigo, aprender de mí. Pero lo que no entienden es que no soy como ellos. No siento lo que ellos sienten. Soy apático hacia todo excepto en lo que concierne a Hazel. Entonces es exactamente lo opuesto. Ella es, y siempre ha sido, la única que me hace sentir algo. Rabia, lujuria, amor, frustración... siempre y solo ella.

Zach procesa cuidadosamente mis palabras. Su conflicto interno está claramente escrito en su rostro. El deseo de proteger a Hazel choca con su lealtad a nuestra manada y nuestro plan. Necesito pisar con cuidado aquí. Está en espiral. Puedo ver los signos tan claros como cualquier cosa.

—Mira —digo, suavizando mi tono—, sé que esta situación no es ideal. Pero tenemos que adaptarnos. El cambio de planes de Carter no tiene por qué echar por tierra todo lo que hemos trabajado. De hecho, podría jugar a nuestro favor.

—¿Cómo?

—Piénsalo. Hazel ya está vulnerable, su mente se está fracturando. Está buscando ayuda, estabilidad. Que Carter aparezca para rescatarla encaja perfectamente en eso. Podemos usar esto a nuestro favor.

—¿Manipulándola? —pregunta Zach, con un tono cortante.

Niego con la cabeza. —Ayudándola. Nos necesita, Zach. Simplemente aún no se da cuenta. Le estamos dando lo que realmente quiere: una manada, una familia, seguridad.

Puedo ver que mis palabras están teniendo el efecto deseado. Los hombros de Zach se relajan ligeramente, el ceño fruncido se suaviza.

—Una manada —murmura.

—Exactamente. Deja que Carter se establezca como su protector, su refugio seguro. Mantendremos la presión desde lejos, nada demasiado evidente, solo lo suficiente para mantenerla desequilibrada y dependiente de Carter. Luego, cuando llegue el momento adecuado, intervendremos como la caballería, sus amigos perdidos hace tiempo que vienen a apoyarla en su momento de necesidad.

Zach asiente lentamente, con expresión pensativa, así que continúo.

—Su frágil estado mental la hace más susceptible a las sugerencias, más propensa a dudar de sus propias percepciones. Podemos moldear su realidad, poco a poco.

—Eso suena peligroso —dice Zach, con una nota de preocupación en su voz.

Descarto su preocupación con un gesto. —No vamos a hacerle daño, Zach. Vamos a curarla. A veces, el proceso de curación puede ser incómodo, pero el resultado final valdrá la pena. Hazel volverá a estar completa, parte de nuestra manada donde pertenece.

Zach parece aceptar esto. Parte de la tensión abandona su cuerpo, pero sigue como gato sobre zinc caliente. Cualquier movimiento repentino y temo pensar lo que podría pasar. —Vale. Puedo trabajar con eso.

—Bien hecho —digo aprobatoriamente—. Ahora, terminemos de preparar este lugar. Carter y Hazel podrían volver en cualquier momento.

Carter puede pensar que está cambiando el juego, pero solo me ha dado nuevas piezas con las que jugar. Al final, el resultado será el mismo. Hazel será nuestra, en cuerpo y alma, y esta vez, nunca nos volverá a dejar.

Miro mi reloj, notando la hora. Carter debería traerla aquí pronto. Es hora de preparar el

escenario para el próximo acto de nuestro pequeño drama.

—Zach —llamo—. Creo que hemos terminado aquí. Vámonos antes de que lleguen.

Él asiente, y una emoción me recorre. Todo está encajando en su lugar, aunque no exactamente como lo habíamos planeado originalmente. Pero la adaptabilidad siempre ha sido una de mis fortalezas.

Le doy una última mirada a la sala de estar, asegurándome de que todo parezca adecuadamente habitado pero no demasiado perfecto.

—Recuerda —le digo a Zach cuando nos dirigimos a la puerta—, por ahora, nos mantenemos en segundo plano. Deja que Carter se establezca como el principal apoyo de Hazel. Haremos nuestro movimiento cuando sea el momento adecuado.

Zach asiente, su expresión es una mezcla de resignación y determinación. —¿Y cuándo será eso?

Sonrío, dándole una palmada en el hombro. —Confía en mí, lo sabremos. Por ahora, concentrémonos en mantener la presión desde lejos. Podemos pensar algunas ideas y tal vez tener un poco de competencia mientras tanto, ¿qué te parece?

El fuego estalla en los ojos de Zach como un cometa. La idea de convertir esto en una competición por la atención de Hazel, aunque siniestra, le ha dado un impulso tremendo. —Sí, hagámoslo.

Tomo una profunda bocanada del cálido aire de la tarde. La calle está tranquila y apacible. Nadie sospecharía el elaborado juego que se está llevando a cabo detrás de estas paredes ordinarias.

—¿Y ahora qué? —pregunta Zach mientras salimos.

—Ahora —digo, deslizándome en el asiento del conductor de mi coche mientras Zach se queda junto a la furgoneta alquilada—, esperamos. Y observamos. Siempre observamos.

HAZEL

LEVANTO LA MIRADA HACIA CARTER CON UNA SONRISA FORZADA MIENTRAS ABRO LA PUERTA DE mi casa. Nunca he tenido a nadie aquí antes, así que esto se siente como una intrusión en mi espacio personal. Cuando entramos, cierro la puerta y lo guío hacia la sala de estar.

Él mira alrededor con una suave sonrisa antes de volver su mirada hacia mí. —Me encanta esto. Es muy tú.

—Gracias —murmuro—. Eh, siéntete libre de tomar algo de beber o lo que sea de la cocina mientras voy a hacer mi maleta.

Asiente pero no se mueve mientras me alejo rápidamente de él y de su maldito aroma alfa que me está afectando de maneras que no tiene derecho. Sacudiendo la cabeza mientras abro mi armario, saco la pequeña maleta con ruedas y la arrojo sobre la cama. Meto algo de ropa para el trabajo, pijamas, ropa casual para estar por casa, y luego me dirijo a mi tocador. Abro el cajón de la ropa interior, agarro algunas bragas y un par de sujetadores y los meto también. Hago una pausa, mordiéndome el labio, y luego abro el cajón más para revelar la lencería sexy que nunca he usado al fondo. Solo la compré para sentirme bien conmigo misma, pero la oportunidad nunca se presentó realmente. Agarro unas bragas de encaje negro, preguntándome en qué demonios estoy pensando cuando me detengo en seco. Están dobladas y pegadas entre sí. Frunciendo el ceño, las separo y luego las dejo caer.

—Puaj. ¿Qué es eso? —murmuro, mirando fijamente los copos blancos crujientes pegados a la tela. Las recojo con cuidado y las arrojo al cesto de la ropa sucia, preguntándome cuándo tendré la oportunidad de lavarlas.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta Carter desde la puerta.

Doy un salto y sacudo la cabeza. —No. Solo estoy considerando que necesito hacer algo de lavandería.

—Tráela a mi casa. Tengo una lavadora. Está integrada en el cuarto de servicio. Es una casa muy práctica.

Me río de su descripción y pongo la tapa en el cesto. —¿No nos veremos ridículos llevando eso por la calle?

Él lo levanta con una sonrisa. —¿Ridículos? No, para nada. Los alfas varoniles no se ven ridículos, querida Hazel, ni siquiera llevando cestos de ropa *sucia* por la calle.

Sucia. La forma en que dijo la palabra estaba llena de insinuación y me envió un escalofrío por la espalda. —Bueno, tú eres el que lo está llevando, así que eso depende de ti —digo, tratando de no reírme como una colegiala. Tengo que recordar que este es *Carter*. Mi amigo. No algún alfa con el que estoy tratando de salir o emparejarme.

Eso trae el pacto de golpe al frente de mi mente. ¿Lo recuerda él? ¿Es por eso que está aquí?

El pánico me inunda, y mi cerebro parece girar en mi cabeza. Las palmas de mis manos se humedecen, y me siento pesadamente en la cama. Carter deja caer el cesto y se acerca rápidamente, agachándose frente a mí.

—¿Estás bien?

Sacudo la cabeza, evitando su mirada. —Creo que tal vez necesito tomar algunas de esas pastillas.

—¿Has comido?

—No desde esta mañana. Pero fue una pizza entera.

Él se ríe. —Qué rico. ¿Qué llevaba?

—Pepperoni.

—Mi favorita.

Lo recuerdo.

Sonrío débilmente al recordar las innumerables pizzas compartidas en nuestra juventud. —La mía también.

Los ojos azules de Carter se suavizan con nostalgia. —Es bueno ver que algunas cosas nunca cambian. ¿Recuerdas aquella vez que pedimos la extra grande e intentamos comérmola entera nosotros solos? Pensé que iba a reventar.

Una risa genuina se me escapa. —Y Noah intentaba robar porciones cuando no estábamos mirando.

—Mientras Zach nos daba un sermón sobre el valor nutricional, o la falta de él —añade Carter con una sonrisa.

Por un momento, me transporto a tiempos más simples. Sin alucinaciones, sin ansiedad, solo cuatro amigos compartiendo pizza grasienta y risas. El dolor en mi pecho se intensifica.

Carter parece percibir mi cambio de humor. Me aprieta suavemente la rodilla. —Oye, ¿por qué no compramos algo de comer de camino a mi casa? No deberías tomar esas pastillas con el estómago vacío.

Asiento, agradecida por la distracción. —De acuerdo. Solo déjame terminar de empacar.

Mientras me muevo por la habitación, recogiendo artículos de aseo y algunas cosas personales, puedo sentir los ojos de Carter sobre mí. Hay una intensidad en su mirada que no estoy segura de cómo interpretar.

—¿Lista? —pregunta cuando cierro la maleta.

—Eso creo —respondo, echando un último vistazo a la habitación. ¿Realmente estoy haciendo esto? ¿Mudarme con Carter, aunque sea temporalmente?

Pero cuando otra ola de mareo me golpea, sé que no tengo mucha elección.

Carter de alguna manera se las arregla para cargar tanto el cesto de la ropa como la maleta mientras bajamos las escaleras. Sus anchos hombros casi rozan las paredes a ambos lados mientras desciende con facilidad, conmigo detrás, aferrada a mi bolso. Veo el oso de la cámara empujado contra la pared desde que abrí la puerta esta mañana y me muerdo el labio. ¿Debería llevármelo? Podría hacerme sentir más segura.

Él. Pensar en el oso como un "él" me hace sentir extrañamente reconfortada. Carter abre la puerta principal y saca mi maleta con ruedas, aún sujetando el cesto. Miro por encima del hombro y trago saliva. No es para siempre, y no es como si no fuera a estar a cinco minutos de distancia. Puedo volver cuando quiera. Tendré que hacerlo en algún momento para recoger cualquier cosa de trabajo que pueda necesitar, de todos modos. Con Carter esperándome, cierro la puerta parcialmente para recoger el oso y meterlo en la parte superior de mi bolso, con su cabeza peluda asomando. Carter levanta una ceja al verlo, pero no dice nada.

—Atravesaremos el parque —dice cuando he cerrado con llave—. Es más rápido. Hay un pequeño supermercado Co-op en la esquina. Podemos entrar allí y escoger algunas cosas que te gusten.

—No quiero causarte molestias. Como casi de todo.

Él se ríe entre dientes. —Vale, me has pillado. La cocina está como la despensa de la Madre Hubbard ahora mismo. Necesitamos parar y hacer la compra.

Suelto una carcajada, sintiendo cómo gran parte de la tensión en mis hombros desaparece. —De acuerdo, pues gracias por no mantener la farsa de comprar para mí como excusa.

Sonríe, y me muevo para tomar el asa de la maleta para rodarla por el parque, pero él la agarra con más fuerza y aun así logra que parezca fácil llevarla junto con el cesto de la ropa.

—Espera. ¿En serio vas a entrar al supermercado con mi cesto de ropa sucia?

Carter sonríe con picardía. —¿Por qué no? Estoy seguro de que los otros compradores quedarán impresionados por mis habilidades multitarea.

No puedo evitar reírme, sacudiendo la cabeza. —Eres ridículo.

—Gracias. Me esfuerzo —dice con una reverencia exagerada.

Mientras avanzamos por el parque, soy muy consciente de las miradas curiosas que atraemos. Carter, aparentemente ajeno, pasea con mi maleta en una mano y el cesto de la ropa en la otra. Yo voy detrás, aferrando mi bolso con el oso de la cámara asomándose.

Debemos ser toda una visión.

El sol de la tarde brilla con fuerza, y me doy cuenta de que estoy empezando a sudar aquí fuera, pero se siente bien bañarme en él por un rato. Por un momento, me permito relajarme, respirando el aroma del césped y las flores silvestres.

Llegamos al pequeño Co-op, y dudo en la entrada, de repente cohibida. —¿Quizás debería esperar aquí fuera con el cesto mientras tú coges algunas cosas?

Carter niega con la cabeza firmemente. —No. Vas a entrar. No tengo ni idea de qué te apetece.

Antes de que pueda protestar más, ya está atravesando las puertas automáticas, sin dejarme otra opción que seguirlo. Algunos otros compradores nos miran de forma extraña mientras recorremos los pasillos, pero Carter parece completamente ajeno. Aunque claro, no son sus bragas las que están en el cesto, así que ¿qué le importa?

Voy detrás de Carter, con las mejillas ardiendo mientras navegamos por los estrechos pasillos. Cojo una cesta, y él se detiene de vez en cuando para lanzar artículos aparentemente al azar: pasta, salsa, pan, huevos. Añado algunas cosas que sé que comeré, tratando de ignorar las miradas de los otros compradores.

—Oh, helado —dice Carter, deteniéndose en la sección de congelados—. ¿Cuál es tu sabor favorito estos días? ¿Sigue siendo el de menta con trocitos de chocolate?

—Siempre —digo con una sonrisa porque se acordó.

Agarra un bote y lo añade a nuestra cesta cada vez más llena. —Excelente elección. Ah, y no podemos olvidar los aperitivos.

Sigo a Carter por el pasillo de los snacks, observando cómo coge bolsas de patatas fritas y un paquete de galletas.

—¿Quieres algo más? —pregunta Carter, mirándome por encima del hombro.

Niego con la cabeza, sintiéndome abrumada. —Esto es suficiente. Más que suficiente, en realidad.

Asiente y nos dirigimos a la caja. Los ojos de la cajera se abren ligeramente al ver a Carter con mi cesta de la ropa, pero no dice nada mientras registra nuestros artículos. Busco torpemente

mi cartera, pero Carter me detiene con un gesto.

—Yo me encargo —dice, sacando su tarjeta.

Quiero protestar, pero las palabras mueren en mi garganta. Todo está sucediendo tan rápido que siento como si estuviera atrapada en un torbellino.

Salimos de la tienda, cargados con las compras además de mi equipaje.

—Ya no falta mucho —dice Carter alegremente mientras cruzamos la calle.

Asiento, de repente nerviosa. ¿Qué estoy haciendo? Mudarme con Carter, aunque sea temporalmente, se siente como cruzar una línea que no puedo deshacer. Pero cuando otra oleada de mareo me golpea, sé que no tengo mucha elección. Necesito ayuda y, en este momento, Carter me la está ofreciendo.

Nos detenemos frente a una grandiosa casa victoriana en terraza, y me quedo boquiabierta. —Vaya. Siempre he admirado estas casas. Aunque están un poco fuera de mi presupuesto.

—El alquiler no es tan malo. Probablemente sería mucho comprarla —coincide, aunque sé que solo está haciendo un comentario. Probablemente podría comprar todo este pueblo si quisiera. Abre la puerta con un floreo y me deja pasar primero.

Entro, admirando los techos altos y los suelos de madera. El vestíbulo se abre a una espaciosa sala de estar, amueblada, para mi sorpresa, con piezas de segunda mano, tan disparejas como es posible. Sonrío y siento que me invade una sensación de deleite.

—Tengo que confesarte algo —dice Carter, llevando mi cesta a la cocina y dejándome que lo siga.

—¿Qué es?

—Solo tengo una cama. No esperaba compañía. —Se encoge de hombros y parece un poco avergonzado por esta admisión.

—Oh —digo, con el corazón latiendo fuerte—. No pasa nada. Puedo dormir en el sofá.

—No, no digas tonterías, yo dormiré en el sofá. Solo quería que supieras que dormirías en mi cama.

—Bueno, no es como si no lo hubiera hecho antes —murmuro.

—Cierto —dice con los ojos entrecerrados.

El aire entre nosotros de repente se carga de una tensión no expresada.

Carter se ocupa de guardar las compras, mientras yo me quedo allí como un mueble.

—Bueno —dice Carter, rompiendo el silencio incómodo—, ¿por qué no subes y te instalas?

Agradecida por la excusa para escapar, asiento y agarro mi maleta. Mientras subo las escaleras, puedo sentir la mirada de Carter en mi espalda. El peso de esta me hace estremecer.

La habitación es grande, con un mirador que da a la calle. La cama es prácticamente lo único que hay aquí, aparte de un armario empotrado. Lo abro, echando un vistazo dentro. El aroma de Carter me llega mientras veo filas ordenadas de trajes y ropa más casual colgada pulcramente. Hay cajones integrados en el armario, pero no fisgoneo en ellos. No me gustaría que él me hiciera eso a mí. De repente, recuerdo mi cesto de ropa sucia y ruego a Dios que no se ponga a lavarme la ropa. Dejo mi maleta en el suelo y me hundo en el borde del colchón, de repente demasiado exhausta incluso para asegurarme de que Carter se mantenga bien lejos de mi ropa sucia.

¿Qué estoy haciendo aquí? Los acontecimientos del día me alcanzan de golpe, y siento que las lágrimas me pican los ojos. Saco la bolsa de medicamentos, y la presa se rompe. ¿Cómo es que esta es mi vida ahora?

CARTER

PRESTANDO ATENCIÓN A HAZEL, ME ASEGURO DE QUE LA PUERTA DEBAJO DE LAS ESCALERAS ESTÉ bien cerrada. De ninguna manera puede ella decidir explorar la casa y terminar en el sótano que hicimos para su prisión. Existe una buena posibilidad de que aún termine allí si no cumple con su parte del pacto, que se acerca cada vez más, pero tiene la oportunidad de hacer esto por las buenas. Cada parte de mí desea que lo haga por las buenas.

Me ocupo haciendo pasta. Es prácticamente mi límite en la cocina, pero no puedo pedirle a Hazel que cocine, así que tendrá que ser suficiente.

Mientras revuelvo la salsa de la pasta, mi mente se acelera con planes y contingencias. Todo depende de mantener a Hazel calmada y complaciente. La medicación debería ayudar con eso, embotando sus sentidos y haciéndola más dócil. Pero necesito pisar con cuidado; si presiono demasiado rápido, podría huir.

Agudizo el oído, escuchando cualquier sonido del piso de arriba. La casa está en silencio excepto por el burbujeo de la olla de pasta. ¿Estará bien allá arriba? ¿Debería ir a verla? Decido no hacerlo. Necesita espacio para procesar todo.

El temporizador suena y escurro la pasta, mezclándola con la salsa. Mientras la estoy sirviendo, escucho pasos suaves en las escaleras. Hazel aparece en la puerta, luciendo pequeña y vulnerable, aferrándose a la bolsa de la farmacia. Sus ojos están enrojecidos, y mi pecho se oprime al verla.

—Justo a tiempo —digo, manteniendo mi voz ligera—. La cena está lista.

Me da una sonrisa acuosa.

—Huele bien. Gracias.

Nos sentamos en la pequeña mesa de la cocina, cayendo un silencio incómodo entre nosotros. Hazel picotea su comida sin ganas.

—Deberías intentar comer algo —le urjo suavemente—. La medicación funciona mejor con el estómago lleno.

Ella asiente, tomando un pequeño bocado.

—Está bueno —murmura.

—Un gran elogio, sin duda, para mis habilidades culinarias —bromeo, tratando de aligerar el ambiente.

Funciona, arrancándole una suave risita. Calienta algo en mi pecho. He extrañado ese sonido más de lo que me había dado cuenta. Comemos en un silencio agradable por unos minutos antes de que me dé una sonrisa tensa y vuelva a picotear su comida. Puedo ver el agotamiento grabado en cada línea de su rostro. El impulso de tomarla en mis brazos y protegerla de todo es casi abrumador.

—¿Por qué no tomas tu medicación y descansas un poco después de la cena? —sugiero—. Ha sido un día largo.

Hazel asiente agradecida.

—Suenan bien. Gracias, Carter. Por todo.

Su sinceridad me toma por sorpresa. Por un momento, me transporto a tiempos más simples donde no hay esquemas ni motivos ulteriores. Solo dos amigos cuidándose mutuamente. El peso de todo lo que hemos hecho, todo lo que planeamos hacer, se asienta pesadamente sobre mis hombros.

Pero aparto la culpa. Esto es por su propio bien. Lo entenderá eventualmente.

Después de la cena, insisto en limpiar mientras Hazel toma su medicación. Parece aliviada de no tener que ayudar, lo que solo refuerza lo exhausta que debe estar. Mientras cargo el lavavajillas, la observo por el rabillo del ojo. Está mirando fijamente el frasco de pastillas, su expresión una mezcla de aprensión y resignación.

—¿Estás bien? —pregunto suavemente.

Ella se sobresalta ligeramente, como si hubiera olvidado que yo estaba allí.

—Nunca pensé que estaría aquí, ¿sabes? Tomando medicación para la ansiedad...

Me seco las manos y me acerco, cuidando de no agobiarla.

—Sé que es mucho. Pero no estás sola en esto, Hazel. Estoy aquí para ti, para lo que necesites.

Sus ojos verdes se encuentran con los míos, escudriñando. Por un momento, creo que podría decir algo más, pero luego simplemente asiente y se traga la pastilla con un sorbo de agua.

—Creo que me iré a la cama —dice con cansancio—. Ha sido un día largo.

Asiento, resistiendo el impulso de abrazarla.

—Por supuesto. Que descanses. Si necesitas algo, estaré abajo.

Me da una sonrisa y sube las escaleras. Escucho sus pasos, el suave clic de la puerta del dormitorio al cerrarse.

Hazel está aquí conmigo. La realidad me golpea como una fuerza física. Me hundo en el sofá y me froto la cara con las manos.

Todo está sucediendo más rápido de lo que anticipé. Cuando vi a Hazel hoy, luciendo tan perdida y vulnerable, todos mis planes cuidadosamente trazados se fueron por la ventana. El alfa en mí no podía quedarse de brazos cruzados y verla sufrir. Tenía que actuar.

Pero ahora, ¿qué? Noah y Zach estarán furiosos porque me he salido del guion. No entienden que a veces los planes necesitan cambiar. Hazel necesita protección y estabilidad ahora más que nunca.

Saco mi teléfono, debatiendo si llamarlos. No, es mejor esperar hasta la mañana. Dejar que Hazel se asiente primero. Me ocuparé de las consecuencias con los otros más tarde.

Por ahora, necesito concentrarme en hacer que Hazel se sienta segura y cómoda aquí. Quiero que vea esto como su hogar, su santuario. Pero necesito ser paciente, jugar a largo plazo.

Me estiro en el sofá, pasando por mi teléfono, escuchando atentamente cualquier sonido de arriba. La casa está en silencio. ¿Estará durmiendo plácidamente? ¿O estará despierta, preguntándose en qué se ha metido?

Una parte de mí quiere ir a revisarla, para asegurarme de que no se ha escapado por el desagüe. Pero resisto el impulso. Necesita espacio ahora mismo. Tiempo para aclimatarse a su nuevo entorno.

Mientras paso distraídamente por mi teléfono, mis pensamientos se desvían hacia el futuro. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que Hazel se sienta verdaderamente cómoda aquí? ¿Cuánto

tiempo antes de que vea esto como su hogar, nos vea a mí, a Zach y a Noah como sus alfas? El camino por delante es incierto, lleno de posibles escollos. Un movimiento en falso podría hacerla huir.

Pero la alternativa —dejar que siga en espiral por su cuenta— es impensable. Nos necesita, y haré lo que sea necesario para mantenerla segura y cerca.

Sé que Noah y Zach querrán respuestas sobre lo que pasó hoy, pero ese es un problema para mañana. Esta noche, necesito concentrarme en Hazel.

Dejando mi teléfono a un lado, me levanto y subo silenciosamente las escaleras. Llamo suavemente, pero no hay respuesta. Dudo por dos segundos y luego agarro el pomo, empujándolo hacia abajo mientras abro la puerta ligeramente. Hazel está profundamente dormida, las cortinas completamente abiertas, todavía completamente vestida encima de las sábanas. Está ese oso de aspecto extraño en la almohada junto a ella, y me pregunto qué encuentra tan reconfortante en él. De repente, el teléfono emite un fuerte pitido, y miro acusadoramente al oso.

¿Así que es eso?

Hazel se incorpora como si le hubieran disparado en el oído y mira a su alrededor, sobresaltada y aturdida.

—Solo soy yo —murmuro—. Vine a ver cómo estabas.

—Oh —dice, pasándose una mano por el pelo—. Debo haberme quedado dormida.

—Siento haberte molestado. Vuelve a dormir. Te veré por la mañana.

Ella asiente mientras me retiro, pero puedo notar que no volverá a dormirse por un buen rato. No confía en mí, o no tendría una cámara apuntando a la puerta. No estoy muy seguro de qué pensar sobre eso, pero tendremos que trabajar en ello.

HAZEL

GIMIENDO MIENTRAS ME DEJO CAER EN LA CAMA, ME SIENTO COMO UNA MIERDA. MI ESTÓMAGO se retuerce y se agita, y mi cabeza martillea. La habitación es sofocante por el calor, y estoy toda pegajosa y sudorosa. Contemplo la idea de darme una ducha fresca, pero la idea de estar sola en esta casa con Carter y desnuda no me sienta bien. Hubo un tiempo en que no habría pestañeado, pero ahora... ahora somos todos adultos y las cosas son complicadas. Sé que quiere indagar por qué me fui sin decirles una palabra a ninguno de ellos. Pero ¿cómo puedo responder a eso? No parece haber hecho lo que yo esperaba de él: seguir adelante con su vida, emparejarse y tener hijos. ¿Dónde está todo eso? Incluso su elegante carrera de abogado no parece hacerlo feliz ni realizado. Me hace pensar en Zach y Noah. He estado tratando de no pensar en ellos, pero ¿cómo no hacerlo ahora? Levantándome de la cama, me dirijo a la ventana y miro hacia afuera. El parque está concurrido ahora con los lugareños que salen a dar un agradable paseo de verano o a sentarse al sol mientras sus hijos juegan. Siento una punzada de soledad y anhelo. Quiero eso. ¿Por qué no puedo encontrarlo? ¿Qué hay de malo en mí?

Contengo el dolor y la pena abrumadores de parecer tan poco digna de ser amada. Abro la ventana una fracción, los sonidos del parque se filtran y por un pequeño segundo, me alegro por ellos. Intento aferrarme a esa sensación, pero no puedo, y la envidia me invade en una ola repugnante. Me repugno a mí misma por no poder sacar las emociones para alegrarme por otras personas. Sintiendo aún más perdida, giro la cabeza, queriendo apartar la mirada de ellos, y entonces mi corazón salta a mi garganta.

Retrocedo tambaleándome desde la ventana con un gemido de pánico. *No. No. ¡No!*

El mago enmascarado al otro lado de la calle, cerca de la tienda, simplemente se queda allí, mirándome fijamente.

Me quedo paralizada, con el corazón latiendo con fuerza. Permanece inmóvil, su sonrisa parece ensancharse mientras me mira directamente. *Esto no puede estar pasando. No aquí. No ahora.*

Cierro los ojos con fuerza, deseando que la alucinación desaparezca. Pero cuando los abro de nuevo, el hombre sigue allí, observándome desde detrás de esa media máscara blanca. Un gemido escapa de mi garganta mientras el pánico me atenaza. Necesito alejarme, esconderme, pero mi cuerpo no coopera. Estoy paralizada por el miedo. Un grito burbujea, pero me tapo la boca con la mano para sofocarlo. No quiero que Carter me oiga, que venga corriendo y me vea así.

Temblando violentamente, retrocedo de la ventana hasta que mis piernas chocan con la cama. Me hundo en el colchón.

—Vete. Por favor, simplemente vete —me acurruco, abrazando mis rodillas contra mi pecho

mientras me balanceo hacia adelante y hacia atrás. Las lágrimas corren por mi cara mientras lucho por respirar a través del pánico.

Esto no puede ser real. Tiene que ser la medicación, o el estrés, o la falta de sueño. Pero una pequeña parte aterrorizada de mí se pregunta: ¿y si es real? ¿Y si no estoy alucinando en absoluto?

Cuando mi respiración finalmente deja de ser jadeante, inhalo profundamente y exhalo. Necesito saber si todavía está ahí, así que me obligo a mirar de nuevo hacia la ventana, temiendo lo que pueda ver. El hombre enmascarado se ha ido, pero el alivio que siento es efímero. Mi piel se eriza con la certeza de que aún está ahí fuera en algún lugar, esperando, observando. Me arrastro bajo las sábanas y me cubro la cabeza con el edredón, acurrucándome en posición fetal y cerrando los ojos con fuerza, deseando quedarme dormida, desconectar de esta realidad e intentar descansar un poco. Pero todo lo que puedo ver cuando cierro los ojos es ese rostro. Ese horrible rostro sonriente.

Un ruido me sobresalta, pero me doy cuenta de que es solo Carter moviéndose en la planta baja. Los sonidos deberían ser reconfortantes, pero en su lugar, solo me recuerdan lo aislada que estoy aquí arriba. Cuán vulnerable me siento.

Mi mente se acelera, reproduciendo la imagen del hombre una y otra vez. ¿Fue real? ¿Una alucinación? ¿O algo peor? La incertidumbre me carcome, haciendo que mi piel se erice.

Necesito calmarme y pensar racionalmente, pero cada crujido en la casa, cada sombra que parpadea en la pared, envía una nueva oleada de pánico a través de mí. Mi respiración vuelve a ser entrecortada y agitada mientras lucho por controlar mi corazón acelerado.

De repente, el silencio se rompe con un fuerte golpe proveniente de abajo. Me incorporo de golpe, con el corazón en la garganta. ¿Qué fue eso? ¿Estará bien Carter?

Agudizo el oído, intentando captar cualquier otro sonido. Nada. El silencio se extiende, opresivo y sofocante.

¿Debería ir a ver? La idea de abandonar la relativa seguridad del dormitorio me aterroriza. Pero la idea de quedarme aquí tumbada, imaginando todo tipo de horrores, es casi peor.

Otro golpe, más fuerte esta vez. Ya no puedo soportarlo más. Tengo que saber qué está pasando.

Lentamente, me levanto de la cama. Mis piernas parecen de gelatina mientras me arrastro hacia la puerta. Me detengo, con la mano suspendida sobre el pomo. ¿Realmente quiero hacer esto? Pero otro golpe amortiguado desde abajo me impulsa a actuar. ¿Y si Carter está en problemas y yo estoy aquí arriba acobardada cuando podría necesitar mi ayuda?

Abro la puerta lo más silenciosamente posible, estremeciéndome ante el leve chirrido de las bisagras. Me siento enferma por el latido errático de mi corazón cuando bajo las escaleras, lenta y sigilosamente.

Agarrándome al pasamanos, desciendo las escaleras, deteniéndome cada pocos peldaños para escuchar. La casa está ahora inquietantemente silenciosa. Ya no hay más golpes ni ruidos extraños. Solo el silencio opresivo que me presiona por todos lados.

Al llegar al pie de la escalera, una tabla del suelo cruje bajo mi pie. Me quedo paralizada, conteniendo la respiración. Nada. Ninguna reacción al ruido.

—¿Carter? —llamo suavemente, con voz apenas audible. No hay respuesta.

Me deslizo hacia la sala de estar, pero está vacía.

Una sombra se mueve en mi visión periférica y me doy la vuelta bruscamente, con un grito atascado en la garganta. Pero no hay nada ahí. Es solo mi imaginación jugándome una mala pasada otra vez.

Estoy a punto de darme la vuelta cuando algo llama mi atención: una mancha roja en el marco de la puerta que conduce a la cocina. Se me hiela la sangre mientras me acerco lentamente, apenas atreviéndome a respirar.

Es sangre. Fresca y reluciente. Mi corazón late tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos. Con dedos temblorosos, extendiendo la mano para tocar la mancha, esperando a medias que desaparezca. Pero es real, húmeda y pegajosa contra mi piel.

—¿Carter? —llamo de nuevo, esta vez más fuerte. Mi voz se quiebra por el miedo. Sigue sin haber respuesta.

Me obligo a dar un paso hacia la cocina, luego otro.

Un suave sonido de arrastre viene de detrás de mí. Me doy la vuelta bruscamente, con la respiración atascada en la garganta. No hay nada ahí, pero se me eriza el vello de la nuca.

—Carter, por favor —susurro—, si esto es algún tipo de broma, no tiene gracia.

Un sollozo ahogado se me escapa mientras retrocedo, necesitando volver a mi habitación. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde está Carter?

De repente, una mano me tapa la boca por detrás. Intento gritar, pero el sonido queda ahogado contra la palma enguantada. Un brazo me rodea la cintura, tirando de mí hacia atrás contra un pecho sólido.

—Shh, shh —susurra una voz en mi oído.

Un grito desgarrador sale de mi garganta, amortiguado contra su mano, cuando reconozco esa voz. Trae consigo un terror como ningún otro.

—Shh, niña —murmura el mago enmascarado de la fiesta de Leah en mi oído—. Sé una buena chica y no hagas ruido, o tu novio va a terminar bajo tierra. ¿Entiendes? —Un destello de acero capta mi atención cuando levanta un cuchillo terriblemente afilado.

Mi sangre se congela ante las escalofriantes palabras del mago enmascarado. Carter. Oh Dios, ¿qué le ha hecho a Carter?

Asiento frenéticamente, sin atreverme a hacer un sonido. El agarre del mago enmascarado se afloja ligeramente, pero no me suelta.

—Buena chica —ronronea, su aliento caliente contra mi oreja—. Ahora, vamos a dar un pequeño paseo. Nada de gritos, nada de correr, o me veré obligado a destriparte, y no quiero eso... todavía.

Las lágrimas corren por mi rostro. Mi mente corre, tratando de dar sentido a lo que está sucediendo. Esto no puede ser real. Tiene que ser otra alucinación, una pesadilla vívida. Pero es demasiado real.

El mago enmascarado empieza a guiarme hacia la puerta trasera. Mis piernas se sienten como plomo, pero las obligo a moverse. Cada instinto me grita que luche, que corra, pero el pensamiento de Carter en peligro me mantiene sumisa.

Deslizándome por la puerta trasera, mis pies luchando por encontrar equilibrio, ahogo un sollozo al ver a Carter tirado en el suelo afuera, un charco de sangre extendiéndose debajo de él.

—¡No! —grito, pero el agarre del hombre se aprieta—. ¡Carter!

Él no responde.

—¿Qué has hecho?! —siseo, forcejeando en el agarre del hombre enmascarado, mi miedo por mí misma disipándose en la rabia que ha descendido sobre mí al ver que este imbécil ha herido a mi amigo.

—Lo saqué del camino. No te preocupes, vivirá si vienes sin hacer ruido. Si no... —Hace un gesto de corte en mi cuello con el cuchillo para enfatizar.

—Cart...

Mi grito es interrumpido por un corte de dolor ardiente en mi antebrazo. Jadeo y luego me tambaleo al ver la sangre brotando de mi brazo.

—Cállate, pequeña omega —gruñe y luego me golpea tan fuerte que veo estrellas antes de no ver nada.

CARTER

UN DOLOR SORDO EN MI CABEZA ME SACA DE LA INCONSCIENCIA. GIMO, PARPADEANDO CONTRA la fuerte luz del sol. ¿Qué pasó? Lo último que recuerdo es haber escuchado un ruido en el patio trasero y haber ido a investigar.

De repente, todo vuelve a mi mente. El mago enmascarado. El cuchillo... Gimiendo, coloco mi mano en mi abdomen y gruño. Al retirar la mano, está pegajosa con sangre.

—Maldito hijo de puta —escupo, sentándome, ignorando el dolor cegador de la puñalada y el enorme golpe en mi cabeza. Quienquiera que fuese ese maldito mago enmascarado, era fuerte. Un alfa primario increíblemente fuerte que me tomó completamente por sorpresa.

¡Hazel!

Me giro hacia la puerta trasera abierta, ignorando la ola de mareo que amenaza con enviarme de vuelta al suelo.

—No, no, no —murmuro, tambaleándome hacia la cocina. ¿Cómo pudo pasar esto?

—¡Hazel! —corro de vuelta a la casa, llamando el nombre de Hazel. Pero ya sé que es inútil. Hace tiempo que se han ido.

Maldiciendo, agarro mi teléfono con mi mano pegajosa de sangre y marco el número de Noah. Contesta al segundo timbre.

—¿Qué quieres?

Ignoro la actitud mordaz, que me merezco completamente, incluso más ahora. —Se la llevó —digo con voz entrecortada—. El mago enmascarado. Vino aquí y se llevó a Hazel.

Se escucha una brusca inhalación al otro lado de la línea. —¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—No lo sé —digo, pasándome una mano por el pelo—. Escuché un ruido afuera, y cuando fui a revisar, me emboscó, me apuñaló y me dejó inconsciente. Se llevó a Hazel.

—Mierda —escupe Noah—. ¡Podría estar en cualquier parte ahora!

—Lo sé, lo sé —digo, sintiendo cómo la culpa y una rabia ardiente se apoderan de mí—. ¿Quién es este maldito mago enmascarado? Llama a Leah de nuevo, y no dejes de llamar hasta que te dé una maldita respuesta.

Noah se queda callado por un momento, y casi puedo escuchar los engranajes girando en su cabeza. —De acuerdo. Llamaré a Zach. No hagas nada estúpido hasta que lleguemos allí.

La línea se corta antes de que pueda responder. Me desplomo contra el mostrador, con la cabeza dándome vueltas. ¿Cómo pude dejar que esto pasara? Se suponía que debía protegerla, mantenerla a salvo. En cambio, la conduje directamente al peligro.

Tomando un paño de cocina, intento detener el sangrado de mi herida. Subo las escaleras para buscar alguna pista que este hijo de puta pudiera haber dejado. Pero no hay nada. No hay rastro de Hazel ni de su secuestrador. Ni siquiera parece que la hubieran sacado a la fuerza de la

habitación. ¿Significa esto que bajó por su propia voluntad?

Al ir al baño para lavarme las manos y examinar la puñalada, descubro que no es tan mala como pensé al principio. Eso significa que el alfa que vino por Hazel no estaba tratando de matarme, solo incapacitarme. No sé si eso es algo bueno o malo. Bueno, para él, es algo estúpido. Debería haberme matado porque ahora voy a hacerle pagar con cada gota de sangre que tenga.

Noah y Zach irrumpen por la puerta principal minutos después, mientras yo bajo pesadamente las escaleras.

—Jesús Cristo —murmura Zach cuando me ve—. ¿Qué demonios pasó?

Relato los eventos nuevamente, sintiéndome más inútil con cada palabra. La expresión de Noah se oscurece mientras hablo. Está entrando en un modo frío y clínico, y es bueno. Lo necesitamos. Yo estoy demasiado furioso para pensar con claridad, y Zach... Miro a mi compañero de manada con un suspiro. Está balanceándose en un rincón, agachado, con las manos sobre las orejas mientras sufre un colapso total. Parte de mí quiere consolarlo, pero no tenemos tiempo para eso ahora. Cada segundo cuenta si queremos encontrar a Hazel.

Noah parece estar pensando lo mismo. Incluso mientras vuelve a marcar en su teléfono, se agacha junto a Zach, con voz baja y firme.

—Zach, necesito que te recompongas. Hazel nos necesita. ¿Puedes hacerlo?

Zach asiente nerviosamente, respirando profundo mientras mira a Noah. Sus ojos están desorbitados y desenfocados, y no creo que reconozca quiénes somos o dónde está.

Noah se pone de pie, su expresión sombría mientras la llamada se corta de nuevo. Vuelve a marcar metódicamente, sin enojarse ni frustrarse. Solo siguiendo el proceso. —¿Sabes si iba a pie o en coche? —pregunta, aunque es evidente que no espera que lo sepa.

No lo sé.

—Vino por detrás. ¿Cómo? ¿De qué dirección? No lo sé.

Asiente y marca de nuevo. El incesante tono de llamada por el altavoz está llevando a Zach a un frenesí aún mayor. Se balancea hacia adelante y hacia atrás, con las manos apretadas sobre las orejas, murmurando incoherentemente.

—Zach —digo con dureza, agachándome frente a él a pesar del dolor en mi costado—. Zach, mírame.

Sus ojos desorbitados se encuentran con los míos, desenfocados y en pánico.

—Te necesitamos —digo con firmeza—. Hazel te necesita. Sé que estás asustado por ella; todos lo estamos, pero tenemos que recomponernos. ¿Puedes hacer eso?

Algo en mi tono parece llegarle. Toma una respiración entrecortada, asintiendo lentamente.

—Bien —digo, apretando su hombro. Me vuelvo hacia Noah, que sigue intentando contactar a Leah—. ¿Algo? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Noah niega con la cabeza, la frustración finalmente rompiendo su fachada de calma. —Nada. Simplemente sigue sonando sin respuesta.

Maldigo en voz baja, pasándome una mano por el pelo. —Necesitamos hacer algo. No podemos quedarnos aquí sentados mientras ese psicópata tiene a Hazel.

—Intenta desde tu teléfono. Tal vez a ti te conteste.

Asiento y saco mi teléfono del bolsillo. Noah me dicta el número mientras marco, el tono de llamada me irrita casi tanto como está afectando a Zach.

—¿H-hola? —la voz débil de Leah se filtra por el teléfono.

Intercambio una mirada con Noah y me alejo. —Leah, soy Carter Richmond. ¿Me recuerdas?

—Sí, claro —dice en voz baja.

—Bien. Leah, sé que esto es difícil para ti, pero sabemos que conoces quién es ese mago enmascarado que estuvo en tu fiesta... ¡no cuelgues! Por favor, Leah, tiene a Hazel. Se la llevó hace unos minutos.

—¿Q-qué? —balbucea—. ¿Qué? No-no-no-no.

—¿Quién es, Leah? Realmente necesitamos saberlo para poder encontrar a Hazel antes de que la lastime de nuevo.

—De nuevo...

—Sí, de nuevo. Él la lastimó ese día en tu fiesta. ¿Recuerdas cuando ella se escondía en el armario?

—Lo recuerdo. Estaba asustada.

—Lo estaba. Pero el mago la lastimó, Leah. No podemos permitir que eso vuelva a suceder. Si sabes algo, *cualquier cosa*, por favor dinos.

—N-no puedo. Me hará daño.

Intercambio otra mirada con Noah. —Le hará daño a Hazel si no lo ha hecho ya, Leah. La tiene.

—Prueben en la Escuela Vieja en Westmoor —susurra tan bajito que apenas la escucho, y luego cuelga.

—Vamos —le digo a Noah, quien me da un asentimiento firme y levanta a Zach. Westmoor está a más de una hora en coche. No sabemos cuánta ventaja tiene este cabrón. No pude haber estado inconsciente más de media hora, pero para ser honesto, no lo sé.

—Necesitamos suministros —dice Noah—. ¿Siguen esas cosas abajo?

Asiento sombríamente. Por *cosas*, se refiere a las herramientas eléctricas.

Metiendo a un destrozado Zach en el coche en el que él y Noah llegaron, me deslizo en el asiento del conductor, gruñendo cuando la herida de puñalada se inflama de dolor. Pero lo ignoro. Inhalo una vez y exhalo lentamente, enterrando cada pedazo de emoción y sentimiento en una caja para lidiar con ellos después de que le haya arrancado cada centímetro de piel a ese hijo de puta.

HAZEL

ME PALPITA LA CABEZA Y NO PUEDO VER NADA. MIENTRAS RECUPERO LENTAMENTE LA conciencia, el pánico se apodera de mí al darme cuenta de que no puedo ver ni moverme. Tengo las muñecas y los tobillos fuertemente atados, la áspera cuerda se clava en mi piel. Intento incorporarme, pero mi cabeza, codos y rodillas chocan contra algo duro.

Parpadeo rápidamente, pero solo hay oscuridad. Respiro hondo, tratando de calmar mi creciente sensación de pánico, la certeza de que estoy metida y atada en un armario me invade con una escalofriante certidumbre. Mi respiración se vuelve entrecortada y agitada mientras la claustrofobia me oprime la garganta.

—¡Ayuda! —intento gritar, pero solo sale un gemido ahogado.

Los recuerdos vuelven en destellos inconexos. Los ruidos. El mago enmascarado. Carter sangrando en el suelo. Un dolor agudo en mi brazo. Luego oscuridad.

Agudizo el oído, intentando captar cualquier sonido más allá de mi estrecha prisión. Nada. Solo un silencio opresivo.

¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Dónde estoy? ¿Está Carter bien? Las preguntas se agolpan en mi mente, cada una más aterradora que la anterior. Me esfuerzo contra mis ataduras, pero están demasiado apretadas. El dolor atraviesa mi brazo donde el hombre me cortó antes.

Las lágrimas de frustración y terror se acumulan en mis ojos. Esto no puede estar pasando. Tiene que ser otra alucinación, una pesadilla vívida. Pero el dolor y las cuerdas se sienten demasiado reales.

Una puerta cruje en algún lugar sobre mí. Pasos pesados descienden por lo que deben ser escaleras. Mi corazón late tan fuerte que siento que podría salirse de mi pecho.

—¿Estás despierta, Hazel?

La voz del mago enmascarado ha adquirido un tono más suave y suena más familiar, pero no logro ubicarla. Me estrujo el cerebro, tratando de pensar de dónde la conozco, pero me quedo en blanco en medio de mi pánico.

—¿Hazel? ¿Estás despierta? No quería lastimarte, pero no me dejaste otra opción.

Cierro los ojos y sacudo la cabeza. *No dejes que te manipule. Esto no es tu culpa, Haze. Vamos, chica. ¡Piensa! ¡Piensa!*

Permanezco en silencio, esperando que piense que aún estoy inconsciente. Los pasos se acercan, deteniéndose justo fuera de mi prisión.

—Sé que estás despierta, Hazel —dice, endureciendo su tono—. No hagas esto más difícil de lo necesario.

La puerta de mi estrecho espacio se abre de repente, dejando entrar una luz tenue.

Sus manos ásperas me agarran, arrastrándome hacia fuera. Grito cuando mi brazo herido se

raspa contra el suelo.

—Ahí estás —dice, con su rostro enmascarado cerniéndose sobre mí—. ¿Me extrañaste, niña?

Lo miro fijamente, temblando. Ahora que puedo verlo claramente, hay algo dolorosamente familiar en sus ojos, en la forma de su mandíbula debajo del maquillaje.

—¿Quién eres? —susurro—. ¿Por qué estás haciendo esto?

Inclina la cabeza, estudiándome.

—Realmente no recuerdas, ¿verdad? Me duele, Hazel. Después de todo lo que significamos el uno para el otro.

Mi mente corre, tratando de ubicarlo. Hay algo en su voz, en sus gestos...

—Vamos a ponerte más cómoda —dice, levantándose—. Luego podremos tener un reencuentro apropiado.

Me lleva a una cama estrecha, empujándome hacia ella. Mientras asegura mis ataduras por encima de mi cabeza, observo mis alrededores. Lúgubre, frío, húmedo y subterráneo. Eso es todo lo que puedo distinguir. Se inclina hacia adelante y, con unas tijeras grandes, comienza a cortar mi vestido en pedazos pequeños, tomándose su tiempo, disfrutando cada segundo. Me encojo ante su toque, pero él se acerca más, su respiración pesada y excitada. Me estremezco y las lágrimas se escapan de mis ojos.

—Por favor, déjame ir —suplico, aunque sé que es completamente inútil.

—No, Hazel. Te he extrañado, y sé que tú me has extrañado a mí. Fui tu primero. ¿Cómo puedes olvidar eso?

Me atraganto con la bilis que sube por mi garganta. Mi primero. Tenía cinco años. Los recuerdos que he pasado años reprimiendo vuelven de golpe con detalles vívidos y horribles. El dolor, el miedo. La sangre. Tanta sangre.

—Por favor —suplico—. Por favor, no hagas esto.

Me ignora y continúa cortando mi vestido, trozo a trozo. Cuando mis bragas son visibles, gime suavemente y corta los lados antes de quitármelas.

Sollozo, apretando mis piernas. Él las separa a la fuerza e inhala profundamente, pero no me toca allí.

Vuelve a cortar, ahora con menos cuidado. Me hace pequeños cortes en la piel con su descuido por quitarme el vestido. Una vez que desaparece por completo, presiona las tijeras debajo del centro de mi sujetador y lo corta. El sonido de la tela al rasgarse resuena en el aire, y mis pechos quedan libres. Estoy completamente desnuda. Gimo y lloriqueo cuando se frota a través de sus pantalones. Luego se baja la cremallera y saca su miembro. Aparto la mirada con asco y miedo, pero él agarra mi barbilla con la otra mano.

—Mírame, Hazel. Mira cuánto te deseo.

Se masturba lentamente al principio, pero luego comienza a tirarse de sí mismo bruscamente, jadeando.

Cierro los ojos con fuerza, incapaz de soportar la visión de él dándose placer. Pero agarra mi cara con más fuerza, sus uñas clavándose en mi piel.

—Dije que me mires —gruñe, su lado alfa saliendo a la superficie.

Como omega, no puedo desobedecerlo. Está en mi biología hacer lo que él quiere. Esta es la parte de mí que odio, de la que quería escapar, de la que he intentado tanto independizarme de estos instintos más básicos.

Pero es imposible.

A regañadientes, abro los ojos. Sus ojos están desenfrenados de lujuria mientras se acaricia

más rápido. Me siento enferma del estómago.

—Así es, niña —jadea—. Un pequeño calentamiento para que me recuerdes primero.

Otro sollozo se me escapa.

—Por favor, para. Por favor, no hagas esto.

Pero está demasiado lejos, perdido en su propia fantasía retorcida. Con un gemido gutural, llega al clímax, salpicando mis pechos desnudos con su lubricación. Tengo arcadas, mi estómago se revuelve al sentirlo deslizarse sobre mis pezones. Me quedo allí, paralizada, mientras él acaricia mi cuello, rozando sus dientes sobre mi yugular.

—Te he extrañado tanto, Hazel —murmura—. Vamos a divertirnos mucho juntos.

El terror me invade al pensar que esto es solo el comienzo. ¿Qué más tiene planeado para mí? ¿Cuánto tiempo me mantendrá aquí?

Como si leyera mis pensamientos, se ríe oscuramente. —Siempre fuiste mi niña favorita, Haze. Solo desearía que hubiéramos tenido más tiempo juntos antes de que tuviera que irme.

¿Irse?

Se me seca la boca. Lentamente, se quita la máscara del rostro, revelando lo que ya sé. El mago enmascarado es David Johnson.

El padre de Leah.

ZACH

EL COCHE DA UNA SACUDIDA VIOLENTA CUANDO CARTER TOMA UNA CURVA CERRADA, sacándome de mis pensamientos en espiral. Parpadeo, intentando concentrarme en el momento presente. ¿Cuánto tiempo llevamos conduciendo? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que se llevaron a Hazel? ¿Estará bien? ¿Y si está herida? ¿O algo peor?

Dejo escapar un gemido bajo de agonía por nuestra impotencia. ¿Cómo pudimos dejar que esto pasara?

Pero sé por qué. Fuimos demasiado arrogantes al pensar que éramos los únicos que podíamos cuidar de Hazel. No nos detuvimos a pensar que alguien más iba tras ella y que no se detendrían ante nada para atraparla.

—Carter, reduce la velocidad —advierte Noah desde el asiento del copiloto—. No le serviremos de nada a Hazel si nos estrellamos.

Carter gruñe en respuesta, pero levanta ligeramente el pie del acelerador. Sus nudillos están blancos sobre el volante y tiene la mandíbula apretada. La fría rabia que se ha apoderado de él es vital para que saquemos a Hazel de esto con vida. Yo soy inútil. Completa y absolutamente inútil. No puedo hablar, apenas puedo respirar, mucho menos funcionar como un alfa normal.

Mis emociones amenazan con abrumarme de nuevo. La imagen de Hazel, sola y aterrorizada, sigue apareciendo en mi mente. Cierro los ojos con fuerza, tratando de bloquearla.

—Háblame, Zach —dice Noah, girándose para mirarme en el asiento trasero. Su voz es tranquila, pero puedo ver la tensión en sus ojos—. ¿En qué estás pensando?

Tomo un respiro tembloroso. —N-no puedo dejar de imaginarla. ¿Y si llegamos demasiado tarde? ¿Y si él ya ha...

—Ni lo digas —espeta Carter—. Ni siquiera lo pienses.

Noah le lanza una mirada de advertencia antes de volverse hacia mí. —No podemos pensar así. Tenemos que mantenernos enfocados. Hazel necesita que seamos fuertes ahora mismo.

Asiento, tragando con dificultad. —Tienes razón. Lo siento.

—No te disculpes —dice Noah con esa voz exasperantemente calmada suya—. Puedes hacerlo.

Noah tiene razón. Hazel necesita que sea fuerte y esté concentrado. No puedo dejar que mis miedos me paralicen.

—¿Cuánto falta? —logro preguntar, con la voz ronca.

—Unos veinte minutos —gruñe Carter, presionando más fuerte el acelerador.

Veinte minutos. Veinte minutos más mirando por la ventana el paisaje que pasa. Veinte minutos más sin saber si Hazel está bien. Imaginando todas las cosas horribles que podrían estarle sucediendo.

—Deberíamos tener un plan —dice Noah, rompiendo el tenso silencio—. No podemos simplemente irrumpir allí a ciegas.

—El plan es que voy a despedazar a ese hijo de puta miembro por miembro —gruñe Carter.

Noah suspira. —Por mucho que apruebe ese plan, tenemos que ser inteligentes en esto. Por el bien de Hazel.

La mandíbula de Carter se tensa, pero asiente secamente. —Bien. ¿Qué sugieres?

Mientras Noah esboza una estrategia, intento concentrarme en sus palabras, pero mi mente sigue divagando. Imagino la sonrisa de Hazel, su risa y cómo se le iluminan los ojos cuando está feliz. La idea de no volver a ver eso hace que me duela el pecho.

—¿Zach? ¿Estás con nosotros? —la voz de Noah corta mi neblina mental.

Parpadeo, obligándome a volver a la realidad. —Sí, lo siento. Estoy aquí.

Noah me mira con una creciente frustración que intenta ocultar, antes de continuar. —Como decía, debemos abordar esto con cuidado. No conocemos la distribución del edificio ni cuántas personas podrían estar dentro. Nuestra prioridad es sacar a Hazel sana y salva.

Carter gruñe, y yo asiento distraídamente.

Si ese cabrón le ha hecho daño de alguna manera, me aseguraré de que no viva para ver el amanecer. Ese pensamiento, ese deseo, el saber que haré cualquier cosa para proteger a Hazel de volver a ser herida, agita los peores demonios dentro de mi mente. Estos son los que no ven la luz del día con frecuencia. Estos son los que tengo que mantener enterrados en lo más profundo, o me perderé en ellos y nunca podré volver. La idea de que si llegamos a nuestro destino y Hazel está muerta, tal vez sea mejor dejar que esos demonios tomen el control. Tal vez dolerá menos.

Sostengo la mirada de Noah cuando vuelve a mirarme, y él arquea una ceja. —¿Estás bien?

—Mejor —digo, con un tono muerto, plano, vacío de cualquier cosa humana.

—Bien —dice Noah, con una sonrisa maliciosa curvando sus labios—. Ese es el Zach que necesitamos. Ese es el Zach que Hazel necesita, recuérdalo.

—Ya casi llegamos —anuncia Carter, con la voz tensa por la tensión—. Preparaos.

Mientras nos acercamos a la Vieja Escuela, un edificio abandonado y tapiado que me pone los pelos de punta, Carter reduce la velocidad del coche, deteniéndose a un lado de la carretera. —Iremos a pie desde aquí —dice—. Elemento sorpresa.

Salimos del coche y nos preparamos. Carter abre el maletero y levanta el fondo falso para revelar el arsenal portátil de Noah. Noah coloca el estuche con el taladro inalámbrico en el maletero y lo abre. Saca el taladro y lo prueba. El zumbido corta el silencio. Carter se ajusta una funda alrededor del muslo y mete un cuchillo de caza en ella. No hay armas de fuego, ya que son ilegales en este país, y tratamos de mantenernos lo más bajo posible del radar, ideando formas más imaginativas de eliminar los obstáculos de nuestro camino. Miro las armas, con la mano suspendida sobre un machete de aspecto siniestro. Noah lo nota y asiente levemente en señal de aprobación. Agarro el mango, sintiendo su peso.

Mientras nos acercamos a la entrada tapiada, agudizo el oído en busca de cualquier sonido del interior. Nada. El silencio es inquietante y opresivo. El edificio abandonado se cierne ante nosotros, oscuro y amenazador.

Noah nos hace un gesto para que nos detengamos, inclinando la cabeza para escuchar.

Un escalofrío me recorre. Algo no está bien. No sé cómo explicarlo, pero está *demasiado* silencioso.

Los ojos de Carter se entrecierran mientras examina el edificio. —Algo no cuadra —murmura, haciéndose eco de mis propios pensamientos.

Noah asiente con gravedad.

Nos acercamos con cautela a la entrada tapiada. Carter prueba una de las tablas, encontrándola suelta. Con un gruñido, arranca algunas de ellas, creando una abertura lo suficientemente grande como para que podamos pasar.

El interior está completamente oscuro. Busco a tientas mi teléfono y enciendo la linterna. El haz ilumina un pasillo decrepito, con polvo arremolinándose en el aire.

Nos movemos en silencio por la escuela abandonada, con los sentidos en alerta máxima. Cada roce en el suelo de hormigón desnudo suena demasiado fuerte. *¿Dónde está Hazel? ¿Está siquiera aquí?*

Un sonido débil llama mi atención: un maullido ahogado desde abajo. Mi corazón se acelera. Hazel.

Carter también lo oye. Sus ojos fulguran peligrosamente mientras acelera el paso, dirigiéndose a una puerta al final del pasillo. Se abre para revelar una escalera que desciende hacia la oscuridad.

Los maullidos se hacen más fuertes a medida que bajamos. Mi agarre se tensa en el machete, la ira creciendo dentro de mí. Si ese bastardo le ha hecho daño...

Al pie de la escalera, nos encontramos en un sótano húmedo. El haz de mi linterna recorre la habitación, sin revelar nada.

Un gato salta hacia nosotros, y negaré rotundamente que me haya asustado hasta la médula.

—Mierda —gruñe Noah—. No está aquí. ¡Leah nos mintió!

Carter maldice violentamente, golpeando su puño contra la pared.

—¡Esa zorra! Me las pagará por esto.

Siento la ira creciendo dentro de mí, amenazando con consumirlo todo. Mi visión se nubla mientras lucho por mantener el control. Aprieto el machete con más fuerza y cierro mi mano libre en un puño. Lo estrello contra la pared, deseando que fuera la cara de ese imbécil del mago enmascarado. Una y otra vez, golpeo la pared con el puño, apenas sintiendo el dolor mientras mis nudillos se abren.

—¡Zach, detente! —Noah agarra mi brazo, obligándome a bajarlo—. Esto no está ayudando a Hazel.

Hazel.

Me desplomo contra la pared, respirando pesadamente. Tiene razón, pero la ira me está aplastando. Necesita una salida. Cada segundo que perdemos es otro segundo que Hazel está en peligro.

Carter recorre el pequeño sótano como un animal enjaulado, irradiando furia. Saca su teléfono y empieza a marcar. Suena sin respuesta, y el ruido constante irrita a los demonios. Girando sobre mis talones, corro de vuelta por las escaleras y a través de las aulas de la escuela, irrumpiendo de nuevo al exterior, tragando bocanadas de aire.

Girando en círculo, respirando profundamente, intento aferrarme al dulce aroma de Hazel. Puedo oler la madera podrida, las paredes húmedas, la hierba y las flores silvestres crecidas, pero no hay nada que indique que Hazel o su captor estén aquí. No hay ningún aroma de alfa u omega en ninguna parte excepto el mío, el de Carter y el de Noah. Mis agudos ojos de fotógrafo escanean los alrededores, viendo el letrero decrepito que cuelga suelto de un poste cercano. Me acerco y lo levanto. *Escuela Westmoor para Niños* está escrito en una elegante caligrafía que hace que el estado ruinoso de este edificio sea aún más triste.

Algo está mal. Todo está mal. ¿Por qué mentiría Leah? ¿Por qué nos enviaría en una búsqueda inútil?

A menos que no lo hiciera...

HAZEL

MIRO HORRORIZADA EL ROSTRO DE DAVID JOHNSON, MI MENTE DANDO VUELTAS MIENTRAS LOS recuerdos que había reprimido durante tanto tiempo regresan como una inundación. Su sonrisa cruel, sus manos ásperas, el dolor...

—Ahí está mi chica —murmura, acariciando mi mejilla. Me estremezco ante su contacto—. Sigues siendo tan hermosa, Hazel.

—Por favor —susurro, con la voz quebrada—. Por favor, déjame ir. No se lo diré a nadie, lo juro.

Él se ríe sombríamente. —Oh, Hazel, no vas a ir a ninguna parte. Tenemos mucho tiempo perdido que recuperar.

Mi estómago se revuelve mientras pasa sus manos por mis senos, embadurnando su lubricación en mi piel. Cierro los ojos con fuerza, tratando de bloquear las sensaciones.

—Mírame —gruñe, agarrando mi barbilla.

A regañadientes, abro los ojos. No tengo más remedio que obedecerle.

Su mirada es hambrienta, posesiva. —Eso está mejor. Quiero ver esos ojos bonitos cuando reclame lo que es mío.

—No soy tuya —escupo, una chispa de desafío arde a pesar de mi terror.

Sus ojos destellan peligrosamente. —Siempre has sido mía, Hazel. Desde el momento en que te toqué por primera vez, y ahora, voy a recordarte ese hecho.

Mientras sus manos se desplazan más abajo, dejo escapar un sollozo ahogado. Estoy completamente sola sin nadie que me ayude. Tal vez sea más fácil rendirse y no luchar. Luché la última vez y dolió mucho. Tal vez esta vez, si finjo ser dócil, será mejor. Mi mente comienza a cerrarse mientras me convenzo de que esta es la mejor manera. Mis manos están atadas y estoy colgada como un trozo de carne. No puedo luchar contra él, incluso si quisiera.

Pero entonces se aleja de mí con una pequeña sonrisa mientras me evalúa. Extiende la mano y lentamente pasa el dorso de su dedo por mi vello púbico. Me estremezco, pero él retira la mano rápidamente, una expresión de disgusto aparece en su rostro.

—Tendremos que limpiarte —declara fríamente.

Frunzo el ceño por un segundo hasta que su significado me golpea en el estómago como una asquerosa y espeluznante bola de demolición. Le doy una patada, incapaz de contener la respuesta visceral a su intención, pero él agarra mi tobillo y lo aprieta dolorosamente, retorciéndolo hasta que grito.

—Niña mala —sisea.

Deja caer mi pierna pesadamente y se inclina sobre mí para agarrar las cuerdas que están enganchadas en un gancho sobre mi cabeza. Mis brazos duelen cuando caen, pero él es rápido

para agarrar la cuerda y levantarme antes de empujarme hacia abajo sobre mis manos y rodillas. Caigo torpemente, mis muñecas se tuercen dolorosamente. Empieza a caminar por la habitación y mis manos son arrancadas de debajo de mí. Gimo y empiezo a gatear para evitar ser arrastrada desnuda por el frío suelo de piedra. Mis rodillas están magulladas y sangrando cuando llegamos al armario, y grito.

—¡Por favor, no! ¡No puedo volver ahí dentro!

Su sonrisa siniestra es escalofriante. Me levanta, me empuja dentro del pequeño armario y cierra la puerta de golpe. Oigo el clic de un candado y mi corazón casi estalla de miedo.

La oscuridad del armario me envuelve, presionando por todos lados. Lucho por respirar, mi pecho se agita con jadeos de pánico.

—Por favor —susurro—. Por favor, déjame salir.

La voz amortiguada de David llega a través de la puerta. —Volveré pronto, Hazel. Sé una buena chica y quédate callada.

Oigo sus pasos alejándose, luego silencio. Las lágrimas corren por mi rostro mientras me acurruco, tratando de hacer mi cuerpo lo más pequeño posible en el espacio reducido. Mi piel se eriza donde me tocó, donde su lubricación aún se pega a mis senos.

El tiempo pierde todo significado en la oscuridad opresiva. ¿Han pasado minutos? ¿Horas? Voy y vengo, los recuerdos se mezclan con la realidad. A veces, tengo cinco años otra vez, acurrucada de miedo. Otras veces, estoy de vuelta con Carter, Noah y Zach en la playa, riendo y disfrutando de la vida. Estoy en mi librería, feliz y contenta.

Pero siempre, vuelvo a esta pesadilla.

Eventualmente, oigo pasos acercándose de nuevo. El candado hace clic cuando se abre la puerta. Parpadeo ante el repentino brillo de la antorcha que brilla directamente en mi cara, mis ojos luchando por enfocar.

—Ahí está mi buena chica —canturrea una voz, pero no es David—. ¿Me extrañaste?

—¿Ayden? —pregunto con el ceño fruncido, incapaz de ver nada.

Agarra mi brazo, sacándome del armario. Mis piernas están débiles y temblorosas, y tropiezo mientras Ayden me arrastra fuera del armario después de estar acalambrada durante tanto tiempo. Mantiene un agarre doloroso en mi brazo mientras me lleva al otro lado de la habitación.

—¡Por favor, ayúdame! —digo desesperadamente, mi voz ronca mientras los puntos negros frente a mis ojos comienzan a desaparecer ahora que no está apuntando la luz a mi cara—. ¡Ayúdame a salir de aquí!

Los labios de Ayden se curvan en una sonrisa cruel. —Oh, Hazel, no estoy aquí para ayudarte.

Mi estómago se hunde cuando el horror de la situación me golpea. Ayden no está aquí para salvarme; es parte de este juego enfermo y retorcido.

Ayden me empuja sobre la estrecha cama, atando rápidamente mis muñecas por encima de mí otra vez. Gruñe bajo en su garganta, exigiendo sumisión de mí. Lucho débilmente, pero es inútil. Ata mis tobillos al final de los delgados postes metálicos de la cama, dejándome extendida sobre el estrecho colchón.

—El tío David volverá pronto —dice Ayden, pasando una mano posesiva por mi pantorrilla—. Voy a limpiarte primero para él.

Me estremezco ante la conexión familiar. —Por favor —susurro—. No tienes que hacer esto. Déjame ir.

Los ojos de Ayden se endurecen mientras saca un kit de afeitado de una pequeña caja cercana. Gimo e intento cerrar las piernas, pero las cuerdas me mantienen firmemente abierta.

—Vamos, vamos —me regaña Ayden, pasando una mano por mi muslo interior—. Sé una buena omega para mí, Hazel. Esto será mucho más fácil si no lo combates.

Las lágrimas corren por mi rostro mientras enjabona crema de afeitar sobre mi entrepierna. La espuma fría me hace estremecer.

—Por favor, no hagas esto —suplico una última vez, aunque sé que es inútil.

Ayden ignora mis súplicas, arrastrando metódicamente la navaja sobre mi piel sensible. Me muerdo el labio para no gritar mientras trabaja, no queriendo darle la satisfacción. Cuando termina, me limpia con una toallita. Escuece, y las lágrimas se escapan de mis ojos.

—Ahí vamos —murmura, pasando sus dedos por mi monte ahora desnudo—. Suave y lisa, justo como le gusta al tío David.

Giro la cara, la vergüenza y el asco me invaden. Ayden agarra mi barbilla, obligándome a mirarlo.

—Vas a ser una buena omega para nosotros, ¿verdad, Hazel? —gruñe—. Quiero mi turno contigo después de que él termine, y no quiero que me resistas. Entrega esa omega a los alfas que pueden cuidarte, Hazel. Déjanos probar esa dulce lubricación y anudarte para que puedas criar un hijo con nosotros.

Mis ojos se agrandan, y muero por dentro ya que el significado detrás de eso es demasiado para mí como para formarlo en un pensamiento completo. —Nunca —susurro—. Nunca tendrán eso de mí.

El agarre de Ayden en mi barbilla se aprieta dolorosamente. —No tienes elección, pequeña omega. Nos perteneces ahora, y harás lo que digamos cuando lo digamos. Tu vida ya no es tuya. Vivirás solo para servirnos. Hablarás solo cuando requiramos una respuesta de ti. Mantendrás tus ojos bajos y las piernas abiertas para que podamos devastar ese dulce coño desnudo tuyo cuando y donde queramos, incluso si es en medio del parque a plena luz del día con todos mirando. Sabrán que eres nuestra, y ningún otro alfa te tocará jamás. Tu vida nos pertenece ahora, Hazel.

Miro a Ayden horrorizada mientras sus palabras se hunden en mí. El peso total de mi situación cae sobre mí. Estoy atrapada aquí con estos monstruos, impotente para detener lo que tienen planeado.

—No —susurro, sacudiendo la cabeza—. No, no les dejaré hacer esto. ¡No soy su propiedad!

Los ojos de Ayden brillan peligrosamente. —No tienes elección, pequeña omega. Luchar solo lo hará peor para ti.

Su mano recorre mi cuerpo, sus dedos rozando mi coño. Me estremezco de repulsión, tensándome contra mis ataduras.

—Qué niña tan bonita —murmura—. No puedo esperar para tener mi turno contigo.

Se oyen pasos acercándose y David aparece en la puerta, con una sonrisa depredadora en su rostro. —Bien hecho, Ayden. Se ve perfecta.

Ayden retrocede, permitiendo que David se acerque a la cama. Sus ojos recorren hambrientamente mi cuerpo expuesto.

—Por favor —gimoteo, una última súplica desesperada—. Por favor, no hagan esto.

David me ignora, deslizando su mano por mi muslo. —He esperado tanto tiempo para tenerte de nuevo, Hazel. Mi dulce pequeña omega.

Mientras David y Ayden retroceden, tomándose su tiempo para desvestirse, cierro los ojos con fuerza y me refugio en mí misma. No hay escapatoria del horror de mi realidad, pero puedo intentar bloquearlo tanto como sea posible.

NOAH

LA FRUSTRACIÓN Y LA IRA HIERVEN DENTRO DE MÍ. HEMOS DESPERDICIAO UN TIEMPO PRECIOSO viniendo aquí, y Hazel sigue ahí fuera en algún lugar, sufriendo Dios sabe qué. Carter y yo salimos del edificio, buscando a Zach.

El rostro de Carter es una máscara de rabia apenas controlada. —Nada —escupe—. Ni un maldito rastro de ella.

Asiento con gravedad, procesando, tratando de pensar racionalmente cuando todo el infierno se está desatando en mi alma. —Necesitamos reagruparnos y planear nuestro próximo movimiento.

Zach se acerca a nosotros, con su teléfono en una mano y tres máscaras negras en la otra. Las miro con curiosidad, pero no las comento aún. —Chicos, creo que he descubierto algo. El letrero dice Escuela Westmoor para *Chicos*.

Frunzo el ceño, sin entender. —¿Y?

—Pues Leah dijo que probáramos en la Antigua Casa Escuela en Westmoor. Me hizo pensar. ¿Por qué el imbécil del mago traería a Hazel a la escuela para chicos? Así que busqué... había una Escuela Westmoor para *Chicas* más adelante en el camino, por la parte de atrás. Es menos conocida porque era muy pequeña y cerró solo unos años después de abrir.

—¿Estás seguro? —pregunto con firmeza.

Asiente y levanta su teléfono. —Mira.

Echo un vistazo a la página que tiene abierta que, efectivamente, indica que hubo una Escuela Westmoor para Chicas. —Maldita sea —gruño y me dirijo hacia donde Zach había indicado vagamente que estaba el camino para la otra escuela.

Carter maldice violentamente, golpeando su puño contra la pared de ladrillos desmoronada. —¡Hemos perdido tanto tiempo!

Miro por encima de mi hombro. —Y ahora estás perdiendo más. Vámonos. Iremos a pie. ¿Zach? ¿Es por aquí?

Zach trota para ponerse a mi lado. —Sí, según la información que encontré.

Partimos a paso ligero, la urgencia de la situación nos impulsa. El camino serpentea a través de campos cubiertos de maleza, y el pavimento está agrietado y desgastado. Escaneo constantemente nuestro entorno, buscando cualquier señal de la antigua escuela de chicas.

Mantenemos un ritmo rápido, nuestros pasos resuenan contra el camino desgastado.

—Debería haber una bifurcación en el camino más adelante —dice Zach, consultando su teléfono—. Tomamos el camino de la derecha.

El camino se estrecha a medida que nos adentramos más en la naturaleza. Las ramas de los setos descuidados arañan nuestros brazos.

—Cuidado dónde pisan —adviento mientras sorteamos un arbusto particularmente espinoso.

—El antiguo camino de acceso debería estar justo adelante —murmura Zach, con la voz tensa por la tensión—. Rodea el edificio principal por detrás.

El sendero se inclina hacia arriba, ahora no es más que un estrecho camino de tierra que nos obliga a ir en fila india. —¿Estás jodidamente seguro de esto? —gruño, cada vez más irritado.

—Sí —dice Zach con firmeza. No hay rastro de pánico o miedo en su voz. Su olor es estable y sus ojos están fríos y calculadores. Mientras se mantenga así, todos saldremos vivos de esto, pero lo más importante, Hazel estará a salvo.

Carter se detiene para agacharse y recoger algo del pasto alto al lado del sendero. El crepúsculo se acerca, y el sol se está poniendo en el cielo, dificultando ver lo que está haciendo.

—¿Qué es? —espeto.

Él sonríe y hace girar un viejo tubo de metal.

—Solo me estoy armando un poco más.

Le devuelvo la sonrisa y vuelvo a enfocarme hacia adelante.

Un pájaro cruza rápidamente nuestro camino, el único otro signo de vida aquí en el campo salvaje. El momento pasa rápido, pero sirve como un recordatorio de lo tensos que estamos todos. Adelante, a través del enredo de vegetación exuberante, se ve una forma oscura. El edificio en ruinas se alza frente a nosotros, una construcción pequeña y simple, en profundo contraste con su hermano más grande, que refleja la falta de igualdad de hace un siglo cuando se trataba de niñas y niños. Este está en tal estado de deterioro que ni siquiera ha sido tapiado contra ocupas o animales. Sus ventanas rotas son como ojos huecos que nos miran fijamente. Mi ritmo cardíaco se acelera, pero lo calmo al instante. Este tiene que ser.

—Allí —digo en voz baja, señalando a los demás.

—Aquí —dice Zach, entregándonos una máscara a cada uno.

—¿Por qué tanto secreto? —pregunto, pero me la pongo de todos modos, al igual que Carter.

Me lanza una mirada directa que incluso me atrevería a decir que es inexpresiva antes de ponerse la máscara.

—¿Por qué no?

Entrecierro los ojos y me encojo de hombros. ¿Por qué no, en efecto? Supongo que nos vemos un poco más rudos. Asustar un poco a este cabrón antes de aplastarle el cráneo y cortarle el pene. Quizás eso debería ser al revés...

Nos acercamos con cautela, manteniéndonos agachados y usando la vegetación exuberante como cobertura. A medida que nos acercamos al edificio, capto un débil aroma en la brisa. Se me hiela la sangre.

—Hazel —gruño suavemente—. Está aquí. Está asustada.

Los ojos de Carter destellan peligrosamente.

—Yo también la huelo, y a otro alfa.

Zach entrecierra los ojos.

—Dos aromas alfa distintos. Dos alfas.

Intercambiamos miradas sombrías, la realidad de lo que Hazel podría estar soportando nos golpea con fuerza.

El gruñido de alfa primario de Carter nos afecta tanto a Zach como a mí. Sentimos su rabia, su miedo, su sangre palpitando por sus venas a través del vínculo de manada. La mordida en mi muñeca palpita, pero la ignoro. No podemos dejar que nada nos distraiga ahora.

—Voy a destrozarles las malditas caras —gruñe, con los dientes al descubierto en un gesto feroz.

—De acuerdo —dice Zach, con voz fría y letal—. Sin piedad.

Asiento lentamente. Por mucho que quiera ser la voz de la razón, me consume una neblina roja de furia y rabia. Mis dedos se aprietan alrededor del taladro, la adrenalina corriendo por mis venas.

—A la mierda la piedad —gruño—. Vamos a buscar a nuestra omega.

Nos acercamos sigilosamente al edificio abandonado, manteniéndonos en las sombras proyectadas por el sol poniente. El suelo cruje con escombros bajo nuestros pies, pero ya no nos importa. Esta será una lucha a muerte, y no puedo esperar para empezar.

Nos detenemos frente a la entrada principal, y Carter derriba de una patada la puerta ya podrida que colgaba de su última bisagra. Esta sale volando por el aire y golpea el suelo áspero con un fuerte estruendo. El hedor a putrefacción y humedad nos golpea al entrar en el oscuro interior.

El dulce aroma a jazmín de Hazel es más intenso ahora, y sé con certeza que esta vez tenemos el lugar correcto. Zach enciende la linterna de su teléfono y la mueve alrededor. Hay una puerta al fondo de esta única y gran aula antigua, y nos dirigimos hacia ella, listos para recuperar lo que es y siempre ha sido nuestro.

HAZEL

ME OBLIGO A MANTENER LOS OJOS CERRADOS. NO QUIERO PRESENCIAR NADA DE LO QUE LE suceda a mi cuerpo a partir de este momento. Eso es todo lo que es. Mi cuerpo. Mi mente y mi alma han abandonado el edificio, y todo lo que queda es este pedazo de carne, atado e involuntario.

De repente, un fuerte estruendo resuena por el edificio, haciéndome saltar.

David y Ayden se quedan paralizados.

—¿Qué demonios fue eso? —sisea Ayden.

—Ve a revisar —ordena David a Ayden.

Mientras Ayden se pone apresuradamente los pantalones y sale de la habitación, una pequeña chispa de esperanza se enciende en mi pecho. ¿Podría ser Carter que viene a rescatarme? No, no puedo permitirme tener esperanzas. Solo hará que la decepción sea más aplastante cuando resulte no ser nada.

David agarra mi rostro con brusquedad. —Ni un sonido —gruñe—. O te cortaré tu linda gargantita. —Me suelta y se viste apresuradamente, y solo puedo agradecer a Dios que sea lo que sea ha retrasado esto, aunque sea solo por unos minutos.

Se escucha un grito desde arriba, un forcejeo, y luego Ayden cae estrepitosamente por las escaleras, aterrizando en un doloroso montón en el suelo.

Gimo mientras el golpeteo de pasos pesados desciende las escaleras, uno a uno lentamente.

Un horrible sonido de raspado me pone los pelos de punta. Aparece un alfa con una máscara negra que parece tener luces moradas atravesándola. Es enorme en el pequeño espacio de la escalera; su camisa está abierta, rasgada en algunos lugares y empapada de sangre. En su mano lleva un tubo de metal que arrastra por la pared hasta llegar al pie de las escaleras. Lo hace girar en su mano. Puedo ver sangre brillando en el extremo. ¿De Ayden?

Trago saliva. *¿Quién es este? ¿También está aquí para hacerme daño?*

Ahogo un sollozo mientras el hombre enmascarado examina esta habitación subterránea y luego su mirada se posa en mí. El aroma a madera de cedro golpea mis sentidos con tanta fuerza que me ahogo. La rabia es tan profunda, tan candente, que trago saliva. Mi estómago se revuelve, y luego grito cuando David presiona el frío acero de su cuchillo contra mi garganta y lo clava, haciéndome sangrar. *¿Carter?*

—Atrás, o ella muere —gruñe.

Me encojo, aterrorizada y atada a la cama, mientras huelo mi propia sangre y la siento gotear por mi cuello. —¿Carter...?

Mi murmullo se corta cuando David clava el cuchillo aún más fuerte. Está gruñendo profundamente en su garganta, tratando de forzar a Carter a inclinarse ante él, a someterse. Es

poderoso, pero Carter no dejará que lo domine.
¿O sí?

CARTER

LA VISIÓN DE HAZEL, ATADA Y DESNUDA EN ESA CAMA INMUNDA, CON EL CUCHILLO DE ESE bastardo en su garganta, desata en mí una furia primaria como nunca antes había sentido. Cada músculo de mi cuerpo se tensa, listo para destrozar a este monstruo.

Pero me obligo a permanecer quieto detrás de la máscara negra, con mis ojos fijos en la mirada aterrorizada de Hazel. Un movimiento en falso podría significar su muerte. No puedo arriesgarme. Este alfa está intentando forzarme a someterme, y aunque me pilló por sorpresa antes, no hay ni una jodida posibilidad de que tenga una segunda oportunidad conmigo.

Está muerto.

—Suéltala —gruño, cada palabra destilando amenaza.

Me repugna saber que el mago enmascarado es el padre de Leah, David, pero reconozco esa cara arrogante que siempre odié cuando era niño. Él solo se ríe, presionando el cuchillo con más fuerza contra la delicada piel de Hazel. Una fina línea de sangre corre por su cuello, y tengo que contenerme físicamente para no lanzarme sobre él.

Ayden se agita desde donde cayó, y bajo el extremo del tubo hacia su pecho. Presionando con fuerza, gruño:

—Quédate quieto.

—No estás en posición de hacer exigencias —se burla David—. Un paso más y le rebanaré el cuello de oreja a oreja.

Mi agarre se aprieta en el tubo de metal, los nudillos blancos por la rabia apenas contenida.

—Si la vuelves a tocar, haré que desees una muerte rápida.

Los ojos de David se entrecierran.

—Grandes palabras de alguien que no puede hacer una mierda ahora mismo.

Tiene razón, y ambos lo sabemos. Mientras tenga ese cuchillo en la garganta de Hazel, estoy indefenso.

Pero ha olvidado un detalle crucial: no estoy solo.

Aunque Noah y Zach no mostrarán sus cartas todavía. Queremos a David contra las cuerdas. Y solo hay una forma de lograrlo. Me estoy arriesgando todo basándome en el conocimiento de que no acechó a Hazel todos estos años para luego secuestrarla y matarla ahora. La quiere viva.

Eso espero.

Levantando el tubo, lo dejo caer rápida y brutalmente sobre el pecho de Ayden.

El satisfactorio crujido de las costillas de Ayden quebrándose bajo la fuerza de mi golpe resuena por la habitación. Deja escapar un grito agonizante, la sangre burbujeando en sus labios mientras lucha por respirar.

Los ojos de David se entrecierran de furia, pero no se mueve. Quien sea que este imbécil sea

para él, le importa una mierda si lo mato.

Eso significa que tengo una opción.

Una opción que debo tomar para salvar a Hazel.

Me abalanzo hacia adelante, balanceando el tubo hacia la cabeza de David con toda mi fuerza. Él esquivo en el último segundo, el metal silbando junto a su oreja. El cuchillo resbala, cortando ligeramente el cuello de Hazel mientras él retrocede tambaleándose.

—¡Bastardo! —ruge David, abandonando a Hazel para cargar contra mí.

Pero eso es lo que necesitaba. Necesitaba que se alejara de Hazel.

Chocamos en un enredo de puños y furia. Su primer golpe me alcanza bajo la barbilla, echando mi cabeza hacia atrás. Pruebo la sangre, pero no siento el dolor. Todo lo que siento es rabia.

Clavo mi rodilla en su estómago, siguiendo con un codazo en la cara cuando se dobla. La sangre brota de su nariz rota.

Me embiste, estrellándome contra la pared. El impacto me deja sin aliento, pero logro levantar la tubería, golpeándolo en la sien. Se tambalea, aturdido.

Aprovecho al máximo su desorientación mientras Zach y Noah se deslizan en la habitación para neutralizar a Ayden y liberar a Hazel de sus ataduras. La tubería conecta con un golpe seco en la cara de David. Una, dos, tres veces. No me detengo. La sangre salpica las paredes, el suelo y a mí, pero no me importa.

David se desploma, apenas consciente. Me paro sobre él con una mirada de puro asco.

—Eres un enfermo de mierda, y morirás en este sótano, solo y olvidado.

Doy un paso atrás mientras Noah avanza, con el taladro zumbando. No muestra piedad mientras Zach desata sus demonios sobre Ayden.

Observo con mirada dura cómo Noah toma el taladro y lo presiona contra el pene de David. Presiona lentamente, y los gritos de David llenan el aire. El olor de su sangre llega a mis sentidos, y hago una mueca detrás de la máscara, deseándole todo el dolor posible.

Apartando los ojos de Noah, veo a Zach. Está despedazando a Ayden en trozos diminutos con el machete, el golpe húmedo y los gritos llenan el aire.

No siento nada.

Metiendo la tubería en la parte trasera de mis pantalones, me vuelvo hacia Hazel, mi corazón se encoge al verla. Está encogida sobre sí misma en la cama, temblando violentamente. Sus ojos grandes y aterrorizados se mueven entre mí y la carnicería detrás de mí.

—Hazel —digo suavemente, acercándome despacio con las manos levantadas—. Estás a salvo ahora.

Se estremece cuando me acerco, un gemido escapa de sus labios. El sonido me atraviesa como un cuchillo.

—Por favor —susurra, con la voz ronca—. Por favor, no me hagas daño.

—Nunca —prometo ferozmente—. Nunca te haría daño, Hazel. Estoy aquí para llevarte a casa.

Con cuidado me quito la máscara salpicada de sangre, dejando que vea mi rostro. El reconocimiento parpadea en sus ojos, seguido de un torrente de lágrimas.

—¿Carter? —solloza—. ¿Eres realmente tú?

—Soy yo, cariño. Te tengo.

Se lanza a mis brazos, aferrándose a mí desesperadamente. La abrazo fuerte, enterrando mi cara en su pelo mientras ella solloza contra mi pecho.

—Shh, está bien —murmuro, acariciando suavemente su espalda—. Estás a salvo ahora. Te

tengo.

La levanto en brazos, acunándola, buscando algo con qué cubrirla, pero no hay nada. Desaparezco escaleras arriba, dejando a Zach y Noah para que terminen esto de la manera más dolorosa posible, pero Hazel no necesita ver nada más.

Está casi oscuro cuando salimos del viejo edificio escolar. Hay un coche aparcado, visible en la luz menguante. Es un sedán azul oscuro. Básico, ordinario. Lo miro de cerca, sosteniendo a Hazel con más fuerza. La precaución recorre mi cuerpo.

La puerta del coche se abre y Leah sale. Se ve frágil, demasiado delgada, con el pelo sucio y ropa vieja y holgada. Su rostro pálido está decidido mientras se acerca a nosotros.

—No te acerques más —le advierto, retrocediendo con Hazel aún en mis brazos.

Leah no se detiene. Avanza a un ritmo lento y constante, y entonces veo el arma en su mano. Es pequeña, pero parece grande en su diminuta mano. —¿Todavía está vivo? —pregunta mientras pasa junto a mí hacia el interior de la escuela.

—No por mucho tiempo.

Me agacho contra la pared, asegurándome de que Hazel esté cómoda mientras me quito la camisa. Es todo lo que tengo. La cubro con ella, y ahoga un sollozo, aferrándose a la prenda y enterrando su rostro en el cuello. Esto hace que mi pene se ponga inapropiadamente duro.

El sonido del disparo resuena, haciendo que Hazel se sobresalte. Pero yo la tengo.

ZACH

ME ENCUENTRO DE PIE SOBRE EL CUERPO MUTILADO DE AYDEN, CON EL PECHO AGITADO Y LOS brazos doloridos por el esfuerzo. El machete se desliza de mis dedos cubiertos de sangre, chocando contra el suelo. La neblina roja de rabia se disipa de mi visión mientras contemplo la carnicería a mi alrededor.

Noah sigue trabajando en David, el taladro zumba mientras destruye metódicamente al monstruo que lastimó a Hazel. Los gritos agónicos de David se han convertido en débiles gemidos. Bien. No merece una muerte rápida.

Una pequeña figura aparece al pie de las escaleras como un fantasma.

Leah.

Su rostro es una máscara de determinación sombría mientras se acerca a la forma destrozada de David. Noah levanta la mirada con gravedad y luego observa el arma en su mano.

—¿Puedes hacerlo? —pregunta en voz baja.

Ella no responde. Se agacha, mirando a los ojos llenos de dolor de su padre. —Arruinaste tantas vidas —dice suavemente—. Incluyendo la mía.

David intenta hablar, pero solo logra un gorgoteo húmedo. Leah levanta el arma, presionándola contra el centro de su frente.

—Adiós, papá —susurra.

El disparo es ensordecedor en el pequeño espacio. El cuerpo de David se vuelve inerte, sus ojos vacíos. Ha terminado.

Leah se pone de pie, su mano temblando ligeramente mientras baja el arma. —¿Está hecho? —pregunta, con voz hueca.

Noah comprueba el pulso y asiente.

—Está hecho —digo en voz baja.

Ella toma una respiración temblorosa, sus ojos recorriendo la carnicería en la habitación. Su mirada se posa en el cadáver mutilado de Ayden, y se estremece.

—Era mi primo —dice suavemente—. No lo supe hasta hace poco. Estaba investigando la muerte de los padres de Hazel.

Esta información, que es algo que ya sospechábamos, es aleatoria en un momento como este.

Pero cuando me mira, sus ojos llenos de precaución, tal vez no sea tan aleatoria. Ella sabe. O cree saber que fuimos nosotros quienes nos deshicimos de los padres de Hazel.

—Saquémosla de aquí —dice Noah, con la voz tensa por la tensión.

Subimos las escaleras, dejando atrás la escena macabra para ocuparnos de ella una vez que Leah esté fuera del camino y Hazel esté a salvo. El aire fresco de la noche es un alivio después de la atmósfera opresiva del sótano. Carter está agachado contra la pared, acunando a Hazel

protectoramente. Está envuelta en su camisa, con el rostro enterrado en su pecho.

—¿Ha terminado? —pregunta Carter, sus ojos duros mientras mira a Leah.

Asiento una vez.

Carter se levanta lentamente, manteniendo a Hazel cerca. —Necesitamos poner a Hazel a salvo y luego ocuparnos de esto.

—No —gime Hazel, aferrándose más fuerte a Carter—. Por favor, no me dejes.

—Está bien, cariño —la calma Carter—. No te dejaré.

Ella asiente débilmente contra su pecho, hundiéndose en su abrazo. Ni siquiera nos ha mirado a mí o a Noah. ¿Sabe siquiera que somos nosotros? ¿Ya lo ha descubierto? Quiero quitarme la máscara y mostrarle que estamos aquí por ella, pero Noah agarra mi brazo y niega con la cabeza.

A regañadientes, me contengo. Quiero que sepa que nosotros también la salvamos, pero tal vez sea demasiada información para asimilar de una vez. Hazel está temblando violentamente, probablemente entrando en estado de shock.

—Leah, ¿puedes llevarnos de vuelta al pueblo de Hazel? Está a una hora de aquí.

Leah asiente sombríamente pero no dice nada. Simplemente se aleja, dejando a Carter levantarse con Hazel aún en sus brazos.

—¿Pueden ustedes dos resolver esta mierda? —pregunta, casi desesperadamente.

Noah asiente, sin hablar todavía, por si Hazel reconoce su voz.

Los vemos alejarse en el coche y luego Noah se vuelve hacia mí. —Tenemos que empezar a cavar.

—¿Con qué? —pregunto, mirando alrededor.

—Hay un par de palas pequeñas en el coche. ¿Quieres ir a buscarlas mientras yo encuentro un lugar para enterrarlos?

—De acuerdo —digo aturdidamente y me pongo en marcha, incapaz de procesar todo lo que ha sucedido en la última hora.

El camino de vuelta a nuestro coche se siente interminable. La adrenalina se está desvaneciendo, dejándome confundido e incapaz de distinguir la realidad de la ficción.

¿Rescatamos a Hazel? ¿Matamos a los tipos malos?

Cuando llego al coche, agarro las pequeñas palas plegables del maletero. Mis manos aún están pegajosas con sangre seca. Debería sentirme asqueado, pero no lo estoy. Todo lo que siento es una sombría satisfacción de que esos monstruos nunca más podrán lastimar a Hazel, ni a nadie más.

Me dirijo de vuelta a la escuela abandonada, con las palas en una mano y la linterna de mi teléfono mostrándome el camino. Noah me está esperando en el borde de la propiedad cubierta de maleza.

—Encontré un lugar —dice en voz baja—. Sígueme.

Caminamos a través de la hierba alta y las malas hierbas hasta un área apartada detrás del edificio en ruinas. Noah ya ha comenzado a despejar parte de la vegetación.

Sin decir una palabra, empezamos a cavar dos tumbas. El trabajo es agotador, más difícil aún por la luz menguante. Pero seguimos adelante, impulsados por la necesidad de borrar todas las huellas de lo que sucedió aquí.

Mientras cavamos, mi mente divaga hacia Hazel. El terror en sus ojos cuando la encontramos... ¿se recuperará alguna vez de esto? ¿Volverá a sentirse segura alguna vez? Hace que lo que le hicimos sea mucho peor, sabiendo que había alguien más acechándola. El sudor se acumula bajo mi máscara. No quiero quitármela todavía. Noah tampoco, por lo que parece. El anonimato que proporciona hace que todo parezca menos real.

—¿Crees que sabe que fuimos nosotros? —le pregunto a Noah de repente, haciendo una pausa para limpiarme el sudor de la frente.

Noah deja de cavar, apoyándose en su pala. —No lo sé —dice con pesadez—. Pero ahora mismo, eso no importa.

Por mucho que duela, tiene razón. No importa.

Trabajamos en silencio, cavando dos tumbas profundas en el campo cubierto de maleza detrás de la escuela abandonada. El trabajo físico ayuda a despejar mi mente, dándome algo en qué concentrarme además de en Hazel.

Cuando terminamos de cavar, Noah y yo intercambiamos una mirada sombría. Es hora de ocuparnos de los cuerpos. Volvemos al húmedo sótano con el hedor de sangre y muerte. Arrastramos el cuerpo mutilado de David por las escaleras y a través del campo para arrojarlo sin ceremonias en una de las tumbas.

El cuerpo de Ayden es más un desafío, dado lo minuciosamente que lo desmembré en mi rabia. Ni siquiera recuerdo realmente haberlo hecho. Tenemos que hacer varios viajes, recogiendo los pedazos en nuestros brazos. Cuando terminamos, estoy cubierto de sudor y vísceras, pero aun así no siento nada.

Mientras paleamos tierra sobre las tumbas, borrando cualquier rastro de los monstruos que lastimaron a Hazel, Noah finalmente rompe el silencio.

—Tenemos que decidir qué le vamos a decir —dice en voz baja.

Hago una pausa, apoyándome en mi pala. —¿Sobre qué exactamente?

—Todo.

Suspiro profundamente.

—No sé si puede manejar la verdad en este momento. Ya ha pasado por tanto.

Noah asiente con seriedad.

—Puede que no tengamos opción. Si se entera después, todo habrá terminado.

Ignorándolo, vuelvo al trabajo, arrojando tierra sobre las partes del cuerpo de Ayden. No quiero pensar en ello. No quiero pensar en nada.

HAZEL

EL COCHE SE SACUDE POR EL CAMINO RURAL LLENO DE BACHES, CADA MOVIMIENTO ENVÍA oleadas de dolor a través de mi cuerpo maltratado. Me aferro a Carter, enterrando mi rostro contra su pecho, tratando de bloquear el mundo exterior. Sus fuertes brazos me rodean protectoramente, su calor penetrando en mi piel helada.

—Ahora estás a salvo —murmura, sus labios rozando mi cabello—. Te tengo, Hazel.

Quiero creerle. Deseo desesperadamente sentirme segura de nuevo. Pero los horrores que he sufrido se repiten en mi mente en un bucle interminable. El dolor, el miedo, la impotencia...

Se me escapa un sollozo y Carter me abraza con más fuerza. —Shh, está bien. Estás bien.

Pero no estoy bien. No sé si alguna vez volveré a estar bien.

Escucho a Carter murmurar instrucciones a Leah, y luego el coche se detiene lentamente.

Me tenso, el pánico subiendo por mi garganta.

—Hemos llegado —dice Leah en voz baja desde el asiento del conductor.

—Gracias, Leah. Por todo.

Ella no responde.

No puedo obligarme a decir nada. No sé qué decir. Tal vez algún día, cuando pueda formar un pensamiento, me pondré en contacto con ella, pero ahora mismo es imposible.

Carter se mueve, preparándose para salir del coche conmigo aún en sus brazos. Me aferro a él con más fuerza, aterrorizada de perder el contacto con la única persona que me hace sentir remotamente segura.

—Te tengo —me asegura de nuevo—. No te voy a soltar.

Mientras me lleva dentro de su casa, mantengo los ojos fuertemente cerrados. Quería ir a casa, pero supongo que se dio cuenta de que tendría que derribar la puerta para entrar.

—Sé que esta casa no te hará sentir muy segura ahora mismo —dice mientras me lleva escaleras arriba—. Pero te prometo, Hazel, que nadie volverá a hacerte daño jamás.

Asiento distraídamente, mi mente volviendo a los otros dos alfas. Noah y Zach. ¿Por qué no dijeron nada? ¿Por qué están aquí también? Tiene que ser por el pacto. Mi estómago se revuelve y me retuerzo en los brazos de Carter cuando me lleva al baño. Me zafo de sus brazos y llego al inodoro a tiempo para vomitar. Él me arrulla y me sostiene el pelo mientras vomito. Las lágrimas me queman la nariz y la bilis me escuece la garganta, pero no puedo parar. Incluso cuando ya no queda nada, solo quiero purgar mi alma en el inodoro.

Carter me sostiene suavemente mientras tengo arcadas secas sobre el inodoro, sus manos reconfortantes en mi espalda. Cuando finalmente pasa la náusea, me desplomo contra él, completamente agotada.

—Voy a prepararte un baño, ¿de acuerdo? —dice suavemente—. No tienes que meterte si no

quieres. Pero podría ayudarte a sentirte mejor.

Asiento débilmente, incapaz de formar palabras. El sonido del agua corriente llena el pequeño baño mientras Carter se ocupa de preparar la bañera.

—¿Quieres que te ayude o prefieres estar sola? —pregunta Carter, agachándose a mi lado.

Abro la boca para responder, pero no sale ningún sonido. Las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos. Me siento tan rota, tan indefensa.

La expresión de Carter se suaviza. —Está bien, cariño. No tienes que decidir ahora mismo. Saldré y te daré algo de privacidad. Si me necesitas, solo llámame. Estaré justo afuera de la puerta.

Cuando se dispone a irse, el pánico me invade. Extiendo la mano y lo agarro del brazo. —Quédate —logro decir con voz ronca—. Por favor.

Él asiente. —Por supuesto. Lo que necesites.

Me ayuda a ponerme de pie y abre los grifos del lavabo para que pueda enjuagarme la boca.

Las manos gentiles de Carter me ayudan a quitarme su camisa, con cuidado de no tocarme más de lo necesario, y me ayuda a entrar en el agua caliente.

Siseo cuando el agua escuece mis cortes y rasguños, pero el calor pronto alivia mis músculos doloridos. Carter se arrodilla junto a la bañera, manteniendo una distancia respetuosa.

—¿Está bien la temperatura? —pregunta suavemente.

Asiento, cerrando los ojos y hundiéndome más en el agua. Lo ignoro y me sumerjo completamente. Es como un bautismo. El agua caliente empapando mi piel, mi cabello, mis huesos, mi alma.

Unas manos fuertes me agarran de los brazos y me sacan. Abro los ojos, farfullando. —¡Hazel!

—Estoy bien —digo, apartándolo suavemente—. De verdad, estoy bien. No estaba intentando ahogarme.

Él asiente con cautela, aunque no parece convencido.

—¿Puedes hacerme una taza de té? —le pido, solo para que se vaya. Aprecio toda su ayuda, pero su presencia constante me está volviendo loca.

Carter duda, claramente reacio a dejarme sola. —¿Estás segura?

Asiento, forzando una pequeña sonrisa. —Estoy bien, de verdad. Necesito unos minutos a solas.

Él escudriña mi rostro y luego asiente lentamente. —De acuerdo. Estaré abajo si necesitas algo. Solo llámame.

Cuando se va, cerrando la puerta suavemente tras de sí, dejo escapar un suspiro tembloroso. El silencio del baño es un alivio después del caos de las últimas horas. Me hundo más en la bañera, dejando que el agua tibia me envuelva.

Mi mente divaga, fragmentos de recuerdos destellan en mi cabeza. La sonrisa cruel de David. Las manos de Ayden sobre mi piel. El terror de estar atrapada en ese armario oscuro.

Me estremezco, sumergiendo mi cabeza bajo el agua de nuevo para alejar esos pensamientos. Cuando resurjo, jadeando, el agua se ha enfriado y ya no es reconfortante.

A regañadientes, salgo de la bañera, envolviéndome en una toalla grande y esponjosa. Mi reflejo en el espejo capta mi atención y me detengo, mirándome realmente por primera vez.

Los moretones manchan mi piel en tonos púrpura y amarillo. Cortes y rasguños marcan mis brazos y piernas. Mi cuello muestra una línea roja y enojada donde el cuchillo de David presionó contra mi garganta. Por suerte, no fue tan profunda, o no estaría aquí de pie ahora mismo.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos mientras observo mi apariencia maltratada. ¿Alguna

vez me sentiré completa de nuevo? ¿Alguna vez podré mirarme sin ver las marcas de lo que me hicieron?

Un suave golpe en la puerta me sobresalta y me saca de mis pensamientos en espiral.

—¿Hazel? —La voz de Carter viene a través de la puerta—. Te he hecho un té. ¿Puedo entrar?

Dudo, mirando mi cuerpo envuelto en una toalla. Una parte de mí quiere esconderse, avergonzada de las marcas que cubren mi piel. Pero otra parte anhela consuelo y conexión.

—Está bien —digo suavemente.

Carter entra lentamente, su pecho ahora cubierto por una camiseta negra, con una taza humeante en sus manos. Sus ojos me recorren, tomando nota de mi apariencia maltratada. Dolor e ira cruzan su rostro antes de que luche por adoptar una expresión más suave. Su aroma me envuelve, y siento un profundo ronroneo formándose en mi garganta.

Me ahogo con él, agarrando el té y dando un sorbo abrasador.

—¡Cuidado, está caliente!

—¡Gah! —balbuceo, escupiéndolo de vuelta en el lavabo.

Carter se ríe de mí. —Apuesto a que desearías tener mi boca ahora mismo.

Me río a pesar de todo, y se siente bien. Envolviendo mis manos alrededor de la cálida cerámica, el aroma familiar de la manzanilla se eleva, calmando ligeramente mis nervios crispados.

—Gracias —murmuro.

Carter asiente, revoloteando incómodamente. —¿Necesitas algo más?

—Solo mi pijama y la cama.

—De acuerdo —dice en voz baja—. Ven.

Me lleva a su dormitorio donde mi ropa aún está metida en la maleta. El oso de la cámara está sentado en la almohada. Noto que Carter le lanza una mirada de reojo y escondo mi sonrisa detrás de la taza.

Carter levanta la maleta sobre la cama y la abre. Hurga y encuentra mi pijama, sacándola y colocándola sobre la cama. Me acerco y extendiendo la mano para tocar el enorme moretón en su sien antes de bajarla para rozar su costado, donde vi la herida de puñalada.

Él se queda inmóvil.

—¿Estás bien?

Los ojos de Carter se suavizan mientras me mira. —Estoy bien, Hazel. No te preocupes por mí.

Frunzo el ceño, bajando la mano. —Pero estás herido. Por mi culpa.

—No, no por tu culpa. Nunca por tu culpa. Esto es por culpa de esos monstruos que intentaron hacerte daño. Recibiría mil golpes más si eso significara mantenerte a salvo.

Su intensidad me sobresalta, y aprieto el puño, sintiéndome de repente expuesta solo con mi toalla. Carter parece sentir mi incomodidad y da un paso atrás.

—Te dejaré vestirme —dice suavemente—. ¿Quieres que espere afuera?

Dudo, dividida entre querer privacidad y no querer estar sola. —¿Podrías... podrías simplemente darte la vuelta?

Asiente, volviéndose hacia la pared. Dejo mi té y rápidamente me quito la toalla. Al ponerme el pijama, hago una mueca cuando la suave tela roza mis diversos cortes y moretones.

—Listo —digo en voz baja cuando termino.

Carter se vuelve, sus ojos recorriéndome como si buscara nuevas heridas. —¿Tienes hambre? Podría prepararte algo de comer.

La idea de la comida hace que mi estómago se revuelva. Niego con la cabeza. —No, solo quiero dormir.

Asiente comprensivamente. —Por supuesto.

Se dispone a marcharse, y el pánico se enciende en mi pecho. —Espera —suelto, mi mano extendiéndose hacia él instintivamente—. ¿Podrías... podrías quedarte? Solo hasta que me duerma.

La expresión de Carter se suaviza. —Por supuesto, Hazel. Lo que necesites.

Me subo a la cama, tirando de las sábanas hasta la barbilla. Carter se acomoda en el suelo, apoyándose contra la cama, lo suficientemente cerca como para que pueda sentir su presencia, pero no tanto como para hacerme sentir incómoda.

—Gracias —susurro—. Por todo. Por salvarme.

Carter mira por la ventana pero no dice nada por un momento. —Siempre vendré por ti, Hazel. Siempre.

Sus palabras deberían reconfortarme, pero en cambio, despiertan emociones contradictorias. ¿Por qué está realmente aquí? ¿Qué quiere de mí?

El agotamiento me arrastra rápidamente, trayendo alivio y olvido.

NOAH

ZACH Y YO VOLVEMOS ARRASTRANDO LOS PIES AL COCHE, AGOTADOS Y CUBIERTOS DE TIERRA, sudor y sangre. La sombría tarea de enterrar los cuerpos pesa sobre ambos. Arrojando las palas de vuelta al fondo falso del maletero, lo cierro de golpe y subimos al coche. Me quito la máscara, por fin pudiendo respirar libremente.

—No podemos volver al hotel con este aspecto —comento—. Y tampoco podemos presentarnos en casa de Carter. Tendremos que limpiarnos en algún río.

—Sí —murmura Zach, mirando por la ventana, aún con la máscara puesta.

Creo que le gusta estar detrás de ella.

Conducimos en silencio durante un rato, y finalmente, diviso una zona apartada cerca de un pequeño arroyo y me detengo.

—Esto tendrá que servir —digo, apagando el motor.

Zach asiente en silencio y salimos del coche. La luna proporciona apenas suficiente luz para que podamos ver mientras nos desnudamos y nos metemos en el agua fría. Zach finalmente se quita la máscara, su rostro sombrío y atormentado en la tenue luz. Nos fregamos para limpiarnos en silencio, mientras la gravedad de lo que hemos hecho se asienta sobre nosotros.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Zach en voz baja mientras salimos del agua, tiritando.

Suspiro, pasándome una mano por el pelo mojado. —Volvemos al hotel, nos aseamos bien y luego pensamos nuestro próximo movimiento.

—¿Y Hazel?

—Le damos tiempo —digo con firmeza mientras doy la vuelta a mi ropa. No es lo ideal, pero tendrá que servir para ocultar las manchas—. Ha pasado por un infierno. Lo último que necesita es que la bombardeemos con nuestra presencia y explicaciones ahora mismo.

Zach asiente, pero puedo ver el dolor en sus ojos. Quiere ir con ella, consolarla, tanto como yo. Pero ambos sabemos que eso no es lo mejor para Hazel en este momento.

Vestidos de nuevo con nuestra ropa del revés, sintiéndonos incómodos como la mierda, conduzco de vuelta al hotel. Cuando llegamos, nos quedamos sentados un momento, contemplando nuestra entrada.

—Mejor lo hacemos sin más —dice Zach finalmente.

—De acuerdo.

Salimos del coche y entramos casualmente. Nadie se fija particularmente en nosotros, incluso con nuestro pelo mojado del río y la ropa del revés. Por suerte, el ascensor está vacío mientras subimos, y minutos después, estamos de vuelta en nuestras habitaciones, suspirando de alivio.

Bueno, sé que yo lo hago.

No siendo ajeno a la muerte y la violencia, con los años, solo se ha vuelto más fácil. Pero

siempre hemos trabajado en las sombras. Esta fue una entrada demasiado evidente para mi gusto. Me desnudo y meto la ropa en una bolsa de basura que saco de mi bolsa de viaje. Luego me meto en la ducha.

Justo cuando estoy terminando, suena mi teléfono. Esperando que sea Carter para darnos noticias sobre Hazel, salgo de un salto de la ducha y agarro una toalla, envolviéndola alrededor de mi cintura antes de coger el teléfono.

Frunciendo el ceño, reconozco el número, pero no es Carter.

—¿Qué pasa?

—No fuisteis vosotros.

—¿En serio?

—Hmm.

—Interesante...

—Fue una coincidencia, te lo concedo, pero *sí* fue un sobrecalentamiento del motor, como afirmaron en su momento, no el C4.

—¿Estás seguro?

—Al cien por cien.

—Gracias —Cuelgo y me pongo a reflexionar sobre ello.

Curiosamente, siento como si me hubieran quitado un peso de encima. Uno que ni siquiera sabía que estaba ahí.

No matamos a los padres de Hazel.

Claro, teníamos la intención de hacerlo; era nuestro objetivo, pero parece que el destino intervino e hizo el trabajo por nosotros antes de que pudiéramos terminar.

Me quedo ahí un momento, dejando que las implicaciones de esta nueva información calen. *No matamos a los padres de Hazel*. Fue realmente solo un trágico accidente. Una parte de mí se siente aliviada, pero otra parte se siente... decepcionada. ¿Estafada? Sacudo la cabeza, apartando esos pensamientos. Esto cambia las cosas, pero aún no estoy seguro de cómo.

Un golpe en la puerta interrumpe mis reflexiones. —¿Noah? —llama Zach en voz baja.

Abro la puerta y lo dejo entrar, cerrándola rápidamente tras él. Me pongo rápidamente algo de ropa limpia antes de hablar. —Acabo de recibir nueva información. Es importante.

Zach, con el pelo aún húmedo de la ducha, arquea una ceja ante mi expresión. —¿Qué está pasando?

—Resulta que no matamos a los padres de Hazel. Fue solo un accidente, como afirmaron.

Los ojos de Zach se entrecierran. —¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—He tenido a alguien investigándolo desde hace tiempo. Algo nunca me cuadró sobre ello. El momento, la forma en que nadie siquiera consideró investigar si se había cometido un crimen. ¿Por qué? ¿Por qué no lo hicieron si volamos el barco? Porque no lo hicimos. El motor se sobrecalentó, probablemente minutos antes de que el temporizador estuviera programado para detonar y hacer explotar el barco. Cualquier evidencia se fue con él o se hundió en el fondo del Canal de la Mancha.

Zach procesa la información. Su temperamento ha sido muy diferente al resto del día, durante el cual ha oscilado de la euforia a la depresión y de vuelta. Ahora parece estable.

—Entonces, ¿qué significa esto para nosotros? —pregunta finalmente—. ¿Para Hazel?

—No lo sé. Por un lado, no somos responsables de la muerte de sus padres, así que no tenemos que confesar eso. Pero por otro lado...

—Aun así la acosamos —concluye Zach con gravedad—. La asustamos, alteramos su medicación, fuimos con ella durante su celo sin que lo supiera... ¡Joder! No somos mejores que

esos dos cabrones. Merecemos estar muertos y enterrados.

—No —digo con calma mientras él empieza a descontrolarse de nuevo—. Nuestras motivaciones son diferentes. La amamos. Sí, la estábamos castigando por dejarnos, pero ya hemos terminado con eso.

—¿De verdad?

—De verdad —afirmo con firmeza—. Ahora se trata de compensarla por todo y esperar que aún recuerde que la salvamos.

—No es mucho en lo que depositar todas nuestras esperanzas.

—Lo sé.

—Mi padre abusó de mí —suelta de repente, y me quedo petrificado.

Ni siquiera respiro, no queriendo interrumpir sea lo que sea que está a punto de salir de su boca.

Zach toma aire temblorosamente, con la mirada perdida en un punto de la pared. —Nunca le he contado esto a nadie.

Asiento lentamente, animándole a continuar sin presionarle.

—Empezó cuando era joven. Demasiado joven —dice Zach, con la voz apenas por encima de un susurro—. Venía a mi habitación por las noches. Me decía que era nuestro pequeño secreto. —Sus manos se cierran en puños—. Estaba tan asustado y confundido. No entendía lo que estaba pasando.

Mi pecho se contrae con una mezcla de rabia y dolor por mi compañero de manada. Quiero decir algo reconfortante, pero me quedo quieto, dejando que lo saque todo.

—Continuó durante años —prosigue Zach—. Hasta que fui lo suficientemente grande para defenderme, y entonces paró, y nunca volvió a ocurrir. —Toma aire entrecortadamente—. Ya era demasiado tarde.

—Zach, lo siento mucho —digo suavemente—. No tenía ni idea.

Niega con la cabeza. —Nadie la tenía. Nunca quise que nadie lo supiera. Me avergonzaba. Sentía que de alguna manera era mi culpa.

—No lo era —digo con firmeza—. Nada de eso fue tu culpa.

La revelación de Zach flota pesadamente en el aire entre nosotros. Sé que nada de lo que diga puede borrar el trauma que ha sufrido, y no creo que quiera oír palabras vacías. No creo que quiera oír nada. Quería hablar, no escuchar. Pero hay una cosa que quiero preguntarle.

—¿Es por eso que reaccionaste tan fuertemente a lo que le pasó a Hazel?

Zach asiente lentamente. —Verla así, sabiendo lo que esos monstruos le hicieron... me lo trajo todo de vuelta. Todo el miedo, la impotencia, la rabia. No pude salvarme a mí mismo en aquel entonces, pero podía asegurarme de que ese cabrón nunca volviera a ponerle una mano encima.

—La salvaste, Zach. Todos lo hicimos.

Me mira, con los ojos atormentados. —¿Pero lo hicimos de verdad? Puede que no hayamos matado a sus padres, pero aun así la herimos. La asustamos. ¿En qué somos mejores que ellos?

Suspiro profundamente. —No somos perfectos, Zach. Hemos cometido errores. Pero nuestras intenciones nunca fueron lastimar realmente a Hazel. La amamos.

—¿La amamos? —pregunta Zach en voz baja—. ¿O simplemente estamos obsesionados con ella?

Su pregunta me golpea como un puñetazo en el estómago. Nunca me he permitido examinar demasiado de cerca nuestros sentimientos por Hazel. Amor, obsesión, posesión... ¿dónde termina uno y comienza el otro?

—No lo sé —admito finalmente—. Pero sí sé que queremos lo mejor para ella. Incluso si eso significa dejarla ir —termino en voz baja.

La cabeza de Zach se levanta de golpe, con los ojos muy abiertos. —¿Qué? No, no podemos simplemente dejarla ir. No después de todo.

Levanto una mano. —No estoy diciendo que lo haremos. Pero necesitamos estar preparados para la posibilidad de que eso sea lo mejor para Hazel. Después de lo que ha pasado, puede que no quiera tener nada que ver con nosotros, o con ningún alfa, nunca más.

—No puedo perderla, Noah. No otra vez.

—Lo sé —digo suavemente—. Yo tampoco quiero perderla. Pero esta vez tenemos que poner sus necesidades primero.

Nos sentamos en silencio por un largo momento, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Finalmente, Zach habla. —Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Suspiro. —Esperamos. Le damos tiempo para procesar y sanar. Y cuando esté lista, estaremos ahí. Para explicar, para disculparnos, para hacer lo que sea que necesite que hagamos.

Zach asiente lentamente. —¿Y si nunca quiere volver a vernos?

—Entonces respetamos sus deseos —digo con firmeza, aunque las palabras desgarran mi corazón—. No importa cuánto nos duela, esto no se trata de nosotros. Ya no.

Zach parece querer discutir, pero simplemente asiente de nuevo. Ambos sabemos que es lo correcto, aunque sea lo último que queramos hacer.

CARTER

AL PULSAR *COMPRAR AHORA* EN LA PANTALLA DEL TELÉFONO, ME RECUESTO CON UNA SONRISA. Sigo sentado en el suelo junto a la cama de Hazel, escuchando su respiración constante mientras duerme. Mi cuerpo duele por la pelea, y mi herida de puñalada palpita y ha empezado a sangrar de nuevo, pero ignoro el dolor. Lo único que importa es que Hazel está a salvo, y me quiere aquí. Bueno, dijo que me quedara con ella hasta que se durmiera, pero no quise irme una vez que estuve aquí.

Mientras la noche se convierte en amanecer, repaso mentalmente los acontecimientos del día. El forcejeo con el hombre enmascarado afuera, ser apuñalado y noqueado, el terror de darme cuenta de que se habían llevado a Hazel. La búsqueda desesperada. La brutal pelea para recuperarla. Todo sucedió bastante rápido, considerando las circunstancias, pero para Hazel, probablemente se sintió como años. ¿Qué le hicieron mientras estuvo con ellos? La encontramos desnuda y atada a una maldita cama.

Un suave gemido desde la cama me saca de mi nueva oleada de rabia que me hace desear poder matar a esos cabrones una y otra vez. Hazel se agita inquieta, atrapada en las garras de una pesadilla. Me levanto sobre mis rodillas, dudando. ¿Debería despertarla? ¿Tocarla? No estoy seguro de lo que necesita.

—No... por favor... basta —murmura, su voz cargada de miedo.

No puedo soportar oírla sufrir.

—Hazel —la llamo suavemente—. Está bien. Estás a salvo.

Sus ojos se abren de golpe, salvajes de pánico. Por un momento, parece no reconocermme.

—Soy Carter. Estás a salvo.

El reconocimiento aparece, y deja escapar un sollozo ahogado. Sin pensarlo, la rodeo con mis brazos. Se aferra a mí, temblando.

—Te tengo —murmuro en su pelo, acariciando su espalda para calmarla—. Estás a salvo ahora. No dejaré que nadie te haga daño.

Hazel se acurruca más cerca, sus lágrimas humedecen mi camisa. La sostengo con fuerza, murmurando suaves palabras de consuelo mientras llora. Gradualmente, sus sollozos se convierten en silenciosos hipidos.

—Lo siento —susurra, su voz ronca.

—No tienes nada de que disculparte —digo firmemente.

Se aparta ligeramente, frotándose los ojos.

—He dejado tu camisa toda mojada.

Me río suavemente.

—Ya está ensangrentada, así que creo que sobrevivirá a unas cuantas lágrimas.

Hazel me da una sonrisa acuosa, luego hace una mueca al cambiar de posición.

—Me duele todo —admite en voz baja.

—Te traeré algunos analgésicos —digo, empezando a levantarme.

Su mano sale disparada, agarrando mi brazo.

—No te vayas —suplica, con miedo brillando en sus ojos.

—De acuerdo —la tranquilizo, volviendo a sentarme—. No me voy a ninguna parte.

Nos sentamos en silencio por un rato, la respiración de Hazel lentamente se va normalizando. Puedo notar que está luchando por mantenerse despierta, temerosa de volver a dormirse y enfrentarse a más pesadillas.

—¿Quieres hablar? —pregunto suavemente.

Ella niega con la cabeza, luego duda. —Está bien. Cuéntame algo. Lo que sea.

Asiento, pensando por un momento. —¿Recuerdas aquella vez cuando teníamos diez años y nos colamos en el huerto del viejo señor Peterson para robar manzanas? —pregunto, con una sonrisa cariñosa tirando de mis labios.

Los ojos de Hazel se suavizan ligeramente ante el recuerdo. —¿Cómo podría olvidarlo? Te quedaste atrapado en ese árbol y tuve que convencerte para que bajaras.

Río suavemente. —Es cierto. Estaba tan asustado, pero tú me mantuviste calmado. Siempre has sido la valiente.

Ella niega con la cabeza. —No me siento muy valiente ahora mismo.

—Lo eres —insisto suavemente—. Sobreviviste a algo terrible. Eso requiere una fuerza y un coraje increíbles.

Hazel se queda callada por un momento, sus dedos trazando distraídamente patrones en mi brazo. —Sigo viendo sus caras —susurra—. Cada vez que cierro los ojos...

Mis brazos la estrechan instintivamente. —Ya no pueden hacerte daño. Se han ido.

Ella asiente lentamente. —Mi cabeza lo sabe, pero aún tengo miedo. Me acosaban. Me estuvieron observando todo este tiempo. Fui a tomar el té con Ayden. Parecía tan amable. Me defendió contra Rob...

Hago una mueca al recordar a Rob y luego suspiro mentalmente. Esto es un desastre. No se suponía que fuera así. Hazel debía ser nuestra y nada de esto debería haber pasado nunca. —¿Por qué nos dejaste? ¿De verdad?

La pregunta la toma por sorpresa, y evita mi mirada, mirando hacia abajo mientras juega con la manta. Su dulce aroma se intensifica, mostrándome que tiene miedo de decírmelo.

—No tienes que tener miedo, Hazel. Solo quiero saber si hicimos algo mal.

Su mirada se dirige a la mía. —¿Qué? No. Dios, no. Nunca se trató de eso. Sentía que no era lo suficientemente buena para ustedes. Todos tenían estos grandes y brillantes futuros por delante, y ahí estaba yo, una huérfana un poco paranoica y no lo suficientemente buena como para que se asociaran conmigo. Sus padres me odiaban...

—No, no te odiaban...

—Sí, lo hacían —me interrumpe como yo lo hice con ella—. Los escuché hablando de mí un día, de lo común que era y de cómo solo los arrastraría hacia abajo. Me dolió en ese momento, pero cuando lo pensé, supe que tenían razón. Tenía esta oportunidad de venir aquí, de empezar de nuevo, y que todos ustedes me olvidaran y vivieran sus mejores vidas. El pacto que hicimos fue estúpido. Nunca iba a suceder.

Mi corazón prácticamente ha dejado de latir ante esta confesión. Mis padres tienen mucho que explicar. He matado por menos. ¿Se les perdonará? Bueno, eso jodidamente depende de si pueden admitir que la cagaron y arruinaron mi vida. —Aún hay tiempo. Tu cumpleaños no es

hasta dentro de una semana.

Ella me fulmina con la mirada, con ira y dolor en sus ojos que casi me destrozan. —¡No! Simplemente no lo hagas. —Se da la vuelta y se acurruca, tirando del edredón sobre su cabeza—. Vete ya.

Quiero discutir, pero no quiero que se sienta peor de lo que ya está. Así que, me pongo de pie tambaleándome y, agarrando mi teléfono, digo: —Te traeré esos analgésicos.

—Que te jodan —murmura, y sonrío. Aún está ahí, nuestra feroz y hermosa omega.

Las palabras de Hazel se repiten en mi mente mientras bajo las escaleras para buscar los analgésicos. La revelación sobre el papel de mis padres en su partida me enfurece, pero también me llena de una sensación de alivio. Todavía podemos arreglar esto. No fuimos nosotros. No hicimos nada. Fueron ellos. He estado descontento con mi vida durante mucho tiempo, probablemente más de lo que me doy cuenta, y esto ha sido el empujón final para hacer lo que debería haber hecho hace años. Están muertos para mí. No voy a matarlos, por muy hipócrita que sea de mi parte, simplemente creo que ni siquiera vale la pena. Sin mencionar que todo tiene que parar. Tenemos que ser mejores para Hazel. Ella ha pasado por el infierno, y nosotros hemos sido una gran parte de eso. Todo tiene que parar para que pueda sanar.

Con mi epifanía firmemente en su lugar, preguntándome cómo coño voy a convencer a Zach y Noah, en la cocina, lleno un vaso con agua y tomo algunos analgésicos fuertes del armario. Estoy a punto de subir las escaleras cuando mi teléfono vibra.

Es Noah.

—¿Cómo está ella? —pregunta antes de que pueda decir nada.

—Físicamente recuperándose. Emocionalmente... es complicado. Hay mucho que procesar, no solo sobre esto sino sobre nosotros.

—Sí, bueno, tenemos algunas noticias que discutir.

—¿Buenas o malas? —El temor se apodera de mí.

—No fuimos nosotros quienes volamos el barco. En realidad fue un sobrecalentamiento del motor.

Se me hiela la sangre. —¿Qué?

—Exactamente lo que dije —responde Noah, con un tono sombrío—. He tenido a alguien investigándolo. La explosión del barco realmente fue solo un accidente. El motor se sobrecalentó, justo como afirmaron en ese momento.

—Esto cambia las cosas —digo finalmente.

—¿Lo hace? —pregunta Noah—. Aun así la acosamos, la asustamos, nos metimos en su vida. No somos inocentes aquí, Carter.

Frustrado, espeto: —Lo sé. Pero esto se siente diferente de alguna manera. No le quitamos a sus padres.

—No, solo lo planeamos —la voz de Zach resuena por el teléfono con amargura.

Ambos permanecemos en silencio por un momento, con el peso de nuestras acciones pasadas suspendido pesadamente entre nosotros.

—También tengo noticias. Hazel escuchó a mis padres hablar sobre ella hace años, y eso fue un gran impulso para que nos dejara. Dijeron que no era lo suficientemente buena. Eso reforzó pensamientos que ya tenía porque nosotros, como completos imbéciles, dejamos que nuestras familias dictaran nuestras vidas y nuestros futuros. No más, joder. Ya terminé. Todo esto acaba aquí.

Noah gruñe. —Mierda. Eso explica mucho.

—Sí —conuerdo sombríamente—. Tenemos mucho que compensar.

—¿Entonces, cuál es el plan? —pregunta Zach.

—Por ahora, nos enfocamos en la recuperación de Hazel. Necesita tiempo y espacio para sanar. Estaremos aquí si nos necesita, pero no la presionaremos.

—¿Y después? —insiste Noah.

—Confesaremos —digo con firmeza—. Todo. El acoso, los medicamentos, todo. Ella merece la verdad.

—¿Y si nos odia? —la voz de Zach es suave y vulnerable.

—Entonces respetaremos sus deseos —digo, aunque las palabras desgarran mi alma—. Esto ya no se trata de nosotros. Se trata de lo que es mejor para Hazel.

Hay una larga pausa antes de que Noah hable de nuevo. —Tienes razón. Llegamos a la misma conclusión.

Un silencio melancólico cae sobre nosotros, y cuelgo, necesitando volver con Hazel. Subo de nuevo con los analgésicos y el agua. Hazel todavía está acurrucada bajo las sábanas, pero puedo notar que está despierta.

—Te traje algunos analgésicos —digo suavemente.

Ella emerge lentamente, sus ojos enrojecidos e hinchados pero entrecerrados en mi dirección.

—Te dije que te largaras. —Pero extiende sus manos para recibirlos de todos modos.

Se los paso con cuidado y me quedo cerca hasta que se oye un fuerte golpeteo en la puerta principal que sobresalta a Hazel.

—¿Quién es? —susurra.

—Espera aquí —digo y bajo las escaleras rápidamente.

Cuando abro la puerta principal una rendija, veo a una mujer mayor parada en mi umbral, aferrándose a un bolso que parece contener todo menos el fregadero de la cocina.

Lo miro con recelo mientras ella espeta: —¿Dónde está? Sé que la tienes aquí. No me hagas llamar a la policía.

HAZEL

LENTAMENTE COLOCO EL VASO EN EL SUELO, ME LEVANTO DE LA CAMA Y ME ARRASTRO HACIA LA puerta. *¿Es esa la señora Lewis gritándole a Carter?*

Hago una mueca cuando mi cuerpo protesta por el movimiento, pero sigo adelante, impulsada por la curiosidad y una extraña alegría. Bajo las escaleras lo más silenciosamente que puedo, esforzándome por escuchar la conversación en la puerta principal.

—Le estoy diciendo, joven, que si no me deja ver a Hazel en este instante, ¡tendré a la policía aquí antes de que pueda parpadear! —resuena la voz familiar de la señora Lewis, llena de indignación justiciera.

—Señora, por favor, cálmese —dice Carter, con un tono conciliador pero firme—. Entiendo que esté preocupada, pero Hazel está a salvo aquí. Está durmiendo ahora mismo.

—¡He estado preocupadísima por ella durante días! —brama la señora Lewis—. Y Jerry me dijo esta mañana que los vio entrar aquí con ella ayer por la tarde.

Llego al pie de las escaleras justo cuando Carter empieza a responder.

—Señora Lewis, hola —digo con toda la firmeza que puedo.

Tanto Carter como la señora Lewis se quedan inmóviles, volviéndose para mirarme. La señora Lewis entorna los ojos mientras me inspecciona. Puede ver que estoy viva y aquí por mi propia voluntad, así que frunce los labios.

—¿Está todo bien? —pregunta—. Se suponía que nos íbamos a reunir por lo del trabajo y luego la librería no abrió durante días. Intenté llamar a tu puerta, pero no respondiste. Luego, vi a Jerry paseando a su perro esta mañana y le mencioné mi preocupación. Dijo que este recién llegado te trajo a esta casa ayer por la tarde.

Recién llegado. Me hace sonreír. —Estoy bien, señora Lewis. Tuve un celo inesperadamente temprano y luego Carter, que es un viejo amigo mío de Cornualles, se ha mudado aquí. Pensé en quedarme con él un tiempo para ponernos al día.

—¿Viejo amigo, eh? —pregunta, mirando a Carter con recelo.

Carter se mueve incómodo bajo el escrutinio de la señora Lewis. Puedo ver que está tratando de decidir cómo responder.

—Sí, nos conocemos desde la infancia —intervengo, tratando con todas mis fuerzas de no reírme. Bendita sea esta mujer. Es un tesoro—. Tenemos mucho de qué hablar.

La señora Lewis no parece estar del todo convencida, pero algo de la sospecha desaparece de su expresión. —¿Estás segura de que estás bien?

—Estoy bien. Volveré a la librería mañana. Podemos reunirnos entonces, si le parece bien.

—Eh... —empieza Carter, pero levanto la mano para hacerlo callar.

La señora Lewis asiente y luego vuelve su mirada severa hacia Carter. —Cuídela bien, joven.

Carter asiente solemnemente. —Lo haré, señora. Tiene mi palabra.

La señora Lewis le da una última mirada evaluadora antes de marcharse con un gesto de despedida.

Carter cierra la puerta lentamente. Me mira con una expresión divertida.

—Eso fue aterrador —comenta—. Supongo que Jerry es el viejo alfa duro con el perro diminuto.

Me río por lo bajo.

—¿Lo has visto?

Asiente lentamente y luego frunce el ceño al notar que me tambaleo ligeramente.

—Deberías estar descansando —dice, acercándose a mí.

—Estoy bien —insisto, aunque mis piernas amenazan con ceder.

Carter ignora mi protesta y me toma en sus brazos. Estoy demasiado cansada para resistirme, así que dejo que mi cabeza descansa contra su pecho mientras me lleva de vuelta arriba.

—No tienes que ir a la tienda mañana —dice mientras me acuesta suavemente en la cama—. Necesitas tiempo para recuperarte.

Niego con la cabeza obstinadamente.

—Necesito normalidad. Me tomo el día de hoy, y luego tengo que levantarme por la mañana y sentir que mi vida no está completamente descarrilada.

Carter suspira.

—Hazel, entiendo que quieras volver a la normalidad, pero has pasado por una experiencia traumática. Necesitas tiempo para sanar, tanto física como emocionalmente.

Frunzo el ceño, sintiendo un destello de ira.

—No me digas lo que necesito. No tienes idea de lo que estoy sintiendo ahora mismo.

Su expresión se suaviza.

—Tienes razón, lo siento. Estoy preocupado por ti.

—Lo sé —digo, mi ira desvaneciéndose tan rápido como llegó—. Pero necesito hacer esto. Necesito sentir que tengo algo de control sobre mi vida de nuevo.

Carter asiente lentamente.

—De acuerdo. Pero, ¿al menos me dejarás acompañarte? Solo para asegurarme de que estés bien.

Dudo, dividida entre querer independencia y reconocer que podría necesitar apoyo.

—Está bien —cedo—. Pero te quedas en segundo plano. Es mi tienda y no quiero que interfieras.

Una pequeña sonrisa tira de los labios de Carter.

—Trato hecho.

Nos sentamos en silencio por un momento, el peso de todo lo que ha pasado asentándose sobre nosotros.

—Carter —digo en voz baja—, sé que necesitamos hablar de... todo. Pero no estoy lista todavía.

Él asiente, con los ojos serios.

—Lo sé. No hay prisa, Hazel.

Me muerdo el labio y luego me acomodo en la cama, cerrando los ojos. Si voy a salir de esta cama y fingir que nada ha pasado mañana, necesito descansar lo máximo posible. Mientras el sueño me arrulla en un estado de aturdimiento, capto un aroma a madera de cedro de Carter. Es familiar y reconfortante. Giro la cabeza instintivamente y encuentro que ha puesto una camiseta en la almohada junto a mí. Es una señal de posesión que no me enoja. Si acaso, me hace darme

cuenta de que tal vez luchar contra este pacto es lo incorrecto. Los tres alfas aparecieron por mí ayer y me salvaron de un horror y trauma seguros. Eso tiene que significar algo.

¿No es así?

HAZEL

CUANDO ABRO LOS OJOS MÁS TARDE, EL SOL ESTÁ ALTO, INDICÁNDOME QUE YA ES POR LA TARDE. Mi estómago gruñe y gimo al darme la vuelta, extendiendo la mano hacia el agua que dejé esta mañana cuando llegó la señora Lewis. Mis dedos tocan el vaso y lo agarro, obligándome a sentarme para beberlo rápidamente.

Carter no está en la habitación, pero puedo oírlo moviéndose abajo.

Bueno, espero que sea él. La última vez...

Mis manos tiemblan y miro fijamente el frasco de pastillas ansiolíticas sobre la almohada, junto al osito de peluche. La vista de ellas me provoca náuseas y es como una bofetada en la cara con un paño mojado. No las necesitaba. Todo este tiempo, no las necesitaba. No me estaba volviendo loca. Eran esos dos cabrones jugando conmigo. Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me provocho dolor de cabeza, permitiéndome recordar brevemente lo que les hicieron los chicos antes de empujar el horror de eso bajo la alfombra mental.

Me pregunto dónde están Noah y Zach. ¿Por qué no han venido a verme todavía? Quizás sea bueno que no lo hayan hecho. Necesito tiempo para pensar qué decirles y cómo actuar.

Me obligo a salir de la cama y me arrastro hasta el baño. Me veo en el espejo y hago una mueca. Mi cara está pálida y demacrada, con círculos oscuros bajo los ojos. La fina línea del cuchillo es visible y me pregunto qué habrá pensado la señora Lewis.

Apartándome de mi reflejo, uso el inodoro y luego me lavo las manos y la cara, tratando de sentirme más humana. Me cepillo los dientes y el sabor a menta ayuda a despejar algo de la niebla de mi cerebro.

De vuelta en el dormitorio, rebusco en mi maleta ropa limpia. Me pongo unas mallas suaves y una camiseta holgada.

Respirando profundamente, bajo las escaleras. El olor a comida me golpea al llegar abajo y mi estómago gruñe ruidosamente.

Carter levanta la vista de la estufa cuando entro en la cocina.

—Hola —dice suavemente—. ¿Cómo te sientes?

—Hambrienta.

Asiente.

—Estoy haciendo sopa. Debería estar lista en unos minutos. ¿Quieres té?

—Por favor.

Carter se ocupa, haciendo té y revolviendo la sopa. Me siento y lo observo moverse por la cocina, sintiéndome desorientada. Es extraño verlo en un entorno tan doméstico después de todo lo que ha pasado.

Coloca una taza de té frente a mí y envuelvo mis manos alrededor de ella agradecida,

inhalandos el aroma reconfortante.

—Gracias —murmuro.

Asiente y vuelve a la estufa. Nos sentamos en silencio mientras termina de cocinar, los únicos sonidos son el suave burbujeo de la sopa y el ocasional golpe silencioso de la cuchara de madera contra la olla.

Finalmente, Carter sirve sopa en dos tazones y los trae a la mesa, junto con un poco de pan con mantequilla. El olor hace que se me haga agua la boca.

—Come despacio —me aconseja mientras se sienta frente a mí—. Tu estómago podría estar sensible después de, ya sabes.

Asiento, sin necesidad de rememorar mi purga de anoche, y tomo una cucharada con cautela. El caldo caliente calma mi garganta y se asienta reconfortante en mi estómago. Comemos en silencio por un rato, con el peso de todo lo no dicho flotando entre nosotros.

—Noah y Zach quieren verte —dice Carter eventualmente, con voz cuidadosa—. Cuando estés lista.

Me tenso, mi cuchara congelándose a mitad de camino hacia mi boca. —Oh.

—No tienes que verlos si no estás lista —añade rápidamente—. Entienden si necesitas más tiempo.

Bajo mi cuchara, mirando fijamente mi tazón. —Yo... no sé qué decirles. A ninguno de ustedes, en realidad.

Carter asiente lentamente. —Lo sé. Hay mucho de qué hablar. Pero no tiene que ser ahora.

Lo miro, estudiando su rostro. Hay preocupación en sus ojos, pero también algo más. ¿Culpa? ¿Miedo? No estoy segura.

—Después de lo que pasó... —me detengo, incapaz de terminar la frase.

La expresión de Carter se oscurece. —Nunca más te harán daño a ti ni a nadie más.

Un escalofrío recorre mi espalda ante sus palabras y la furia fría en su voz. Sé que debería estar horrorizada, pero todo lo que siento es alivio.

—Lo sé, pero tú... ellos... —digo en voz baja—. Fue...

—Necesario. Sabemos sobre tu pasado, Hazel. Cuando eras niña en la fiesta de Leah.

Sus palabras golpean mi pecho y me ahogo con mi propia saliva. —¿C-cómo? Nunca se lo dije a nadie.

—Lo hiciste. Se lo contaste a Noah una noche que estabas borracha hace años. Él mantuvo el secreto a salvo, pero todo este tiempo, intentó averiguar quién era. Finalmente recibió una llamada telefónica de Leah, y las cosas se aclararon más. —Se aclara la garganta y evita mi mirada.

Siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. La habitación gira ligeramente mientras intento procesar esta información. —¿Noah lo sabía? ¿Todo este tiempo?

Carter asiente con gravedad.

—Mierda —murmuro y bajo la mirada—. No recuerdo habérselo dicho.

—Lo sé.

—¿No tenía derecho a contártelo! —espeto, empujando mi sopa lejos.

—Él no quería. Pero, ¿no estás contenta de que lo hiciera? —responde bruscamente, su lado alfa mostrándose cuando gruñe y se levanta abruptamente.

Tiemblo incontrolablemente mientras su gruñido me afecta. Él lo nota y visiblemente se calma. —Nada de eso importa. Lo hecho, hecho está. Esos hombres nunca más te harán daño.

Se marcha furioso como si fuera él quien ha sido agraviado, y escucho la puerta principal abrirse y cerrarse de golpe un segundo después.

Me dejó.

El pánico me golpea, y miro frenéticamente a mi alrededor, esperando que nadie salte de las sombras hacia mí.

Momentos después, la puerta principal se abre de nuevo y se cierra más silenciosamente esta vez.

—Lo siento —dice desde la entrada de la cocina—. No debí haber gritado, y definitivamente no debí haberte dejado sola.

—Está bien —balbuceo.

Suspira bruscamente. —No, no lo está, Hazel. Soy tu protector. Siempre lo he sido, joder. Todos lo hemos sido. Pero ni siquiera parecemos poder hacer eso bien.

—No necesitan ser mis protectores —digo con el ceño fruncido—. Ese no es su trabajo.

Golpea el mostrador con el puño, haciéndome saltar. —¡Maldita sea, Hazel! ¿Cuándo te darás cuenta de que eres nuestra? ¿Cuándo? ¿Qué tenemos que hacer?

—¿Qué? —tartamudeo, sorprendida por su arrebato.

Los ojos de Carter arden con intensidad mientras me mira fijamente. —Eres nuestra, Hazel. Mía, de Noah, de Zach. Hicimos un pacto, ¿recuerdas? Estar juntos cuando cumplieras veinticinco. Ese pacto sigue en pie.

Lo miro boquiabierta, atónita. —Pero... pero...

—No hay peros —me interrumpe Carter—. El pacto sigue siendo válido. Te hemos estado esperando todo este tiempo. Incluso más. ¡Todo lo que hemos hecho ha sido para asegurarnos de que terminarás con nosotros!

Mi mente da vueltas, tratando de procesar esta información. —¿Qué se supone que significa eso? —Me pongo de pie, necesitando ser más grande para esta conversación. Él aún se cierne sobre mí, demasiado alto y el doble de ancho.

La mandíbula de Carter se tensa mientras parece luchar con lo que dirá a continuación. —Hemos estado involucrados en tu vida más de lo que te das cuenta —admite a regañadientes—. Vigilándote, asegurándonos de que estuvieras a salvo.

—¿Qué? —La ira crece en mi pecho.

—Nunca quisimos hacerte daño, Hazel. Solo queríamos mantenerte a salvo, asegurarnos de que siguieras siendo nuestra, asegurarnos de que volvieras a nosotros cuando fuera el momento.

—¿Haciendo qué? —El temor crece en mi estómago y mi cabeza da vueltas. *¿Qué está diciendo? ¿Qué han hecho?*

Carter me mira con furia. —Hemos cometido errores. Lo sé. Pero todo lo que hicimos fue por amor a ti.

—¿Amor? —grazno—. ¿De qué estás hablando?

—Te hemos amado desde que tenemos memoria, Hazel. Eres nuestra. De nadie más. Ningún otro cabrón puede alejarte de nosotros.

Retrocedo, sacudiendo la cabeza mientras prácticamente dice las palabras que no quiero oír. —¡No soy vuestra! No soy una posesión que puedan reclamar.

—Pero lo eres —insiste Carter, con los ojos ardiendo.

—¡No! Esto es una locura. ¡Tú estás loco! ¡No eres mejor que ellos! —Me lanzo hacia la puerta, pero Carter es demasiado rápido.

Su mano agarra mi brazo antes de que pueda escapar. —Hazel —advierte.

—¡Suéltame! ¡No pueden mantenerme aquí! ¡No soy su prisionera y no soy vuestra!

Las lágrimas pican mis ojos, haciendo que su rostro se vea borroso. Me suelta, y me tambaleo hacia adelante, necesitando salir de aquí. Corro escaleras arriba y arrojo las pocas

pertenencias que había desempacado de vuelta a la maleta y la cierro. Agarro el oso, las pastillas y mi bolso, y bajo las escaleras con dificultad, con la cabeza palpitando y la respiración errática.

Carter está esperando al pie de la escalera. Su expresión es de dolor, su cuerpo tenso pero contenido mientras me ve luchar con mis pertenencias por las escaleras. —Hazel, por favor —dice suavemente—. No quise asustarte. Hablemos de esto.

—No hay nada de qué hablar —replico bruscamente, con la voz temblorosa—. Prácticamente admitiste que me acosabas, que interferías en mi vida. ¿En qué se diferencia eso de lo que hicieron esos monstruos?

Carter se estremece ante la comparación. —Nunca quisimos hacerte daño —insiste—. Todo lo que hicimos fue para protegerte, para mantenerte a salvo.

—¿A salvo? —Me río amargamente—. ¿Llamas a lo que me pasó estar a salvo? ¡No me protegieron de nada!

—Te salvamos —argumenta Carter, elevando la voz—. Fuimos por ti cuando esos bastardos te llevaron. ¡Los matamos para mantenerte a salvo!

Pero no quiero escucharlo. Ya estoy pasando junto a él, arrastrando mi maleta detrás de mí. Forcejeo con la puerta principal, mis manos tiemblan tanto que apenas puedo girar el picaporte.

—¡Hazel, espera! —me llama Carter—. ¡Por favor, déjame explicarte!

Lo ignoro, finalmente logrando abrir la puerta de un tirón. Salgo tambaleándome al caluroso día de verano, respirando profundamente el aire fresco, y choco de lleno contra los otros dos alfas, quienes, como acabo de enterarme, han arruinado mi vida.

HAZEL

EL AROMA DE LA LLUVIA DE VERANO Y EL OCÉANO GOLPEA MIS SENTIDOS CON TANTA FUERZA QUE retrocedo tambaleándome. Zach extiende sus manos para agarrarme de los brazos y evitar que me caiga de culo.

—¡Suéltame! —gruño, sobresaltándolo y haciendo que me suelte.

Lluvia de verano.

Lluvia de verano.

Lluvia de verano.

Hombres enmascarados.

Delirio por el calor.

Nudos.

Tantos nudos.

Lo miro horrorizada, con la boca abierta en completo shock. *¿Lo hicieron? ¿Podrían? ¿Cómo?*

—¡Aléjate de mí! —chillo tan fuerte que Noah se sobresalta y mira alrededor para ver si alguien me ha oído, pero me importa un carajo—. ¡Aléjense de mí, maldita sea! ¡Están todos locos!

—Hazel, por favor —dice Noah, con voz baja y urgente—. Déjanos explicarte.

—¡No hay nada que explicar! —replico, retrocediendo—. Han estado... Ni siquiera sé... ¿qué? ¿Manipulando mi vida todo este tiempo? ¿Cómo pudieron?

Antes de que ninguno de ellos pueda decir otra palabra, agarro con fuerza el asa de la maleta y la arrastro por el camino de entrada y cruzando la calle. Golpea el bordillo del otro lado y me tuerce el brazo, pero no me importa. Estoy demasiado conmocionada para pensar con claridad. Marchando a través del parque, espero que no me estén siguiendo, pero no miro atrás. ¿Cómo ha pasado esto? ¿Cómo no até cabos? No era yo todo este tiempo. Nunca lo fue. Eran *ellos*. Ahuyentaron a todos los otros alfas de mi vida. El feo sollozo que se me escapa asusta a una mujer que empuja un cochecito, y me lanza una mirada de simpatía cuando ve mi maleta. La miro fijamente, desafiándola a que diga algo, pero retrocede, lo cual es una suerte para ella.

Mi mente da vueltas mientras atravieso el parque tambaleándome, con mi maleta rebotando detrás de mí. La revelación de la manipulación de los alfas me golpea en oleadas, cada realización más horrorosa que la anterior.

Han estado controlando mi vida todo este tiempo. Las oportunidades perdidas, los sucesos extraños, la sensación de estar vigilada. Todo cobra un sentido nauseabundo ahora. Toda mi vida ha sido una mentira cuidadosamente orquestada.

Las lágrimas nublan mi visión mientras camino, desesperada por llegar a mi casa. No está

mucho más lejos. Solo necesito llegar allí y cerrar las puertas con llave, y estaré a salvo.

¿O no?

¿Cómo pudieron hacerme esto? ¿Cómo pudieron los chicos en los que una vez confié tan completamente convertirse en estos monstruos controladores?

Finalmente llego a mi puerta principal, luchando con manos temblorosas para meter la llave en la cerradura. Una vez dentro, cierro la puerta de golpe, echando el cerrojo y asegurando la cadena. Me deslizo hasta el suelo, mi cuerpo sacudido por los sollozos. La realidad de todo me golpea: el secuestro, la agresión, las revelaciones sobre los alfas. Es demasiado.

Durante mucho tiempo, me quedo sentada llorando, incapaz de procesarlo todo. Finalmente, las lágrimas cesan y me quedo sintiéndome entumecida y vacía. Me arrastro hasta ponerme de pie y subo tambaleándome al baño, evitando mi reflejo en el espejo. Me salpico agua en la cara e intento refrescar mis ojos calientes y ardientes. Estoy tan harta de llorar. Estoy tan harta de actuar como una víctima. Ellos me hicieron así.

Mientras realizo mecánicamente los movimientos, mi mente sigue repitiendo las palabras de Carter. *Todo lo que hemos hecho ha sido para asegurarnos de que terminarás con nosotros.* Las implicaciones son asombrosas. ¿Cuánto de mi vida han controlado? ¿Las relaciones fallidas, la venta de la librería que casi se cae, la muerte de mis padres? ¿Hasta dónde llega esto?

El peso de la traición se asienta pesadamente en mi pecho.

Me dirijo al dormitorio y me pongo un pijama limpio antes de bajar de nuevo. Agarro mi bolso y entro en mi oficina, solo entonces me doy cuenta de que dejé mi cesto de la ropa sucia en casa de Carter. Bueno, mala suerte. No voy a volver a buscarlo.

Azoto mi bolso y saco el oso cámara para cargarlo bien y como es debido. Nunca más seré descuidada en este aspecto. De hecho, compraré un sistema de videovigilancia adecuado tanto para el exterior como para el interior de la casa. Saco los medicamentos para la ansiedad y las pastillas de hierbas y los llevo de vuelta arriba al baño. De pie sobre el inodoro, sistemáticamente los tiro todos dentro y tiro de la cadena varias veces para deshacerme de ellos. Nunca necesité estas cosas. Entre David Johnson, Ayden o como coño se llame y los alfas, me han acosado, controlado, manipulado, secuestrado, agredido y he sido testigo de dos brutales asesinatos, pero una cosa que no he sido es loca.

No.

Eso nunca, nunca fue parte de esto.

No era yo.

Nunca fui yo, joder. Nada de esto.

Las lágrimas vuelven a picar en mis ojos, pero me las limpio bruscamente. Estoy harta de llorar. Estoy harta de sentir lástima por mí misma. Esa no soy yo. No es quien *quiero* ser. No soy la buena omega sumisa que agacha la cabeza y hace lo que la sociedad le dice.

Marcho de vuelta abajo, mi determinación fortaleciéndose con cada paso. No más. No más manipulación, no más control. Voy a recuperar mi vida. Agarro mi portátil de la oficina y me acomodo en el sofá, lista para actuar. Primero, investigo sistemas de seguridad, pidiendo el mejor que puedo permitirme tanto para la casa como para la tienda. Luego, busco clases de autodefensa en la zona, apuntándome al primer curso disponible.

Hago planes, investigo y comienzo a retomar el control de mi vida. Cuando cae la noche, tengo una lista de tareas pendientes kilométrica, pero me siento más empoderada de lo que me he sentido en años.

Un golpe en la puerta me sobresalta y me saca de mi estado de concentración. Mi corazón se acelera mientras me acerco con cautela, mirando por la mirilla.

Es la señora Lewis.

Dudo un momento antes de abrir la puerta.

—¿Señora Lewis? ¿Está todo bien?

Me mira críticamente. —Podría preguntarte lo mismo, querida. Tienes un aspecto terrible.

No puedo evitar reírme de su franqueza. —Han sido un par de días difíciles.

Asiente con sabiduría. —Me lo imaginaba. Sally te vio cruzando el parque antes en un estado lamentable. Por eso te he traído esto. —Levanta un plato cubierto. El olor de la lasaña recién horneada llega hasta mí.

Mi estómago gruñe ruidosamente, recordándome que no he comido desde la sopa a medio terminar en casa de Carter. Antes de eso, ¿quién puede recordarlo? —Oh, señora Lewis, no tenía que molestarse.

—Tonterías —dice, pasando junto a mí para entrar en la casa—. Necesitas una buena comida y algo de compañía que no sea alta, oscura y taciturna.

Cierro la puerta tras ella, extrañamente reconfortada por su actitud práctica. —Gracias. De verdad.

La señora Lewis se afana en mi cocina, sacando platos y cubiertos como si fuera su casa. —Ahora, siéntate y cuéntame qué está pasando realmente.

Me hundo en una silla de la mesa de la cocina, repentinamente agotada. —Es complicado.

—La vida suele serlo, querida —dice, poniendo un plato rebosante de lasaña frente a mí—. Pero hablar de ello a menudo ayuda.

Doy un bocado a la lasaña, cerrando los ojos mientras los sabores explotan en mi lengua. Está deliciosa, y me doy cuenta de lo hambrienta que he estado.

La señora Lewis se sienta frente a mí, sus ojos perspicaces estudiándome mientras como. —Ahora, cuéntame qué está pasando.

Dudo, sin saber cuánto revelar. Me doy cuenta de que no puedo contarle nada sin entrar en toda la sórdida historia, y no voy a hacer eso. —Otro intento fallido de relación. —La mentira sale con facilidad. Dios sabe que he tenido suficiente práctica con esas palabras cuando era verdad.

La señora Lewis asiente con simpatía. —Ya veo.

Bajo la mirada a mi plato, moviendo la comida con el tenedor. —No era quien yo creía que era —añado, aunque me maldigo a mí misma por no callarme.

La señora Lewis estira la mano por encima de la mesa, dando unas palmaditas suaves en la mía. —Oh, querida. Lo siento mucho.

Asiento, luchando contra las lágrimas. —Me siento tan estúpida. Tan traicionada.

—No eres estúpida —dice la señora Lewis con firmeza—. A veces las personas nos sorprenden de la peor manera. No es tu culpa.

La miro, viendo solo bondad y preocupación en sus ojos. De repente, me siento abrumada por su compasión. —Gracias —susurro—. Por la comida, por venir a verme, por todo.

Ella hace un gesto desdeñoso con la mano. —Tonterías. Es lo que hacen los amigos. Ahora, come. Necesitas recuperar fuerzas.

Consigo esbozar una pequeña sonrisa y doy otro bocado a la lasaña. Nos sentamos en un silencio cómodo durante un rato mientras como.

—Entonces —dice la señora Lewis finalmente—. ¿Estás segura de que te sientes con fuerzas para volver a la librería? Estoy encantada de ayudar.

—Estoy lista, ¿y sabes qué? Hay suficiente trabajo para dos. ¿Por qué no te unes a mí mañana? Así podré hacer algo de papeleo mientras tú atiendes la tienda.

Su rostro se ilumina. —¿Estás segura?

—Completamente segura. —Incluso si no fuera cierto, la compañía de la señora Lewis, que es una omega bastante increíble, definitivamente no es algo que se pueda rechazar.

Ella sonríe radiante. —De acuerdo, entonces. ¿Quieres que me quede?

—No, honestamente, estoy bien, y creo que necesito estar sola para ordenar algunas cosas. — Estoy aterrada de estar sola cuando caiga la noche. David y Ayden podrían estar muertos, pero el horror de lo que pudo haber sido, lo que realmente sucedió, permanece.

Después de despedir a la señora Lewis, cierro meticulosamente y reviso la puerta trasera. Compruebo las ventanas y encuentro que la de la cocina está abierta pero empujada para cerrarla. *¿Hice yo eso?* No lo recuerdo, pero entonces, durante mi celo, estaba tan fuera de mí que tal vez lo hice.

Mi celo.

Todo vuelve a mí como una pesadilla.

El aroma de Zach. ¿Cómo no até cabos? Su aroma a lluvia de verano estaba en las sábanas. Sé que estaba. Simplemente no até cabos porque era muy tenue. ¿Entraron y vinieron a mí mientras estaba en celo? Y si lo hicieron, ¿cómo lo hicieron? ¿Por la ventana de la cocina? Cierro las puertas meticulosamente. Sé que lo hago. Recuerdo haber bajado para asegurarme de haber cerrado la puerta principal. Mis manos tiemblan y me siento helada por dentro. Deseando haber pedido a la señora Lewis que se quedara, vuelvo a revisar todas las puertas y ventanas, y luego una tercera vez por si acaso.

Otro pensamiento me golpea en las entrañas y respiro bruscamente. Si los alfas estuvieron aquí durante mi celo, significa que tuvieron sexo conmigo. Recuerdo los nudos y la sensación de euforia que me provocaron. Fue más intenso que con el vibrador. ¿Tuvieron sexo conmigo mientras estaba demasiado delirante para decirles que no? Trago saliva. ¿Y si les dije que sí? En medio de mi celo, desesperada por un nudo, ¿qué pasa si sabía que eran reales y les dije que lo quería?

Los recuerdos son confusos, pero recuerdo la sensación de estar llena, de múltiples nudos. En ese momento, en mi estado alterado por el celo, se había sentido tan bien. Pero ahora... No puedo saber con certeza si fue real o no.

Coloco el oso con cámara y, esta vez, me aseguro de que el maldito aparato esté completamente cargado, activo y haciendo su puto trabajo. Subo las escaleras y me meto en la cama, colocando mi teléfono en la almohada junto a mí. Si voy a ir a la librería mañana, necesito descansar un poco. Me siento mejor después de comer bien, pero han pasado demasiadas cosas en los últimos días. Gimo y me doy la vuelta, aferrándome al edredón y cerrando los ojos, obligándome a dormir y olvidar que algo de esto haya sucedido alguna vez.

ZACH

CAMINO INQUIETO POR LA SALA DE CARTER, COMO UN TIGRE ENJAULADO, CADA VEZ MÁS frustrado. Mi mente repite una y otra vez la expresión horrorizada de Hazel. El asco y la traición en sus ojos cuando se dio cuenta de la verdad sobre nosotros está grabada en mi memoria.

—La cagamos —gruño, pasándome una mano por el pelo con frustración—. Deberíamos haberle dicho la verdad desde el principio.

Noah suspira profundamente desde su lugar en el sofá.

—Tal vez. Pero ya es tarde para eso.

Carter está de pie junto a la ventana, mirando el cielo que oscurece.

—Necesitamos darle espacio —dice en voz baja—. Dejar que procese todo.

Me vuelvo hacia él, con la ira ardiendo.

—¿Espacio? ¿Estás de coña? Después de todo lo que ha pasado, ¿quieres dejarla sola?

—¿Qué otra opción tenemos? —replica Carter—. No nos quiere cerca ahora mismo. Presionarla solo empeorará las cosas.

—Tiene razón —interviene Noah con su habitual calma antes de que pueda discutir más—. Tenemos que respetar sus deseos por ahora.

Aprieto los puños, luchando contra el impulso de golpear algo. El alfa en mí grita que vaya con Hazel, que la proteja, que la haga entender. Pero sé que tienen razón. Ya hemos hecho suficiente daño.

—¡Todo esto es tu puta culpa! —le gruño a Carter—. Tú hiciste esto al contarle todo.

Carter se da la vuelta, con los ojos brillando peligrosamente.

—¿Mi culpa? Todos acordamos decir la verdad eventualmente. Yo solo adelanté el calendario.

—Pues bien que la cagaste —le gruño, dando un paso hacia él.

Noah se levanta rápidamente, poniéndose entre nosotros.

—Basta —dice con firmeza—. Pelearnos entre nosotros no ayudará a Hazel.

Retrocedo a regañadientes, con las manos aún apretadas a los costados.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Esperamos —dice Carter, con la voz tensa por la frustración—. Y confiamos en que Hazel nos dé la oportunidad de explicarle todo adecuadamente.

—¿Y si no lo hace? —pregunto, expresando el miedo que todos sentimos.

Noah suspira pesadamente.

—Entonces tendremos que respetar su decisión. Por mucho que nos duela.

La idea de perder a Hazel para siempre hace que me duela el pecho. Después de todo lo que hemos hecho, todo lo que hemos pasado, no puede terminar así.

—No puedo aceptar eso —digo en voz baja—. No lo haré.

Carter se vuelve hacia mí, con expresión sombría.

—Puede que no tengamos elección, Zach. Ya hemos manipulado bastante su vida. Si quiere que nos vayamos, tenemos que respetarlo. Se acabó esta mierda. Nada de esto tiene sentido ya.

Sacudo la cabeza obstinadamente.

—No. Tiene que haber otra manera.

Noah se frota las sienes, con aspecto agotado.

—¿Qué otra manera hay, Zach? No podemos obligarla a perdonarnos o a estar con nosotros. Ya hemos visto cómo resulta eso. Estábamos delirando. Obsesionados con nuestra venganza. Lo olvidamos.

—No estoy hablando de forzar nada —espeto—. Pero tampoco podemos rendirnos sin más. Tenemos que encontrar una forma de hacerla entender.

—¿Entender qué? —pregunta Carter con amargura—. ¿Que hemos estado controlando su vida durante años? ¿Que irrumpimos en su casa durante su celo?

Me estremezco al recordarlo. Esa decisión en particular nos pesa mucho ahora después de lo que vimos en el sótano de la escuela.

—Lo hicimos para protegerla —argumento débilmente—. Para mantenerla a salvo para nosotros.

—¿Lo hicimos? —pregunta Noah en voz baja—. ¿O lo hicimos por nosotros mismos?

Sus palabras quedan suspendidas en el aire como un gas nocivo. Todos nos quedamos en silencio, lidiando con nuestras decisiones.

Finalmente, Carter habla. —Necesitamos dar un paso atrás. Darle espacio a Hazel, como dijimos. Pero también necesitamos examinar detenidamente nuestras motivaciones.

Asiento a regañadientes. Por mucho que odie admitirlo, tiene razón.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Ahora, esperamos —dice Noah—. Y esperamos que Hazel nos dé la oportunidad de explicarlo todo correctamente. Mientras tanto, debemos respetar sus límites.

—¿Y si nunca quiere volver a vernos? —insisto.

Carter aprieta la mandíbula. —Ya hemos hecho suficiente daño. Si Hazel decide que no quiere saber nada de nosotros, tenemos que aceptarlo.

Abro la boca para discutir, pero Noah me interrumpe. —Tiene razón, Zach. No podemos seguir presionando. Eso es lo que nos metió en este lío en primer lugar.

Aprieto los puños, la frustración y la ira librando una batalla en mi interior. Una parte de mí quiere ir a la casa de Hazel ahora mismo y obligarla a escuchar. Pero sé que eso solo empeoraría las cosas.

—Bien —gruño—. Pero no me voy a dar por vencido con ella. Con nosotros.

Carter suspira. —Ninguno de nosotros lo hará. Pero necesitamos hacerlo de la manera correcta esta vez. Sin más manipulación. Sin más mentiras.

En el fondo, sé que hemos arruinado cualquier oportunidad que teníamos con Hazel. El pensamiento hace que me duela el pecho.

—Necesito aire —murmuro, dirigiéndome hacia la puerta. Ni Carter ni Noah intentan detenerme cuando me voy.

Afuera, respiro profundamente el aire cálido de la noche, tratando de calmar la tormenta de emociones dentro de mí. Quiero ir a la casa de Hazel, pero pensar en lo que me encontraré cuando llegue allí despedaza mi alma. En su lugar, me subo a mi coche y conduzco. Sigo hasta que veo el puente que pasa por encima de la autopista. Aparco y empiezo a caminar. Esta no es

la vida que quiero vivir. Nunca lo fue. Mi cerebro jodido, mi alma destrozada, ha arruinado cualquier futuro que pudiera haber tenido. Caminando por la acera del puente, solo me detengo cuando llego al centro. Miro hacia abajo al tráfico que pasa, los faros brillantes en la oscuridad. El ruido de los coches y camiones al pasar es solo un ruido blanco comparado con el rugido de la sangre en mis oídos. Respirando profundamente, me subo a la barandilla y me siento, con las piernas colgando al vacío, mirando hacia abajo hasta que no siento nada más que entumecimiento.

NOAH

LA TENSIÓN EN LA HABITACIÓN ES ASFIXIANTE DESPUÉS DE QUE ZACH SALE FURIOSO. CARTER Y yo intercambiamos miradas preocupadas, ambos inseguros de cómo proceder. Conocemos el temperamento de Zach y su impulsividad. No hay forma de saber qué podría hacer en este estado. Demonios, en dos segundos podría dar la vuelta y volver a entrar, por lo que sabemos.

—¿Deberíamos ir tras él? —pregunto, ya moviéndome hacia la puerta, sin querer arriesgarme.

Carter niega con la cabeza. —No. Necesita tiempo para calmarse. Todos lo necesitamos.

Asiento de mala gana, hundiéndome de nuevo en el sofá. El silencio se extiende entre nosotros, cargado de pensamientos no expresados y arrepentimientos.

—Realmente la jodimos —digo en voz baja, expresando lo que ambos estamos pensando.

Carter se pasa una mano por la cara, luciendo más exhausto de lo que jamás lo he visto. —Sí. Lo hicimos.

—¿Cómo dejamos que llegara tan lejos? —me pregunto en voz alta—. ¿Cuándo cruzamos la línea de la protección a... esto?

La risa de Carter es hueca. —Creo que cruzamos esa línea hace mucho tiempo, Noah. Simplemente estábamos demasiado ciegos para verlo.

La verdad de sus palabras me golpea con fuerza. Hemos estado tan enfocados en nuestro objetivo final, en tener a Hazel, que perdimos de vista todo lo demás. Incluyendo sus sentimientos, su autonomía.

—¿Y si nunca nos perdona? —pregunto, expresando mi miedo más profundo.

La expresión de Carter es sombría. —Entonces tendremos que vivir con las consecuencias de nuestras acciones.

El pensamiento hace que me duela el pecho. Una vida sin Hazel parece insoportable. Pero Carter tiene razón. Debemos enfrentar las consecuencias de lo que hemos hecho.

—Creo que será mejor que vayamos a buscar a Zach. Tengo un mal presentimiento sobre esto.

Carter asiente, y nos dirigimos hacia la puerta. Ninguno de los dos sabe qué decir o adónde ir, incluso cuando subimos al auto de Carter.

Marco el teléfono de Zach, pero por supuesto, suena sin respuesta. No sigo intentando. Solo lo empujaré más al límite.

Conducimos en un tenso silencio, escaneando las calles en busca de alguna señal de Zach o su auto. El aire nocturno está cargado de humedad, coincidiendo con la pesada atmósfera en el vehículo.

—¿Adónde iría? —murmuro, más para mí mismo que para Carter.

Los nudillos de Carter están blancos sobre el volante. —No lo sé. Es impredecible cuando está así.

Se me ocurre un pensamiento horrible. —No crees que iría a casa de Hazel, ¿verdad?

La mandíbula de Carter se tensa. —Más le vale que no. Sería lo peor que podría hacer ahora mismo.

Pasamos lentamente por la casa de Hazel, el alivio me invade cuando no veo el auto de Zach. Pero el alivio es efímero cuando la preocupación vuelve a instalarse. *¿Dónde está?*

Mientras conducimos sin rumbo por las carreteras oscuras, trato de pensar racionalmente. ¿Adónde habría ido Zach después de todo este malestar? Un pensamiento inquietante se abre paso en mi mente, y respiro profundamente antes de exhalar.

—El puente de la autopista —digo lentamente.

La cabeza de Carter gira bruscamente para mirarme fijamente. —No creerás que...?

—No lo sé. Solo ve.

No me cuestiona; simplemente vuelve a mirar a la carretera y acelera, girando el coche bruscamente hacia el puente peatonal que cruza la autopista cerca de aquí.

Conducimos en un tenso silencio, ambos rezando para estar equivocados sobre adónde ha ido Zach.

Al acercarnos al puente, veo el coche de Zach aparcado ordenadamente a un lado de la carretera.

Mi corazón se hunde.

—Mierda —murmura Carter.

Saltamos del coche, escaneando el puente desesperadamente. En la tenue luz, puedo distinguir apenas una figura encaramada en la barandilla en medio del puente.

—Joder. Está ahí arriba.

—¿Qué hacemos? —pregunta Carter, mirando fijamente a Zach y pasándose desesperadamente ambas manos por el pelo—. Mierda. Joder. ¿Noah?

—Tenemos que mantener la calma. Nada de ruidos fuertes, pero tampoco demasiado silencio. No queremos sobresaltarlo.

—¿Vamos los dos? —Su pregunta urgente es válida.

—Iré yo primero y veré si puedo convencerlo de que baje. Tú ven, pero quédate atrás y no digas nada hasta que yo te lo diga. Está en un mal momento. Esta situación ha traído recuerdos de su pasado. Me habló un poco de ello ayer.

—De acuerdo, sí —dice Carter—. Ve y haz tu cosa de psicología con él. —Asiento y me doy la vuelta, pero él me agarra por el cuello y gruñe en mi cara—. Si le pasa algo...

—Lo sé, Carter. Lo sé. —Lo entiendo. Somos compañeros de manada. Nos destruiría si nuestro amigo más cercano muriera y no pudiéramos hacer nada para salvarlo.

Me acerco al puente lentamente.

Zach está encaramado en la barandilla, con las piernas colgando hacia el vacío. A esta hora, el paso ocasional de un coche o un camión produce un ruido sordo que suena demasiado fuerte en el silencio general, pero yo me concentro solo en Zach.

—Zach —lo llamo suavemente cuando estoy lo suficientemente cerca. No se vuelve, pero veo que sus hombros se tensan—. Soy Noah. Me estoy acercando, ¿de acuerdo?

No responde, pero tampoco me dice que me vaya a la mierda. Lo tomo como un permiso para continuar. Me muevo con cautela hasta que estoy a solo unos metros de él.

—Zach, por favor, baja de ahí —digo, tratando de mantener mi voz firme—. Podemos hablar de esto.

—No hay nada de qué hablar —responde Zach, con voz hueca—. Se acabó. La hemos perdido.

—No sabemos eso con seguridad —argumento suavemente—. Hazel necesita tiempo, pero eso no significa que toda esperanza esté perdida.

Zach se ríe amargamente.

—No me vengas con tonterías, Noah. Viste su cara. Nos odia, y debería hacerlo.

Respiro hondo, eligiendo cuidadosamente mis siguientes palabras.

—Lo que hicimos estuvo mal. Todos lo sabemos ahora. Pero acabar con tu vida no es la respuesta.

—¿Qué otra respuesta hay? Lo destruimos todo. Su confianza, nuestra esperanza de una manada, nuestro futuro. Todo se ha ido.

Doy un paso cuidadoso más cerca.

—Tal vez. Pero quizás no. No sabemos qué pasará aún, y aunque Hazel nunca nos perdone, eso no significa que nuestras vidas hayan terminado.

Zach niega con la cabeza.

—No lo entiendes. Ella lo era todo. Sin ella, ¿cuál es el punto?

—El punto es que seguimos aquí. Todavía nos tenemos el uno al otro —digo firmemente—. Y tenemos la oportunidad de ser mejores, de hacerlo mejor. Por ella.

—No sé si puedo vivir con esta culpa —dice Zach, con la voz quebrada—. Le hicimos tanto daño, Noah. ¿Cómo podemos recuperarnos de eso?

—Empezamos por reconocer nuestros errores. Por asumir la responsabilidad de nuestras acciones, y luego hacemos todo lo posible para enmendarlo, aunque Hazel nunca nos perdone.

Los hombros de Zach se desploman.

—No sé si soy lo suficientemente fuerte para eso.

—Lo eres —insisto—. Todos lo somos. Superaremos esto juntos, como manada. Pero no podemos hacerlo si no estás aquí con nosotros.

Silencio.

—Por favor, Zach. Baja de ahí.

—No. Nada de esto vale la pena sin Hazel. —Se aferra a la barandilla, y puedo ver que se está preparando para saltar.

—Zach...

—Vete ya.

—No.

—¡Lárgate! —ruge.

—Ni lo sueñes.

Hago un gesto con la mano a Carter, que está a punto de abalanzarse sobre Zach, pero eso sería un maldito desastre que podría hacer que ambos cayeran. Giro la cabeza hacia él y articulo en silencio: "Trae a Hazel".

Sus ojos se abren de par en par y su expresión se vuelve afligida. Pero no hay otra opción. Hazel no le dejará saltar. Ella no es así. A pesar de todo lo que hemos hecho, sé en mi alma que lo ayudará. Es la única.

—¡Ve! —le rujo en silencio, y esta vez no duda.

Los nudillos de Zach están blancos mientras se aferra a la barandilla, su cuerpo tenso y listo para saltar. Mi corazón se acelera mientras intento desesperadamente pensar qué decir para evitar que dé ese último y fatal paso. Es diferente cuando se trata de tu amigo, tu compañero de manada. Las emociones están involucradas, y esa actitud fría que ha sido un regalo para mí toda

mi vida se está desmoronando. Por primera vez en mi puta vida, no tengo la respuesta. No sé cómo arreglarlo.

—Zach, quédate conmigo, ¿vale? —murmuro—. No tenemos que hablar, pero no me dejes.

No dice nada, pero tampoco se mueve.

Mira fijamente hacia la carretera.

Y yo me quedo detrás de él, mirándolo, sin atreverme a apartar los ojos de él, ni siquiera para parpadear.

Date prisa, Carter. Por el amor de Dios.

HAZEL

UN GOLPETEO SILENCIOSO PERO INSISTENTE ME DESPIERTA DE GOLPE. ME INCORPORO, CON EL corazón acelerado, desorientada en la oscuridad. Los golpes continúan, volviéndose más urgentes. Me toma un momento darme cuenta de que vienen de mi puerta principal.

Miro mi teléfono. Es pasadas las once. *¿Quién demonios está golpeando mi puerta a esta hora?*

El miedo me invade al recordar todo lo que ha sucedido. Pero luego razono que un acosador o un secuestrador no estaría golpeando como si el diablo lo persiguiera. ¿Verdad?

De repente, una voz ahogada llama en voz baja. —Hazel. Soy Carter. Sé que no quieres verme, pero es urgente. Por favor, abre.

Mi ira se dispara, y me da el valor para levantarme de la cama y marchar hacia la ventana del dormitorio. Abro las cortinas de golpe y aparto el visillo con tal vigor que el poste telescópico se cae, cubriéndome con un velo. Luchando con el maldito visillo, me lo quito de la cabeza y abro la ventana. Asomándome, gruño. —Lárgate. De una. Puta. Vez.

Carter me mira. Está frenético. Parece que ha estado llorando. Me oprime el corazón, pero lo endurezco cuando pienso en todo lo que han hecho y *podrían haber* hecho. —Hazel, por favor —suplica—. Es Zach. Está en problemas. Necesita tu ayuda.

Trago saliva pero intento mantenerme firme. —¿Qué quieres decir con que está en problemas?

—Está en el puente sobre la autopista —dice Carter, con la voz quebrada—. Va a saltar. Por favor, Hazel. Eres la única que puede detenerlo.

Toda la sangre se me va de la cabeza a los pies. Me agarro al alféizar para no caerme. Esto tiene que ser un truco, ¿verdad? ¿Una manipulación para que abra la puerta?

Pero ¿y si no lo es?

—Hazel, te lo suplico. —La voz de Carter se quiebra—. Sé que te hemos herido. Sé que tienes todas las razones para odiarnos. Pero por favor, te necesita. Te necesitamos.

Lo miro fijamente, dividida entre mi ira y la desesperación en su voz. No quiero creerle, pero el miedo crudo en sus ojos parece genuino.

—¿Por qué yo? —pregunto, con la voz temblorosa—. ¿Por qué yo podría detenerlo cuando tú no puedes?

—Porque te ama. Todos te amamos. Pero Zach siempre ha sentido las cosas más intensamente. Lo sabes. Sabes cómo es. La idea de perderte para siempre lo está destrozando.

Abrumada por emociones conflictivas, lo miro fijamente. Una parte de mí quiere decirle a Carter que se vaya al infierno, que lidien con su propio lío. Pero otra parte, la parte que aún se preocupa a pesar de todo, no puede soportar la idea de que Zach salte y yo no haya hecho nada

para detenerlo.

Eso sí sería mi culpa.

—Dame dos minutos.

No espero su respuesta antes de cerrar la ventana. Mis manos tiemblan mientras cambio mi pijama por unos vaqueros y una camiseta. Agarro mi teléfono y las llaves, y luego bajo las escaleras, deteniéndome en la cocina para coger el sacacorchos del cajón. Me lo meto en el bolsillo trasero como arma. Por si acaso.

Cuando abro la puerta principal, Carter está allí de pie, rígido como una tabla, con aspecto miserable.

—Gracias —murmura.

—Cállate y conduce —digo, pasando junto a él y subiéndome al enorme SUV negro estacionado en la acera.

Carter salta al asiento del conductor y se aleja de la acera, los neumáticos chirriando en la noche tardía, haciéndome estremecer y pensar en mis vecinos.

La urgencia de su conducción se corresponde con la energía frenética que irradia.

Agarrando la manija de la puerta mientras tomamos una curva demasiado brusca, dejo escapar un suspiro enojado. Voy a tener que hablar con él. —¿Qué pasó?

Los nudillos de Carter están blancos sobre el volante. —Después de que te fuiste, discutimos. Zach se fue furioso. Pensamos que solo necesitaba calmarse, pero entonces...

—¿Entonces qué?

—Pensamos que podría hacer algo estúpido. Los últimos cinco años han sido difíciles para él. Ahora entra en espiral rápidamente. Ha estado empeorando últimamente. La culpa... Lo está afectando.

—Culpa —espeto—. ¿Sabes qué? Que os jodan a ti, a él y a Noah.

—No, por favor, Hazel. Por favor, haz que baje, y luego te dejaremos en paz. Lo juro. Nunca nos volverás a ver.

Mi estómago da un vuelco, y no solo por la conducción errática de Carter. Estoy dividida entre querer lastimarlos, pero la vergüenza y la culpa de eso me consumen.

—Noah está con él —añade Carter en voz baja—. Pero te necesitamos, Hazel. Eres la única que puede hacerlo entrar en razón.

Frenamos bruscamente cerca del puente. A lo lejos, puedo ver dos figuras: una posada precariamente en la barandilla y la otra de pie cerca.

—Gracias a Dios —murmura Carter, y me doy cuenta de lo mal que esto le está afectando. Él es su alfa principal, y se siente impotente, desesperado y solo. Sí, sé cómo se siente eso. Bienvenido al club. Me siento casi reivindicada, pero ¿a qué precio?

—Ve —urge Carter—. Por favor.

Asiento, con el corazón palpitando mientras salgo del coche. Mientras me acerco al puente, puedo oír a Noah hablándole.

Pero al acercarme más, me doy cuenta de que no está hablando. Está cantando.

Mi corazón da un vuelco. Es una dulce nana que me toma completamente por sorpresa.

La nana es inquietantemente hermosa, llena de una desesperación que hace que me duela el pecho. Mi corazón se acelera, el miedo y la adrenalina corriendo por mis venas.

—Zach —lo llamo suavemente cuando estoy lo suficientemente cerca.

Se tensa al oír mi voz pero no se gira. Noah deja de cantar y me mira con un asentimiento, y da un paso atrás.

—Hazel —susurra Zach—. No deberías estar aquí.

Doy un paso cauteloso más cerca. —Tú tampoco, Zach. Por favor, baja de ahí.

Sacude la cabeza. —No puedo. No después de todo lo que hemos hecho. Mereces algo mejor.

—Tal vez lo merezca —digo, con la voz temblando ligeramente—. Pero eso no significa que tú merezcas esto. Por favor, solo habla conmigo.

—¿Cómo puedes siquiera soportar estar cerca de mí después de lo que hicimos?

Trago saliva con fuerza, reprimiendo mi propia ira y dolor.

—Porque a pesar de todo, aún me importas, y no quiero que hagas esto. Quiero que bajes de ahí.

—¿Por qué? —pregunta con amargura—. ¿Para que puedas decirme cuánto me odias? ¿Cuán asqueada estás por lo que hemos hecho?

Sus palabras me hieren, pero ignoro el dolor.

—Estoy enojada, herida y asqueada —admito—. Pero no quiero que mueras.

Los hombros de Zach se desploman ante mis palabras.

—Tal vez lo merezca —dice suavemente—. Después de todo lo que te hemos hecho...

—Nadie merece esto, Zach. Ni siquiera tú.

Él se ríe amargamente.

—No sabes ni la mitad, Hazel. Las cosas que hemos hecho, las personas a las que hemos lastimado... Es imperdonable.

—Entonces vive con ello —digo con firmeza—. Enfrenta las consecuencias de tus acciones. Saltar no resolverá nada.

—Acabará con el dolor —susurra.

Mi corazón se oprime ante la angustia pura en su voz. A pesar de todo, no puedo soportar verlo así.

—¿Y qué hay del dolor que dejarás atrás? —pregunto suavemente—. ¿Qué hay de Noah y Carter? ¿Qué hay de mí?

—Estarán mejor sin mí. Sin todos nosotros.

—Eso no te corresponde decidirlo. Por favor, Zach. Baja de ahí y podemos hablar de esto.

—No hay nada de qué hablar —dice, con la voz hueca—. Lo hemos arruinado todo. Las cosas que hemos hecho... son imperdonables.

—Entonces dímelo. Dímelo, Zach. Dime qué han hecho, porque en este momento solo tengo especulaciones y algunas confesiones a medias de tu líder. Para poder perdonarte de verdad, dime qué han hecho.

Veo a Noah dar un paso adelante, y giro bruscamente la cabeza para mirarlo con furia para que se mantenga atrás. Él no está nada contento con esto. Carter, aún menos. Pero qué pena.

—Vamos a escucharlo. Vamos a escuchar esta confesión de tus pecados. Te ayudaré a empezar, ¿de acuerdo? —Ya estoy metida en esto ahora. Levanto un dedo aunque él no pueda verme—. Uno, han alejado a cada alfa con el que intenté acercarme, ¿estoy en lo cierto? ¿Sí? ¿Para qué? Lo único que logró fue que huyera de Cornwall, de todos ustedes. Dos, de alguna manera intentaron arruinar la venta de mi librería, pero fue una lástima porque se concretó de todos modos. Tres, y esto es una suposición, así que corrígeme si me equivoco, ¿irrumpieron en mi casa mientras estaba en medio de mi celo y tuvieron sexo conmigo? ¿Es correcto? ¿Estoy cerca? ¿O fue otra "figura de mi imaginación"?

—Hazel —advierte Noah mientras Zach deja escapar un fuerte gemido.

Los hombros de Zach tiemblan mientras deja escapar un sollozo ahogado.

—Sí —susurra—. Todo eso. Hicimos todo eso.

Mi estómago se revuelve ante la confirmación.

—Mi cielo. —No había querido creerlo, pero en el fondo sabía que era cierto. No fue un delirio. Fue real.

—Irrumpimos y fuimos a ti. Tú consentiste. Te preguntamos, y nos querías. Sé cómo suena eso, pero nos dijimos a nosotros mismos que nos querías.

—¡Estaba en celo! —espeto—. Habría deseado a cualquiera con un nudo. ¡Eso no lo hace correcto! ¡Es lo más alejado de ser correcto! No sabía lo que estaba diciendo o haciendo. ¡No me diste opción!

Zach se estremece. —Lo sé —Se acerca más al borde de la barandilla.

—Hazel, por favor, ahora no... —empieza Noah, pero lo interrumpo con un siseo.

—No me vengas con "ahora no". Me querías aquí. Pues bien, aquí estoy jodidamente, descubriendo todos sus sucios secretos.

—Tienes razón —dice Zach—. Nos aprovechamos de ti. Nos lo justificamos a nosotros mismos, pero en el fondo, sabíamos que estaba mal. Lo siento mucho, Hazel. Por todo.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Una parte de mí quiere enfurecerse con él, gritar y llorar y tal vez incluso darle un empujón después de decirle cuánto me ha lastimado y arrojar a los otros dos mentirosos bastardos por la barandilla con él. Pero otra parte ve lo destrozado que está, tambaleándose al borde de ese puente, y cómo mi ira no me convierte en una asesina. Ni siquiera en una secundaria. Si me voy, saltará. Lo sé en mi alma.

—Zach, por favor —digo, con la voz temblorosa, tratando de controlar la ira y el dolor—. Baja de ahí. Podemos hablar de esto, pero no así. No contigo ahí arriba.

Él niega con la cabeza. —No puedo enfrentarte. No después de lo que hemos hecho.

—Entonces no me enfrentes —digo—. Pero no hagas esto. No saltes. No resolverá nada.

—¿Qué más queda? —pregunta con voz quebrada—. Lo hemos arruinado todo.

Respiro hondo, armándome de valor. —Tal vez lo han hecho. Pero eso no significa que tenga que terminar así. Baja, Zach. Enfrenta lo que has hecho. Haz enmiendas si puedes.

—¿Cómo? —susurra—. ¿Cómo podemos posiblemente enmendar esto?

—No lo sé —admito—. Pero no puedes si estás muerto. Por favor, Zach. Date una oportunidad.

Gira levemente la cabeza, mirándome por primera vez desde que llegué aquí. El dolor crudo y la angustia que veo allí me dejan sin aliento.

—¿Por qué te importa? —pregunta con voz quebrada—. Después de todo lo que hemos hecho, ¿por qué estás siquiera aquí?

—Y-yo no quiero que esto sea como termina.

Los hombros de Zach se desploman. Durante un largo momento, permanece en silencio, y contengo la respiración, aterrorizada de que vaya a saltar de todos modos.

Entonces, lentamente, se gira y se desliza de la barandilla de vuelta al puente. Mis rodillas se debilitan de alivio.

Tan pronto como sus pies tocan el suelo, Noah se apresura hacia adelante, envolviendo a Zach en un fuerte abrazo. Lo oigo murmurar palabras tranquilizadoras mientras Zach se derrumba, sollozando sobre el hombro de Noah.

Me quedo allí torpemente, sin saber qué hacer ahora. Una parte de mí quiere ir hacia ellos, ofrecer consuelo. Pero otra parte, la parte que todavía está tambaleándose por todas las revelaciones, quiere huir lejos de aquí y nunca mirar atrás.

Carter se acerca con cautela. —Gracias —dice en voz baja—. Por venir. Por hablar con él.

—Cierra la puta boca. No tienes derecho a decirme nada —gruño y me alejo furioso de

vuelta al coche. Pero no quiero volver a un espacio cerrado con ellos ahora mismo. No puedo.
Así que empiezo a caminar.
Y me dejan ir.

HAZEL

EL AIRE NOCTURNO ESTÁ PEGAJOSO Y CÁLIDO CONTRA MI PIEL MIENTRAS ME ALEJO DEL PUENTE.

Y entonces, inmediatamente me arrepiento.

Mi ritmo cardíaco se acelera y mi respiración se vuelve más pesada. Mi piel se eriza y puedo sentir que alguien me observa. Los pelos de la nuca se me ponen de punta y ahogo un gemido detrás de la mano que me llevo a la boca.

Esto fue una mala idea.

Es una idea realmente estúpida.

Después de haber sido acosada, secuestrada y agredida, ¿por qué estoy siendo tan idiota y caminando de vuelta a mi casa en medio de la noche? Cualquiera podría estar aquí fuera. Bajo la mano y me muerdo el labio inferior, mirando por encima del hombro.

¿Soy realmente tan terca?

Con un resoplido, me doy cuenta de que sí lo soy. No volveré con Carter para pedirle que me lleve. Que se vaya al diablo hasta que no pueda irse más lejos.

Mi enojo me hace moverme de nuevo mientras recuerdo las confesiones.

El sexo... joder. Cierro los ojos por un segundo y luego me obligo a abrirlos. No puedo pensar en eso. No puedo pensar en lo increíble que se sintió tener un nudo dentro de mí, aliviando mi celo. Pueden justificar todo lo que quieran que dije que consentí, pero realmente no fue un consentimiento. Pensé que era un sueño. Recuerdo haber dicho que sí. Lo recuerdo, pero ese no es el punto. No sabía que eran reales. ¿O sí? En algún lugar de mi interior, debo haber sabido que era real, debo haber captado sus aromas y saber que no era solo un producto de mi imaginación, pero estaba siendo ciega e ingenua. Sé lo que es estar en medio del delirio, y no sabes qué es arriba y qué es abajo. Lo que hicieron estuvo mal, pura y simplemente. Me violaron.

Y odio eso.

Tuve sexo por primera vez en mi vida adulta y ni siquiera sabía que era real. Esa es la parte que realmente me enfurece. Sí, el allanamiento de mi casa es verdaderamente horrible y aprovecharse de mí es imperdonable, pero la parte que realmente me retuerce es el sexo.

El sonido de un motor de coche acercándose me saca de mis pensamientos en espiral. Me tensó, lista para salir corriendo, pero entonces reconozco el SUV de Carter. Se detiene junto a mí y la ventanilla del pasajero baja.

—Hazel, por favor, sube al coche —dice Carter desde el asiento del conductor—. No es seguro que camines sola por la noche.

Una parte de mí quiere decirle que se vaya a la mierda, que no necesito su protección y que no quiero estar cerca de ellos. Pero la parte racional de mi cerebro sabe que tiene razón. No debería cortarme la nariz para fastidiarme la cara. Con un suspiro frustrado, abro bruscamente la

puerta del copiloto y subo.

Zach y Noah están en la parte de atrás. Zach tiene los ojos cerrados, los puños apretados sobre su regazo. Parece que está colgando de un hilo. Noah parece que se quebraría si alguien dijera "bu" demasiado fuerte.

—Te llevaremos a casa —dice Carter en voz baja mientras se aleja del bordillo—. Y luego nunca más tendrás que vernos.

Asiento rígidamente, mirando por la ventana. El silencio se extiende denso e incómodo.

—Hazel, yo... —comienza Carter.

—No —le corto—. No quiero oírlo ahora mismo.

Se queda en silencio. Puedo sentir los ojos de Noah sobre mí, pero me niego a mirarlo.

Cuando finalmente nos detenemos frente a mi casa, salgo del coche antes de que se detenga por completo. Pero algo me hace pausar antes de cerrar la puerta de golpe.

—Me alegro de que hayáis venido por mí esta noche, pero no quiero volver a veros nunca más.

—Lo sentimos —dice Noah—. Sabes eso.

Sacudo la cabeza con una risa amarga.

—No importa. Ni siquiera entendéis lo que me habéis quitado.

—Hazel...

Cierro la puerta del coche de golpe, cortando a Carter, y marchó hacia la puerta de mi casa, forcejeando con las llaves. Mis manos tiemblan tanto que apenas puedo meter la llave en la cerradura. Tan pronto como estoy dentro, cierro y echo el cerrojo, sintiéndome entumecida. Ni siquiera siento ganas de llorar, lo cual es bueno porque estoy harta de llorar. Es todo lo que he hecho en los últimos meses. Ya no puedo más. Creo que todas las lágrimas se han agotado.

Solo me siento vacía, agotada.

Hago los movimientos mecánicos para prepararme para ir a la cama, aunque sé que será imposible dormir, pero tengo que intentarlo. Prometí que estaría en la tienda mañana y no voy a decepcionar a la señora Lewis de nuevo.

Una pequeña parte traidora de mí recuerda lo bueno que fue el sexo durante mi celo, cómo se sintió en el momento, cómo mi cuerpo respondió a su tacto.

Sacudo la cabeza violentamente, asqueada conmigo misma. No importa cómo se sintió. Se aprovecharon de mí cuando no podía consentir realmente. Violaron mi confianza, mi cuerpo, mi hogar.

Pero entonces pienso en Zach en aquel puente, listo para acabar con su vida por la culpa de lo que habían hecho. El dolor en sus ojos, la desesperación en su voz. A pesar de todo, no puedo evitar sentir una punzada de preocupación por él. Por todos ellos.

Gimo de frustración, hundiendo mi rostro en la almohada. ¿Por qué no puedo simplemente odiarlos por completo? Sería mucho más fácil.

Pero sé por qué. Los *conozco*. Me importan. Siempre ha sido así. Me fui para darles una vida mejor sin mí. Me fui sabiendo que nunca habría una oportunidad para nosotros, a pesar del pacto, a pesar de ser mejores amigos para siempre. Y porque, con todos sus defectos, con todas las formas en que me han herido, sé que también les importo. A su manera retorcida y equivocada, pensaron que me estaban protegiendo. Amándome. Dándome lo que necesitaba. No sabían sobre el abuso, no sabían que no he podido llevar a un alfa a mi cama, pero eso no excusa lo que hicieron. Ni de lejos. Pero hace que sea más difícil para mí descartarlos por completo.

Y me odio por eso.

Doy vueltas en la cama, mi mente es un torbellino de emociones contradictorias. Ira, traición,

dolor... pero también preocupación, y una persistente sensación de conexión que no puedo sacudirme por más que quiera intentarlo.

Y luego está el rescate.

Vinieron y me salvaron, y no puedo apartar eso de mi mente. Si no hubieran sido así conmigo, si no hubieran estado obsesionados o como sea que se llame, todavía estaría con David y Ayden, atada, violada, golpeada y sometida, posiblemente embarazada de un hijo que sufriría horrores que ningún niño debería tener que pasar.

¿Cómo puedo olvidar eso y descartarlo como si no significara nada?

Lo significó todo.

—¡Malditos bastardos! —grito, sentándome y hundiendo las manos en mi cabello, tirando con fuerza, solo para sentir algo físico, para desahogar algo de esta ira. Necesito golpear algo. O a alguien. Grito de nuevo y salto de la cama, cierro la mano en un puño y la estrello contra la pared. Chillo con la agonía que atraviesa mi mano y sube por mi brazo.

—Oh, ay —exclamo y sacudo mi mano antes de acunarla contra mi pecho. El dolor es agudo e inmediato, ahogando momentáneamente el tumulto emocional. Flexiono los dedos con cuidado, haciendo una mueca. Nada parece roto, pero definitivamente me he hecho daño.

—Estúpida —murmuro para mí misma—. Muy inteligente, Hazel.

Bajo tambaleándome las escaleras y entro en la cocina. Abro el congelador, miro alrededor y saco una bolsa de verduras mixtas congeladas. No es lo ideal, pero tendrá que servir. Ya se están formando moretones en mis nudillos.

Mientras envuelvo el improvisado paquete de hielo alrededor de mi mano, mi mente divaga hacia los alfas. Hacia Zach en ese puente. Hacia las revelaciones de la noche.

Una parte de mí quiere llamarlos, asegurarme de que Zach esté bien. Pero aplasto ese impulso sin piedad. Ya no son mi responsabilidad. Nunca deberían haberlo sido.

Y sin embargo...

Sacudo la cabeza, enojada conmigo misma por siquiera considerarlo. Me violaron. Me manipularon. Controlaron mi vida desde las sombras. No les debo nada.

Pero el recuerdo de la expresión rota de Zach, del canto desesperado de Noah, de la súplica angustiada de Carter pidiendo ayuda... me persigue.

—Basta. No merecen tu preocupación.

Pero incluso mientras lo digo, sé que no es del todo cierto. A pesar de todo lo que han hecho, no puedo simplemente apagar mis sentimientos por ellos. Fueron mis mejores amigos durante años.

Gimo de frustración, presionando la bolsa fría de verduras con más fuerza contra mi mano palpitante. El dolor me ayuda a mantenerme centrada, me da algo en qué concentrarme además del remolino de emociones.

Mi estómago se revuelve mientras intento reconciliar estas dos versiones de los alfas en mi mente. Los amigos y protectores cariñosos versus los abusadores controladores y manipuladores. ¿Cómo pueden ser ambas cosas?

Me desplomo en una silla. *¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Cómo sigo adelante después de esto? ¿Puedo seguir adelante después de esto? ¿Podré volver a confiar en ellos alguna vez?*

HAZEL

A LA MAÑANA SIGUIENTE, ME DESPIERTO SINTIÉNDOME COMO SI ME HUBIERA ARROLLADO UN camión. Me palpita la mano, me duele la cabeza y tengo el corazón roto en mil pedazos. Por un momento, considero llamar a la señora Lewis y cancelar nuestros planes para la librería. Pero descarto ese pensamiento. Necesito normalidad y rutina. Necesito sentir que tengo el control de algo en mi vida.

Me arrastro fuera de la cama y me meto en la ducha, dejando que el agua caliente alivie mis músculos doloridos. Mientras me visto, veo mis nudillos amoratados en el espejo. La visión de ellos trae de vuelta todas las emociones de anoche de golpe. Ira. Traición. Confusión. Preocupación.

Sacudo la cabeza, apartando esos pensamientos. No puedo lidiar con todo eso ahora mismo. Tengo una librería que atender.

En la cocina, preparo té y tostadas, y me sobresalto con el ruido de los basureros afuera, maldiciendo por haber olvidado sacar la basura anoche. Debatiendo si salir corriendo ahora, decido dejarlo. Ni siquiera estaba medio lleno, así que puedo aguantar hasta la próxima vez.

Terminando mi desayuno, agarro mi bolso, metiendo mi teléfono y llaves en él y salgo, pero en lugar de ir a la derecha, giro a la izquierda y me dirijo al parque, casi como si algo me atrajera hacia la casa de Carter.

Vacíó mi mente, sin querer pensar en lo que estoy haciendo, solo me concentro en el acto de llegar allí.

Cuando veo la gran casa victoriana en terraza, me detengo. El camino de entrada está vacío. Cruzo la calle rápidamente y marchó hacia la puerta principal. Ahora que estoy aquí, tengo que gritar un poco, y necesito uno o tres alfas a quienes gritarles.

Golpeo la puerta y espero. Pero nadie responde.

Vuelvo a golpear la puerta, más fuerte esta vez, ignorando el dolor palpitante en mis nudillos magullados. Sigue sin haber respuesta.

La frustración y el alivio me invaden. Una parte de mí se alegra de que no estén aquí. No estoy segura de qué habría dicho o hecho si hubieran respondido. Pero otra parte de mí está enojada. ¿Cómo se atreven a no estar aquí cuando finalmente he reunido el coraje para enfrentarlos?

Con un gruñido, me doy la vuelta, pero cuando estoy a punto de irme, algo llama mi atención. Hay un sobre parcialmente oculto por el felpudo con mi nombre en grandes y negritas letras en el frente. La curiosidad puede más que yo, y me agacho para recogerlo.

Lo miro fijamente por un largo momento, debatiendo si abrirlo o tirarlo en el contenedor más cercano. Al final, gana la curiosidad. Abro el sobre y saco una carta.

Hazel,

Sabemos que no tenemos derecho a pedirte nada, pero si alguna vez encuentras en tu corazón perdonarnos, significaría el mundo para nosotros. Tú significas el mundo para nosotros. Sabemos que la cagamos, y pasaremos toda una vida tratando de compensártelo si nos lo permites.

Te hemos dejado sola, pero estaremos cerca. Siempre.

Miro la carta con furia. ¡Estoy aquí ahora, queriendo hablar y no están aquí! Bueno, gritar y golpear y patear es probablemente más el ambiente que busco ahora mismo, pero aun así. Si me voy y lo pienso más, nunca volveré.

—Malditos sean, malditos imbéciles.

Encorvando los hombros, meto la carta en mi bolso y me dirijo a la librería, esperando que me distraiga del dolor y la confusión que giran en mi mente.

El paseo hace poco para calmar mis pensamientos acelerados. Cuando llego, soy un manojo de nervios. La señora Lewis ya está esperando afuera, su amable sonrisa un punto brillante en este día ya oscuro.

—Buenos días, querida —dice.

Fuerzo una sonrisa. —Buenos días, señora Lewis.

—Llámame Delia —dice con un guiño—. Señora Lewis me hace sentir vieja.

Me río, y ya me siento mejor mientras abro la tienda. Si Delia nota mi mano, no lo comenta.

Al entrar en la tienda, el familiar aroma de libros viejos y madera pulida me envuelve. Por un momento, siento una sensación de paz. Este es mi santuario, mi refugio seguro. Sin alfas, sin dramas, solo libros y el tranquilo consuelo que brindan.

Delia se mueve por la tienda, enderezando exhibiciones y charlando alegremente sobre los últimos chismes del pueblo. Intento concentrarme en sus palabras, agradecida por la distracción, pero mi mente sigue volviendo a la carta en mi bolso.

—¿Hazel? —La voz de Delia interrumpe mis pensamientos—. ¿Estás bien, querida? Pareces un poco distraída.

Fuerzo otra sonrisa. —Estoy bien, solo que no dormí bien anoche.

Me mira con escepticismo, pero no insiste. —Bueno, ¿por qué no vas a trabajar en ese papeleo que mencionaste? Yo puedo encargarme de las cosas aquí por un rato.

Agradecida por la excusa para estar sola, asiento y me retiro a la pequeña oficina en la parte trasera de la tienda. Una vez allí, me hundo en la silla detrás del escritorio y saco la carta, leyéndola de nuevo.

Te hemos dejado sola, pero estaremos cerca. Siempre.

Las palabras me producen un escalofrío. ¿Se supone que eso es reconfortante o amenazante? Después de todo lo que ha pasado, ya no estoy segura de poder distinguir la diferencia.

Gimo y dejo caer la cabeza entre mis manos. ¿Por qué no puedo simplemente odiarlos y acabar con esto? ¿Por qué una parte de mí todavía se preocupa?

Un suave golpe en la puerta me sobresalta. —¿Hazel? —llama Delia—. Hay alguien aquí para verte.

Mi corazón salta a mi garganta. ¿Han venido aquí? ¿Después de prometer dejarme en paz?

—Dijeron que habían pedido un libro en línea.

—Oh, está bien —digo. La decepción que me golpea es más fuerte que el alivio. *¿Por qué estoy tan jodida?*—. Saldré en un minuto.

Respirando profundamente, me recompongo. Los alfas y sus problemas tienen su lugar, y no es aquí en mi negocio. Pueden esperar. Mi sustento no puede.

ZACH

MIRO SIN EXPRESIÓN POR LA VENTANA DEL SUV DE CARTER MIENTRAS NOS ALEJAMOS DEL pueblo de Hazel. Sus últimas palabras resuenan en mi mente. *Ni siquiera entienden lo que me quitaron.*

El dolor en su voz, el asco en sus ojos... es casi más de lo que puedo soportar. Cierro los ojos, apretando los puños en mi regazo mientras intento mantenerme entero. Pero puedo sentir cómo me desmorono, cayendo en espiral de vuelta a ese lugar oscuro en el que estaba en el puente anoche.

—¿Zach? —la suave voz de Noah atraviesa la niebla en mi mente—. ¿Cómo estás?

Me río amargamente.

—¿Cómo crees que estoy? La mujer que amamos nos odia, y tiene todo el derecho de hacerlo.

Las manos de Carter se tensan sobre el volante.

—Sabíamos que esto era una posibilidad cuando decidimos decir la verdad.

—Saberlo y experimentarlo son dos cosas muy diferentes —replico.

Noah pone una mano tranquilizadora en mi brazo.

—Sé que duele, pero tenemos que respetar sus deseos. Se lo debemos.

Asiento rígidamente, sabiendo que tiene razón pero odiándolo de todos modos. El impulso de volver, de suplicarle perdón a Hazel, de explicarnos mejor, es casi abrumador. Pero ya hemos hecho suficiente daño.

—¿Qué creen que quiso decir con "ni siquiera entienden lo que me quitaron"? —pregunto en voz baja, tratando de concentrarme en las palabras, en el significado detrás de ellas.

Silencio.

Me giro para mirar a Noah, que está mirando por la ventana, claramente evitando mi mirada.

—¿Qué sabes?

—Nada. No sé nada. Tengo especulaciones, y no son... buenas.

—Suéltalo —gruñe Carter desde el frente mientras aparca en el estacionamiento del hotel a unos kilómetros del pueblo. Todavía podemos estar cerca de Hazel pero sin estar en su cara.

—Creo que... hicimos algo realmente malo —dice lentamente—. Creo que ella no ha tenido relaciones sexuales con nadie desde su abuso.

Se me corta la respiración, y ahogo el sollozo de absoluta miseria que me inunda, haciéndome desear estar aún en esa barandilla para poder acabar con mi inútil vida de una vez por todas.

—No —dice Carter, negando con la cabeza—. No.

—¿No? —replica Noah—. Yo creo que sí.

—Tiene razón —digo con voz ronca. La realización de lo que hemos hecho me golpea como una marea de angustia y tormento. Me siento enfermo del estómago, con la bilis subiendo por mi garganta.

—Oh, Dios —susurra Carter, con el rostro pálido—. Nosotros... fuimos su primera vez...

—Y se lo quitamos —termino, con la voz quebrada—. Sin que ella supiera siquiera que era real.

La enormidad de nuestra violación cae sobre mí. No solo nos aprovechamos de Hazel durante su celo. Le robamos algo precioso, algo que nunca podrá recuperar. Su primera experiencia sexual real, manchada por nuestro egoísmo y manipulación.

Noah se pasa una mano por la cara, con aspecto devastado. —La hemos cagado. La hemos cagado terriblemente.

—Eso es quedarse corto —gruñe Carter, golpeando repetidamente el volante con el puño hasta que falla y hace sonar la bocina, que resuena en mi cráneo, haciéndome sentir desorientado y desconectado de la realidad.

Me inclino hacia adelante, enterrando la cara entre mis manos, balanceándome de adelante hacia atrás. El impulso de hacerme daño, de castigarme por lo que hemos hecho, es abrumador. —¿Cómo pudimos haber sido tan ciegos? ¿Tan egoístas?

—Pensamos que la estábamos protegiendo —dice Noah débilmente—. Nos dijimos a nosotros mismos que estábamos haciendo lo mejor para ella.

—Y mira dónde nos ha llevado eso —espeta Carter—. La hemos perdido. Nunca nos perdonará, y tiene razón en no hacerlo.

Sus palabras flotan pesadamente en el aire. La finalidad de todo amenaza con aplastarme.

—¿Qué hacemos ahora? —gimo.

—Hacemos lo que prometimos —dice Carter con firmeza, aunque su voz está cargada de emoción—. La dejamos en paz.

—Pero... —empiezo a protestar.

—Sin peros —interrumpe Noah—. Ya hemos hecho suficiente daño.

Me desplomo en mi asiento, sintiéndome completamente derrotado. Tienen razón, por supuesto. No tenemos derecho a volver a entrar en la vida de Hazel después de lo que hemos hecho. Pero la idea de no volver a verla nunca más, de no tener la oportunidad de arreglar las cosas, es insoportable.

—¿Así que eso es todo? —pregunto con amargura—. ¿Simplemente nos alejamos?

Carter suspira profundamente. —Por ahora, sí. Le damos el espacio que dijimos que le daríamos. Si alguna vez decide que quiere volver a hablarnos, tiene que ser en sus términos.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces vivimos con las consecuencias de nuestras acciones —dice Noah suavemente—. Es lo mínimo que merecemos.

El silencio cae sobre el coche mientras todos lidiamos con la realidad de nuestra situación. El peso de nuestros errores, la enormidad de lo que hemos perdido, se asienta sobre nosotros como una manta sofocante.

No puedo simplemente no hacer nada. No puedo quedarme aquí sentado sin hacer nada. Necesito verla, decirle lo arrepentido que estoy, enmendar las cosas de alguna manera.

Abro la puerta del coche, pero la mano de Noah sale disparada para agarrar mi brazo. —¿Adónde vas?

—Necesito tomar aire —miento—. No puedo respirar.

—Iremos contigo.

—¡No! —digo, apartando mi brazo—. Necesito estar solo. No haré nada estúpido.

—Zach —la voz de Carter es suave, probablemente más suave de lo que jamás le he oído.

—Lo prometo, ¿de acuerdo? Solo necesito estar solo. Tengo mi teléfono. Me reportaré.

—Si no lo haces, iremos a buscarte, y si me obligas a volver y traer a Hazel para que te haga entrar en razón de nuevo, te patearé el trasero tan fuerte que acabarás en medio del año que viene. ¿Está claro? —gruñe Carter.

El resoplido de diversión me toma por sorpresa tanto como a él. —Sí, señor —le hago un saludo burlón y él entrecierra los ojos, pero me dejan ir.

Tan pronto como estoy fuera de la vista del coche, empiezo a correr. No tengo un plan claro, solo una abrumadora necesidad de ver a Hazel, de intentar arreglar las cosas de alguna manera. Sé que es egoísta, que estoy rompiendo mi promesa de dejarla en paz, pero no puedo evitarlo. La idea de no volver a verla nunca más, de no tener la oportunidad de explicarme o disculparme adecuadamente, me revuelve las entrañas.

Reduzco el paso a un trote mientras me acerco al pueblo, con el corazón latiendo por el esfuerzo y la ansiedad. ¿Qué voy a decirle? ¿Me escuchará siquiera? ¿O simplemente me cerrará la puerta en la cara?

Recuperando el aliento mientras camino por la calle principal hacia la librería, intento ordenar mis pensamientos. ¿Qué estoy haciendo aquí? Esta es una idea terrible. Debería dar media vuelta y volver con Carter y Noah. Pero sigo avanzando, atraído hacia Hazel como un imán.

Al acercarme a la librería, veo movimiento a través de la ventana. Hazel está allí, ordenando libros en un estante. Mi corazón se encoge al verla. Parece cansada, sus movimientos son lentos y deliberados.

Estoy a punto de empujar la puerta cuando una mujer mayor se acerca a Hazel. Observo cómo le dice algo a Hazel, quien fuerza una sonrisa en respuesta. Incluso desde aquí, puedo ver que no le llega a los ojos.

La culpa me invade. Nosotros le hicimos esto. Le quitamos su alegría, su confianza, su sensación de seguridad. ¿Cómo puedo pensar siquiera que tengo algún derecho a estar aquí?

Me alejo de la puerta, mi determinación se desmorona. ¿En qué estaba pensando al venir aquí? Hazel dejó claro que nunca quiere volver a vernos. No tengo derecho a forzar mi presencia sobre ella, a hacerle revivir el dolor que le hemos causado, solo para sentirme mejor.

Cuando me dispongo a irme, un movimiento capta mi atención. Hazel se dirige hacia la parte trasera de la tienda, presumiblemente a su oficina. Antes de que pueda detenerme, empujo la puerta de la tienda y entro. El ruido capta la atención de Hazel, y ella se detiene, volviéndose para mirar. Una sonrisa forzada se forma en su rostro. Sus ojos se encuentran con los míos, y el mundo se desvanece antes de inclinarse sobre su eje, haciéndome tropezar y chocar contra un expositor de libros cerca de la puerta.

HAZEL

EL ESTRUENDO DE LOS LIBROS CAYENDO AL SUELO ME SACA DE MI ASOMBRO. POR UN MOMENTO, solo puedo mirar fijamente a Zach, con la mente dando vueltas. ¿Qué hace él aquí? La ira y la confusión aumentan mientras lo observo apresurarse a recoger los libros caídos.

—Lo siento mucho —murmura, con el rostro sonrojado por la vergüenza—. Limpiaré esto.

Por fin encuentro mi voz. —¿Qué estás haciendo aquí? —siseo, mirando hacia la parte trasera de la tienda donde, afortunadamente, Delia está ocupada con un cliente.

Zach me mira, sus ojos grises llenos de angustia. —Yo... necesitaba verte. Para disculparme apropiadamente. Sé que no debería estar aquí, pero no pude...

—Tienes razón, no deberías estar aquí —le corto en voz baja—. Prometiste dejarme en paz.

Se estremece ante mi tono, y una pequeña parte de mí se siente culpable. Pero aplasto ese sentimiento sin piedad. No tengo nada de qué sentirme culpable.

—¿Hazel? —llama Delia—. ¿Está todo bien por ahí?

Fuerzo mi voz a permanecer calmada. —Todo está bien, Delia.

Volviéndome hacia Zach, que aún está arrodillado en el suelo rodeado de libros caídos, lo fulmino con la mirada. —Tienes que irte. Ahora.

Se pone de pie, aún aferrando algunos libros contra su pecho como un escudo. —Por favor, Hazel. Dame solo cinco minutos. Es todo lo que te pido.

Quiero gritarle, empujarlo fuera de la puerta y no mirar atrás. Pero algo en su expresión me hace dudar. Se ve... destrozado. Desesperado. Vacilo, dividida entre mi ira y el dolor que siento al ver a Zach tan afligido. Contra mi buen juicio, me encuentro asintiendo rígidamente.

—Cinco minutos —digo, con voz baja y tensa—. En la oficina de atrás. Y luego te vas.

El alivio inunda el rostro de Zach mientras asiente ansiosamente. Lo conduzco a la pequeña oficina, cerrando la puerta tras nosotros. El espacio de repente se siente demasiado pequeño, demasiado íntimo. Me muevo detrás del escritorio, tratando de poner algo de distancia entre nosotros, pero es difícil. Su aroma a lluvia de verano es potente, rodeándome, y mi estómago se contrae. Quiero ir hacia él, abrazarlo y decirle lo contenta que estoy de que aún esté aquí y que puedo ayudar a aliviar su dolor si quiere hablar de ello... pero no puedo.

—Habla —digo secamente en su lugar.

Zach toma un respiro tembloroso. —Hazel, yo... nosotros... lo que hicimos fue imperdonable. Lo sé. Pero necesitaba que supieras cuán verdaderamente arrepentidos estamos. Cuán arrepentido estoy yo.

—El arrepentimiento no cambia lo que pasó —respondo, con voz fría.

—Lo sé —dice, bajando la mirada, tan afligido, como un cachorro perdido que fue pateado y abandonado en una caja al lado de la carretera—. Dios, lo sé. Violamos tu confianza, tu cuerpo,

tu hogar. Te quitamos algo precioso que nunca podremos devolverte.

Sus palabras me golpean con fuerza. Así que descubrieron lo que quise decir anoche. Me preguntaba si lo harían. Malditos sean.

—Pensamos que te estábamos protegiendo —continúa cuando no digo nada, su voz quebrándose—. Nos dijimos a nosotros mismos que estábamos haciendo lo mejor para ti. Pero estábamos equivocados. Terriblemente equivocados.

Puedo sentir las lágrimas picando en mis ojos, pero me niego a dejarlas caer. —No tenían derecho —susurro con dureza—. No pueden decidir qué es lo mejor para mí. No pueden controlar mi vida.

Zach asiente, sus ojos llenos de remordimiento. —Lo sé. Lo sabemos. Estábamos tan equivocados, Hazel. Increíblemente equivocados. Dejamos que nuestros miedos a perderte y nuestros deseos por ti nublaran nuestro juicio. Nos convencimos de que estábamos haciendo lo correcto, pero solo estábamos siendo egoístas.

Sus palabras resuenan con una dolorosa verdad. Una parte de mí quiere ablandarse, perdonar. Pero la ira y la traición aún están demasiado crudas.

—¿Tienes alguna idea de cómo se siente? —pregunto, con la voz temblorosa—. Descubrir que tu primera experiencia sexual real fue... fue...

—No fue real —susurra Zach—. Te quitamos eso. Tu elección. Nunca podremos arreglarlo.

Me abrazo a mí misma, sintiéndome de repente fría a pesar del cálido día. —No, no pueden.

Zach da un paso hacia mí, luego se detiene. —Hazel, yo... nosotros... te amamos. Siempre te hemos amado. Pero lo hicimos todo mal. Te herimos de maneras que nunca podremos deshacer.

—¿Amor? —Me río amargamente—. Eso no es amor, Zach. El amor no manipula. El amor no controla. El amor no viola.

El rostro de Zach se desmorona, y por un momento, creo que podría llorar. —Lo que hicimos no fue amor. Fue obsesión, posesión. Estábamos tan asustados de perderte que perdimos de vista lo que realmente importaba, y lo destruimos todo.

Cierro los ojos con fuerza, tratando de contener la marea de emociones que quieren aplastarme. Cuando los abro de nuevo, Zach se mueve alrededor del escritorio y cae de rodillas, mirándome con una angustia tan cruda que me deja sin aliento.

—Sé que no merecemos tu perdón —continúa, alcanzando mis manos tentativamente—. Pero necesitaba que supieras cuánto lo sentimos. Cuánto lo siento yo. Y que si alguna vez decides que nos quieres en tu vida de nuevo, en cualquier capacidad, estaremos aquí, y haremos las cosas de manera diferente esta vez.

Una parte de mí quiere arañarle los ojos, empujarlo lejos de mí y decirle que se vaya y nunca regrese. Pero otra parte, una parte que estoy tratando desesperadamente de ignorar, anhela consolarlo. Decirle que tal vez, algún día, podamos encontrar una manera de superar esto.

En cambio, respiro profundamente y retiro mis manos. —Tus cinco minutos se acabaron, Zach. Necesitas irte ahora.

Él asiente, sus hombros hundiéndose en derrota. —Entiendo. Gracias por escuchar, Hazel. Lo siento tanto, tanto.

Mientras Zach se pone de pie, siento una punzada en el pecho. A pesar de todo, verlo tan destrozado duele. Pero no puedo dejar que eso me inflencie. He sido herida lo suficiente.

—Solo vete —digo, con la voz apenas por encima de un susurro—. Por favor.

Zach asiente, sus ojos brillando con lágrimas contenidas. Se gira para irse pero se detiene en la puerta. —Hazel, yo...

—No lo hagas —lo interrumpo—. Simplemente no lo hagas.

Me da una última mirada atormentada antes de salir de la oficina.

Mis piernas se sienten débiles, y me hundo en la silla detrás del escritorio. Mi mente da vueltas por el encuentro. La disculpa de Zach, su evidente remordimiento, el dolor en sus ojos - todo se arremolina en mi cabeza, mezclándose con mis propias emociones conflictivas.

Su aroma aún persiste en el aire, y dejo salir el ronroneo que estaba tan desesperado por salir antes. Reverbera por mi oficina, y me maldigo a mí misma mientras me levanto y me lanzo hacia la puerta. —¡Zach! ¡Espera!

Él se detiene a mitad de camino de la puerta de la tienda pero no mira atrás.

—Zach —digo de nuevo, mi voz quebrándose con mil emociones diferentes, algunas que ni siquiera puedo nombrar. No debería estar haciendo esto. No debería estar aquí, llamándolo. Mi lado omega ha asomado la cabeza, y odio eso. Pero tampoco puedo ignorarlo. Por mucho que quiera ser independiente de esta biología que me tocó, no puedo. Y tal vez mi intento de ser así, separada de la omega, fue lo que empujó a los alfas a hacer lo que hicieron. Quizás si hubiera aceptado quién era, qué era, tal vez las cosas habrían sido muy diferentes. ¿Quién puede decirlo? ¿Me estoy culpando por esta traición? No. No realmente. Pero tampoco soy inocente. Mientras Zach se gira lentamente para mirarme, recuerdos pasan por mi mente. Recuerdos que ahora veo bajo una luz completamente diferente. La manera en que dejaron claro que se preocupaban por mí y cómo los rechacé, pensando que estaban bromeando o simplemente coqueteando. Una y otra y otra vez.

Recuerdo cuando Carter me dijo que me amaba en mi cumpleaños número 18, y me reí como si fuera una broma. El dolor que pasó por su rostro y que descarté ahora es claro en mi mente. O cuando Noah me escribió esa canción, y le dije que era dulce, pero que no debería desperdiciar su talento en tontas canciones de amor para mí. La forma en que su rostro se desmoronó. Y Zach... dulce Zach, que se ofreció a acompañarme durante mi primer celo si me sentía cómoda con su presencia, y yo negué con la cabeza, decidida a que no necesitaba un alfa o un nudo real.

¿Soy culpable de su engaño, de sus acciones? No, pero dejé que mi independencia, mi necesidad de ser diferente de otras omegas, mi terquedad de no ver lo que estaba frente a mi cara todo el tiempo los alejara cuando puedo ver que lo intentaron.

Mierda.

Cuando los expresivos ojos grises de Zach se encuentran con los míos, me doy cuenta de lo que me estaba negando todo este tiempo. Lo que ni siquiera me atreví a reconocer debido a todas las palabras hirientes, el juicio y la pedantería de sus padres.

—¿Hazel? —murmura.

Me trae de vuelta al presente, y niego con la cabeza, girando sobre mis talones, con la garganta apretada por un anhelo que he reprimido todo este tiempo. Si cedo ahora, ¿en qué me convierte eso? En exactamente lo que nunca quise ser.

Volviendo a mi oficina, intento cerrar la puerta de golpe, pero la mano de Zach la detiene con fuerza, haciéndola rebotar contra la pared. Mi respiración se entrecorta, y doy un paso atrás, temblando incontrolablemente mientras su aroma se intensifica, provocando que el mío haga lo mismo. Sus fosas nasales se dilatan, mirándome con tanto amor y anhelo que ahogo otro ronroneo.

Entra en la oficina y cierra la puerta. Luego, en dos zancadas gigantes, está frente a mí, sus manos acunando mi rostro mientras se cierne sobre mí antes de reclamar mis labios en un beso que me hace temblar las rodillas. Tiro de su camisa, arañándolo para acercarlo más a mí. Dejo de pensar y permito que la omega tome el control, solo para ver qué sucede.

Gruñe suavemente cuando me encuentra ansiosa en sus brazos. Eso me eriza la piel. Su

miembro está presionado contra mí, duro y listo, y jadeo cuando me empuja contra la pared, sus manos bajando para subir mi vestido alrededor de mis caderas.

—Zach —gimo débilmente.

—¿Quieres que me detenga?

Mi respiración se atasca en mi garganta. Ni siquiera quiero decir que sí. Solo quiero hacer lo que surge naturalmente. No quiero pensar demasiado en lo que estoy haciendo o las implicaciones de follar con él en mi oficina cuando he estado célibe, o eso creía, durante tanto tiempo.

Incluso ese pensamiento no me impide acercarlo más por su camisa y acariciar la parte posterior de su cuello para profundizar el beso.

El gruñido de su pecho vibra a través de mí y envía un chorro de lubricación directamente a mi coño. Inhala profundamente, y yo ronroneo salvajemente, perdiéndome en este momento, este único momento en el que no estoy pensando en nada excepto en lo que el omega quiere.

Es liberador.

Completamente liberador y me odiaré después por ceder, pero ahora mismo, ni siquiera me importa.

Zach aparta mis bragas y forcejea con sus pantalones. Saca su verga y la presiona contra mí, levantándose con facilidad.

—Hazel...

—Hazlo —exijo, y la sorpresa en su rostro por mi tono casi lo hace detenerse.

Casi.

Al segundo siguiente, me penetra de una sola estocada, empalándome en su dura verga que cubro con suficiente lubricación como para hacer un ruido de chapoteo mientras se hunde aún más profundo con un gemido de tal necesidad, tal anhelo.

La sensación de Zach dentro de mí es exquisita. Mi cuerpo responde al instante, apretándose a su alrededor mientras olas de placer me invaden. Por un momento, olvido todo: la traición, el dolor, la ira. Solo puedo concentrarme en la perfecta sensación de estar tan completamente llena.

La frente de Zach descansa contra la mía mientras empieza a moverse, con embestidas lentas y profundas que me hacen jadear.

—Hazel —respira, su voz reverente—. Dios, te amo tanto.

—Zach —jadeo y aprieto mis piernas alrededor de su cintura.

Él gime y arremete contra mí, con fuerza, posesivamente, y eso habla a la omega dentro de mí.

Un ronroneo se me escapa, que comienza en lo profundo de mi alma, y lo dejo salir, viendo cómo sus ojos se oscurecen de deseo cuando lo escucha.

—Joder, Hazel. Lo siento tanto...

Pongo mis dedos sobre sus labios.

—Shh. Solo siente, Zach.

Su mirada se inunda de amor, y nos miramos profundamente a los ojos mientras me folla constantemente contra la pared en mi oficina, en mi librería con Delia y los clientes justo afuera.

De alguna manera, eso lo hace aún más excitante.

Mi clítoris palpita y mi coño se aprieta a su alrededor. Él gruñe, bajo y profundo, agarrando mis caderas mientras me embiste, más rápido ahora. Más fuerte.

Jadeo cuando mi clímax me golpea, y tiemblo en sus brazos, mi coño apretando su verga con fuerza. Nunca he sentido nada igual antes, y quiero más. Quiero sentir esto de nuevo. Así es como debería ser. No forzado, no con un vibrador, no en medio de mi celo cuando no sé si es

real.

Esto.

Esto justo aquí es como debería ser.

Las lágrimas llenan mis ojos mientras todo lo que he perdido se desploma sobre mí, pero no me detengo. No puedo dejar de moverme sobre la verga de Zach, persiguiendo otro orgasmo. Es como si mi cerebro hubiera abandonado mi cuerpo, y todo lo que queda es mi alma, exigiendo más. Mucho más.

—Hazel —gime Zach y se tensa en mis brazos. Dispara su carga y me anuda, estirando mi coño lo suficiente como para quitarme el aliento. Este no es un nudo completo, pero joder, se siente como si estuviera hecho solo para mí. Mi clítoris palpita locamente ante la sensación, y me corro de nuevo, cubriéndolo con lubricación.

La realidad de lo que acabamos de hacer me golpea cuando el nudo de Zach comienza a deshincharse. Mis piernas tiemblan mientras me baja suavemente al suelo, sus manos se demoran en mis caderas como si temiera que desapareciera si me soltara por completo.

—Hazel, yo... —comienza, pero lo interrumpo.

—No —digo, con la voz ronca—. Solo... no digas nada.

Aliso mi vestido con manos temblorosas, evitando la mirada de Zach. ¿Qué he hecho? Después de todo lo que ha pasado, ¿cómo he podido ceder de esta manera?

—Deberíamos hablar de esto —dice Zach suavemente.

Niego con la cabeza vehementemente.

—No hay nada de qué hablar. Esto fue un error.

El dolor que atraviesa su rostro hace que me duela el pecho, pero aparte ese sentimiento. No puedo dejarme influenciar por su dolor, no cuando todavía estoy lidiando con el mío.

—No se sintió como un error —susurra.

—Ese es el problema —espeto, con la ira surgiendo para enmascarar mi confusión y vulnerabilidad—. Se sintió demasiado bien. Demasiado correcto. Pero eso no cambia nada, Zach. No borra lo que ustedes me hicieron. ¿No lo ves? Así es como debía ser. No lo que me quitaste, sino esto.

Se estremece ante mis palabras, pero no discute.

—Lo sé. Gracias, Hazel, por darme esto. Significa el mundo para mí.

Se da la vuelta y sale de la oficina antes de que pueda tomar mi siguiente respiración. Mirándolo partir, sintiendo su lubricación deslizarse por mis muslos internos, cierro los ojos.

—Maldito seas, Zach Thorpe. ¿Por qué tenías que decir eso?

CARTER

—SABÍA QUE VENDRÍAS AQUÍ —LE DIGO A ZACH MIENTRAS SALE CORRIENDO DE LA LIBRERÍA DE Hazel como si el diablo lo persiguiera.

Me mira de reojo, con una mirada temerosa y casi en estado de shock.

El aroma a sexo y el dulce olor omega de Hazel se aferran a él, revelándome exactamente lo que ocurrió dentro. Los celos y la ira me invaden.

—¿Qué hiciste? —gruño, agarrándolo del brazo y apartándolo de la fachada de la tienda.

Los ojos de Zach están muy abiertos, su expresión aturdida. —Yo... nosotros... Carter, no quería que pasara. Solo quería disculparme, explicar...

—¿Y terminaste follándola en su lugar? —siseo, apretando mi agarre en su brazo—. ¿Qué pasó con respetarla? ¿Con darle espacio?

—Simplemente sucedió. Ella lo quería. Me dijo que lo quería.

Me quedo helado, procesando sus palabras. ¿Hazel lo quería? Después de todo, después de su enojo y dolor, ¿quería que esto pasara?

—Cuéntamelo todo —exijo, arrastrándolo hacia un callejón cercano en busca de privacidad—. Cada detalle, Zach. Ahora.

Mientras Zach relata lo sucedido, mis emociones oscilan entre los celos, la ira y la confusión, pero una chispa de esperanza lucha por dominar.

—Ella me llamó de vuelta —dice Zach, con la voz llena de asombro—. Me estaba yendo, y me llamó de vuelta. Nos besamos. Fue perfecto.

Aprieto los puños, luchando contra el impulso de golpear algo. O a alguien. —¿Y simplemente seguiste adelante? ¿Después de todo lo que le hemos hecho pasar?

La expresión de Zach es angustiada. —Debería haberlo detenido. Pero Dios, Carter, cuando me devolvió el beso, no pude pensar con claridad. Solo podía concentrarme en Hazel, su aroma, su tacto.

Gruño bajo en mi garganta. —¿Y después? ¿Qué dijo ella?

Su rostro decae. —Dijo que fue un error. Que se sintió demasiado bien, demasiado correcto, que así era como debía haber sido desde el principio, pero que no cambia nada.

Mi corazón se encoge ante sus palabras. Por supuesto que no cambia nada. ¿Cómo podríamos esperar que lo hiciera? Violamos su confianza de la peor manera posible. Un momento de pasión no borra eso.

—¿Te arrastraste ante ella? ¿Apelaste a su naturaleza dulce? —exijo.

Él asiente. —Le importa, Carter. Pero la herimos muy profundamente. No creo que todo esté perdido. Pero tenemos que compensarla de alguna manera, aunque nos lleve hasta el día de nuestra muerte. No me voy a alejar. Ni ahora, ni nunca. No después de eso.

Me paso una mano por el pelo, luchando por procesar todo lo que Zach me ha contado. Una parte de mí quiere sacudirlo por ser tan imprudente, por arruinar potencialmente cualquier oportunidad que tuviéramos de arreglar las cosas con Hazel. Pero otra parte entiende demasiado bien la atracción hacia ella, la abrumadora necesidad de estar cerca de ella.

—Tenemos que decírselo a Noah —digo finalmente—. Y necesitamos idear un plan para mantenerte a ti y a tu polla a raya. No podemos seguir abordándola así.

Zach asiente, con expresión avergonzada. —Lo sé. Lo siento, Carter. Necesitaba verla. Ni en mis sueños más locos pensé que terminaría así.

Suspiro, mi enojo desinflándose. —Lo entiendo. Pero tenemos que hacerlo mejor. Por el bien de Hazel.

Mientras caminamos de vuelta al coche, mi mente va a toda velocidad. Hazel respondió a Zach, incluso lo deseaba. ¿Significa eso que aún hay esperanza para todos nosotros? ¿O fue solo un momento de debilidad por su parte? ¿Se entregó a él por lo de anoche en el puente, o porque realmente lo desea? ¿Qué papel jugó en esto el lado omega que ella trata de reprimir? Todas estas preguntas dan vueltas en mi mente, y no conozco las respuestas. Solo Hazel las sabe. Y no puedo ir a preguntarle. Aún no. Podría arruinarlo todo.

El viaje de vuelta al puente donde el coche de Zach sigue aparcado es tenso. Zach mira el lugar donde casi se quitó la vida anoche y sacude la cabeza con grim determinación. —No lo hizo porque sintiera lástima por mí —suelta.

—¿Quién ha dicho eso?

—Lo estabas pensando.

—Bueno, perdóname por tener un pensamiento fugaz que, por lo que sabemos, es acertado. No sabemos por qué Hazel hizo lo que hizo. Ni siquiera tú lo sabes, joder.

El coche de Noah frena en seco junto a mi SUV, y sale hecho una furia. —¿Qué coño es esto?

—Nada —dice Zach—. Solo vengo a recoger mi coche.

—Zach fue a ver a Hazel y se la folló. En su oficina —suelto.

La cara de Noah sería hilarante si esta situación no fuera tan grave.

Mira a Zach con incredulidad. —¿Que hiciste qué?

Zach se remueve incómodo bajo su mirada. —Fui a disculparme. Las cosas se intensificaron.

—¿Se intensificaron? —repite Noah incrédulo—. ¿Te la follaste en su oficina después de que acordamos explícitamente darle espacio?

—No estaba planeado —dice Zach a la defensiva—. Ella me llamó cuando me iba. Ella también lo quería, Noah.

Los ojos de Noah se entrecierran mientras procesa esta información. —¿Ella lo quería? ¿Estás seguro de eso, Zach? ¿Después de todo lo que ha pasado?

Zach asiente con énfasis. —Sí. Se lo pregunté. Dos veces.

Noah se pasa una mano por el pelo, pareciendo debatirse entre la esperanza y la frustración. —Esto complica las cosas. Mucho.

—¿Tú crees, Capitán Obvio? —digo con sarcasmo—. Necesitamos pensar muy cuidadosamente qué hacer a continuación. No podemos permitirnos más acciones impulsivas.

Noah suspira profundamente. —Tenemos que ser más inteligentes con esto. Los sentimientos de Hazel son frágiles ahora mismo. No podemos seguir empujándola y tirando de ella en todas direcciones.

Asiento con la cabeza en señal de acuerdo. —Necesitamos un plan. Uno de verdad esta vez, no solo vagas promesas de dejarla en paz que no podemos cumplir.

Los tres nos quedamos en silencio por un momento, cada uno perdido en sus propios pensamientos. La situación con Hazel se ha vuelto aún más complicada, si es que eso fuera posible. Sus acciones con Zach sugieren que aún podría haber esperanza, pero sus palabras posteriores indican que todavía está profundamente herida y confundida.

—Solo hay una cosa que hacer —declaro, superándome a mí mismo y recordando quién soy. Soy el alfa principal de esta manada, y no me cuesta tomar decisiones—. Vamos a capitalizar lo que hizo Zach. Nosotros, Noah, tenemos que ir a verla por nuestra cuenta con nuestra disculpa humillante. Si intentamos hacerlo juntos como lo hemos hecho, la abrumaremos. No podrá pensar con claridad, y tal vez tenga cosas que quiera decirnos a solas que siente que no puede hacer con otros presentes.

Noah asiente lentamente, considerando mis palabras. —Necesitamos abordar esto individualmente. Darle espacio para procesar cada interacción.

—Exactamente —digo, sintiéndome más en control ahora que tenemos el comienzo de un plan—. Iremos a verla por separado, le daremos nuestras disculpas, nuestras explicaciones. Dejaremos que reaccione como lo necesite sin la presión de que todos estemos allí. Llevaremos regalos, algo personal de cada uno de nosotros a lo que esperamos que responda.

Zach asiente, pero le doy una palmada en el pecho. —Eh, tú ya tuviste tu oportunidad. Esto es para Noah y para mí. Si tenemos que hacer esto más de una vez, que sospecho que así será, tendrás que esperar tu turno.

—De acuerdo —dice en voz baja, pero si no lo conociera mejor, juraría que vi una sonrisa presumida pasar por sus labios durante un milisegundo antes de que la borrara.

Cabrón.

—Iré a verla mañana. Pedí que le entregaran algo en la casa antes de que todo esto se fuera al carajo. Lo recogeré y se lo llevaré después de que regrese de la librería. No más interacciones con ella mientras está tratando de trabajar. No es justo para ella.

Noah asiente, ya planeando lo que hará y dirá a Hazel. Vuelve a subir a su coche y se marcha sin decir una palabra más. Miro fijamente a Zach y señalo su coche. —Métete en eso y conduce de vuelta al hotel. Si te detienes en algún lugar por el camino, te haré pedazos. ¿Entendido?

Asiente y sube de mala gana al coche.

Vuelvo al SUV y espero a que se vaya. Luego arranco y lo sigo. Él sabe que estoy aquí, pero eso es bueno. Le hará pensárselo dos veces si se le ocurre volver a ver a Hazel hoy.

Todos nos reunimos en el hotel y desaparecemos en nuestras habitaciones.

Después de unos minutos, me escabullo y conduzco hasta la casa victoriana en el pueblo de Hazel. Voy a ser fiel a mi palabra, pero quiero recoger el paquete que fue arrojado por encima de la valla del jardín.

Me detengo frente a la casa victoriana, inspeccionando el área para asegurarme de que nadie me vea. Lo último que necesito es que le llegue a Hazel la noticia de que estoy aquí. Rápidamente, salto del SUV y me dirijo a la puerta lateral, entrando al jardín trasero.

El paquete está allí, medio atrapado en un seto. Lo agarro y lo meto bajo el brazo antes de volver al coche.

Por medio segundo, dudo si debería ir a verla ahora, pero me apegó a mi propio plan. Mostrando una admirable contención, me dirijo de vuelta al hotel, nervioso por ver a Hazel mañana y temiendo la espera de veinticuatro horas hasta que pueda dejar de lado mi ego y exponer mis sentimientos por ella de una vez por todas.

HAZEL

AL ABRIR LA PUERTA PRINCIPAL DE MI CASA, MIS PIERNAS AÚN TIEMBLAN POR LO SUCEDIDO CON Zach hace un par de horas. ¿Qué he hecho? Después de todo, ¿cómo pude dejarme llevar de esa manera?

Pero Dios, se sintió tan bien. Tan correcto. Durante esos pocos minutos de felicidad, olvidé todo el dolor y la traición. Era solo una omega con un alfa, deleitándome en el placer y la conexión. Ahora lo entiendo, y no es algo que pueda negarme a mí misma por más tiempo. Pero.

Pero, pero, pero.

Me siento mal por dejar a Delia cerrando la tienda, pero ella fue su habitual yo servicial e incluso parecía complacida en lugar de preocupada de que la dejara a cargo. Estaba tan preocupada de que llegaran los otros dos alfas que tuve que salir de allí. No creo que mi autocontrol, tal como es, pudiera resistir contra los tres después de ese encuentro con Zach.

Me desplomo en mi sofá, mi mente dando vueltas con emociones contradictorias. Una parte de mí quiere llamar a Zach, sentir sus brazos a mi alrededor otra vez. Pero otra parte me grita que huya, que me proteja de más dolor.

Mi cuerpo aún hormiguea por el toque de Zach, y puedo oler su aroma en mi piel. Una parte de mí quiere frotarlo para borrarlo, eliminar toda evidencia de mi momento de debilidad. Pero otra parte quiere envolverme en él, perderme en el recuerdo de sus manos sobre mí, su miembro empujando profundamente dentro de mí.

—Basta —murmuro, poniéndome de pie y dirigiéndome a la cocina. Necesito una ducha y un trago fuerte, no necesariamente en ese orden.

Es solo cuando llego a la puerta de la cocina que me quedo paralizada y recuerdo que hace solo dos días fui secuestrada, metida en un armario, desnudada, agredida y testigo de dos brutales asesinatos.

Mis rodillas flaquean y me agarro a la pared en busca de apoyo. Leah. Necesito llamarla para ver cómo está. Incluso en mi estado de shock y terror, pude ver que ella ha sufrido, peor que yo. Haciendo lo que mejor sé hacer, empujo el trauma a una caja mental y suspiro cuando me doy cuenta de que no tengo su número.

Aunque sé de alguien que lo tiene.

Noah.

Lástima que tampoco tenga su número.

Dios, esto es un desastre. Molesta, saco la botella de vodka del armario que abrí la Navidad pasada. Destapándola, vierto un generoso trago directamente en un vaso y lo llevo a mis labios. El aroma fuerte golpea mis fosas nasales, pero tomo un respiro profundo y lo bebo de un trago.

El vodka quema al bajar, pero agradezco la sensación. Es algo real, algo en lo que puedo

enfocarme además del lío en mi cabeza. Sirvo otro vaso, pero esta vez lo bebo más lentamente, dejando que el alcohol me caliente desde adentro hacia afuera.

Mientras el vodka hace efecto, mis pensamientos vuelven a Zach. La manera en que me miraba, como si yo fuera lo más precioso del mundo. La sensación de sus manos en mi piel, sus labios en los míos. Por un momento, me permito imaginar cómo sería si las cosas fueran diferentes. Si no me hubieran traicionado, si hubiéramos tenido una oportunidad real.

Pero un momento de pasión no borra todo lo malo, por muy bien que se sienta.

Y sin embargo... no puedo negar la conexión que sentí con Zach. Lo correcto que parecía, incluso en medio de todo este caos. Es como si mi cuerpo reconociera algo que mi mente aún lucha por aceptar.

Gruño de frustración, bebiendo el resto de mi trago. ¿Por qué no pueden ser las cosas simples? ¿Por qué no puedo simplemente odiarlos y olvidarme de todo?

Un golpe en la puerta me saca de mi ensimismamiento. Por un momento, el pánico me invade. ¿Es Zach? ¿O peor aún, los tres? No estoy lista para enfrentarme a ninguno de ellos ahora mismo.

Con cautela, me acerco a la puerta, mirando por la mirilla. Para mi sorpresa, veo a Leah parada allí, nerviosa, retorciéndose las manos mientras espera. Abro la puerta de un tirón y la miro fijamente.

—Leah. ¿Te apetece un trago? —pregunto y retrocedo, ya de camino de vuelta al vodka, mientras ella duda y entra.

—Claro —murmura.

—¿Está bien el vodka? Lo estoy tomando puro.

—Suenan ideales.

Nos sirvo a ambas un trago que hace que el nivel de la botella baje a menos de la mitad y le entrego el vaso. Levanto el mío. —Por ser libres.

Leah choca su vaso contra el mío, con una sonrisa irónica en su rostro. —Por ser libres —repite, antes de beberse el trago de un solo golpe.

La imito, el vodka quemando un camino por mi garganta. Por un momento, nos quedamos allí en silencio, el peso de nuestra experiencia compartida flotando pesadamente entre nosotras.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunto, notando mis palabras un poco arrastradas.

—No realmente. ¿Tú?

Niego con la cabeza. —Nah. Lo hecho, hecho está.

Me mira con los ojos muy abiertos, y luego se hunde en una silla, sus hombros cayendo. —Lo siento —dice finalmente.

—¿Por qué? —pregunto, sentándome frente a ella.

—Por lo que él te hizo.

—Eso *no* fue tu culpa.

—No, pero yo te invité a mi casa ese día. Tal vez si no hubiéramos sido amigas...

—Para —escupo, enojándome. —Tú no eres responsable de lo que él hizo.

—Yo lo maté —susurra. —Eso no ayuda con las pesadillas.

Su confesión me toma por sorpresa. —¿Tú lo mataste?

Nos sirvo otro trago a cada una, necesitando el valor líquido para continuar esta conversación. Ella toma el vaso y se bebe el vodka como una profesional experimentada. —Siento no haber llegado a él antes. Me retuvieron —sus amargas palabras son como un puño de hierro apretando mi corazón.

—¿Te mantuvo cautiva? —susurro.

Ella niega con la cabeza. —Peor. Me internó en un psiquiátrico por contar mentiras, imaginar cosas y tener alucinaciones.

Sus ojos azul pálido se encuentran con los míos, y trago saliva. —¿Qué?

Levanta el vaso pidiendo más. Se lo sirvo porque... joder.

—Lo siento, Leah. Eso es verdaderamente atroz.

—Estoy aquí. Él no. Hay que ver el lado positivo, ¿no? —Se bebe el vodka de un trago.

—Cierto —doy un sorbo al mío. No hay palabras.

Así que nos quedamos sentadas, encontrando consuelo la una en la otra y en el alcohol y, extrañamente... es suficiente.

CARTER

ES EL CREPÚSCULO CUANDO FINALMENTE REGRESO AL HOTEL. NECESITABA CONDUCIR, PENSAR, tener algo que hacer que no me llevara directamente a Hazel. El tiempo estuvo bien empleado, ensayando lo que diría. Es la parte de abogado en mí que me fue inculcada en el alma desde que tuve edad suficiente para debatir. Saldrá naturalmente una vez que esté frente a ella, pero necesito una base de dónde empezar, un desarrollo y un final. El aire todavía está cálido y húmedo cuando salgo del aire acondicionado del Range Rover. Veo el Rolls Royce casi inmediatamente, estacionado no muy lejos, y hago una mueca. Luego, lo ignoro y, aferrando el paquete con fuerza, me dirijo por el camino hacia la entrada del hotel.

Escucho que se abre y cierra la puerta del coche y luego la voz de mi padre, cortante y enojada:

—Carter.

No respondo. No tengo nada que decirle, ni a él ni a ella.

—¡Carter! —espeto y deja escapar un gruñido bajo.

Me obligo a no darme la vuelta.

Sus pasos están justo detrás de mí, y luego agarra el cuello de mi camiseta, forzándome a detenerme y ahogándome en el proceso.

—Suéltame, maldita sea —gruño.

Me hace girar y me mira fijamente con ojos azul acero que nunca han visto calidez o luz.

—Discúlpame —espeto—. ¿Con quién crees que estás hablando?

—Con uno de los imbéciles que hicieron desaparecer a Hazel de nuestras vidas.

Sus ojos se entrecierran mientras mi madre se acerca sigilosamente, con el rostro tenso. Ahora puedo verlo. El desdén que sienten por ella.

—Esa omega no es digna de ti, Carter —dice ella—. ¿Cuándo te darás cuenta y la dejarás ir? Hay tantas omegas elegibles esperando una oportunidad contigo. Olvídate de esa chica y concéntrate en tu futuro.

—Nunca. Hazel es mi futuro. Nuestro futuro. Y no dejaré que tú ni nadie más dicte a quién elijo amar.

La expresión de mi padre se vuelve sombría.

—Estás siendo ridículo. Después de todo lo que hemos hecho por ti, ¿así es como nos lo pagas? ¿Tirando tu vida por una omega cualquiera?

—¿Cualquiera? —Me río amargamente—. Hazel es todo menos común. Es extraordinaria, y si no estuvieran tan cegados por sus prejuicios, lo verían.

—Cariño —dice mamá—, solo queremos lo mejor para ti. Piensa en tu carrera, tu reputación. Una omega como ella solo te frenará.

Respiro profundamente, tratando de controlar mi ira.

—No. Ustedes solo quieren lo mejor para sí mismos. Su preciosa reputación. Su posición social. Bueno, ya he terminado de vivir mi vida para complacerlos.

Papá me gruñe de nuevo. —Si no olvidas esta tontería y vuelves a casa ahora mismo, puedes olvidarte de volver a pisar Richmond & Associates y ni siquiera pienses en arrastrarte de vuelta a casa cuando todo esto se vaya a la mierda, y recuerda mis palabras, Carter. Todo se irá a la mierda.

Miro a mi padre, su amenaza flotando pesadamente en el aire entre nosotros. Por un momento, me siento tentado a ceder, a caer de nuevo en el patrón familiar de obediencia y sumisión que me han inculcado desde la infancia. Pero entonces pienso en Hazel: su sonrisa, su risa, la forma en que me desafía y me hace querer ser mejor. Pienso en cómo la hemos lastimado y necesitamos compensarla, y eso significa más para mí que cualquier otra cosa.

—¿Se supone que eso es una amenaza? —pregunto—. Porque desde donde estoy, suena como libertad.

Mi madre jadea. —Carter, no te precipites. Tu padre no quiere decir...

—Oh, creo que sí quiere —la interrumpo—. ¿Y sabes qué? No me importa. No necesito su dinero, sus conexiones ni su aprobación. Tengo todo lo que necesito aquí mismo.

La expresión de papá se vuelve aún más furiosa, si eso fuera posible. —Pequeño desgraciado malagradecido. Después de todo lo que hemos hecho por ti...

—No han hecho más que intentar controlarme —interrumpo, sorprendiéndome a mí mismo con mi audacia. Ellos son las dos personas a las que nunca he podido enfrentarme en mis veinticinco años de vida. A cualquier otro cabrón puedo dejarlo en ridículo, pero estos dos... Sacudo la cabeza, sintiendo cómo el peso de las expectativas se levanta de mis hombros y se desvanece en el aire húmedo—. Estoy harto de ser controlado. Estoy harto de vivir según sus estándares imposibles. Voy a luchar por Hazel, con o sin su bendición, y cuando tengamos éxito, cuando construyamos la vida y la familia que siempre hemos soñado, ni se les ocurra intentar volver a meterse en nuestras vidas. Para mí, están muertos.

Con eso, giro sobre mis talones y me alejo, ignorando sus llamadas detrás de mí. Mi corazón late con fuerza, pero por primera vez en años, me siento verdaderamente libre.

Al entrar en el hotel, veo a Noah en el vestíbulo, su expresión preocupada mientras observa mi estado agitado.

—¿Qué pasó allá afuera? —pregunta mientras me acerco.

—Acabo de mandar a mis padres al infierno.

Noah levanta una ceja. —Bien. Entonces supongo que eso significa que el abogado que hay en ti se ha jubilado.

—Por ahora. Tal vez pueda abrir un pequeño bufete aquí, suponiendo que Hazel alguna vez nos perdone. Mientras tanto, papá no sabe que he estado guardando grandes cantidades de mi fideicomiso. Su primera llamada será al banco para cortarme los fondos, pero... —sonrío.

—Bien. Siempre pensando con anticipación. —Me da una palmada en el hombro—. Bien por ti, amigo. Ya era hora de que les plantaras cara.

Nos dirigimos hacia el ascensor, y él señala el paquete. —¿Qué es eso?

—Algo para Hazel.

—¿No lo compartes?

—¿No se te ocurre nada para tu propia penitencia?

Él resopla. —Auch. Vale, vale, te escucho.

Subimos a nuestras habitaciones en silencio, ambos perdidos en pensamientos sobre nuestros

encuentros con Hazel. Al llegar a nuestro piso, Noah se detiene.

—Carter —dice en voz baja—. ¿De verdad crees que tenemos alguna oportunidad? ¿Después de todo?

Considero su pregunta cuidadosamente. —No lo sé —admito—. Pero sé que tenemos que intentarlo. Se lo debemos.

Noah asiente, pero nunca lo he visto tan inseguro sobre algo.

Nos separamos, y al entrar en mi habitación, coloco cuidadosamente el paquete para Hazel sobre el escritorio. Espero que esto le ayude a ver cuánto significa para mí y cuánto lamento todo lo que le hemos hecho pasar. Sé que se necesitará más que regalos para ganar su perdón.

Me quito la ropa y me dirijo a la ducha, dejando que el agua caliente se lleve algo de la tensión de la confrontación con mis padres. Mientras estoy bajo el chorro de agua, repaso de nuevo lo que le diré a Hazel mañana. Va a ser una larga espera para verla después del trabajo, pero no la forzaré a una posición incómoda.

Después de la ducha, me acuesto en la cama, deseando dormir para que mañana llegue pronto. Sin embargo, termino mirando al techo y enviando una pequeña oración a cualquier deidad que esté escuchando, esperando que Hazel nos dé la oportunidad de arreglar las cosas.

HAZEL

ME DESPIERTO CON UN DOLOR DE CABEZA PUNZANTE, LA BOCA SECA Y CON UN SABOR COMO SI algo hubiera muerto en ella. Gimiendo, me doy la vuelta y me caigo del sofá, golpeando la alfombra con un suave golpe. Es entonces cuando recuerdo la noche anterior. Leah vino, y bebimos. Mucho.

Entrecerrando los ojos contra la luz del sol que ya entra por las ventanas, veo a Leah acurrucada en el sillón, aún profundamente dormida. La botella vacía de vodka está sobre la mesa de café junto a una botella de vino medio bebida, un testimonio silencioso de nuestra noche de... ¿qué fue eso exactamente? ¿Seguir adelante? ¿Olvidar nuestras penas? ¿Celebrar la libertad de las prisiones de nuestro tormento? ¿Todo lo anterior?

Me incorporo, haciendo una mueca por la forma en que la habitación da vueltas. Dios, no había estado tan resacosa en... bueno, nunca. Tambaleándome hacia la cocina, bebo agua a grandes tragos y busco a tientas algunos analgésicos. Mientras los trago, los recuerdos de ayer vuelven a mi mente: Zach en mi oficina, el sexo alucinante, la culpa y la confusión después.

Pero no puedo pensar en eso ahora. Necesito asegurarme de que Leah esté bien, y luego necesito darme una ducha e ir a trabajar. El pensamiento hace que mi estómago se revuelva, pero lo aparto.

—Hola —dice Leah, entrando en la cocina como un rayo de sol. La miro con el ceño fruncido y ella se ríe—. Lo siento, el alcohol y yo tenemos este entendimiento. Me ayuda a funcionar, y yo no lo devuelvo todo y arruino su trabajo.

Asiento, entendiendo eso en más niveles de los que me gustaría. —Sí, puedo ver cómo eso es mutuamente beneficioso, pero ¿estás bien?

—No soy alcohólica si es lo que me estás preguntando. O al menos, probablemente lo sea, pero una altamente funcional.

No tengo idea de qué es eso, así que asiento de nuevo y acepto su palabra. No estoy aquí para darle lecciones sobre cómo lidiar con su dolor, ni para reprenderla por beber para olvidar. Probablemente yo también lo haría, si no fuera tan poco tolerante al alcohol.

—¿Y ahora qué? —pregunto con cautela.

Ella sonríe. —Ahora seguimos con nuestras vidas e intentamos olvidar, tal vez encontrar algo o alguien que pueda ayudar con eso.

—Eres realmente fuerte, Leah —suelto—. Eres increíble.

Ella se encoge de hombros. —No, no lo soy. Estoy fingiendo. Pero es un comienzo, ¿no?

—Cierto.

—Tengo un Uber en camino. Gracias por lo de anoche, Hazel. Lo necesitaba, y sé que tú también. Pero no hagamos de esto un hábito, ¿de acuerdo? Verte... simplemente no puedo. Lo

siento. Sé que es egoísta y cobarde...

—Dios, no. Lo entiendo, Leah. Joder. En serio lo entiendo. Fue agradable verte también, y no hay suficientes gracias en este mundo para darte por lo que hiciste el otro día. No... nunca se lo diré a nadie...

—Lo sé. No me preocupa eso. Pero tengo que empezar a sanar, y tú también.

Voy hacia ella y la abrazo fuertemente antes de dar un paso atrás. Ella no me devuelve el abrazo, pero no me ofendo. Está lidiando con esto como cree que es mejor para ella. Debería tomar una página de su libro y fingir hasta lograrlo. Dios sabe que me vendría bien sonreír y ser normal de nuevo, sea lo que sea eso.

—Adiós, Hazel.

—Adiós, Leah. —La veo irse, y se desliza por la puerta principal.

Me doy cuenta de que ni siquiera la cerré con llave y el cerrojo. Estaba demasiado borracha para recordarlo o que me importara. Fue liberador, pero no es algo que pueda convertir en un hábito. He descuidado mi negocio lo suficiente estas últimas semanas.

Con esa resolución firmemente en su lugar, sonrío y me dirijo a la ducha. Si Leah puede hacer esto, entonces yo también.

Momentos después, mientras estoy bajo la ducha caliente, paso mis manos por mi cuerpo y sobre mi coño. La sensación del pene de Zach empujando dentro de mí me hace estremecer. Me acaricio suavemente, sintiendo lo desnuda que estoy allí, y el escalofrío se convierte en un temblor al recordar a Ayden afeitándome. Cierro los ojos, y los recuerdos de los alfas matando a David y Ayden atraviesan mi mente. Quiero apartarlo, fingir que nunca lo vi, pero no puedo hacer eso. Necesito enfrentarlo. Me permito recordar lo que vi, por borroso que fuera, a través de la niebla del shock. Los tres alfas lastimando a quienes me lastimaron. Esto es algo que arrasa con todas las cosas malas que hicieron. Incluso el sexo. Deslizo dos dedos sobre mi clitoris mientras pienso en cómo se sintió tener sus nudos dentro de mí durante mi celo. Mi corazón late rápidamente, y jadeo, provocándome mientras recuerdo. No sé quién era quién o qué era qué, todo lo que recuerdo son las máscaras blancas y el placer.

Me dejo perder en los recuerdos y sensaciones, mis dedos trabajando más rápido mientras persigo mi liberación. El agua caliente cae sobre mí mientras me apoyo contra la pared de la ducha, con las piernas temblorosas.

Imágenes destellan en mi mente de la mirada intensa de Zach mientras empujaba dentro de mí ayer, la sensación de ser llenada y reclamada durante mi celo, y la furia protectora de los alfas mientras eliminaban la amenaza hacia mí. Todo está enredado. El placer, el dolor, el miedo, la excitación.

Con un grito ahogado, tengo un orgasmo intenso, mi cuerpo temblando. Por unos momentos de felicidad, mi mente queda en blanco. Pero mientras bajo de la cima, la culpa y la confusión vuelven a golpearme.

¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo puedo estar excitándome con pensamientos sobre ellos después de todo lo que ha pasado?

Sacudiendo la cabeza, termino rápidamente de lavarme y salgo de la ducha. Necesito concentrarme. Tengo una vida que vivir, y ellos no son parte de ella.

Me apresuro a prepararme, tratando de apartar los pensamientos sobre los alfas de mi mente. Cuando estoy a punto de salir hacia la librería, me detengo en la puerta. Por un momento, el miedo me invade. ¿Y si alguien está esperando afuera? ¿Y si David y Ayden no trabajaban solos?

Sacudo la cabeza, alejando esos pensamientos. No puedo vivir mi vida con miedo. No dejaré

que ganen.

Sé como Leah. Sé como Leah. Leah no tenía miedo de salir de aquí. O si lo tenía, no lo demostró. Fíngelo. Fíngelo.

Respirando profundamente, abro la puerta y salgo. El aire de la mañana es fresco y puro aunque ya hace calor, ayudando a despejar mi mente. Empiezo a caminar hacia la librería, mis pasos volviéndose más confiados con cada cuadra.

Cuando llego, Delia ya está allí, arreglando un escaparate en la ventana. Levanta la mirada cuando me acerco, su amable rostro arrugándose con preocupación.

—Buenos días, cariño. Espero que no te importe que haya abierto.

—No, por supuesto que no. Eres un regalo del cielo.

Ella sonrío radiante. —La tetera está puesta si quieres una taza.

—¿Tetera?

—En la parte de atrás. Es más barato que ir al salón de té de Aggie cada vez que quiero un brebaje.

Me río. —Bueno, no puedo discutir eso. ¿Aggie?

—Agatha Pemberton —señala hacia la puerta de al lado.

—Oh, ese es un nombre tan bonito —no tenía ni idea.

—Aparentemente, su madre la nombró así por Agatha Christie.

—¡Me encanta! —exclamo, aplaudiendo.

Delia se ríe. —Pensé que apreciarías eso, siendo amante de los libros y todo. Ahora ve y prepárate ese té.

Asiento agradecida y me dirijo a la oficina trasera. Mientras espero a que el agua hierva, oigo el tintineo de la campana sobre la puerta de la tienda. La voz alegre de Delia saluda a un cliente, y siento que una sensación de normalidad me invade. Esto es bueno. Esto es lo que necesito.

Con la taza de té en la mano, regreso al área principal de la tienda. Un caballero mayor está hojeando la sección de historia mientras Delia charla con él sobre los últimos lanzamientos. Sonrío, sintiendo un orgullo por este pequeño refugio que he creado.

Me pierdo en el trabajo, agradecida por la distracción. Pero a medida que pasa el tiempo, una tensión familiar comienza a volver.

¿Y si aparece uno de los alfas? ¿Y si Zach regresa? No estoy lista para enfrentarme a ninguno de ellos todavía, especialmente no aquí en mi santuario.

La puerta de la tienda se abre y mi corazón salta a mi garganta, pero es solo la señora Tanner de la calle de abajo, buscando un regalo de cumpleaños para su nieto.

Respiro profundamente, tratando de calmar mis nervios. Esto es ridículo. No puedo seguir sobresaltándome con cada cliente que entra por la puerta. Necesito controlarme.

Mientras ayudo a la señora Tanner a encontrar el libro perfecto, me obligo a concentrarme en el momento presente. El olor a libros viejos, el suave murmullo de los clientes hojeando, la voz alegre de Delia mientras registra una venta. Este es mi mundo, y no dejaré que el miedo me lo arrebathe.



EL DÍA PASA RÁPIDAMENTE, Y A LA HORA DE CERRAR, ESTOY EXHAUSTA PERO SINTIÉNDOME MÁS como yo misma de lo que me he sentido en meses. Mientras Delia y yo estamos ordenando, ella hace una pausa, mirándome pensativamente.

—Pareces estar mejor hoy, cariño —dice suavemente—. Más tranquila.

Asiento, ofreciéndole una pequeña sonrisa. —Estoy intentándolo.

Ella me da una palmadita en el brazo. —Eso es todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer. Un día a la vez.

Sus palabras me recuerdan la fortaleza de Leah esta mañana, y siento una renovada determinación. Puedo hacer esto. Puedo seguir adelante.

Después de cerrar y despedirme de Delia, empiezo a caminar a casa. El aire de la tarde es cálido y agradable, y me encuentro relajándome mientras paseo por la calle. Pero al acercarme a mi casa, me quedo helada.

Apoyado contra su coche, estacionado frente a mi casa, está Carter. Mi corazón empieza a latir rápidamente, y por un momento, considero darme la vuelta y alejarme. Pero no, esta es mi casa. No dejaré que me ahuyente de ella.

Respirando profundamente, cuadro los hombros y marchó hacia él. Carter se endereza cuando me ve.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, con la voz más firme de lo que me siento.

—Quería hablar contigo —dice suavemente—. Para disculparme apropiadamente, y tengo algo para ti.

Lo miro con cautela. —Carter, no creo que...

—Por favor —me interrumpe—. Dame solo cinco minutos. Es todo lo que te pido.

Una parte de mí quiere decirle que se vaya, que no vuelva nunca. Pero otra parte, la que lo ve bajar las escaleras de ese sótano para rescatarme, gana.

—Cinco minutos —digo finalmente—. Y luego te vas. —Hago una mueca al recordar lo bien que resultó eso con Zach ayer. Tengo que ser más fuerte hoy o todos se llevarán la impresión equivocada.

El alivio inunda su rostro mientras asiente. —Gracias.

Abro la puerta principal, muy consciente de la presencia de Carter detrás de mí. Al entrar, lo conduzco a mi oficina, un lugar agradable e impersonal, y coloco mi bolso en el escritorio, girándome para enfrentarlo, manteniendo mi distancia.

—Habla.

—Esto primero. Lo pedí el otro día, después de que fuimos a buscarte.

Me extiende un paquete en un sobre marrón del tamaño de una caja de zapatos, pero abultado. Frunciendo el ceño, lo tomo, sintiendo que sería grosero dejarlo sostener un regalo para mí y no aceptarlo. Es más liviano de lo que esperaba, y lo miro con enojo mientras rompo la parte superior del sobre acolchado.

Miro dentro, y mi corazón se derrite en un charco de ternura.

Sacando el contenido, extraigo un oso de peluche marrón, suave y adorable, con una cinta roja alrededor del cuello.

—Es más bonito que esa otra cosa —dice con voz ronca.

Parpadeo, tratando de reprimir la sonrisa ante su desagrado por el oso de la cámara.

—Y puedes abrazar a este. Tal vez te ayude a sentirte más segura y reconfortada.

Abrazo el suave oso contra mi pecho, con emociones contradictorias arremolinándose dentro de mí. Una parte de mí quiere arrojárselo de vuelta a Carter y decirle que se vaya. Pero incluso en unos segundos, no puedo soportar separarme de él, y sé que tan pronto como se vaya de aquí, construiré un nido, me acurrucaré en él y le daré a este oso un lugar de honor.

Cuando vuelvo a mirarlo, se deja caer de rodillas, con la cabeza inclinada igual que Zach ayer. Pero esto me afecta profundamente. Más que cualquier otra cosa que pudiera haber dicho o hecho. Él es un alfa de primera. El más fuerte entre los fuertes. Los alfas no se arrodillan ante los

omegas. Es al revés. Que deje de lado su orgullo y ego para hacer esto me conmueve y entierro mi nariz en el pelaje del oso para evitar llorar de nuevo.

—Hazel —dice Carter suavemente, su voz cargada de emoción—. Sé que te hemos herido profundamente. Todo lo que hemos hecho es imperdonable. Violamos tu confianza, tu privacidad, tu cuerpo. No hay excusa para ello. No estoy aquí para pedir perdón. No lo merezco. Estoy aquí para decirte cuánto lo siento, cuánto lamento mis acciones. Pensamos que te estábamos protegiendo, pero nos equivocamos al asumir que lo necesitabas o lo querías. Sabemos que fuimos egoístas, engañosos y unos completos imbéciles contigo.

Las palabras de Carter flotan pesadamente en el aire entre nosotros. Abrazo el oso de peluche con más fuerza, sin saber cómo responder.

—Carter —digo, con la voz temblorosa—. Aprecio tu disculpa, pero no sé si puedo simplemente olvidar todo lo que ha pasado.

Él asiente, aún de rodillas. —No espero que lo hagas. Esto no se trata de mí, Hazel. Todo lo que quiero es que sepas cuánto lamento estas acciones y cuán verdaderamente arrepentido estoy.

Respiro hondo, tratando de ordenar mis emociones confusas. —¿Por qué lo hiciste? De verdad. ¿Era solo por control?

Carter levanta la mirada hacia mí, sus ojos azules llenos de lágrimas, lo que derrumba cualquier defensa que hubiera construido. —No, no era solo por control. Te amamos, Hazel. Siempre lo hemos hecho. Pero lo hicimos todo mal. Dejamos que nuestro miedo a perderte, nuestro deseo de protegerte, eclipsara todo lo demás. Nos convencimos de que estábamos haciendo lo correcto, pero solo estábamos siendo egoístas.

—Ni siquiera sé qué hacer con eso, Carter —admito—. No puedo simplemente olvidar lo que pasó.

Carter asiente solemnemente. —Lo sé, y no esperaré que lo hicieras. —Toma un respiro profundo antes de continuar—. He hecho mucha introspección, Hazel. Me di cuenta de lo controlador y manipulador que he sido, no solo contigo sino en todos los aspectos de mi vida. Dejé que las expectativas de mis padres y mi propio ego me impulsaran durante mucho tiempo. Pero ya he terminado con eso.

Levanto una ceja, curiosa a pesar de mi desconfianza. —¿Qué quieres decir?

—Les dije a mis padres que se fueran al infierno —dice con una sonrisa irónica—. Me estoy alejando del negocio familiar, de su dinero e influencia. Quiero construir una vida en mis propios términos.

Sus palabras me sorprenden. Sé cuánto significan para él su carrera y el legado familiar. Es una de las muchas razones por las que los dejé a todos para empezar. Estoy empezando a pensar que tal vez debería haberme quedado y haber corrido el riesgo. —Eso es... grande.

Carter asiente. —Lo es. Pero es lo correcto. Cuando me enteré de lo que mis padres habían dicho sobre ti, supe que nunca los iba a perdonar. Me hizo darme cuenta de que soy demasiado parecido a mi padre, y eso me enferma. No quiero ser como él, Hazel. No puedo. No soy realmente yo. No quiero ser más esa persona que piensa que puede controlar todo y a todos a su alrededor. Quiero ser alguien digno de tu confianza y amor, incluso si nunca lo recupero.

Siento que las lágrimas me pican los ojos y parpadeo furiosamente para contenerlas. Su sinceridad me está matando, pero no puedo dejarme convencer tan fácilmente.

¿O sí puedo?

Estoy tan cansada. Cansada de tener miedo, cansada de llorar, cansada de estar perdida, cansada de estar sola.

Lo miro fijamente, de rodillas, durante mucho tiempo.

Ninguno de los dos dice una palabra.

Finalmente, me acerco a él y le devuelvo el oso, mis manos temblando mientras tomo una decisión de la que podría arrepentirme, pero he llegado a la conclusión de que estoy harta.

CARTER

MI CORAZÓN ESTALLA DE DOLOR CUANDO ME OFRECE EL OSO. ME ESTÁ RECHAZANDO, Y AUNQUE debería haberlo sabido, esperaba que viera cuánto la amo y la necesito. No se lo dije. Debería haberlo hecho. Estaba tan nervioso que todas mis notas mentales planificadas se esfumaron de mi cabeza en el momento en que la miré.

Miro fijamente el oso, sin querer tomarlo, pero tengo que respetar lo que Hazel quiere. Con mano temblorosa, extendiendo el brazo para agarrar el brazo del oso, pero ella no lo suelta. En cambio, se arrodilla frente a mí y guía el oso hacia el borde de mi camiseta. La levanta y empuja el oso debajo, contra mi piel.

—Para que pueda tener tu olor —murmura, con la mirada baja.

Dejo escapar un gemido de alivio y alegría desgarradores. Mis brazos anhelan atraer a Hazel hacia mí, pero me resisto, no queriendo presionar demasiado rápido. En su lugar, me quedo perfectamente quieto mientras ella presiona el oso contra mi pecho.

—Hazel —susurro, su nombre una plegaria en mis labios.

Entonces me mira, sus ojos verdes brillando con lágrimas contenidas. —No estoy diciendo nada todavía —dice suavemente—. Pero estoy cansada de estar sola. Estoy cansada de tener miedo, y por mucho que odie admitirlo, por muy jodido que sea con todo lo que he descubierto últimamente, me siento segura contigo. Siempre ha sido así.

Sus palabras me exaltan pero me humillan hasta la penitencia completa. Está dispuesta a intentarlo, y eso es más de lo que podría haber esperado. Sé cuánto debe haberle costado admitir esto. —Te juro, Hazel, que pasaré cada día del resto de mi vida ganándome de nuevo tu confianza. Nunca más te daré por sentada. Ninguno de nosotros lo hará. —La pregunta queda en el aire, y ella suspira suavemente. No sé qué significa eso. ¿Está negando a Noah y Zach o aceptándolos en su vida?

—Noah... —empieza pero se detiene—. Él...

—Él lo hará.

Asiente y yo, lentamente, dándole tiempo suficiente para apartarse, extendiendo la mano y acuno su mejilla. Cuando se inclina hacia mi toque, sollozo por el regalo que me ha dado.

—¿Puedo... puedo abrazarte? —pregunto vacilante.

Como respuesta, Hazel se inclina hacia adelante, presionándose contra mi pecho. La envuelvo con mis brazos, atrayéndola hacia mí, inhalando su dulce aroma a jazmín. El oso queda aplastado entre nosotros, y se siente como volver a casa después de haber estado perdido durante tanto tiempo.

—Te amo, Hazel. Te necesito. —Las palabras finalmente salen de mi boca y me alegro de haberlas dicho, incluso si no supone una diferencia para ella, sí lo hace para mí.

Nos quedamos así durante varios largos momentos, sin que ninguno de los dos hable. Temo romper el hechizo, decir o hacer algo que pueda hacer que ella se aleje. Pero finalmente, Hazel se mueve ligeramente en mis brazos.

—Carter —murmura, con la voz amortiguada contra mi camisa—. Todavía hay mucho que tenemos que resolver.

—Lo sé —digo suavemente, pasando una mano con delicadeza por su espalda—. No espero que todo se arregle de la noche a la mañana. Tenemos mucho que compensar, mucho que demostrarte. Pero te prometo, Hazel, que haremos lo que sea necesario. ¿Nos estás dando la oportunidad? —Necesito oírlo, y sé que ella necesita decirlo, consentir, tener ese control sobre su propia vida y sus decisiones.

Se aparta ligeramente, mirándome con esos hermosos ojos verdes. Una pequeña sonrisa curva sus labios, y suelta una risita suave. —Eso depende de qué tan bien lo haga Noah.

Resoplo sorprendido y divertido. —¿Asumo que Zach pasó la prueba?

Ella aprieta los labios. —Me necesita.

Esas tres simples palabras inundan mi corazón de amor por ella. Se enfrentará a sus propios demonios para luchar contra los de él. Pero no es nada que no supiera ya de ella.

—Vuelve al pueblo —susurra—. Te necesito aquí.

—Me mudaré de inmediato.

Asiente y saca el oso de mi camiseta. Sus dedos rozan mi piel, y me provoca escalofríos en los brazos. —Por favor, no me hagas daño, Carter. Simplemente no puedo...

—Lo sé. No lo haremos, Hazel. Te lo prometo.

Se pone de pie y da un paso atrás, y eso es todo por ahora. Pero es más de lo que esperaba y anhelaba. Abraza el oso contra sí y hunde la nariz en él, inhalando mi aroma, lo que me obliga a ponerme de pie.

—Noah había planeado venir a verte mañana para decir lo que tiene que decir —digo torpemente.

—Estaré aquí.

Asiento y luego camino. La dejo, queriendo quedarme pero sabiendo que ella no lo aceptará. Todavía no. Necesita escuchar a todos nosotros, y juro por Dios que si Noah la caga de alguna manera, le arrancaré la cabeza y se la meteré por el culo.

Ahora todo depende de él, y me pregunto si debería haber ido yo el último. Pero lo hecho, hecho está.

Ahora, solo nos queda esperar.

NOAH

LA PRESIÓN ESTÁ AUMENTANDO.

Carter no dijo mucho cuando regresó ayer, pero pude notarlo en su postura cuando pasó junto a nosotros sin decir una palabra. Está más confiado de lo que ha estado en los últimos días, así que debo asumir que las cosas salieron... aceptables. No puedo esperar creer que salieron bien. Pero ella no lo echó ni le dijo que se fuera al diablo. Así que me toca a mí. Camino nerviosamente por mi habitación de hotel, repasando lo que quiero decirle a Hazel más tarde.

Siempre me he enorgullecido de mi capacidad para mantener la calma y la compostura en cualquier situación. Como psicólogo, es un requisito del trabajo. Pero cuando se trata de Hazel, toda mi formación parece salir volando por la ventana. Ella siempre ha tenido ese efecto en mí desde el momento en que nos conocimos de niños.

Suspirando, me siento en el borde de la cama y tomo el regalo que he preparado para ella. Un diario encuadernado en cuero con su nombre grabado en la portada. Dentro, he escrito una carta en la primera página, expresando mis sentimientos y arrepentimientos. Espero que le muestre cuánto significa para mí y cuánto lamento todo lo que le hemos hecho pasar.

Pero un diario y una carta no son suficientes. Lo sé. Hemos violado su confianza de la peor manera posible. Las palabras por sí solas no pueden arreglar eso. Ella necesita acción. Necesita ver que estamos haciendo todo lo posible para ser mejores para ella y para nosotros mismos.

Recuerdo el momento en que la encontramos en ese sótano, desnuda, atada y aterrorizada. La rabia que sentí al verla así, sabiendo lo que esos hombres le habían hecho, fue abrumadora. En ese momento, comprendí la verdadera profundidad de mis sentimientos por ella. No era solo amor o deseo. Era una necesidad profunda de protegerla, de resguardarla de cualquier daño. Le había fallado entonces y estaba decidido a no fallarle nunca más.

Paso mis dedos por el cuero suave del diario, recordando las innumerables sesiones de terapia que he realizado, los numerosos pacientes a los que he ayudado. Pero Hazel no es solo otra paciente. Es mucho más, y eso lo complica todo.

Mañana, necesito ser completamente honesto con Hazel. No más medias verdades u omisiones. Ella merece toda la verdad, sin importar lo incómodo o doloroso que pueda ser para mí admitirlo, esto no se trata de mí.

Mientras ensayo lo que quiero decir, mi mente divaga hacia Carter y Zach. Siempre hemos sido competitivos, cada uno luchando por la atención de Hazel a nuestra manera. Pero ahora, necesitamos presentar un frente unido. Necesitamos mostrarle que podemos trabajar juntos y que todos estamos comprometidos con su felicidad y bienestar.

Un suave golpe en mi puerta me sobresalta de mis pensamientos. La abro y encuentro a Zach parado allí, luciendo inusualmente nervioso.

—¿Podemos hablar? —pregunta, con voz baja.

Asiento y me hago a un lado para dejarlo entrar. Cuando entra, puedo oler el leve aroma a whisky en él. No lo suficiente para estar borracho, pero sí para soltar su lengua.

—¿Qué tienes en mente? —pregunto, aunque tengo una buena idea.

Zach se pasa una mano por el pelo, despeinándolo aún más de lo habitual. —Estoy preocupado por lo de más tarde —admite—. ¿Y si... y si no podemos arreglar esto? ¿Y si Hazel decide que está mejor sin nosotros?

—Oh, hombre de poca fe —bromeo con ligereza.

Él sonríe y sacude la cabeza, tomándoselo con filosofía y no a pecho, lo que me demuestra que está seguro de que su propio tiempo con Hazel fue más de lo que deja entrever.

—¿Lo tienes controlado?

—Confía en mí —digo, aunque no estoy ni de lejos tan seguro como sueno. Pero no puedo dejar que lo note. La mitad de mí desearía haber ido ayer para que esta inmensa presión recayera sobre Carter, pero tal vez el tiempo de Carter con ella me allane el camino. Es difícil saberlo sin que él lo cuente todo, y no lo hará. No responde a su puerta y su teléfono está apagado. Lo entiendo. No quiere que piense que esto está en el bote y no me esfuerce.

Me resulta un poco insultante que piense que me aprovecharía de sus logros, pero también sé cuánto está en juego. Definitivamente sé que esta es una oportunidad única, y es todo o nada. Si fallo ahora, ella no nos aceptará a ninguno.

Bueno, quizás a Zach. Probablemente él lo tiene asegurado de todos modos. Carter y yo, no tanto.

Respiro hondo, preparándome para el corto viaje al pueblo.

—Haré lo mejor que pueda, Zach. Es todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer en este punto.

Zach asiente, con una mirada seria.

—Solo no la psicoanalices, ¿vale? Necesita que seas Noah, no el Dr. Forshaw.

Sus palabras duelen, pero sé que tiene razón. Es un hábito en el que he caído demasiado a menudo con Hazel, tratando de entenderla a través del lente de mi profesión en lugar de simplemente estar ahí para ella como amigo, como potencial pareja.

—No lo haré —prometo—. Voy a ir allí solo como Noah. No más esconderme detrás de mi trabajo o mi educación.

Zach parece satisfecho con esto. Me da una palmada en el hombro, un gesto de solidaridad que significa más de lo que me gustaría admitir.

—Buena suerte, amigo. Todos contamos contigo.

Cuando se va, me vuelvo hacia el diario en la cama. Lo tomo, pasando mi pulgar sobre el nombre de Hazel. Le daré esta parte de mí, junto con todas las verdades que he estado guardando. Es aterrador, pero también liberador. Por primera vez en años, siento que estoy a punto de ser verdaderamente honesto, con Hazel y conmigo mismo.

Recogiendo mi teléfono y llaves, me dirijo a mi coche. Deslizándome en el asiento del conductor, arranco y parto hacia lo de Hazel, sabiendo que llego temprano, pero quiero estar esperándola, para que sepa que apareceré y estaré ahí para ella y que no tiene que esperar por mí.

El viaje a la casa de Hazel se siente interminable y demasiado corto a la vez. Mis manos agarran el volante con fuerza, los nudillos blancos por la tensión. Cuando me detengo frente a su pintoresca casita, respiro hondo, tratando de calmar mis nervios desenfrenados.

Hazel debería estar cerrando la librería justo ahora y comenzará su caminata a casa. Estoy aquí. Esperando.

Me siento en mi coche, observando el camino que lleva del pueblo a la casa de Hazel. Mi corazón late con fuerza mientras espero, las palmas sudando contra el volante. Después de lo que parece una eternidad, diviso su figura familiar a lo lejos.

A medida que se acerca, finalmente levanta la vista y nota mi coche. Vacila por un momento, luego cuadra los hombros y continúa avanzando.

Salgo del coche, aferrando el diario en mis manos. —Hazel —digo suavemente mientras ella se acerca.

Se detiene a unos metros, mirándome con cautela. —Noah.

—Quería estar aquí cuando llegaras a casa —explico—. Para demostrarte que siempre estaré aquí para ti, cuando me necesites.

Un destello de diversión cruza su rostro. —Vale.

Maldigo en mi mente. Va a pensar que estoy loco.

—¿Quieres pasar? —pregunta después de un momento.

Asiento, siguiéndola hasta la puerta de la cabaña. Mientras la desbloquea, noto que sus manos tiemblan ligeramente. Está nerviosa, lo que intensifica su aroma. Me llega a la nariz, y reprimo un gemido, aferrándome desesperadamente al diario para no extender la mano y tocarla.

Una vez dentro, me lleva a la sala de estar. Se sienta, en el borde del sofá y me mira fijamente.

Respiro hondo. Es el momento. Mi oportunidad de arreglar las cosas.

—Hazel. Quiero empezar diciendo lo profundamente arrepentido que estoy. Por todo. Por traicionar tu confianza, por no estar ahí cuando más me necesitabas, por intentar analizarte en lugar de simplemente estar ahí para ti.

Asiente ligeramente, con expresión cautelosa. Puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que se prepara para lo que sea que pueda decir a continuación.

—Te he traído algo —digo, ofreciéndole el diario—. No es mucho, pero quería que tuvieras un lugar donde escribir tus pensamientos, tus sentimientos. He escrito una carta para ti en la primera página. Todo lo que siento, todo de lo que me arrepiento, está ahí.

Hazel toma el diario, sus dedos rozando los míos. El breve contacto me provoca una sacudida, y tengo que resistir el impulso de atraerla a mis brazos.

Abre el diario, sus ojos recorriendo las palabras que he vertido en la página. Espero, apenas atreviéndome a respirar, mientras lee.

—Noah —dice finalmente, mirándome—. Esto es hermoso. Pero las palabras no son suficientes. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento, tragando con dificultad. —Lo sé. Sé que tenemos un largo camino por recorrer para recuperar tu confianza. Pero estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario. Sé que te he herido, Hazel. Sé que te he fallado de tantas maneras. Pero quiero ser mejor. Por ti, por nosotros.

Los dedos de Hazel trazan las letras en relieve de su nombre en la cubierta del diario. Su expresión es pensativa, cautelosa y algo más suave que no logro identificar.

—¿Quién eres, Noah?

Frunzo el ceño profundamente e instantáneamente analizo esa pregunta, pero luego suspiro y sacudo la cabeza. —Soy solo un alfa que está perdidamente enamorado de ti —confieso—. Un *hombre* que tiene miedo de perderte, de no ser lo suficientemente bueno para ti. Nunca he dejado de amarte.

Los ojos de Hazel se ensanchan ligeramente ante mi confesión. Deja el diario a un lado y se inclina hacia adelante, su mirada intensa. —¿Y qué quieres?

Tomo un respiro tembloroso y me arriesgo, sentándome a su lado en el sofá. Ella se aleja

ligeramente, y sé que necesita más. Me arrodillo y tomo sus manos suavemente por si quiere apartarse de nuevo. Esta vez no lo hace. —Te quiero, Hazel. A toda tú. Quiero despertar a tu lado cada mañana, abrazarte cuando estés triste, celebrar tus alegrías. Quiero ser tu compañero, tu amante, tu amigo. Pero más que eso, quiero que seas feliz, incluso si eso significa dejarte ir.

—¿Por qué lo hiciste, Noah? ¿Por qué me traicionaste así?

Cierro los ojos brevemente, la vergüenza me invade. —Porque tenía miedo. Miedo de lo mucho que te amaba, miedo de perderte. Pensé que si podía controlar ciertos aspectos de tu vida, podría protegerme. Pero lo único que hice fue lastimarte, y eso es imperdonable.

Hazel se queda callada por un largo momento. Finalmente, dice: —Yo también tengo miedo, Noah. Estoy aterrada de las cosas que has hecho para retenerme. Estoy aterrada de volver a salir lastimada. De confiar en todos ustedes solo para que mi corazón se haga añicos.

Aprieto sus manos suavemente, mi corazón doliendo por el dolor en su voz. —Te entiendo, Hazel. Tienes todo el derecho a tener miedo. Te hemos dado tantas razones para no confiar en nosotros.

Ella asiente, una lágrima deslizándose por su mejilla. Resisto el impulso de limpiarla, sabiendo que necesita este momento.

—Pero estoy cansada de estar sola —susurra—. Estoy cansada de estar cansada y tengo miedo.

—¿Qué necesitas de mí, Hazel? —pregunto suavemente—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte a sentirte segura?

Ella me mira, sus ojos verdes escrutando los míos. —Necesito tiempo, Noah. Necesito saber que no estás diciendo estas cosas solo porque crees que es lo que quiero oír. Necesito ver un cambio real.

Asiento, entendiendo completamente. —Te daré todo el tiempo que necesites. Te demostraré cada día que hablo en serio. No más manipulaciones, no más medias verdades. Solo yo, haciendo mi mejor esfuerzo para ser digno de ti.

Los ojos de Hazel escrutan los míos, como si tratara de medir la sinceridad de mis palabras. Sostengo su mirada, deseando que vea la verdad en mis ojos, la profundidad de mis sentimientos por ella.

Asiente lentamente, pero no sonrío. —Necesito pensar en lo que todos han dicho y hecho. Dame un par de días, ¿de acuerdo?

—Tómate todo el tiempo que necesites. No iremos a ninguna parte.

—Está bien, gracias.

La suelto y me pongo de pie para irme. No queda nada más que decir, excepto: —Te amo, Hazel. Por favor, perdónanos.

Ella sonrío entonces, y eso levanta mi ánimo. Tal vez no todo esté perdido.

Salgo de su casa, cerrando la puerta silenciosamente tras de mí y conduzco hacia la casa que Carter alquiló, suponiendo que lo encontraré allí.

No me equivoco.

Aparco en el camino de entrada junto a un contenedor de tamaño mediano y veo a Carter lanzando ese colchón asqueroso y húmedo dentro.

—¿Y bien? —dice mientras Zach sale con ese espeluznante maniquí sin cabeza, que arroja al contenedor con una expresión de desagrado.

—Dijo que le diéramos un par de días.

—Su cumpleaños —dice Zach al instante.

—Sí. Supongo que el pacto se cumplirá, o nos dirá que nos vayamos a la mierda de vuelta a

Cornwall —le lanzo una mirada resignada a Carter, que me la devuelve.
Serán las cuarenta y ocho horas más largas de nuestras vidas.

HAZEL

ME TOMO MI TIEMPO PARA CONSTRUIR MI NIDO. QUIERO QUE SEA PERFECTO. PRIMERO, AGARRO las almohadas y mantas habituales del armario y luego el edredón de la cama para extenderlo. Con cuidado, dispongo las almohadas y mantas, creando un acogedor capullo en la esquina de mi dormitorio. El oso que Carter me dio se sienta en el centro, su suave pelaje aún conserva su aroma. Inhalo profundamente, dejando que el familiar almizcle alfa me envuelva.

Luego, coloco el diario de Noah junto al oso. El aroma del océano permanece en él, calmándome. Mis dedos trazan las letras grabadas de mi nombre, recordando la cruda honestidad de sus palabras. A pesar de todo, una parte de mí anhela creerle, confiar en el amor que profesó.

Finalmente, añado el vestido que llevaba el otro día y que aún no he lavado. El aroma a lluvia de verano se aferra a él desde mi encuentro con Zach, y sonrío mientras me arrastro dentro y atraigo los objetos a mi alrededor, rodeada de piezas de los tres alfas que han puesto mi mundo patas arriba; siento un confuso revoltijo de emociones. Ira, miedo, anhelo, esperanza - todas se arremolinan juntas, dejándome mareada e insegura.

Tomo de nuevo el diario de Noah, hojeando las páginas. Su pulcra caligrafía llena las primeras hojas, derramando su corazón de una manera que nunca antes había visto en él. Es tentador perderme en sus palabras, dejar que suavicen los bordes irregulares de mi dolor.

Querida Hazel:

Probablemente esta sea la vez que he sido más honesto en toda mi vida. Estoy exponiendo mi alma para que la veas, cruda, sin filtros.

Te he amado desde que tengo memoria, Hazel. Desde el momento en que nos conocimos de niños, me cautivaste de una manera que nadie más lo ha hecho. Tu bondad, tu inteligencia, tu feroz independencia... todo sobre ti me atrajo.

Pero ese amor me aterrorizaba. Siempre me he enorgullecido de tener el control y de entender la mente humana. Contigo, me sentía completamente fuera de mi elemento. No sabía cómo manejar estos intensos sentimientos, así que me refugié detrás de la máscara. Intenté analizarte, entenderte a través de la psicología, porque era más seguro que admitir lo vulnerable que me hacías sentir.

Me avergüenza admitir que mi miedo me llevó a tomar decisiones terribles. Me convencí de que si podía controlar ciertos aspectos de tu vida, podría mantenerte a salvo, mantenerte mía. Pero lo único que hice fue traicionar tu confianza y alejarte.

Ahora veo lo equivocado que estaba. Cuánto te he herido. No hay excusa para mis acciones, y no intentaré justificarlas. Todo lo que puedo decir es que lo siento, más de lo que he sentido algo en mi vida.

Te amo, Hazel. No como mi amiga, mi mejor amiga, sino como la omega que sé que está

destinada a ser mía, nuestra. Como una mujer tan independiente, hermosa y maravillosamente compleja, quiero ser digno de tu amor y confianza. Quiero estar a tu lado como un compañero igual, apoyar tus sueños y compartir tus alegrías y penas. Quiero despertar con tu sonrisa cada mañana y dormirme abrazándote cada noche.

Sé que no merezco tu perdón. Sé que tengo un largo camino por recorrer para recuperar tu confianza. Pero te prometo, Hazel, que si me das, nos das, otra oportunidad, pasaré cada día de mi vida intentando ser digno de ti. No más manipulaciones, no más secretos. Solo honestidad, amor y el compromiso de ser la mejor versión de mí mismo que pueda ser.

Sea cual sea tu decisión, por favor, sabe que mi amor por ti es incondicional. Incluso si decides alejarte, siempre estaré aquí si me necesitas. Tu felicidad es lo que más importa.

Con todo mi amor,

Noah

Cierro el diario con mano firme. Las palabras de Noah despiertan algo profundo dentro de mí, un anhelo que he intentado suprimir con todas mis fuerzas. Pero ¿puedo confiar en ellas después de todo lo que ha pasado?

Tomo el oso de Carter y hundo mi rostro en su suave pelaje. Su aroma me envuelve, reconfortante y familiar. Recuerdo la vulnerabilidad en sus ojos cuando me lo entregó, la emoción cruda en su voz al prometerme que recuperaría mi confianza.

Luego está Zach. Mis dedos rozan el vestido. Su vulnerabilidad y dolor no son algo de lo que pueda alejarme y vivir conmigo misma. Pero ¿es suficiente? ¿Algo de esto es suficiente?

Dije que le daría a Carter una oportunidad de compensarme, y quiero hacerlo. Pero son un paquete completo. Son una manada. Zach me necesita, y parte de mí también lo necesita a él. Necesito ayudarlo a superar sus malos momentos. Y luego está Noah. El más reservado de los tres, siempre ha sido el más frío y distante. Carter y Zach hicieron grandes gestos dramáticos, mientras que el de Noah es más sutil. Es más su estilo, pero no menos potente. Si acepto a uno en mi vida, los acepto a todos. Si no puedo hacer eso, entonces no acepto a ninguno.

Un suave golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos. Con cautela, salgo de mi nido y me pongo de pie, bajando rápidamente las escaleras para mirar por la mirilla. Parte de mí desea que sean los alfas. Pero para mi sorpresa, es alguien más, alguien que nunca esperé volver a ver.

Desbloqueando la puerta, la abro. —Señora Richmond. ¿Qué hace usted aquí?

—Hola, querida —dice la madre de Carter con ese tono elegante suyo—. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto —murmuro y retrocedo, sintiéndome incómoda de pie aquí con mi pijama corto mientras ella entra con su aroma que huele exactamente a Chanel No. 5 y su caro vestido azul marino, chal y zapatos. Cierro la puerta principal y la conduzco a la oficina, necesitando la formalidad del espacio para sobrellevar lo que sea que tenga que decirme.

Frunce los labios y mira alrededor. —Qué hogar tan lindo te has hecho —comenta.

—Gracias —digo, aunque está tan lejos de ser un cumplido como es posible.

Levanta ligeramente una ceja perfecta y mete la mano en su bolso, que probablemente cuesta más que toda la casa y sus muebles. Saca un sobre marrón y me lo extiende. Lo miro fijamente, y mi sangre se enfría. Algo me dice que no es un oso de peluche.

Con mano firme, extendiendo la mano y lo tomo. —¿Qué es esto?

Ella me hace un gesto para que lo abra.

Abro la parte superior y asiento lentamente, de alguna manera no sorprendida en absoluto al ver los billetes de cincuenta libras perfectamente apilados.

—Eso es veinte mil libras, Hazel. Tómalas y dile a Carter que no hay futuro para ustedes. Dile que deje de ser tonto viniendo aquí y persiguiéndote, y que vuelva a su carrera, su hogar y

su familia. Dile que comience una vida con una omega adecuada y que se olvide por completo de ti.

Me encuentro con su mirada aguda de ojos azules. —¿Tanto me odia?

—No te odio, Hazel —se burla—. Pero esto, sea lo que sea, nunca ha sido apropiado. Nunca ha tenido futuro. Seguramente puedes ver eso, ¿no?

—¿Así que me ofreces veinte mil libras para que le diga a Carter que se olvide de mí?

—Haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que mi hijo tenga la vida que se merece. Tus padres estuvieron de acuerdo conmigo, por cierto. Les di el dinero para enviarte al Colegio de Perfeccionamiento para Omegas de la señora Schwarz en Suiza. Dinero que, supongo, luego usaste para comprar tu pequeña librería después de que murieran.

Y... Así... Sin más... la caja mental se abre de golpe, y las mentiras vuelan como mariposas en la brisa del verano. La máscara cae, y sonrío.

Esto la hace dudar. Se tensa.

—¿Crees que me cuentas algo que no sé ya? —pregunto casualmente, doblando la parte superior del sobre y ofreciéndoselo—. Lástima que murieran antes de tener la oportunidad de arruinar mi vida.

Deja escapar un suave jadeo, pero mantiene mi mirada. Si no lo supiera mejor, diría que un fugaz momento de aprobación brilla en sus ojos, pero desaparece antes de que pueda estar segura.

—Así que puedes llevarte tu dinero de vuelta, Nancy. No lo necesito. Le diré a Carter exactamente en qué punto estamos la próxima vez que lo vea. Tenlo por seguro.

—Asegúrate de hacerlo. —Nancy Richmond gira sobre sus talones y sale de la casa, abriendo la puerta y cerrándola silenciosamente.

Dejo escapar un lento suspiro y me vuelvo hacia el escritorio para arrojar el sobre. Cae con un golpe sordo, y lo miro fijamente por un momento, dejando que los recuerdos me invadan. La intensa pelea con mis padres después de descubrir que planeaban enviarme a un colegio de perfeccionamiento para omegas. Cuán furiosa estaba, cuán enojada. Es todo lo que nunca quise, y habría sido una tortura para mí, y ellos lo sabían. Sabían que me habría acobardado y habría sido miserable, una sombra de mí misma si me enviaban allí. Pero lo estaban planeando de todos modos. Querían alejarme de Carter, Zach y Noah, así que acudieron a Nancy y Brett Richmond para lograrlo. *Jamás* les perdonaré por eso. He interpretado el papel de hija afligida durante tanto tiempo que ya es mi segunda naturaleza.

—Finge hasta que lo logres —murmuro y doy la espalda al sobre para subir las escaleras con una sonrisa curvando mis labios que, por primera vez en años, se siente correcta. Se siente natural. Mientras me arrastro a mi nido y tomo el oso, aspirando su aroma, río entre dientes, y recuerdo algo tan fundamentalmente crucial, que como un bautismo, quema todo lo demás. He pasado los últimos meses teniendo miedo de todo y de todos a mi alrededor, pero eso estaba mal.

Porque deberían tenerme miedo a mí.

HAZEL

FIELES A SU PALABRA, LOS ALFAS ME DEJAN ORDENAR MIS PENSAMIENTOS DURANTE DOS DÍAS. Aunque no necesité pensar mucho después de que Nancy pasara por aquí. De hecho, me hizo ver que estoy siendo una hipócrita si continúo criticando a los alfas por todo lo que han hecho.

Siempre me pregunté por qué éramos tan buenas amigas. Por qué nos entendíamos tan bien. Pensaba que era un fenómeno, un completo desastre de omega y de persona, aún más después de asegurarme de que mis padres nunca me enviarían a esa prisión. Me encerré en mí misma, guardé las acciones como lo hice con el abuso. Todas estas pequeñas cajas ordenadas, enterradas en lo profundo de mi mente, en las que nunca se piensa, nunca se abren.

Hasta ahora.

Es como si estos compartimentos estuvieran sangrando por todo el césped mientras camino por el parque en este hermoso día de verano, sintiéndome más ligera y libre de lo que me he sentido en años.

Esta soy yo.

Jodida, dañada, pero fuerte. Mucho más fuerte de lo que nadie se da cuenta. He sobrevivido a cosas que romperían a la mayoría de las personas. He guardado secretos que volverían locos a otros. Y lo he hecho todo mientras mantenía esta fachada de la dulce e inocente omega.

Pero ya no más.

Mientras me acerco a la casa adosada, los veo. Carter, Noah y Zach están juntos en la entrada, claramente esperándome. Sus posturas están tensas, sus ojos escanean el área hasta que se fijan en mí. Puedo ver el momento en que registran mi presencia: sus cuerpos se quedan inmóviles, sus miradas se intensifican mientras me acerco.

No dudo ni vacilo en mis pasos. Camino directamente hacia ellos, con la barbilla en alto.

—Hazel —susurra Carter, sus ojos azules absorbiéndome.

—Feliz cumpleaños, pequeña omega —añade Noah suavemente.

Zach solo me mira fijamente, sus ojos oscuros y hambrientos.

Miro a cada uno de ellos, dejando que el silencio se prolongue. Puedo oler su ansiedad, su esperanza desesperada. Es embriagador.

—Pasen —dice Carter y nos conduce dentro de la casa. Cierra la puerta y nos quedamos en la sala de estar, mirándonos unos a otros por un momento.

—He tomado mi decisión —digo finalmente, con voz firme y clara.

Se inclinan ligeramente, pendientes de cada una de mis palabras.

—Lo dejo todo pasar. Los perdono. No hacerlo sería hipócrita y no estoy en posición de juzgar o de hacerme la víctima —declaro—. Así que haremos esto, pero bajo mis términos.

Sus ojos se abren con sorpresa y alivio. Carter empieza a acercarse a mí, pero levanto una

mano para detenerlo, con preguntas ardiendo en sus ojos.

—No soy la misma omega que conocían antes —continúa—. No soy débil ni indefensa. No necesito su protección ni su control. Lo que necesito es su honestidad, su lealtad y su amor. ¿Pueden darme eso?

Asienten ansiosamente.

—Bien —digo con una sonrisa que es tanto dulce como peligrosa—. Porque si alguna vez me traicionan de nuevo, si alguna vez intentan manipularme o controlarme, bueno, les diría que le pregunten a mis padres qué les pasa a los que me traicionan... pero no pueden.

Veo la conmoción en sus ojos.

—¿Hazel? —balbucea Carter.

Mantengo su mirada firmemente.

—¿Requieren una explicación? Diré que he hecho cosas, cosas terribles, para protegerme y proteger mi libertad. Y no dudaré en volver a hacerlas si es necesario.

—¿Por qué? —pregunta Noah, claramente no preocupado, sino mortalmente curioso.

—Me aseguré de que mis padres nunca pudieran enviarme a la escuela de perfeccionamiento para omegas en Suiza, que, por cierto, Carter, tus padres pagaron. O iban a pagar. Resulta que me compró una librería y el depósito de mi casa. Debido a esta traición, me aseguré de que nunca más pudieran controlarme. A veces, tenemos que hacer cosas oscuras para sobrevivir. Para protegernos.

Zach inhala bruscamente.

—Joder —murmura—. Te subestimamos, Hazel.

—Lo hicieron. ¿Planean hacerlo de nuevo?

Los tres alfas intercambian miradas, con conmoción, asombro y algo más oscuro parpadeando en sus ojos. Carter es el primero en recuperarse, dando un paso hacia mí con determinación en su mandíbula.

—Nunca más —jura, con voz baja e intensa—. Te vemos, Hazel. Toda tú. Y queremos cada parte.

Noah asiente, suavizando su mirada.

—Hemos sido unos completos idiotas, pensando que necesitábamos protegerte o controlarte. Eres más que capaz de cuidarte sola.

Los ojos de Zach arden con un orgullo feroz.

—Eres jodidamente increíble, pequeña omega. Siempre supe que eras fuerte, pero esto... esto está más allá de todo lo que imaginé.

Dejo que sus palabras me envuelvan, sintiendo que una sensación de corrección se asienta en mi pecho. Esto es lo que he estado esperando: una verdadera aceptación de quién soy, con toda mi oscuridad.

—¿Entonces no me odian? —La vulnerabilidad se cuela en mi voz antes de que pueda detenerla.

Los ojos de Carter se abren con incredulidad.

—¿Odiarte? Hazel, nunca podríamos odiarte. Si acaso, esto hace que te amemos aún más.

—Eres increíble —suspira Noah, sacudiendo la cabeza con asombro—. Feroz, fuerte, capaz de protegerte a ti misma. Ya eres todo lo que pensamos que necesitábamos ser para ti.

Zach se acerca más, sus ojos ardiendo.

—Eres perfecta, pequeña omega. Dañada y peligrosa y absolutamente jodidamente perfecta.

Sus palabras me envuelven como una manta cálida, calmando temores que ni siquiera sabía que tenía.

—¿Y ahora qué? —susurro.

Carter extiende la mano lentamente, dándome tiempo para apartarme si quiero. Cuando no lo hago, acaricia suavemente mi mejilla.

—Ahora empezamos de nuevo. Sin más mentiras, sin más manipulaciones. Solo nosotros, siendo honestos el uno con el otro.

Noah asiente con seriedad.

—Recuperaremos tu confianza día a día, y apreciaremos cada parte de ti, tanto lo dulce como lo oscuro.

—Y te mostraremos cuánto te adoramos, joder —añade Zach con una sonrisa maliciosa, pareciendo mucho más seguro desde la última vez que lo vi. Me doy cuenta ahora de que soy más parecida a él de lo que pensaba. Tenemos nuestras cajas. Tenemos nuestros demonios, y a veces salen a jugar y nos lanzan el salvavidas, y otras veces nos dejan ahogarnos. Pero ahora nos tenemos los unos a los otros. Él lo sabe. Yo lo sé, y no va a ser un camino fácil, pero sé que mantendrá la cabeza fuera del agua y seguirá luchando hasta que tal vez un día, sus demonios sean vencidos por el amor que compartimos.

Tal vez.

Cosas más extrañas han sucedido.

Me inclino hacia el contacto de Carter, sintiendo que una sonrisa tira de mis labios. —Creo que me gustaría eso —murmuro—. Creo que me gustaría mucho.

EPÍLOGO

HAZEL

Tres meses después

El aire se siente eléctrico, cargado de una tensión que se hunde en mi piel, la corriente subyacente de jazmín silvestre se entreteje en el aire fresco cuando mi aroma madura. Mientras los primeros indicios de mi celo omega se filtran en mi conciencia, me quedo clavada en el lugar en mi dormitorio, consciente de cada fibra de la alfombra bajo mis pies descalzos, cada hilo una línea de vida hacia la estabilidad que estoy perdiendo rápidamente.

Me pongo en movimiento, mis manos revolotean sobre la colección de almohadas y mantas que he acumulado durante incontables noches solitarias. Cada pieza es elegida con cuidado, un intento de crear un santuario del caos al que mi cuerpo está a punto de rendirse. La manta de cachemira más suave que Carter me regaló para esta ocasión especial encuentra su lugar en el corazón del nido, una promesa de consuelo contra el aluvión de sensaciones. El oso que me compró está cerca, como siempre, envuelto en su aroma.

Arreglo y reacomodo las almohadas mullidas, algunas bordadas con delicados patrones que hablan más de mis sueños que de mi realidad. Aliso una arruga aquí y esponjo una almohada allá, cada acción deliberada, una silenciosa invocación a la perfección. Este nido es más que una cama; es una fortaleza, un baluarte meticulosamente elaborado contra años de duda y el temor persistente de que esta vez tendré sexo conscientemente por primera vez en mi vida adulta, y no puedo esperar, pero al mismo tiempo, estoy nerviosa como la mierda. Hemos esperado este momento especial, todos nosotros necesitando que sea esto. El compromiso hacia el que hemos trabajado, toda nuestra vida realmente, pero ciertamente en los últimos tres meses.

Los últimos tres meses han sido una tentadora provocación, con miradas robadas y toques prolongados entre nosotros. Los intensos ojos azules de Carter siguiendo cada uno de mis movimientos, la mirada perspicaz de Noah analizándome, y los apasionados arrebatos de Zach apenas contenidos. Nos hemos rodeado unos a otros, acumulando anticipación y saboreando cada momento de este cortejo.

Ahora, mientras mi cuerpo se calienta de deseo, siento su presencia abajo como si fuera parte de mi alma. Nuestros impulsos primitivos se alinean, sus feromonas alfa se cuelan por debajo de la puerta y hacen que mis rodillas se debiliten. Me quito la ropa, mi piel está febril y húmeda de sudor. Mi coño está mojado por la lubricación que se acumula, listo para que ellos reclamen lo que es suyo.

Las sábanas de seda, frescas e invitantes, son las siguientes, su tono azul pálido es un guiño a la calma a la que estoy desesperada por aferrarme. Ondeán como el mar que acunó mi pueblo natal, una nana visual que espero calme no solo a mí, sino a los alfas que pronto cruzarán el

umbral de esta pequeña habitación donde cada rincón susurra mi anhelo por algo duradero.

Me detengo para inspeccionar mi trabajo, mi corazón latiendo erráticamente. No es solo tela y pelusa; es una ofrenda, una súplica silenciosa grabada en cada pliegue. Con una última mirada, confirmo la preparación de este refugio temporal, producto tanto de la necesidad instintiva como de una feroz independencia duramente ganada.

Está listo. El escenario está preparado, y mi cuerpo es un cable vivo de anticipación, con cada respiración, nos acercamos más a un vínculo complicado y anhelante. Estoy al borde del acantilado, lista para sumergirme en las profundidades desconocidas de un cielo con mis alfas cuidándome. Es salvaje, embriagador y aterrador.

Hay una vulnerabilidad en esta disposición, una desnudez que va más allá de la carne. En el nido que he creado, cada cojín y cubierta parece hacer eco de mis miedos más profundos y mis deseos más feroces. Es más que un apareamiento; es una fusión de vidas, una forja de lazos que he anhelado pero con la seguridad de saber que mis alfas no intentarán sofocarme ni hacerme someterme a ellos.

Con dedos temblorosos, alcanzo el pomo de la puerta, mi corazón latiendo en mis oídos. — Estoy lista.

Mi voz apenas es un susurro, pero ellos lo saben.

El estruendo de pasos en las escaleras envía un escalofrío por mi columna.

Carter me alcanza primero, su penetrante mirada azul recorriendo mi forma desnuda. — Hazel —gruñe, quitándose la camisa—. Eres exquisita.

Noah y Zach lo siguen, despojándose de su ropa con urgencia frenética. El aire se vuelve denso con el aroma de la excitación alfa, haciendo que mi cabeza dé vueltas.

—Nuestra hermosa omega —murmura Zach, sus manos artísticas ya alcanzándome.

Me rodean, piel con piel, y me ahogo en sensaciones. Los labios de Carter encuentran mi cuello, las manos de Noah abarcan mis pechos, y los dedos de Zach se deslizan entre mis muslos, encontrándome húmeda y lista.

—Tan mojada para nosotros —gime Zach.

Gimoteo mientras me bajan al nido, sus toques son reverentes pero posesivos.

—¿Estás segura de que quieres esto, Hazel? —pregunta Carter seriamente.

—Sí —ronroneo—. Más que nada. Solo tengan cuidado conmigo. No soy... No es...

—Lo sabemos —susurra, acunando mi rostro—. Te cuidaremos, nuestra pequeña omega. Te lo prometo. Si quieres que nos detengamos, solo dilo.

Me río, sintiendo que la fiebre me arrastra más profundo en mi cielo. —No lo haré, pero gracias.

Zach separa mis piernas e inhala el aroma de mi lubricación. Entierra su rostro contra mi coño, y jadeo, tensándome cuando roza mi clítoris con su lengua.

Los ojos de Carter se oscurecen de deseo mientras observa a Zach devorar mi coño. Sus manos recorren mi cuerpo, acariciando y provocando mientras la lengua de Zach hace magia entre mis muslos. Arqueo la espalda, abrumada por las dobles sensaciones.

—Eso es, cariño —murmura Carter en mi oído—. Déjanos cuidarte.

Los labios de Noah encuentran mis pechos, chupando y mordisqueando suavemente. La combinación de sus caricias envía ondas de choque por todo mi cuerpo. Estoy temblando, tambaleándome al borde del éxtasis.

—Por favor —gimo, sin saber siquiera por qué estoy suplicando.

La lengua de Zach rodea mi clítoris mientras desliza dos dedos dentro de mí. El estiramiento es intenso pero delicioso. Grito, mis caderas embistiendo contra su rostro.

—Córrete para nosotros, Hazel —ordena Carter, su voz baja y ronca—. Muéstranos lo bien que te hacemos sentir. Muéstranos cuánto deseas esto. Nos deseas.

Sus palabras me empujan al límite. Me deshago, olas de placer me inundan mientras ronroneo salvajemente. Carter gruñe en respuesta, haciendo que mis pezones se endurezcan aún más bajo el toque de Noah. Zach lame mi lubricación con avidez, prolongando mi orgasmo hasta que soy un desastre tembloroso.

—Te necesito —murmura Carter mientras Zach se levanta de entre mis piernas e intercambia posiciones con su alfa principal.

Extiendo la mano y la paso por la espalda de Zach, congelándome cuando él se tensa. —Muéstrame —murmuro.

Zach traga saliva, pero se da la vuelta y me deja ver las marcas del abuso que sufrió de niño. Noah me ayuda a sentarme, y me arrodillo, con la lubricación brotando de mí mientras presiono mis labios contra las cicatrices de Zach. Él gime, pero rápidamente se convierte en un gruñido cuando paso mi lengua sobre la carne elevada. Su gruñido se profundiza mientras prodigo atención a cada cicatriz, besándolas y acariciándolas con ternura.

—Eres hermoso —murmuro contra su piel—. Cada parte de ti.

Zach se gira, sus ojos brillando con emoción. Toma mi rostro y me besa profundamente, vertiendo años de anhelo en el abrazo.

Me separo del beso de Zach, jadeando mientras Carter se posiciona entre mis piernas, su grueso miembro rozando mi entrada. —¿Estás lista para mí, pequeña omega? —pregunta, su voz tensa de necesidad.

—Sí —ronroneo e intento relajarme. Mi celo hace que sea más fácil dejarse llevar y no pensar demasiado.

Carter entra en mí lentamente, dándome tiempo para adaptarme a su tamaño. El estiramiento está al borde del dolor, pero mi coño lo recibe con entusiasmo. Gimo mientras me llena completamente, mis paredes apretándose ya a su alrededor.

—Tan estrecha —gruñe Carter, sus caderas pegadas a las mías—. Te sientes increíble, Hazel.

Cada embestida envía chispas de placer por todo mi cuerpo. Estoy perdida en un mar de sensaciones, abrumada por la presencia de mis tres alfas.

El ritmo de Carter se acelera, su control se desvanece mientras su celo se apodera de él. Sus dedos se clavan en mis caderas mientras me embiste, cada embestida golpeando ese punto perfecto en mi interior. Grito, mi segundo orgasmo construyéndose rápidamente.

Me deshago en sus brazos, mi coño apretando su miembro posesivamente. Él gruñe y embiste más fuerte en mí. Estoy perdida en la bruma de mi celo, sintiendo solo placer ahora, mi nerviosismo se ha desvanecido.

Carter gruñe, sus embestidas se vuelven más fuertes. —Toma mi nudo, pequeña omega. Déjame aliviar tu celo.

Grito cuando siento que su nudo se hincha, estirándome aún más. Siento como si estuviera a punto de partirme en dos, pero mis instintos omega lo anhelan desesperadamente.

—¡Carter! —baluceo, sumida profundamente en mi celo ahora que su nudo se traba dentro de mí, desencadenando otro clímax. Olas de placer me inundan mientras Carter ruge, su semen bombeando rítmicamente desde su miembro, mezclándose con mi lubricación para formar un néctar de aroma delicioso.

Sus dientes rozan mi cuello, buscando permiso. Muevo mi cabeza hacia un lado, ofreciéndome completamente. Con un gruñido, me muerde, cementando nuestro vínculo. La oleada de endorfinas intensifica mi orgasmo, dejándome temblando y ronroneando debajo de él.

Mientras el nudo de Carter se hincha aún más dentro de mí, me siento abrumada por la intensidad de nuestra conexión. Mi coño pulsa con cada latido de su miembro, extrayendo cada gota de su semilla. El agudo ardor de su mordida en mi cuello se desvanece en una sensación cálida y hormigueante que se extiende por todo mi ser.

—Mía —gruñe Carter contra mi piel cuando me suelta, lamiendo la marca fresca.

Gimo, dominada por el impulso de corresponder. Presiona su cuello contra mi boca, y lo muerdo con fuerza. Todo el cuerpo de Carter se estremece mientras nuestro vínculo se solidifica, sus brazos apretándose a mi alrededor.

Su sangre golpea la parte posterior de mi garganta, y trago antes de soltarlo, mi cabeza ladeándose mientras mis últimas reservas de energía se agotan. Todo está borroso y nebuloso, pero es perfecto.

Noah

Observo con atención mientras Carter reclama a Hazel, mi miembro palpitando de necesidad. El aroma de su apareamiento llena el aire, intensificando mi excitación. Cuando el nudo de Carter se fija dentro de ella, me acerco, atraído por la expresión aturdida de éxtasis de Hazel.

Aparto el cabello húmedo de sudor de su frente.

Hazel ronronea contenta, sus ojos nublados de placer, completamente bajo el hechizo de su celo ahora. Probablemente no recordará mucho a partir de aquí, pero eso no me va a detener. La necesito más de lo que necesito el aire para respirar.

Tomo su mano, presionando un beso en su palma.

Carter los maniobra cuidadosamente hacia un lado, aún unidos. Me acomodo detrás de Hazel, pasando mis manos tranquilizadoras por su piel acalorada. Ella se estremece ante mi toque, un pequeño maullido escapando de sus labios.

—Shh —susurro, acariciando su cuello con la nariz—. Te tenemos.

Cuando el nudo de Carter comienza a disminuir, Hazel se agita. Su dulce aroma a jazmín se intensifica con renovada excitación, su celo lejos de estar satisfecho. Gimotea, frotándose instintivamente contra mí.

—Por favor —suplica, su voz espesa de necesidad—. Noah, por favor...

Gruño suavemente, mis instintos alfa aumentando ante su súplica. Mientras Carter se retira cuidadosamente, me posiciono entre los muslos temblorosos de Hazel. Su sexo está hinchado y reluciente, una mezcla tentadora de su lubricación y el semen de Carter.

—Estás tan hermosa así —murmuro, pasando mis manos por su sexo y a lo largo de sus curvas—. Tan perfecta para nosotros.

Hazel gime, arqueándose hacia mi toque. Sus ojos están cerrados, y todo lo que necesita es el nudo. —Te necesito —balbucea.

Entro en ella lentamente, saboreando la exquisita estrechez de su sexo mientras empujo más allá del creampie y me entierro hasta el fondo dentro de ella.

Está flácida, como una muñeca de trapo, y enciende en mí una fantasía que ni siquiera sabía que tenía. —No te muevas, dulce niña. Déjame cuidarte. Siente mi miembro dándote placer, y mi nudo satisfará tu anhelo pronto.

Ella no responde, lo que me excita aún más. Mi miembro está ardiendo, cubierto de su lubricación, empapado y listo para estallar.

Me inclino para capturar sus labios en un beso abrasador, vertiendo años de deseo reprimido en él.

Mi mente lucha por procesar la intensidad del momento. La forma en que el cuerpo de Hazel responde a mi toque, los pequeños ronroneos y gemidos que hace en su aturdimiento, y el rubor

que se extiende por su piel son como echar gasolina a mi deseo. Este momento es perfecto.

Embisto a Hazel con intensidad controlada, saboreando cada sensación. Dándole exactamente lo que necesita. Su sexo me aprieta fuertemente, haciéndome gemir.

—Lo estás haciendo tan bien —murmuro—. Recibiéndonos tan hermosamente.

Hazel ronronea suavemente, su cuerpo dócil debajo de mí. Gruño cuando sus ojos vidriosos se abren brevemente, desenfocados pero llenos de confianza. Aviva el fuego en mi interior, sabiendo que se ha entregado completamente a nosotros.

Sus pechos perfectos rebotan mientras aumento el ritmo, sintiendo que mi nudo comienza a hincharse. El sexo de Hazel se aprieta a mi alrededor, su cuerpo buscando instintivamente esa plenitud de nuevo. Gruño más fuerte, enterrando mi rostro en su cuello mientras lucho por mantener el control.

—¿Estás lista para mi nudo, pequeña omega?

Hazel asiente débilmente, un gemido necesitado escapando de sus labios. Empujo más profundo, sintiendo que mi nudo se engancha en su entrada. Con un empuje final, estoy completamente asentado dentro de ella, mi nudo uniéndonos mientras mi liberación llega.

Rujo mientras me vacío dentro de ella, ola tras ola de placer estrellándose sobre mí. Hazel grita, su sexo ordeñando mi miembro mientras alcanza su propio clímax. Muerdo su cuello, justo al lado de la marca de Carter, cimentando nuestro vínculo. El cuerpo de Hazel tiembla debajo de mí mientras se rinde a la intensidad de nuestro apareamiento.

Lamo la nueva mordida tiernamente, saboreando el gusto de su piel. Hazel gime suavemente, girando la cabeza para exponer aún más su cuello. Entendiendo su silenciosa petición, ofrezco mi cuello a ella. Sus dientes se hunden en mi carne, enviando una descarga de placer a través de mi cuerpo mientras nuestro vínculo se solidifica.

Nos quedamos enredados juntos, mi nudo aún pulsando dentro de ella mientras nuestra respiración se estabiliza lentamente. Acaricio su cabello suavemente, maravillándome de lo perfectamente que encaja en mis brazos.

—Eres increíble —murmuro contra su oído—. Tan perfecta para nosotros.

Hazel ronronea contenta, acurrucándose más cerca. Su aroma ha cambiado sutilmente, ahora llevando notas tanto de Carter como mías. Es embriagador, avivando al alfa posesivo dentro de mí.

Mientras mi nudo comienza a disminuir, nos giro cuidadosamente hacia un lado. Los ojos de Hazel están cerrados, y su rostro está en paz en su neblina post-orgásmica. Presiono un suave beso en su frente, abrumado por la profundidad de mis sentimientos hacia ella.

Zach se acerca, sus ojos grises ardiendo de deseo e impaciencia. Asiento hacia él, sabiendo que es su turno de reclamar a nuestra omega. Mientras me retiro lentamente de Hazel, ella gime ante la pérdida, su celo lejos de estar satisfecho.

Zach

Observo con ardiente intensidad cómo Noah se retira de Hazel, su gemido de pérdida encendiendo una necesidad primaria dentro de mí. Mi polla palpita dolorosamente, ansiando reclamarla. Cuando Noah se hace a un lado, tomo su lugar entre los muslos temblorosos de Hazel.

Su aroma inunda mis sentidos, y gruño suavemente, pasando mis manos por su piel enrojecida. Los ojos de Hazel se abren ligeramente, nublados por el placer y el calor.

—Zach —murmura, extendiendo débilmente la mano hacia mí—. Por favor...

Tomo su mano, presionando un beso en su palma. —Estoy aquí, cariño. Te tengo.

El calor apretado y húmedo de su coño envuelve mi polla mientras la guío suavemente dentro

de ella, arrancando un profundo gemido de mi pecho. Hazel se arquea debajo de mí, un suave ronroneo escapando de sus labios.

El cuerpo de Hazel responde hermosamente, reclamándome, poseyéndome.

—Hazel —gruño, aumentando el ritmo—. Mi hermosa omega.

Ella gime, su coño apretándose a mi alrededor. Puedo sentir que mi nudo está listo para explotar, pero quiero hacer que esto dure lo más posible.

Embisto en Hazel con creciente urgencia, mi control deslizándose mientras mi celo se apodera. Su cuerpo cede completamente ante mí, suave y flexible en su aturdimiento inducido por el calor. Gruño posesivamente, abrumado por la necesidad de reclamarla, de marcarla como mía.

—Ahora eres nuestra —jadeo contra su cuello—. Nadie te tendrá así más que nosotros.

Hazel ronronea en respuesta. Su coño palpita alrededor de mi polla, al borde de otro orgasmo. Mi nudo se hincha, pero la embisto con fuerza, necesitando darle ese placer.

—Toma mi nudo, cariño —la insto, mi voz áspera por el deseo—. Déjame aliviar tu calor.

Con un último empujón, mi nudo se fija dentro de ella. Hazel grita, su espalda arqueándose mientras se deshace débilmente debajo de mí. Las pulsaciones de su coño alrededor de mi nudo desencadenan mi liberación. Descargo mi carga en ella con un gruñido bajo que la hace temblar en mis brazos.

Instintivamente, hundo mis dientes en la curvatura de su cuello, justo al lado de las marcas de Carter y Noah. Todas en el mismo lado. Así es como tiene que ser.

Hazel gime suavemente, girando la cabeza para darme mejor acceso. Mientras nuestro vínculo se solidifica, una ola de posesividad me invade.

—Mía —gruño contra su piel, lamiendo tiernamente la nueva marca de mordida.

Los ojos de Hazel se abren ligeramente, nublados por el placer. —Tuya —susurra.

Nos doy la vuelta, y ella coloca su boca en mi cuello. Acuno la parte posterior de su cabeza mientras sus dientes se cierran, enviando una descarga eléctrica a través de mi cuerpo mientras nuestro vínculo se cementa completamente. Gimo, sosteniéndola cerca mientras olas de placer y conexión nos invaden. Su mordida es débil en su estado exhausto, pero es más que suficiente para marcarme como suyo.

Mientras yacemos enredados, mi nudo aún pulsando dentro de ella, me siento abrumado por la intensidad del momento. Años de anhelo, de capturar secretamente su belleza a través de mi arte, han culminado en esta unión perfecta. Acaricio suavemente su cabello, sonriendo por lo correcto que se siente tenerla así.

—Eres todo lo que siempre he deseado —murmuro contra su oído—. Tan hermosa, tan perfecta para nosotros. Mantienes a raya lo peor de los demonios, pequeña omega. Necesito que me cuides.

Hazel ronronea suavemente, acurrucándose en mi pecho. —Estoy aquí —murmura—. Siempre aquí.

Cuando mi nudo se desinfla, salgo cuidadosamente de ella. Su cuerpo se relaja mientras su calor se aplaca temporalmente, satisfecho por nuestro apareamiento.

Carter y Noah se acercan, rodeándonos con su calor y aroma.

—Descansa ahora, pequeña omega —murmura Carter, acariciando el cabello de Hazel—. Estaremos aquí cuando despiertes.

Noah murmura en acuerdo, su mano descansando posesivamente sobre la cadera de Hazel. —Te tenemos —añade suavemente.

Me acurruco junto a ella, sintiéndome en paz por primera vez en mucho tiempo. Planto un

suave beso en sus labios, pero ella está profundamente dormida. —Estamos vigilando, hermosa omega. Siempre vigilando.

Únete a mi Grupo de Lectores en Facebook para más información sobre mis últimos libros y catálogo anterior:

Suscríbete a mi boletín para noticias exclusivas, sorteos y concursos:

OTRAS OBRAS DE EVE NEWTON

<https://www.amazon.es/stores/Eve-Newton/author/B009MWXN5Q>